



INMA
CEREZO

El AMANECER *de tu*
SONRISA

¿Crees en los deseos?

Phoebe

INMA CEREZO

El AMANECER *de tu*
SONRISA



Phoebe

Primera edición: octubre de 2018

Copyright © 2018 Inma Cerezo

© de esta edición: 2018, ediciones Pàmies, S. L.

C/ Mesena, 18

28033 Madrid

phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-17683-20-7

BIC: FRD

Diseño e ilustración de cubierta: CalderónSTUDIO

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

A tu sonrisa.

«The sun will rise
and we will try again».
Twenty One Pilots.

ÍNDICE

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[CONTENIDO EXTRA](#)

1

MAX

SUN CITY, KANSAS. CASI TRES AÑOS ANTES...

Contemplé las obras de mi casa. Estaban a punto de terminar y ni siquiera aquello me hacía feliz. Llevaba varias semanas durmiendo allí porque no soportaba convivir con mi padre ni un día más.

La adquisición de mis tierras y la construcción de mi hogar no lograban apaciguar la sensación de derrota que me asolaba desde que había vuelto al rancho. El fracaso era el eco que resonaba cada mañana cuando me levantaba para emprender un nuevo día. Volcaba todas mi energías en el negocio familiar, en un lastimoso intento de conseguir calmar todas esas emociones a las que no podía poner nombre porque ya no tenían sentido. Me había empeñado en mejorar el rancho; necesitaba una meta en la vida. Sentirme atrapado por esos acres era lo más parecido a una condena. Se lo debía a mi madre, a mis abuelos...

Esa mañana de primavera, la plantilla del rancho al completo se había situado en la zona que lindaba con mis tierras. Teníamos a punto los camiones cisterna para controlar el fuego, por si fuera necesario extinguirlo. Era el día perfecto: no soplaba el viento y disfrutábamos de la temperatura idónea; todos los vecinos nos habíamos puesto de acuerdo para comenzar a quemar los pastos.

El *sheriff* estaba avisado desde primera hora de la mañana; se hacía imprescindible coordinar a una cantidad de personas importante si querías que todo saliese bien y que todo resultase seguro. El año anterior fui el primero en hacerlo. Mis vecinos le habían dado muchas vueltas, pero después de varias reuniones con expertos del departamento de Vida Salvaje, Parques y Turismo, y de visitar la zona de Flint Hills, donde los rancheros llevaban décadas haciéndolo, nos aventuramos a recuperar los pastizales naturales en nuestra zona.

Observé a Tadi, que se había puesto su atuendo indígena, y sonreí al percibir el orgullo en su semblante. Decía que aquello era «volver a las tradiciones de los ancestros, a los inicios». Me había costado mucho dar el paso y cambiar el tipo de pastoreo, pero los beneficios en las tierras eran tan importantes que parecía inevitable no sentir satisfacción por haber recuperado la esencia de nuestros

antepasados.

En el horizonte se veía el humo del primer fuego. Pronto, el ambiente estaría cargado de olor a incendio.

—¡Vamos, chicos, empieza la fiesta! —grité, a lo que siguieron los silbidos y los hurras de todos.

Era nuestro logro, formábamos un gran equipo, y todos lo sentíamos así. Si hacía un tiempo alguien nos hubiese dicho que aquello era posible, no lo habríamos creído; el cambio era visible en el ganado incluso en tan pocos meses. Acondicionar la tierra contribuía a que las reses estuvieran más sanas, a que su alimento fuera más natural, sin pesticidas ni alimentación artificial. ¿Quién me iba a decir a mí que acabaría convertido en un ecologista?

Los días en Lawrence, repletos de música, nuevas canciones, ensayos..., eran un pequeño borrón en mis recuerdos que me permitía dejar escapar cuando estaba con la guardia baja. Poco quedaba ya del idiota que llegó a esa gran ciudad a dar un giro a su vida; sonreí con nostalgia al rememorallo...

Me había largado del rancho a raíz de una fuerte discusión con mi padre: hacía aquello o acabábamos muy mal. Había decidido instalarme con Thomas, mi hermano mediano, que estaba estudiando allí su grado, y esa fue la excusa perfecta.

Había transcurrido un año entero, año en el que había disfrutado de lo que más adoraba en el mundo: la música. Habíamos formado un grupo de rock que tenía mucho potencial; fue entonces cuando conocí a Nathan, mi cuñado. Se había presentado a las audiciones y nos dejó boquiabiertos con una versión de This I love, de Guns N' Roses, y su estilo único. Lo fichamos sin pestañear: era oro puro.

Durante mi estancia en Lawrence había trabajado en un pub del centro de la ciudad como camarero: servía copas, hacía horas extra cada vez que podía y, además de las propinas, me había ganado bien la vida, por lo que podía dedicar mucho tiempo libre a componer canciones con Nathan, a ensayar juntos con el resto de la formación y a vivir la vida sin preocupaciones más allá de tener unos pantalones limpios para el día siguiente.

La cosa había comenzado a complicarse cuando mi hermana pequeña, Leah, había aparecido en escena. Había sido un revés saber que finalmente la habían aceptado en la universidad de Kansas, ya que se venía a vivir con nosotros al apartamento; con Thomas apenas había tenido complicaciones, porque en la ciudad se sentía como pez en el agua: atrás quedaba el niño al que debía proteger en más de una ocasión de los matones del pueblo, además de que el equipo de baloncesto de la universidad en el que jugaba no le dejaba mucho tiempo para meterse en líos. Allí encajaba a la perfección.

En cuanto a la enana...

Tiempo atrás había sufrido un accidente con unas pastillas del imbécil de su exnovio que tomó por error; casi la perdimos a causa de aquello, y desde entonces me obsesioné con mantenerla a salvo. Para eso era perfecto que viviese en el rancho, no con nosotros, rodeada de estudiantes en el campus, lejos de mis padres y de la seguridad del hogar familiar. Había reconocido antes de que pusiese un pie en el piso que compartíamos que la tranquilidad de la que gozaba hasta entonces había desaparecido. Pero ese no había sido el único inconveniente. ¿Por qué decía que todo se complicó con la aparición de Leah? Porque con mi hermana también llegó ella: la dulce Amanda.

Leah, al inicio de curso, se había hecho muy amiga de dos chicas: la rubia Amanda y la pelirroja Brenda. El día que conocí a Amanda apenas le presté atención. No fue como en las películas de amor en

las que se te para el corazón ni ningún rollo de esos; ella solo era una amiga de mi hermana pequeña, una chica bonita y menuda que compartía clase con la enana. Las tres iban siempre juntas; eran inseparables, vitales, ruidosas y encantadoras.

Había estado tan preocupado por mantener a Leah a salvo de las garras de Nathan —que en cuestión de meses había pasado de ser mi mejor amigo a convertirse en el candidato perfecto para darle una buena patada en el culo por haberse fijado en la benjamina— que no fui capaz de adivinar lo que iba a ocurrir.

Ese había sido el principal obstáculo por el que no la vi venir. Ni siquiera recuerdo qué llevaba puesto el día que nos besamos por primera vez, ni a qué olía su perfume ni todas esas chorradas que se supone que te llaman la atención cuando tienes ante ti a la mujer perfecta, porque en el momento en el que me besó por sorpresa en un baño, reconocí que estaba jodido. ¿Cómo había estado tan ciego?

Amanda, la dulce chica prohibida, la mejor amiga de mi hermana..., la única a la que no podía poner un solo dedo encima, no solo por principios, sino porque ella era ¡la mejor amiga de mi hermana pequeña! La misma a la que no dejaba hacer nada sin supervisión. Pues Amanda traspasó todas las barreras con un maldito beso y me dejó noqueado... A mí. Yo no había sido un santo, nada de eso; de hecho, me gustaba pasármelo bien, y en Lawrence, al trabajar en el pub, había conocido a muchas chicas. Nunca surgió nada serio, porque tampoco lo buscaba. Mi premisa era: diversión sin compromiso. Quería llegar lejos con la música, viajar por otros estados... En definitiva, volar sin ataduras. Por ese motivo, nunca había entendido por qué con ella todo fue distinto desde el inicio.

Desde aquel primer beso robado, que fue interrumpido, ya no hubo freno. Cada vez que estábamos a solas, no podíamos mantenernos alejados el uno del otro. Pero lo peor de todo había sido que ni siquiera necesitábamos el cobijo de la clandestinidad: nuestra primera vez había sucedido en el baño del apartamento mientras mi hermana y Brenda estaban en el salón. ¡Jesús! Habíamos sido imparables, irresponsables, con una sed el uno por el otro imposible de saciar... Era incapaz de tomar el mando. Cuando estaba a solas y la lucidez aparecía, tenía claro que debía acabar con aquello de una vez por todas antes de hacerle daño. Pero la realidad era que me volvía loco.

—¿Sabes que esto solo va de sexo? —La miré mientras me abrochaba los botones de los vaqueros.

—Sí, lo has repetido infinidad de veces. —Se levantó de la cama sin dejar de buscar su ropa desparramada por el suelo.

Admiré su cuerpo desnudo mientras se vestía y noté cómo volvía a estar preparado para ella, pero no podía ser: debía centrarme y dejarle claro lo que pensaba. Estábamos en la habitación de su residencia de estudiantes; habíamos aprovechado que Brenda tenía unas clases y que estaríamos solos un par de horas.

—Am, me has propuesto ir al cine... —Me restregué la cara con fuerza, frustrado—. No quiero, no debes...

—Tranquilo, Max. No voy a escribir corazones en mis apuntes con tu nombre. Solo te proponía algo diferente al intercambio de fluidos corporales. —Alzó la mirada atravesándome con sus ojos verdes grisáceos—. Como esto solo va de sexo, te agradecería que tú también respetes nuestro acuerdo.

—¿Qué quieres decir?

Se agachó a buscar su bota, que se había colado bajo la cama, y me mostró un plano magnífico de su culo perfecto enfundado en los pantalones.

—No te hagas el tonto. —Bufó de forma graciosa, y tuve que contener una sonrisa—. Me has preguntado por ese chico de clase dos veces.

Se me escapó una carcajada y vi que se ponía colorada.

—¿Crees que estoy celoso?

—No, creo que eres imbécil —soltó con rabia—. Acaba de vestirme, que no tengo todo el día. En media hora comienza mi siguiente clase.

Antes de pensar en lo que hacía, la cogí con ímpetu y me lancé cogido a ella sobre su cama.

—Todavía tenemos tiempo. —La besé con ganas, y se resistió un poco hasta que dejó caer todas las barreras.

Había sido un hipócrita, porque me escudé en mis mierdas emocionales, para no dar voz a lo que realmente estaba sucediendo entre nosotros, pero finalmente la cagué. Lo cierto es que no supe manejarlo;

fue el fin de algo que nunca debió comenzar...

Con Am todo era blanco o negro, pasión o rabia; nos movíamos en un vaivén poco recomendable pero adictivo. Lo único que tenía claro era que no podía dejarla ir enfadada. No soportaba la idea de que cuatro palabras ensuciaran lo bueno de nuestros encuentros. ¿Por qué? Ni idea, solo reconocía que era así.

Todo finalizó un día que descubrí algo que ocultaba. Fui un idiota, me porté mal con ella, dije cosas que no pensaba y me dio una patada tan grande que aún resonaba como un eco en mi mente cada vez que lo recordaba. Supo ponerme en mi sitio como nunca nadie había hecho. Se acabó igual que había comenzado, de forma fugaz, pero no podía dejarla ir sin pedirle perdón. No era justo que se hubiese cruzado en mi camino y hubiese pagado el pato por toda mi basura, ella no lo merecía. Yo solo era un ranchero que no era digno de aquella chica dulce, y ella debía saberlo.

Tuve la oportunidad de estar a solas de nuevo con Am unos meses después de que lo nuestro se fuese a pique. Mi hermana decidió hacer una fiesta sorpresa para Nathan por su cumpleaños en febrero; en un principio yo no estaba invitado, algo lógico si teníamos en cuenta que me había dado de hostias con él poco antes, además de que había discutido con Leah por querer mantenerla alejada del rockero, pero finalmente, su alma bondadosa decidió darme una oportunidad, por lo que me invitó, y yo intenté expiar mi culpa por todo el daño causado a la enana, a mi mejor amigo y a Amanda.

Hacía tan poco tiempo de aquello que todavía se mantenía fresco y dolía, tanto, que solo lo dejaba escapar cuando estaba a solas, en silencio, cuando la culpa por haber roto podía arrancarme la poca dignidad que me quedaba.

Suspiré sentado en el balancín de mi porche. Estaba reventado después de todo el trabajo de quema del pasto del rancho. No podía regresar de nuevo a aquella noche. Sonreí al cielo estrellado y me relajé... Quería regresar a nuestra última noche...

2

MAX

Recordé la calle silenciosa en Lawrence. Cómo llevaba un buen rato plantado ante la puerta del local de ensayos desde donde resonaban la música y las voces del interior. Me estremecí cuando el viento frío de febrero se me coló bajo la chaqueta y decidí dejarme de historias.

Una vez dentro, el bullicio era tan fuerte que me replanteé la idea de dar media vuelta y largarme. ¿Qué estaba haciendo allí? En cuanto la vi, mi cuerpo se calmó al instante, y supe cuál era la respuesta: Amanda. Habían transcurrido tres meses de mierda, y lo achacaba a mis problemas con Nathan en vez de ser sincero conmigo mismo.

Nathan me perdonó, mucho antes de aquello, quizás porque quería a mi hermana, quizás porque era mejor persona que yo; la cuestión era que pese a llevarse una sorpresa inicial al verme en su fiesta, arreglamos las cosas como hacen los tíos, con un abrazo fraternal y un par de gruñidos de aprobación.

En aquel cumpleaños que se había currado mi hermana no faltaba detalle. Estuve entretenido durante toda la noche con una cerveza en la mano, charlando con los otros miembros del grupo, Zaida y Adam, y manteniendo un ojo puesto en ella de forma disimulada.

Poco a poco, la fiesta perdió fuelle. Mi hermana desapareció con Nathan, y tuve que contenerme para no decirles algo antes de que saliesen. ¡Qué complicado era dejarla volar! Cuando quise darme cuenta, estábamos solos. Agradecí en voz baja esa maniobra del universo, porque era necesario que aquella noche hablase con ella.

Me acerqué con unos platos de plástico vacíos para tirarlos en la bolsa de basura industrial con la que se estaba peleando.

—Parece que todos han sido más listos que nosotros. —Vi cómo sonreía de forma tímida y rogué por que me mirase como antaño.

—Suele ocurrir; para estas cosas has de estar atento y largarte antes de quedarte el último.

—Yo lo he hecho a propósito.

—Yo no. —Se giró con un encogimiento de hombros—. No me apetece demasiado tu compañía.

Touché.

—Amanda, necesito aclarar contigo nuestra última conversación.

Entrecerró los ojos antes de hablar.

—Querrás decir «discusión». Fuiste un imbécil. De hecho, no sé cómo te dirijo la palabra todavía. En mi vida he consentido que nadie me trate así. No eres tan especial, Max.

Estaba muy enfadada; lo podía entender, pero no me apetecía volver a empezar y entrar en un bucle sin sentido como nos había ocurrido en más de una ocasión.

—Sé que no lo soy, por eso mismo quiero pedirte disculpas. Mereces un buen tío, alguien que esté a tu altura, y yo no soy esa persona.

—Tú eres un mentiroso, Max.

Si me hubiese dado un puñetazo no me habría dejado tan sorprendido como aquellas cinco palabras lo hicieron.

—¿Qué quieres decir?

—Que vas de una cosa y actúas de otra manera. No quieres tener ataduras, pero te comportas como un novio celoso. Por ejemplo, cuando intentaste averiguar qué hacía en el club.

—Yo no... —Inspiré, agotado—. Perdóname. Perdóname por todo, Am. He sido un cretino. No pienso lo

que dije, ni merecías pagar toda mi mierda...

—¿Por qué ahora? —Tenía los ojos brillantes, estaba a punto de derramar unas lágrimas, y me dolió todavía más haber sido tan idiota, tan inseguro.

—Porque merecías una disculpa; necesitaba explicarte que tú no has tenido nada que ver en que lo nuestro se fuese a pique. Aunque solo se tratase de sexo.

Sonreí ligeramente para destensar un poco el ambiente y la vi debatirse unos instantes, seria, aferrada a la bolsa de basura, hasta que al fin relajó los hombros tensos y me miró de nuevo, ahora más tranquila.

—Está bien, basta de rencor; estoy agotada de batallar guerras que no me llevan a ninguna parte. Te perdono, Max.

—¿De qué guerras hablas? —Mi instinto protector se accionó en cuanto supuse que debía de referirse a algún problema y que no se trataba de nosotros.

—Max... —me advirtió con una sonrisa conciliadora—. No empieces.

—Está bien. —Alcé las manos en son de paz—. Creo que es deformación familiar.

—No soy de tu familia, no debes protegerme. —Se alejó para colocar la bolsa en un rincón y se limpió las manos en los vaqueros—. Creo que esto ya está, mejor me voy.

«¡No, no puede irse, no puedo dejarla marchar, así no!».

—Por favor, quédate.

—¿Para qué?

No sabía qué contestarle. ¿Para qué? Eso mismo debí haberme preguntado antes de pedirle nada; hacía unos instantes le decía que merecía a alguien mejor que yo y ahora pretendía retenerla a mi lado... ¿con qué excusa?

—Te acompaño a casa. —Me dirigí a la puerta, derrotado, esperando a que me siguiera.

—Por eso creo que eres un cobarde, Max. Jamás te abres, tu intención es la de pedirme perdón y, sin embargo, me quedo igual que siempre, sin saber qué pasa por tu cabeza, qué sientes... ¿Alguna vez he sido algo más que un polvo para ti?

Su voz rota, las duras palabras, todo el tiempo sin besarla, sin abrazarla... No debía hacerlo, no debía forzar la situación, pero con ella era imposible resistirme. Acorté la distancia que nos separaba de dos zancadas y la abracé con fuerza, como si me fuese la vida en ello. En cuanto su cuerpo menudo encajó con el mío, solté el aire que retenía y me empapé de su olor fresco y de esa calma que ella me regalaba con su sola presencia.

—Soy un tarugo, siempre lo he sido, y maldigo el día en el que tu camino se cruzó con el mío, porque nunca debería haber sucedido. Eres demasiado buena para mí, mereces el cielo y toda la suerte del mundo, no a este idiota que ni siquiera sabe expresarse. Eres... eres... —La miré a los ojos y me perdí: en ellos había una súplica que me arañó en el alma por haberle hecho tanto daño—. Eres única, dulce Am.

No recuerdo si fue ella, o quizás yo; tampoco recuerdo el tiempo en el que ambos nos miramos mientras dejábamos salir todo aquello que nunca nos habíamos dicho, pero sucedió: esa noche todo encajó. Sonaba a eco de despedida, a un adiós con perdón. Dejamos de luchar porque ya no tenía sentido. Allí, en aquel local de ensayos donde todavía resonaban las notas de nuestros temas, soñamos con algo que nunca sería, aferrados el uno al otro como una tabla de salvación.

Finalmente nos besamos.

En cuanto nuestros labios se unieron y noté el sabor dulce de su lengua rozando la mía, me dejé llevar; no había ningún otro lugar donde quisiese estar, no había ninguna otra persona en el mundo a la que necesitase como a ella esa noche.

—Am... —susurré sobre su boca en un breve instante de lucidez.

—No pares, Max, no pienses, llévame lejos... —Me acarició el cuello con sus dedos finos y me estremecí cuando me besó de nuevo.

Decidido a cumplir sus deseos, la cogí en volandas y le arranqué una carcajada al pillarla desprevenida. La llevé hasta el sofá, que había tenido tiempos mejores, y la deposité sobre mis caderas a horcajadas, mirándonos, bebiéndonos como si se nos escapasen los segundos, como si adivinásemos lo que sucedería poco después.

Le acaricié el pelo y memoricé cada rasgo de su rostro. Sus ojos me gritaban en silencio; en aquellos momentos no entendía qué ocurría, por qué estaba tan triste. Lo achaqué a mi comportamiento, a mis malas decisiones en el pasado. Estaba tan equivocado...

—Eres tan guapa... —Besé su cara con reverencia—. Me vuelves loco.

—Necesito... Yo te necesito, Max...

¿Cómo negarle algo que quería tanto como ella?

Le saqué la boca con un hambre increíble. La había echado tanto de menos que soportar tenerla sobre mi polla a punto de reventar era casi un milagro. No sabía si iba a ser capaz de aguantar un asalto. Antes de que se arrepintiese le levanté la camiseta y le descubrí un pezón, que me estaba esperando enhiesto y más impaciente que mi entrepierna. Lo chupé; gemí cuando ella se contoneó.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó.

—Todavía no he comenzado, dulce Am. —Soplé sobre el otro pecho y ella soltó un jadeo—. Vamos a viajar lejos de aquí.

Le arranqué la camiseta y el sujetador tan rápido que su piel se erizó al contacto con el ambiente frío. Me quité el jersey y la tumbé boca arriba para cubrirla. Me miró con una sonrisa pícaro y me mordí los labios.

—Eres jodidamente preciosa. —La besé.

—Siempre tan delicado y romántico, Max —dijo con los labios algo hinchados.

—Espera, que aún no has visto nada. Voy a ser tan dulce como el almíbar. —Dejó escapar un gemido cuando le quité los vaqueros, y, con las braguitas aún puestas, le cubrí el sexo con la boca—. Estás tan húmeda...

Le quité la prenda interior y a continuación terminé de desnudarme yo. La contemplé unos segundos antes de volver a la carga y lamer cada rincón de su cuerpo. Balbuceó algo, pero no presté atención a lo que decía porque estaba muy ocupado deleitándome con su sabor, que había echado tanto de menos. Llenamos la noche de gemidos y suspiros. Apenas me quedaba un hilo de contención; tuve que hacer acopio de toda mi voluntad para no penetrarla de una estocada cuando se corrió en mi boca.

—Me encanta verte así —susurré sobre sus labios con la respiración agitada mientras me colocaba sobre ella.

—No pares... —gimió, con los ojos nublados por el deseo—, por favor.

Estaba tan caliente que casi la penetré sin ponerme protección. Entonces se me encendió la bombilla.

—¡Mierda! —Me senté de golpe en el sofá a la vez que me tiraba del pelo—. No llevo condones. ¿Tú tienes?

—¡No! —Se incorporó—. ¿Vas a decirme que no has usado ninguno últimamente?

La miré, sorprendido.

—Pues claro que no. ¿Y tú? —Se le escapó una carcajada y yo la imité, soltando una risotada, porque estaba preciosa.

—Somos idiotas perdidos. No, yo tampoco. Anda, busca bien, porque es inviable que nos quedemos así. —Dio un salto y se puso sobre mis caderas—. I-m-p-o-s-i-b-l-e.

Reí con ganas y me agaché con ella para coger mis pantalones del suelo; saqué la cartera para rebuscar en su interior; seguro de que no iba a encontrar nada de nada. No había vuelto a acostarme con nadie desde la última vez con ella, por lo que no había necesitado ninguno. Ella se rio cuando abrí un apartado de donde saqué dos condones que estaban un poco hechos polvo; ni siquiera recordaba haberlos metido allí. En cuanto comprobé el envoltorio solté un bufido, frustrado, cuando vi la fecha de caducidad.

—Mierda, están caducados.

—A ver... —Los cogió y leyó la fecha—. Solamente de unos meses. Esto lo ponen por obligación; probablemente no pase nada.

—Am, si ponen las fechas es por algo.

—Sí, para que consumamos más productos.

—Total, ¿qué puede pasar? ¿Que te quedes embarazada?

—Déjate de rollos y ábrelo.

Abrió uno bajo su atenta mirada y me lo enfundé.

—Cierto, está en perfectas condiciones, y mi polla, a punto de reventar.

—¡Oh! Ahora sí que me ha llegado, me has tocado la patata —rió con los ojos muy abiertos.

—Ven, que te va a llegar algo mejor.

La alcé con delicadeza y la dejé caer lentamente sobre la punta roma. Siseé cuando la penetré por completo, y tuve que quedarme unos segundos quieto para no eyacular. Contemplé sus pechos perfectos cubiertos por una capa de sudor y los acaricié con reverencia.

—Pide un deseo, dulce Am —susurré sobre su boca entreabierta.

—Llévame lejos...

Y viajamos hasta el infinito.

Aquella noche nos regalamos algo más que sexo. Gastamos los dos preservativos, pero hicimos más cosas con otras partes de nuestros cuerpos hasta que despuntó el alba. Hablamos mucho, como no habíamos hecho hasta entonces, y nos despedimos en la puerta de la residencia de la universidad sin decirnos adiós, con un «hasta pronto».

Ahora ella no estaba.

Suspiré al recordarla y me re coloqué la enorme tienda de campaña que se me había formado bajo el pantalón de chándal. ¿Por qué me hacía aquello? ¿Por qué me torturaba de esa forma?

«Si no hubieses sido tan idiota, si hubieses prestado atención a lo que sentías...».

¿Qué estaría haciendo ella ahora? ¿Sería feliz?

3

AMANDA

AL OTRO LADO DEL ATLÁNTICO. EN UN CUARTO DE BAÑO DE LONDRES...

«Positivo. Positivo. Positivo».

Observé la cenefa de papel despegada del techo, que debió de ser bonita unos veinte años atrás. El olor a ambientador barato y el goteo del grifo no me dejaban concentrarme. Volví a comprobar las tres pruebas, las que me habían dado la peor noticia de mundo, la última que necesitaba en esos momentos, y cerré los ojos con fuerza, como si haciendo aquello pudiese borrar la verdad. Abrí los ojos de nuevo, y me saludó la imagen del moho de la cortina de la ducha, que dibujaba unas formas extrañas. Decidí que esa misma tarde iría al pakistani de la esquina a comprar una nueva: si nos rozábamos con ella contraeríamos tres o cuatro enfermedades mortales, como mínimo.

Un carraspeo me trajo de vuelta a la realidad, y vi que Jess me observaba muy seria. Sabía lo que estaba pensando, pero ella no podía estar más equivocada. Eso tenía que ser una maldita equivocación.

No. No había margen de error. Tres pruebas, la cara de estupor de mi hermana, el sudor que me resbalaba por la espalda y las repentinas ganas de vomitar que me asaltaron lo corroboraban. Aquello era tan real como la suciedad que cubría la taza del váter.

—¿Cómo ha ocurrido, Amanda?

—Tengo una ligera idea, aunque entiendo que esa pregunta es fruto del impacto, ¿verdad? —le dije a mi hermana mayor con la cara del mismo color blanco que los azulejos de aquel baño asqueroso.

—Esto es lo último que necesitamos, ¡maldita sea!

—¿Qué voy a hacer, Jess?

—Qué vamos a hacer —puntualizó—. Necesito... necesito pensar... Yo...

Dio un portazo al salir que reverberó en mi cuerpo y me caló hasta el tuétano.

Recogí todas las pruebas de embarazo, una a una, siguiendo el ritmo del goteo, hasta que la bilis trepó por mi esófago, y corrí para no vomitar en el suelo de linóleo. Por lo menos ya sabía a qué eran debidas las náuseas que sufría desde hacía unas semanas. Sonreí entre arcadas y, cuando se me pasaron, me limpié, raspándome los labios con el papel higiénico. Si todavía tenía sentido del humor, no estaba todo perdido, ¿verdad? ¿Cómo había ocurrido? Siempre habíamos tenido cuidado...

«Los condones caducados».

Me di una palmada en la frente al recordar aquel pequeño detalle. Al enjuagarme la boca noté el sabor a cobre de las tuberías y cerré el grifo con fuerza. Observé cómo se me ponían blancos los nudillos al apretar la pieza de acero oxidado y maldije en voz baja.

La noche anterior la había pasado en vela por un incesante goteo sobre la cerámica del lavabo. Llovía sin cesar y mi humor empeoraba con el paso del tiempo. En ese país no veías el sol ni en postal. El día anterior nos habíamos cambiado a aquella habitación alquilada, donde había un cuarto de baño y un equipamiento de cocina que consistía en un hornillo viejo. Ese barrio era más económico, aunque también más deprimente.

Me había pasado todo el día temiendo que llegara el anochecer, porque entonces debería enfrentarme a la realidad; en cuanto Jessica volviese del trabajo hablaríamos sobre «mi asunto». Jessica se pasaba la jornada en la compañía de teatro, y acababa tarde, además de derrotada, tras la última función. Yo no podía ponerme a trabajar hasta que Tracy, nuestra hermana pequeña, empezara el colegio, pero el papeleo

nos estaba dando más quebraderos de cabeza que el viaje de casi veinticuatro horas desde Kansas hasta Londres, con las dos escalas incluidas. Al mirar por la ventana descubrí un cielo oscuro y sin estrellas que cubría los edificios, empapados como un cartón abandonado en un charco. Solucionaríamos el problema cuanto antes. Cuanto más tiempo transcurriese, peor sería...

Me rocé, distraída, el vientre y aparté la mano como si me hubiese dado un calambre. Salí disparada hacia el cuarto de baño.

—Qué suerte... Al parecer, te estás habituando al nuevo hogar, mi dulce Sunshine —dijo Jess más tarde, una vez hubo llegado del trabajo, mientras yo seguía con la espalda inclinada sobre la taza.

Mi hermana mayor siempre se había caracterizado por rebautizar todo y a todos. A mí me había apodado «Sunshine», porque decía que aportaba luz a los días grises, como la canción de los Temptations, My girl. La pobre no sabía que yo intentaba aligerar su carga... Pero, en realidad, había algo que a mi hermana se le daba todavía mucho mejor: ser sarcástica.

Me giré cuando ya no me quedaba nada en el estómago y cogí una toallita húmeda para limpiarme. A esas alturas tenía la cara en carne viva por culpa de aquel papel higiénico barato. Me recorrió un escalofrío cuando vi el agua a los pies de Jess y un paraguas roto en su mano.

—¿Un mal día? —pregunté.

—Por lo menos espero que mereciese la pena, porque esto nos rompe los esquemas por completo —dijo, volviendo a «mi asunto».

—No seas tan borde —dije con rabia.

—¿Cuántas veces te he repetido que tuvieses cuidado? —preguntó enfadada.

—Tuve cuidado —afirmé, medio convencida, ahora que ya sabía el motivo de nuestro tremendo error.

—Am, si eso fuese cierto, no estaría creciendo un bebé en tu útero.

—¿Qué vamos a hacer, Jess? —susurré.

No fui capaz de retener el nudo que me había atenazado la garganta durante todo el día. Ahogué unos sollozos para evitar despertar a Tracy, y Jess me consoló:

—No te preocupes, Sunshine; tengo un plan. Un buen plan...

El embarazo fue complicado; tenía reflujos constantemente, ciática y unos altibajos de humor que me volvían una persona horrible. Mi cuerpo había sufrido unos cambios tan brutales que apenas reconocía a esa chica con ojeras violetas y cara de pena que me devolvía el reflejo del espejo del baño todas las mañanas. Las circunstancias personales no ayudaban en nada, ya que la culpabilidad era mi pan de cada día. Lo tenía para desayunar, comer, merendar y cenar, incluso me servía una pequeña ración de madrugada cuando despertaba empapada en sudor después de uno de aquellos sueños apocalípticos.

Cada día me acordaba de él, de esa última noche de febrero que habíamos pasado juntos, de la desesperación y el perdón. Pobre Max, ajeno a todo, a salvo de los miedos que me atenazaban... Me embargaba la tristeza; no podía negarlo, pero era así. Entonces me di cuenta de que debía hacer algo por mi hijo. El ginecólogo me comentó que aquello afectaba al bebé, y eso me hizo salir de aquel trance: no podía seguir haciéndole eso...

Baños de luz; así fue como comencé a mejorar, con unos paseos matutinos en los que la luz de sol me servía de terapia. El siguiente avance consistió en cuidar la alimentación. Jess se convirtió una experta en comida mediterránea, la mejor que había probado nunca. Qué bien se comía en ese país...

El sueño... Bueno, eso no fue tan fácil de solucionar. Entonces conocí a Tono, mi profesor de yoga. Era la pareja de Marta, mi terapeuta; lo vi a la salida de una consulta y ella me lo presentó, y él me invitó a probar una de sus clases de yoga para embarazadas. Pasado un tiempo descubrí que había sido una encerrona. Menos mal que Marta sabía bien lo que hacía. Fui ganando calidad de sueño, y las pesadillas empezaron a desaparecer. Además, seguía empeñada en continuar con los estudios; eran un clavo ardiendo al que me agarraba a pesar de que me abrasaba, pero era mi única opción: ser alguien para él, tener algo que ofrecerle. A mi pobre niño.

Los nueve meses pasaron en un suspiro. El miedo que experimenté mientras me llevaban al quirófano cuando me puse de parto se podía comparar a esos momentos de la infancia en los que necesitas a tus padres contigo porque temes por tu vida. La única pega era que yo no los tenía conmigo. En la sala de espera se habían quedado Jess y Tracy, mi única familia, y yo me sentía más sola que nunca, a punto de tener un niño, y su padre ni siquiera lo sabía.

Todos los temores quedaron disipados en cuanto me pusieron a un precioso bebé en los brazos, y me inundó un amor increíble al ver su carita redonda.

—Bienvenido al mundo, pequeño. Tu madre te quiere con locura, Dan.

4

MAX

SUN CITY. UN AÑO ANTES...

Si había algo que me gustaba de los fines de semana eran las visitas de mis hermanos. Leah había venido esa misma tarde con Nathan; los ratos muertos con el rockero, su novio y mi mejor amigo eran los mejores. Estaba deseando sentarme con mi colega y que me pusiese al día. La soledad siempre había sido mi mejor aliada, pero desde que la había conocido a ella, ya no me apetecían tanto esas horas de silencio que antes me calmaban.

Una noche, mientras me balanceaba plácidamente en la vieja mecedora, contemplé a Nathan, que intentaba afinar mi guitarra.

—No puedes dejar esta joya por ahí tirada, colega. Casi me da un infarto cuando la he visto.

—¿Crees que tengo tiempo para chorradas? —pregunté con retintín para sacarlo de quicio.

—¿Criis qui tingui tiimpi piri chirridis...? ¡Bah! Eres un verdadero coñazo, tío. ¿Qué ha pasado con el Max que conocía? Y no te hablo del cazurro con el que me di de hostias.

Me dio con el pie, y yo le devolví el golpe.

—No lo sé —contesté después de darle vueltas. Era cierto, no tenía ni idea, pero no era ni una sombra de aquel idiota que creía en los sueños, en vivir de la música, en alejarse de allí...

—Max, tienes que dejar de hacerte esto... —Suspiró—. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que no sales? Ya sabes...

—No recuerdo. —Me encogí de hombros.

—Sobre «lo otro» ya ni te pregunto.

—¿Desde cuándo te has vuelto un cotilla? Entre tú y Leah me tenéis frito.

—Nos preocupamos por ti; es lo que sueles hacer por los que te importan, ¿comprendes? —contestó, sin dejar de afinar mi guitarra.

—Estoy bien.

—¿Sigues pensando en ella?

Negué con la cabeza. Mentía, pero no me apetecía abrirme en canal, ya lo

había hecho en el pasado. De todas formas, daba igual lo que pensase: ella estaba en otro continente, tenía otra vida, a casi un mundo de separación.

—Leah dice que ha estado en París con sus hermanas. Le envió unas fotos desde la Torre Eiffel —continuó—. Y, por lo visto, está a punto de terminar un grado a distancia.

—Mi hermana y tú sois unos metomentodos que hacéis que mi madre parezca una aficionada —atajé—. ¿Crees que no me lo ha contado? Incluso me ha enseñado la foto.

Hacía mucho tiempo que no la veía, y me encantó contemplar esa pequeña ventana a su vida. Era una fotografía en blanco y negro, donde posaba con el monumento a su espalda por la noche. Me quedé sin saber qué decir a mi hermana, porque aquella chica no parecía la misma que había conocido tiempo atrás, la misma con la que había compartido algo que ni siquiera se podía tildar de relación.

Solté el aire con fuerza y me estiré para desentumecer los músculos doloridos por el duro trabajo.

—Anda, vamos a cenar a Buster's. Llama a la enana y dile que pasamos a recogerla en cinco minutos.

—Pero tu madre, la cena... —balbuceó.

—Tranquilo, mi madre no te dará con el rodillo si no te comes lo que ha preparado.

Buster's era algo así como el descanso del guerrero. Allí nos reuníamos algunos de los parroquianos para comentar cosas de rancheros. No iba muy a menudo, solo cuando la desesperación me atrapaba. Solía llevarme bien con la soledad, aunque a veces me recordase que tenía que relacionarme con otros seres vivos no vinculados con el rancho para seguir siendo una persona.

Normalmente podía ver a Belinda, mi amiga de la infancia, y a las chicas en la mesa que había al lado de la máquina de música, con sus jarras de cerveza helada, muertas de risa por algún chisme sin fundamento. Aquel era un pueblo pequeño, con pocos habitantes, pero no por ello escaseaban las movidas como para rodar series de sobremesa durante años.

Leah sonrió cuando entramos en el local y nos recibió el olor a comida, además del ruido ensordecedor. Se notaba que hacía mucho tiempo que no venía. Nathan la miraba embobado, por lo que tuve que darle una colleja para que continuase avanzando. Saludé a Oneida, la veterinaria, que volvía de hablar con un vecino, antes de sentarnos en la única mesa libre.

—Belinda está guapísima —comentó mi hermana antes de que pudiese

quitarme la chaqueta.

—Sí, y le siguen gustando las mujeres, Leah. —Le guiñó un ojo.

—Es que todavía estoy asombrada, antes salías con muchas chicas —insistió al ver que cogía la carta.

—¿Por qué no vas directa al grano? —pregunté, arrancándole una carcajada a Nathan.

—Uno a cero, gana Max —apuntó el rockero.

—Mamá dice que trabajas sin cesar, que no sales, que no te diviertes. —Soltó el aire con resignación—. Está preocupada, y yo también.

—Tengo muchas responsabilidades. He dado un giro al rancho, y eso, querida hermanita, no se hace de un día para otro.

—Lo sé. Estoy muy orgullosa de lo que has conseguido. Jamás hubiera pensado que tu apuesta funcionase.

—Gracias por la sinceridad. —Sonreí al ver la cara roja de Nathan, que se estaba aguantando la risa ante la incomodidad de mi hermana. A la pobre se le daba fatal disimular.

—Tienes que reconocer que era arriesgado. Cuando me pediste mi opinión, lo rechacé de pleno. Hice cálculos, mediciones...

—Te equivocaste. No pasa nada, enana. Que seas un genio no implica que debas saberlo todo.

—No seas pretencioso, Max. —Sacudió las manos—. Vender todo el vacuno a precio regalado para comenzar de cero con otro tipo de producción parecía un suicidio.

—Lo que hubiera sido un suicidio para el negocio familiar habría sido continuar como estábamos. Ahora hemos ganado prestigio. Reses para fecundación, toros inmejorables para la reproducción... Los pastos...

—¿Y tu vida? —atajó la enana.

—No he dejado de respirar, ¿no? —Llamé a la camarera, porque aquella conversación comenzaba a tocarme las narices.

—Bueno, no sé si sería lo mejor, porque limitarte a dejarte la piel allí y ya...

Observé cómo se cruzaba de brazos con satisfacción. Tenía razón, pero debía aclarar algo antes de que empezara a soltar cosas de cuentos de hadas y arco iris.

—Me dejo la piel porque tienes unos padres y unos abuelos que necesitan una vejez digna. También porque nadie más lo va a hacer. Además, porque es lo único que sé hacer... ¿Sigo?

—Max...

—Leah, ya es suficiente. Quiero pasar una noche tranquila con vosotros, sin

malos rollos ni discusiones.

Por suerte, las labores de investigación de mi hermana pequeña se quedaron en un intento fallido. Antes de acabar de cenar, Belinda se sentó en nuestra mesa y nos puso al día de algunos de los mejores chismes del momento. Nathan estaba alucinado, y no era para menos: mi amiga se enteraba de muchas cosas porque regentaba una tienda en el pueblo. Por otro lado, hacernos reír con sus tonterías tampoco se le daba mal.

Hacía tiempo que no pasaba por su negocio. Quizás mi hermana tenía razón en que iba siendo hora de volver a la carga. Necesitaba airearme un poco y, por qué no, echar un buen polvo. ¡Dios! Cada vez que pensaba en el sexo, me venía a la mente una imagen de Amanda. ¿Cómo iba a superarlo?

«Es hora de pasar página».

—Belinda, ¿qué sabes de la nueva profesora? He oído que está soltera — pregunté a mi amiga, a la que se le ensanchó la sonrisa al instante.

—Soltera y cañón, querido Max... Deja que te cuente algunas cosas...

5

AMANDA

PRESENTE. MEDIADOS DE JUNIO. KANSAS CITY

Podría decir que el reencuentro fue formidable, pero en realidad se asemejó a una descarga de decepción en toda regla. Después de un arduo trabajo de casi dos años y pico con mi terapeuta, de buscar mi reconocimiento personal y un largo etcétera, regresé a los diecinueve años, cuando me reencontré con mis amigas, y no en el buen sentido. Habíamos mantenido el contacto durante todo ese tiempo, y había intentado estar al día con ellas, aunque había algo que no les había explicado. De ahí que se mostraran un poco... molestas.

Brenda daba vueltas por el salón de su precioso *loft*, y yo intentaba controlar a mi hijo, que se había vuelto loco con tanto adorno y tantas cosas llamativas a su alcance.

—Supongo que debes de tener una buena razón para haber evitado contarnos algo sobre la existencia de Dan. Porque, de verdad, no consigo entenderlo —dijo la pelirroja.

—En realidad, no —improvisé a la carrera. Llevaba un discurso preparado de forma minuciosa, que se fue al garete en cuanto tuve que lidiar con el mal humor de mis amigas, unido a la hiperactividad repentina de mi hijo.

—Genial —bufó—. ¿No piensas decir nada, Leah?

Observé a mi otra amiga, que tenía el ceño fruncido y no dejaba de escrutar a Dan sin perder detalle.

—Es muy fuerte, son iguales... —aseveró.

El corazón me dio un salto en el pecho al escuchar esas palabras de Leah. No era broma. Se puso a bombear tan fuerte que llegué a pensar que se me pararía, que moriría joven y que dejaría un niño huérfano.

—Eso lo trataremos más tarde, querida, ahora céntrate. —Brenda la sacudió de forma teatral, y sentí una punzada de celos al percatarme de la buena sintonía entre ambas—. Debemos hacer que se sienta peor que una rata de cloaca.

—Estoy aquí, ¿recordáis?

—Te jo... —interrumpió Brenda; entonces miró al niño— fastidias. Eres peor que la peste, peor que un dolor de muelas, peor que el final de *Lost*, peor que...

—Vale, lo he captado —la corté.

—¿Por qué no nos calmamos las tres? —intercedió Leah—. Esto cambia ligeramente los planes.

—¿Te haces una idea de lo ridícula que me siento? —me preguntó Brenda, sin hacerle caso. Entendía que estuviese ofendida: nuestra relación era muy estrecha después de haber compartido habitación en la residencia de la universidad durante el primer curso.

—Lo lamento; quería decíroslo, pero no sabía cómo. Pasó el tiempo y la pelota se hizo cada vez más grande...

—Nos has mentido —continuó—. Amanda, hemos hablado una vez por semana todo este tiempo, excepto aquellas cuatro semanas que estuviste sin Internet... ¡Venga ya! ¿Fue cuando nació Dan?

Asentí avergonzada. Me juré que no lloraría, pero estaba a punto de comenzar a hacerlo, y sabía que si me dejaba llevar no iba a poder parar.

—Os debo muchas explicaciones, y prometo que os las daré, pero ahora necesitaría cambiar al niño y darle de cenar...

Ambas se miraron sin saber qué decir: me imaginaba que las obligaciones maternas eran tan extrañas en su rutina que aquello sería algo nuevo. No les pude prestar más atención porque en ese preciso instante mi querido hijo comenzó a llorar cuando le quité una máscara exótica que había en una estantería baja, y se lanzó al suelo enfadado. Estaba agotado y muy irritable después del largo viaje en avión desde Madrid hasta Kansas, con una escala incluida. Yo no andaba mucho mejor, aunque tampoco tenía pensado protestar: preveía una noche larga y dura.

Dos horas más tarde conseguí dormir a Dan, y salí del cuarto de invitados que me había preparado Brenda para pasar aquellos días. Me apoyé en la barra americana de la cocina; las observé en silencio mientras abrían una botella de vino y servían la cena que habían preparado. Reían por algo. Leah le dio un golpe de cadera a la pelirroja. Bromeaban en muy buena sintonía. En el otro lado del acantilado se había puesto el sol, y me estremecí al darme cuenta de que yo misma había dinamitado el puente que unía ambas partes. Iba a tener que hacer un gran trabajo para conseguir que me aceptaran de nuevo. Las había echado tanto de menos... Estaban a unos pocos pasos y, sin embargo, las percibía tan lejos...

—Supongo que os interesará saber qué fue lo que ocurrió desde el principio. Pero en realidad es mejor que comience por el final —las interrumpí, aguándoles un poco el buen rollo que tenían entre ellas.

—Como quieras, Am, no tenemos prisa —dijo Brenda a la vez que me prestaban atención.

—Sé que puede parecer egoísta que aparezca justo para la boda con esta bomba, pero creedme si os digo que es el mejor momento.

—Va a ser divertido —rio Leah en un intento de apaciguar los ánimos.

—En absoluto, pero he tenido que atar muchísimas cosas antes de dar este paso. No ha sido fácil. He dejado en España a mis hermanas, un trabajo y un futuro porque necesitaba volver y solucionar esto.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Asentí hacia Leah—. Mi hermano... ¿Él es el padre?

—Sí —contesté. Observé cómo se dejaban caer, , en las sillas. Aquello iba a ser más complicado de explicar de lo que había supuesto siempre.

—Madre mía... —susurró Leah.

—Amanda, dos años y siete meses. Tienes un niño adorable de dos años y no nos has dicho nada al respecto. Es más: ¿qué sabemos de tu vida? ¿Hay algo cierto en todo lo que nos has explicado desde que nos conocemos? ¿Los viajes? ¿Las fotos? ¿Tus estudios? —atacó Brenda con fuerzas renovadas tras el impacto inicial.

—Muchas cosas son ciertas. Comprendo que estéis enfadadas, de verdad. Estáis en vuestro derecho, y si después de esta noche no queréis volver a verme, lo aceptaré.

Esperaba con todo mi corazón que no fuese así.

—Yo no puedo hablar de cosas importantes con hambre —interrumpió Leah—. Estoy histérica con el asunto de la boda, y, después de tu sorpresa, necesito comer algo ya... ¡Por favor, cuando se enteren en el rancho...!

Me mordí el labio inferior para no contestarle. Debía pensar muy bien cada palabra que decía, porque me encontraba en un terreno plagado de minas, y como diese un paso en falso, se iba todo al garete.

—¿Cómo sucedió? —preguntó Leah.

—¿Te refieres al embarazo?

Asintió. Me dejó un tanto descolocada la pregunta.

—Leah, no necesitamos tantos detalles... —rio Brenda, ahora más relajada.

—Chicas, ya sé cómo se fabrica un niño —bufó—. Me refiero a en qué momento. Porque, según teníamos entendido, mi hermano y ella habían roto, ¿o estoy equivocada?

Una oleada de imágenes me bombardeó cuando recordé ese instante, el de nuestra ruptura, y me asaltó un escalofrío. Nuestro romance, si es que se podía

catalogar como tal, duró pocos meses. Ellas habían sido testigos del momento en el que todo acabó entre nosotros. Pero desconocían algo que ocurrió tiempo después...

—¿Recordáis la fiesta sorpresa del cumpleaños de Nathan? ¿Aquel día de febrero? —Ambas asintieron sin perder el hilo—. Leah se fue con Nathan antes de que todo finalizara para darle su «otro regalo» de aniversario. Brenda terminó un poco perjudicada y se retiró con aquel chico con el que a veces se veía... El trasiego de gente se fue disolviendo, pero no me percaté, porque estuve charlando con aquella chica, Zaida, que formaba parte del grupo de Max y Nathan. Después ayudé a recoger el local; cuando quisimos darnos cuenta, nos habíamos quedado los dos solos. Max y yo. Charlamos, mucho, nos pedimos disculpas por todo... Creo que fue la primera vez que nos sincerábamos.

Suspiré, porque aquello me dolía como si acabase de suceder. El momento más bonito de mi vida junto al chico que me había robado el corazón. Esa fue una noche de entrega, de perdón, que quedó empañada por la inminente partida. Los dos nos dejamos llevar por las circunstancias. No debimos haber mantenido relaciones sexuales, pero, como siempre que ocurría cuando estábamos a solas, nuestros cuerpos tomaban el mando y dejaban a un lado la razón.

—¿Qué sucedió? ¿Os enrollasteis? —Leah interrumpió mis pensamientos. Parecía preocupada.

—Sí —afirmé, afectada.

—Amanda, cariño... —Brenda me abrazó. Con ese gesto me emocionó de tal forma que estuve a punto de romper a llorar. Ambas sabían que lo había pasado fatal meses antes, a causa de la ruptura con Max, y también sabían lo que podía haber supuesto para mí volver a caer con él.

—¿No tomasteis precauciones? —preguntó Leah, confusa.

Sonreí triste a mi amiga. La inteligente y fiel Leah, que necesitaba una explicación para todo... Incluso para aquello que no la tenía, porque ¿cómo podía hacerle entender que su hermano siempre había sido mi debilidad?

—Sí, todas las veces, pero fallaron. Estas cosas, por lo visto, ocurren —contesté. Vaya que si ocurrían... En la habitación de invitados tenía el resultado de aquello, dormido como un tronco.

—¿Veces? —cuestionó Leah de nuevo.

—Sí, veces. ¿Nunca has repetido la misma tarde con Nathan?

Mi amiga se sonrojó hasta la raíz del pelo y me hizo reír al recordar lo poco que le gustaba hablar de estas cosas.

—¿Por qué no nos lo dijiste? —Brenda me apretó la mano para mostrarme su

apoyo, y le correspondí, agarrándosela con cariño.

—Estaba asustada. No sabía qué hacer. Me enteré de que me había quedado embarazada cuando ya nos habíamos instalado en Europa. En esos momentos nada tenía sentido. Nuestra vida era un caos, y lo que menos tuve en mente debido a todos los inconvenientes fue manteneros informadas.

Las miré con un gran dolor; no quería que creyesen que había sido cruel o egoísta, pero debían entender la magnitud del problema y lo que supuso para mí.

—Nosotras no te habríamos juzgado, Am —concilió Leah—, somos tus amigas.

—Tenía miedo, por todo. No solo por el embarazo; nuestra situación familiar era muy delicada... —Suspiré para deshacer el nudo en la garganta que no me dejaba hablar bien.

—Tranquila, Am —me animó Brenda.

—Conforme pasaba el tiempo, algo que debía ser fácil se fue complicando. ¿Nunca habéis oído hablar de eso de que la pelota cada vez se hace más grande?

Asintieron, comprensivas, y eso hizo que se me deshiciera ese nudo agobiante.

—El embarazo fue muy duro —continué, navegando en el mar de recuerdos dolorosos—. Después de un tiempo en el que solo tenía unas horribles pesadillas, me vi obligada a acudir a un profesional. Yo sola no podía con todo aquello.

—¿Qué tipo de profesional? —preguntó la pelirroja.

—Mi hermana Jess sugirió que debía acudir a una terapeuta; se dio cuenta de algunos síntomas que a mí me pasaron desapercibidos; fue la mejor idea para evitar sufrir una depresión en el embarazo.

—Am... —Leah parecía realmente tocada con todo aquello.

Les relaté parte de aquel calvario, para que entendiesen lo que había vivido. Apenas habían pestañeado mientras les hablaba.

—Vaya, cuánto lo siento. Es difícil ponerse en tu lugar y juzgarte por algo que no vivimos. Discúlpame por haber sido tan brusca —dijo Brenda, que se mostraba muy afectada por mi relato.

—No, soy yo la que debe pedir os perdón por cómo he actuado.

—Ya basta de disculpas, eso ahora ya no importa. —Leah sonrió a la vez que volvía a llenar de vino las copas, después de haber acabado con la cena—. ¿Cómo fue el parto? ¿Y los primeros meses? ¿Es verdad eso que dicen de que apenas duermes y de que dar el pecho no se parece nada a lo que cuentan las fanáticas de la lactancia?

Solté una carcajada ante su bombardeo de preguntas, y fue entonces cuando vi

que comenzaba a estar algo afectada por el vino. Llevaba mucho tiempo sin beber, por lo que decidí parar en ese momento. La responsabilidad era un asco, y más si consideraba que todavía estaba en una edad compatible con las borracheras, las juergas y los desfases. Algo tan lejano e imposible como volver a meterme en mis vaqueros de antaño.

—Dan me lo puso difícil, aunque no esperaba menos, teniendo en cuenta quién es su padre. —Reímos.

—Va a ser muy interesante, porque nosotras somos gatitas indefensas al lado de su hermano. —Brenda me guiñó un ojo señalando a Leah, y estuve a punto de hacerle un corte de mangas, como hubiera hecho antes. Quizás no estaba todo perdido...

—Eso mejor lo dejamos aparcado de momento —prosiguió Leah, que parecía estar resolviendo un enigma—. Puedo hacerme una ligera idea de lo complicado que resultó.

—Aquellos fueron unos meses realmente duros; noches en vela, sentimiento de culpa por no poder darle el pecho, unas hemorroides inmensas que me hacían la vida imposible, manchas en la cara, sobre todo en la zona del bigote, que me hacían sentirme fea y estar amargada, caída de pelo... Acabé cortándome la melena; lloré como un bebé en la peluquería al ver los mechones en el suelo —relaté.

—Pues te ha crecido sano y fuerte, porque yo no noto nada —aseveró Brenda.

—Sufrí una leve depresión posparto. Lloraba a todas horas porque me sentía culpable. Se me daba tan bien que me convertí en una profesional.

—Vaya... —murmuraron al unísono.

Rememoraba aquel período con tristeza, porque no fui la mejor madre para mi hijo, pero lo había intentado. Me había obsesionado con el cuidado del niño y su salud; por suerte, contaba con mi hermana Jess, que me ayudaba con todo. Tener un apoyo fue fundamental en esos momentos, aunque el que necesitaba en realidad ni siquiera sabía de la existencia del bebé: su padre.

—Recordaba a Max cada día. Cogía el teléfono mil veces y lo volvía a colgar con las manos temblorosas. Había dejado pasar tanto tiempo que era incapaz de enfrentarme a la verdad: tenía miedo a que me rechazara, a que me odiara, a que despreciara al precioso ser al que yo mecía todas las noches con un único deseo: que su padre lo sostuviese en sus brazos y lo acunase con cariño. Me consideraba la peor persona del mundo.

—Am, mi hermano jamás... —Una lágrima solitaria corrió por la mejilla de Leah, y se me rompió el corazón por el daño que les había infligido a todos.

—Lo sé, ahora lo sé... —Les cogí las manos con ternura. Eran mis mejores amigas—. Necesito vuestra ayuda en esto; reconozco que no he sido justa, pero sin vuestro apoyo no seré capaz de seguir adelante.

—Lo tienes, por lo menos por mi parte. —Brenda miró a Leah esperando una respuesta.

—Y por la mía. Aunque no apruebe las formas, ese gordote rubio me ha robado el corazón y no tiene la culpa de que su madre sea una taruga.

Sonreí con alivio; si ellas estaban conmigo, podía con todo.

Después de casi tres años viviendo en una capital europea, circular entre maizales a gran velocidad con música de fondo hizo que se me revolviesen las tripas al instante. Cuando observé a Brenda a través del espejo retrovisor, ella me sonrió. Conducía rápido, pero no me atreví a pedirle que levantase un poco el pie del acelerador, porque era incapaz de hablar a causa del pavor.

Mi hermana Jessica había intentado advertirme del tremendo error que cometía al llevar al niño a Kansas. En realidad, tuve una lucha titánica con la familia al completo para que entendieran que, como Dan era mi hijo, me correspondía a mí tomar las decisiones. Echaba mucho de menos la sabiduría y entereza de mi padre en estos momentos. Él siempre sabía qué hacer o qué decir para que me sintiese mejor.

Cerré los ojos con fuerza e inspiré profundamente para que la nostalgia no se apoderase de mí en el asiento trasero de aquel coche enorme. Miré a Dan, que parecía entusiasmado con la canción *Drop ‘Em Out*, que sonaba en la radio, y casi me dio un infarto cuando me percaté de la letra. Era soez y de muy mal gusto.

—Brenda, cariño, ¿os importaría cambiar de emisora? —Señalé al enano, que daba palmas al son de la música.

—¡Ups! —Sonrió—. Eres un chico malote, ¿verdad?

—¡Tote! —le contestó él a mi amiga con una sonrisa; le había robado el corazón a la gruñona pelirroja.

Contemplé esa carita que iluminaba mis días. Me sequé mis manos sudorosas en los vaqueros.

«Todo va a ir genial».

Quizá que mi hermana me apodase Sunshine no era fruto del azar; quizá realmente me gustara buscarle el lado positivo a la vida. En caso contrario no estaría dirigiéndome al paredón con una sonrisa, porque así era como sentía que iba: directa a la boca del lobo... Reí al pensar en esa metáfora. ¿Cómo sería

ahora la vida del lobo solitario? ¿Estaría comprometido? ¿Seguiría siendo igual que cuando lo conocí?

Me había enterado de ciertos aspectos de la vida de Max por Leah, como, por ejemplo, que no se había casado, algo que no podía entender. Un tío como él, guapo, soltero, con trabajo estable... y que ahora tenía también un hijo. Sí, definitivamente me iba a matar.

—Chicos, cuando veáis un área de descanso o una gasolinera, por favor, ¿podrías parar? —comenté con un hilo de voz.

—Ostras, Amanda —dijo Justin, el novio de mi amiga, que se había girado—, tienes muy mala cara. ¿Te has mareado?

—Es el aire del campo, no le sienta bien. Nuestra Amanda es una chica de ciudad, ¿verdad? —intentó bromear Brenda para aligerar mi estado, sin mucho éxito.

—Algo así...

—No te preocupes, Am, seguro que Leah te ha allanado el camino estos días.

No era cierto. La promesa de nuestra amiga cuando se despidió de nosotras hacía unas cuarenta y ocho horas fue: «Lo siento, pero, como comprenderás, no voy a comentar nada de... del pequeño rubio gordito a mi familia. Después de todo este tiempo, es preferible el efecto sorpresa. Te lo aseguro».

Pero había venido a eso. A enfrentarme a las consecuencias de algo que no había hecho bien en el pasado. Algo que quería solucionar. Apreté el bolso y el sobre que había en su interior crujió.

«Todo va a ir bien».

6

MAX

Una de las mejores cosas de madrugar en el rancho era poder apreciar el silencio, tan solo roto por los mugidos de las vacas y el cacareo de alguna gallina salvaje.

Aunque hacía apenas una hora que había amanecido, el calor ya era sofocante. Aligeré el paso y me monté en el *quad* para dirigirme a la zona más alta de la propiedad. Un par de vacas estaban a punto de parir, por lo que quería localizarlas; era mejor tenerlas controladas. Cogí el transmisor, porque lo necesitaría más tarde para hablar con Paul, el capataz, ya que habría que acercarlas con el remolque.

Antes de ponerme en marcha escuché que alguien se acercaba corriendo. Sonreí al reconocer las pisadas del pequeño Cam.

—¿Qué hay, colega?

—¿Pensabas marcharte sin mí? —preguntó el muchacho mientras se calaba el sombrero.

—Creía que todavía estabas durmiendo —dije encogiéndome de hombros.

—Nunca duermo hasta tarde, Max, ya lo sabes.

Y era cierto: aquel chico cargaba con tanta desdicha en su vida que me parecía extraño que incluso fuese capaz de conciliar el sueño.

—¿Subes?

—¿Hoy no sacas a Bonnie?

—No, debe descansar; ayer trabajó mucho.

—Ajá —contestó.

Se me encogió el estómago cuando lo escuché. Me recordaba tanto a su padre... Me gustaba la calma, y Cam, que era un crío listo, había aprendido pronto a respetarla. Nos habíamos hecho cargo de él desde que su abuelo se puso enfermo. Mis padres llamaron a las autoridades que se encargaban de aquellas cosas, a la Administración de Asuntos de Niños y Familias, a pesar de que yo les intenté quitar la idea de la cabeza. El chico pertenecía a estas tierras, y si su madre se dignaba a volver algún día, él estaría aquí esperándola. Su madre... Menuda arpía. Si mi amigo Cameron levantase la cabeza... De momento, estaba

de acogida revisable en casa de Paul y su mujer, Lauren. Aquí en el rancho. Este era su hogar.

Nos costó un buen rato encontrar a las dos angus negras que se confundían en las sombras de un árbol. En verano era habitual que los animales se refugiaran en cualquier lugar fresco. Y eso que todavía era temprano. Las estudié con detenimiento y cogí el transmisor.

—Paul, ¿me recibes? —Esperé un rato y lo intenté de nuevo—: Mueve ese culo peludo si no quieres que baje a pateártelo.

Cam rio, y me hizo sonreír.

—Llevo levantado desde el alba, rubito. ¿Qué mosca te ha picado? —contestó la voz del capataz al otro lado del aparato.

—Tenemos que bajar a dos chicas al cercado próximo a los establos. Creo que una de ellas puede tener problemas.

—Sí, el ternero viene de nalgas —dijo, lo que confirmó mis sospechas—. ¿Aviso a Oneida?

—No será necesario.

—Vale, pues ya voy. ¿El chico está contigo? Se ha vuelto a largar sin decir nada.

—Sí, está aquí.

Miré a Cam, que agachó la cabeza avergonzado. Dejé el aparato en el asiento del *quad* y me quité el sombrero para secarme parte del sudor que comenzaba a perlarle la frente.

—Deberías avisar a Lauren y a Paul cuando salgas. Son muy amables contigo.

No contestó; tampoco esperaba que lo hiciera. Lo comprendía mejor de lo que él creía.

Después de dejar a las vacas preñadas en su nueva ubicación y de supervisar al resto del ganado por toda la finca, nos dirigimos a la casa grande. Me moría por un desayuno consistente, y seguro que mi madre se había esmerado de lo lindo con los invitados. Dios, cómo deseaba que volviese la tranquilidad de nuevo.

—¿Cuántos días faltan para la boda? —preguntó Cam mientras íbamos desde el granero a casa.

—Dos.

—¿Todavía queda mucha gente por venir?

—Aún tienen que llegar todos los invitados.

—¿Vendrá la pelirroja pecosa?

—¿Brenda? —pregunté, reprimiendo la risa—. Por supuesto, es la mejor amiga

de Leah. ¿Por qué lo preguntas? No te gustará esa chica, ¿eh, enano?

Lo pillé desprevenido y le froté el cuero cabelludo con los nudillos.

—¡Ay! Me haces daño, no seas bruto. —Lo solté con una carcajada—. No —continuó—, es que tengo que explicarle algo. El otro día descubrí, en el cerro del norte, un panel natural de abejas en el tronco de un viejo chopo.

—Ni se te ocurra, lo digo en serio; esa chica puede ser peor que un dolor de muelas.

Rio con ganas y se sacudió los pantalones vaqueros al llegar al porche delantero de la casa.

—Puede ser un poco pesada, pero tiene la sonrisa más bonita que he visto nunca.

—Lástima que viva con su novio y que podrías ser su hijo —dije muy serio para que viera que la conversación también lo era, aunque estaba a punto de echarme a reír.

—Algún día creceré.

—Vaya, vaya... —Silbé a la vez que dejaba el sombrero en el perchero del recibidor—. Sí que te ha dado fuerte, pequeño Cam.

—Tú no lo entiendes, y no soy pequeño... —contestó, molesto, entrando en la cocina—. Buenos días, Jossie. Eso huele de maravilla.

Los días felices se medían en buena comida, brisa fresca y una canción de fondo mientras cabalgaba a Bonnie. Sí, a Bonnie, mi caballo, también le gustaba la música como a mí.

Hacía una semana que no corría brisa fresca, y no me refería al calor sofocante: el ambiente se estaba cargando de voces, de risas, de caras nuevas y de complicaciones. Llevábamos unas semanas en las que el ritmo se había acelerado, y el ir y venir de personas ajenas a la propiedad me estaba volviendo loco. Los preparativos para la boda de mi hermana nos traían de cabeza. Por suerte, tiempo atrás había finalizado las obras de mi guarida; si todavía hubiese tenido que vivir en la casa grande, a esas alturas habrían acabado con mi salud mental.

Aún no había conseguido hablar gran cosa con mi hermana desde que había regresado de Lawrence, y andaba un tanto preocupado. No sé qué había pasado en la despedida de soltera, pero estaba rara de narices. Repasé mentalmente todo lo que había dicho y hecho en los últimos días, y, por mucho que me empeñaba, no lograba recordar nada que le hubiese podido molestar. Pero probablemente había algo: siempre metía la pata con ella.

«Ni siquiera tengo tiempo de mirarme en el espejo, ¿cómo voy a tenerlo para ofenderla? Tonterías, seguro que está nerviosa por la boda... Eso explicaría su extraño comportamiento».

Entré en la cocina preparado, de veras, aunque con mi familia nunca se estaba del todo preparado, porque cuando nos juntábamos todos siempre surgían problemas. Mi madre me miró por encima de las gafas y refunfuñó algo mientras revolvía con fuerza el guiso. Besé a mi abuela Sara, Nana, que me tendió un plato repleto de viandas con una sonrisa.

—Hoy está de un humor de perros —susurró en mi oído a la vez que dirigía una mirada de reojo a mi madre—. Esto de la boda la tiene un tanto nerviosa.

—Gracias por avisar, lo tendré en cuenta.

—Ya vas tarde, chico...

Antes de que pudiese preguntarle a qué se refería, Jossie, mi madre, volvió a mirarme como si hubiese cometido los siete pecados capitales.

—Ni se te ocurra comer nada de ese plato hasta que no hagas lo que te pedí ayer.

—Mamá...

—«Mamá», no, Max —me interrumpió—. Llevo toda la semana pidiéndote que saques el montón de estiércol que hay en la entrada. A dos días de la boda y todavía está todo hecho un asco.

—Vivimos en un rancho.

—¡Me da igual!

—Tú —señalé a Thomas, mi hermano mediano, que se reía mientras engullía el desayuno—, mueve ese culo de ciudad y acompáñame a cambiar la mierda de sitio.

—Max... —me advirtió mi madre, más enfadada aún.

—Mueve el trasero y ayúdame a cambiar las heces de ubicación, ¿mejor así? —Sonreí a mi madre, que se había puesto roja de irritación.

—Tú y yo vamos a tener una charla seria; no dudes ni por un momento que todavía soy capaz de ponerte en tu sitio —dijo, señalándome con el dedo.

—No, si no lo dudo, pero recuerda que fuiste tú la que me pediste que moviera ese montón de m... —me fulminó con la mirada antes de que acabara— caca de vaca para los parterres.

—¡Hace una semana y media! —vociferó—. ¡Jesús! Dame paciencia con estos chicos...

Me marché de la cocina y dejé a mi madre implorando al techo. Salí de nuevo y me calé el sombrero. Entrecerré los ojos, molesto por la luz, y esperé a que mi

hermano se dignara a aparecer.

—¿Por qué no mandas a uno de los chicos a sacar la basura de aquí, colega?

Medité antes de contestarle. De verdad, quería mucho a mis hermanos, pero a veces me sacaban de quicio.

—¿Cómo fue ayer el partido?

Thomas era jugador profesional de los Oklahoma City Thunder. El orgullo de la familia. Sabía de sobra el resultado del encuentro porque mi padre y mis abuelos no se perdían ninguno de ellos. Era algo así como ir a la iglesia todos los domingos: obligatorio.

—¿En serio? —Parecía molesto y sorprendido—. ¿Cuándo vas a dejar de hacer «eso»?

Bajé las escaleras con los resoplidos de mi hermano a mi espalda. Con «eso» se refería a mi mayor entretenimiento; me encantaba molestarlo, y era tarea fácil. Se encendía más rápido que la hierba seca en pleno agosto.

—¿Dónde está Paul? —preguntó cuando entramos en el garaje para coger el tractor con pala.

—Trabajando.

—¿Y Tadi?

Thomas se había acostumbrado a la vida de ciudad, a las comodidades y a la ropa buena. Cada vez que regresaba a casa, notaba más la diferencia con el pequeño Thom, al que solía limpiarle los mocos cuando lloraba después de que algún crío del pueblo le pegara.

—Deberías aprender a ensuciarte con dignidad, niño de ciudad. ¿O es que necesitas que otros lo hagan por ti?

—No me vengas con rollos. Tú también estuviste fuera mucho tiempo.

—Sí, pero ahora estoy aquí de vuelta, ¿cierto? —Lo miré con dureza—. Así que no me vengas con rollos.

Media hora después acabamos de retirar el estiércol, y antes de que pudiese regresar a casa de mis padres para tomar algo de almuerzo, vi cómo Nathan venía con una sonrisa a echarnos una mano.

—Me han comentado que os estabais divirtiendo. Traidores, ¿cómo no se os ha ocurrido avisarme?

—Lo que me faltaba, el otro ranchero de fin de semana... Anda, idos a pastar los dos —solté mientras cubría el tractor con una lona.

—A pastar no, pero a acabarme las tortitas, ni lo dudes.

Observé cómo Thomas se alejaba en dirección a la casa y sonreí.

—Ese tonto tiene suerte de ser bueno jugando al baloncesto, porque aquí sería

cadáver en menos de veinticuatro horas —dije.

—Muy pocas personas sirven para esto. Los rancheros sois una raza especial —contestó mi cuñado, reflexivo.

—¿Tú también?

—¿Qué quieres decir? —preguntó—. ¿Qué pasa?

—Que si tú también haces y dices cosas extrañas como mi hermana. ¿Debo comenzar a preocuparme?

—Menos mal. —Dejó escapar el aire de forma exagerada—. Pensaba que eran paranoias mías. Está superrara, ¿verdad? ¿Habrá hecho algo imperdonable en su despedida? ¿Te imaginas?

—¿Leah? Deja de alucinar, colega. No sé qué es, pero algo la tiene alterada.

—¿Será por la boda? Igual empieza a arrepentirse...

Observé a mi mejor amigo y le di un puñetazo en el brazo antes de que comenzase a desvariar a lo grande.

—¡Eh! Este es mi mayor tesoro, y te recuerdo que lo necesito para tocar la guitarra —me reprendió a la vez que se frotaba en el lugar donde lo había golpeado.

—No es por la boda, estoy seguro. Nunca había visto a una tía tan enamorada como ella. ¿Te recuerdo que la conozco desde que nació? Casi mea purpurina y vomita corazones.

—Eres un románticón, *cowboy*. Creo que vas a conseguir que me cambie de acera.

—Suelo tener ese efecto...

Rio con ganas mientras nos dirigíamos a la casa.

—¿Cómo llevas todo este jaleo? Debe de ser una mierda que hayamos invadido tu rancho para la boda.

—No es mío. Tenéis todo el derecho de hacer lo que os venga en gana.

—Max, deja de fingir conmigo, te conozco. Sé que te gusta tanto tener esto repleto de gente como a mí no poder beberme una cerveza con este calor.

Lo observé con admiración, de esa que siento por muy pocas personas, por no decir por nadie. El tío era exalcohólico; llevaba mucho de tiempo sin probar ni gota de alcohol, con alguna metedura de pata, pero nada serio, y merecía un altar.

—Mira, es importante para la enana. Por lo tanto, es importante para mí —sentencié.

—Esta tarde llegan parte de los invitados, ¿no?

—Imagino —dije con un encogimiento de hombros—. Mi madre me ha dicho

que debo estar presentable, duchado y con una sonrisa.

—¿Has vuelto a los ocho años, vaquero? —bromeó.

—Cómeme la... —Le señalé mi entrepierna.

—Más quisieras...

Salió corriendo antes de que pudiese patearle el culo. Aquel imbécil me hacía reír, y por eso ya era merecedor de mi tiempo. Además, quería a mi hermana con locura. Algo que me dejaba muy tranquilo porque sabía que la iba a cuidar mejor que nadie.

Subí las escaleras después de él, y me di cuenta de que una de las maderas del porche estaba suelta.

«Después, maldita sea, tengo hambre».

Di media vuelta hacia el granero en busca de la caja de herramientas. Ya comería en otra vida...

Al final, no me había dado tiempo de ir a comer como Dios manda. Uno de los trabajadores había venido a buscarme poco después de las doce por una historia con uno de los remolques, y aún estábamos liados con el asunto. Por lo visto, aquel era el día de arreglar desaguisados.

Paul me había advertido al respecto, pero con todo el movimiento de la boda me había olvidado de comentarles a los chicos que dejábamos el destete de algunas de las vacas para cuando pasara el fin de semana. Así que, según estaba establecido, se dirigieron con pienso para atraer a las madres y así poder separarlas de sus crías. Entonces uno de los remolques se había partido y todo su contenido se había derramado en el camino.

Cuando llegamos por la tarde al granero para poder dejar el remolque averiado, tuvimos que aparcar a un lado, ya que aquello parecía una manifestación. Había una ranchera de ciudad impoluta y el sonido de voces mezcladas con risas. Comprobé mi atuendo y me sequé el sudor en los bajos de la camisa, que aún parecían sobrevivir al polvo. Saludaría rápido y me iría a mi casa sin hacer demasiado ruido. Ya me perdonaría mi señora madre, pero no tenía humor para soportar el protocolo de bienvenida de los invitados. Total, yo no era importante; ¿qué más daba si no aparecía por allí hasta el día de la boda?

Reconocí su voz antes de verla.

Habían pasado tres años, pero una especie de descarga me recorrió durante una milésima de segundo, y, extrañado por esa reacción, tuve que cerciorarme de que todo estaba en su sitio. Me acerqué, atraído por la curiosidad, muy al contrario de lo que pretendía en un inicio, y me quedé como una estatua de sal en cuanto

divisé su silueta bajo los últimos rayos de sol en el cielo casi rosado. El impacto me golpeó con la velocidad de una pelota de béisbol en busca de un *home run* saliendo por la zona *fair*. Tres años sin apenas saber nada de ella y, de pronto, la tenía frente a mí con una sonrisa tímida y los ojos clavados en el niño rubio que llevaba en brazos.

Igual exageraba si decía que no podía moverme, pero era cierto. Nuestra despedida había sido a lo grande, con pasión y perdón. Sin hacer mucho ruido, como todo lo que hicimos en aquella época, y, ahora, mi cuerpo gritaba y algo me arañaba las entrañas para obligarme a hacer o decir algo. Joder, ¿ya tenía un niño? ¿Cuántos años podía tener, veinticuatro, veintitrés, menos?

No supe cuánto tiempo me quedé allí como un pasmarote, pero debió de ser más del estrictamente necesario, porque cuando quise disimular y aparentar que acababa de llegar, tenía todos los ojos clavados en mi atuendo polvoriento.

Busqué a Leah con la mirada, y al instante reconocí cuál era el problema. ¿Pensaba que me iba a sentar mal que la chica hubiese rehecho su vida y que fuese feliz con otro hombre y que se hubiese convertido en la mamá de un niño? Una mamá un poco joven, por cierto, pero ¿quién era yo para juzgarla?

Nadie...

Me acerqué con una sonrisa conciliadora, atrayendo la atención de Amanda. Estaba guapísima, incluso más que antes... Parecía muy cambiada; la vi mirar al niño y sonreírle. En ese momento mi madre balbuceó algo a lo que apenas presté atención porque quería acabar con aquello cuanto antes y largarme a descansar. Nathan silbó justo cuando pasé por su lado, y lo miré de reojo con el ceño fruncido. ¿Por qué estaban todos tan raros? ¿Es que nadie comprendía que aquello solo había sido una aventura de juventud sin importancia? Yo no me sentía incómodo, y esperaba que ella tampoco. Entonces, ¿cuál era el problema?

—Hola, Max, ¿cómo estás?

—Hola, Amanda, ¿qué tal el viaje? ¿Y este chico tan guapetón? —Rocé la mano del pequeño, que estaba apoyado en su torso, antes de dar a Amanda un abrazo de bienvenida, y fue entonces cuando el crío levantó la cabeza y pude verlo bien. Se hizo el silencio mientras tragaba saliva. ¿Eran imaginaciones mías o tenía frente a mí una réplica del retrato que había en el salón de cuando yo era un crío?

—Te presento a Dan. —Carraspeó—. Dan, saluda a Max.

—¡Mas! Este e Bo... —El niño señaló un peluche verde que sacudía con sus dedos regordetes, pero yo apenas podía respirar.

«¿Qué está pasando aquí?».

—¿Has venido sola? —conseguí preguntar, al fin, tras un incómodo mutismo.

Busqué como un loco al padre de la criatura y únicamente reconocí a Brenda junto al tipo con el que vivía, a nadie más.

—Con el niño... —dijo Amanda en voz tan baja que apenas la entendí—. Lo he traído para que conozca a su padre y a su familia.

Noté cómo perdía fuerza en las piernas, y tuve que hacer un gran acopio de voluntad para no caer de rodillas en el suelo. Me quedé sin aire y, por unos instantes, me olvidé de respirar.

—¿A su padre? —pregunté, o esa fue mi intención, porque apenas fui capaz de emitir más que esas tres palabras.

No recuerdo el tiempo que estuvimos allí parados, en total silencio, observando a aquel niño alegre que no dejaba de parlotear con una energía que a mí se me escapaba del cuerpo.

«No puede ser...».

Tampoco conseguí poner caras, ni nombres, a todos los presentes en esos momentos, porque estaba tan afectado que ni siquiera era capaz de hablar.

—Deberíamos entrar, chicos —comentó mi hermana con una expresión desencajada—. El niño debe de estar agotado.

Solo atiné a mirar a mi madre, que había perdido el estupendo color de su rostro, antes de sentir que un sudor frío me cubría por completo. De pronto, noté que un brazo me rodeaba los hombros y tiraba de mí hacia el granero. Rescatándome.

—Colega, vamos a tu casa: te voy a abrir una cerveza y nos vamos a relajar un poco... —Nathan hablaba en voz baja, y yo me dejaba guiar a mi refugio como un autómata.

—¿Qué acaba de pasar? —solté.

—Una campanada emocional, querido amigo. Una maldita campanada.

El cielo estaba despejado y salpicado de estrellas brillantes que resaltaban en aquel fondo oscuro. Nathan canturreaba en voz baja mientras se mecía en el balancín de mi porche.

—Si continúas con esa especie de nana, vas a conseguir que me duerma —dije antes de beberme el último trago de la tercera cerveza.

—Esa es la intención.

—El sueño no va a hacer que desaparezca la realidad.

—Voy a matar a Leah, joder —comentó.

—No, yo la voy a matar —suspiré—. Pero mañana: hoy estoy muy cansado.

—Tengo el móvil que echa humo. Debería regresar ya. No sé...

—Puedo cuidarme solo, Nat. Lárgate.

—Eso ya lo sé, la intención era que hablásemos. Estas cosas se me dan fatal. ¿Quieres hablar?

—Es la quinta vez que me lo preguntas. No, no quiero hablar. Solo quiero ducharme, cenar algo y meterme en la cama, porque antes de que amanezca debo comenzar a trabajar, y por mucho que me fastidie no saber qué está pasando, no voy a dedicar ni un minuto más de mi vida a esto.

—«Esto» es importante.

—No lo es. Por mi parte, no hay nada que discutir al respecto —aseveré.

—En la vida tenemos que asumir nuestras obligaciones.

—Exactamente, tú lo has dicho: «nuestras», «mías» —puntalicé, bastante molesto—. Que yo sepa, en este asunto no tengo ninguna responsabilidad.

—Pues solo nos falta una prueba de ADN, colega, porque el parecido es más que razonable—terció mi cuñado, y se levantó del columpio.

—Márchate ya, Nat —insistí—. No sé cuáles son sus intenciones, ni qué pretende. Pero yo tengo muy claro que no soy responsable de nada.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque siempre tomo precauciones, y ella no fue la excepción. Por eso y porque si pretendiese hacerlo pasar por mío, ya habría venido antes a decírmelo, ¿no crees? No sería la primera vez que veo algo similar... —Lancé la botella con rabia y escuché cómo se hacía añicos contra el suelo en el silencio de la noche.

—¿Qué quieres decir? ¿Has tenido más movidas parecidas? —preguntó casi con los ojos fuera de sus órbitas.

—Yo no, pero sí alguien muy cercano... Vete a casa.

Me levanté y de pronto me percaté de que no había sido muy inteligente beberme las cervezas sin haber comido nada desde el almuerzo. Bajé descalzo los peldaños del porche y me aventuré en el jardín para recoger los trozos de los cristales.

—¿Estás loco? Anda, métete en la ducha, ya me encargo yo.

—¿Tan mal huelo? —pregunté a la oscuridad de la noche antes de entrar en casa.

—¡Apesta! —gritó mi cuñado desde el jardín, haciéndome reír una vez más.

—Cuidado con los zorros de vuelta a casa: les gusta la carne de rockero tatuado llorón...

—¡Que te den!

Cerré la puerta y me fui al baño mientras iba dejando una huella de mi paso

con la ropa sucia que tiraba por el suelo.

«Al parecer, eso es lo que pretenden...».

7

MAX

El sábado llegó como un tornado, sin avisar y arrasando con todo. La música se oía incluso desde la parte más alejada de la finca, y el bullicio era tan insoportable que apenas podía calmar a los caballos en los establos. Paul me ayudó a llevarlos a un cercado aislado para que estuviesen tranquilos; los pobres animales no tenían la culpa de tener que compartir aquella charada de la que no formaban parte.

Mi madre había sido peor que una mosca en un día de calor: insistente, cansina y ruidosa. Pese a su perseverancia, no había obtenido nada de mí, porque me había limitado a desaparecer de la casa grande y sus alrededores durante las cuarenta y ocho horas previas a la boda. Nathan me había dicho que Leah estaba muy preocupada. La tía Annie había venido a casa para gritarme desde el otro lado de la puerta hasta casi quedarse afónica. Tadi sonrió cuando al fin me encontró, tras varias horas de búsqueda, la noche anterior. Buscaba algo de tranquilidad en uno de los prados más alejados. Si conocías las tierras y era lo querías, era muy fácil ocultarse.

Quizás podía parecer un cobarde, pero me daba igual. No le debía explicaciones a nadie. Nunca me había importado lo que pensaba el resto. Solo necesitaba que todo aquello pasase cuanto antes y que el silencio volviese a reinar. Cuando todo estuviese tranquilo, los caballos retornarían a los establos y yo, a mi vida.

Hacía tanto calor que me sobraba el traje, pero el día de la boda de mi hermana debíamos vestir de etiqueta, y no sería yo quien desentonase, no, señor.

Antes de bajar a la casa de mis padres, le llevé unas zanahorias a Bonnie, y sonreí cuando vi a Cam con traje, igual que el resto de los hombres de la familia. Negro de pies a cabeza, exceptuando el corbatín rojo vivo y la flor a juego. El sombrero Wrangler negro le iba algo grande. No obstante, todo aquello era secundario, ya que no pude evitar un ramalazo de satisfacción al ver a ese muchacho, que cada día se parecía más a mi mejor amigo, Cameron.

«Si pudiera verte, se sentiría tan orgulloso como yo».

Al entrar en la casa me recibió un estallido de colores y perfumes. El ruido era

tan brutal que tuve que cerrar los ojos e inspirar con fuerza para no huir a mi madriguera. Mis primas hablaban y se reían sin parar, los abuelos cruzaban gritos con parte de mis tíos en el salón y mi padre salía de su habitación con el corbatín en la mano en busca de alguien que pudiese atárselo. Crucé un saludo frío con él y continué hacia mi destino, con la clara intención de no ser interrumpido por nadie. Tarea titánica, dada la familia que tenía. Antes de llegar a rozar el pomo de la puerta de la habitación de Leah, recibí un pescozón en la cabeza y reí con disimulo para después girarme con cara de sorprendido.

—¡Eh! Nana, ¿se puede saber qué te he hecho?

—Ahora mismo te daría una zurra, idiota. ¿Esa es la educación que has recibido de tu familia? —dijo con los brazos en jarras.

—He estado muy liado, abuela.

—A otros con ese cuento, a mí no me engañas, y que conste que no he subido a tu casa para traerte de las orejas porque me duelen mucho las piernas —continuó, cada vez más enfadada.

—Nana, sé lo que me hago. Por favor, no estropeemos el día de Leah. —Sonreí con cara de niño bueno.

—Por eso has aparecido hoy... —Entrecerró los ojos y me señaló con un dedo —. Te va a salir mal la jugada. Ya lo verás, Maximilian.

La vi desaparecer ligera por el pasillo hacia las escaleras, haciéndome dudar sobre el dolor de piernas que decía sufrir, y del que no había oído hablar hasta entonces. Cabeceé divertido y me puse serio antes de llamar suavemente a la puerta con los nudillos.

Había llegado la hora...

La luz dorada entraba por la ventana y jugaba con el pelo ondulado de mi hermana como la caricia de un ángel. Sonaba la que era su canción favorita desde pequeña, *These arms of mine*, de Otis Redding. Estaba preciosa, con un vestido sencillo pero a la vez perfecto para ella. Carraspeé cuando noté que estaba a punto de dejarme llevar por la emoción.

—¿De verdad me vas a hacer pasar por esto? —dije a su espalda, mientras ella miraba distraída por el cristal.

—¿Max? —Se giró, y me dio pena comprobar que estaba preocupada y que tenía los ojos llorosos—. Has venido...

—¿Qué pasa, enana? Al final has descubierto que el rockero no es para tanto, ¿verdad? Tengo preparado el coche...

—Idiota —susurró.

—Eres la segunda persona que me lo dice en menos de dos minutos —confesé.

—Pues espera a que te encuentre mamá...

Acortó la distancia que nos separaba y me abrazó. Me empapé de su delicadeza como si todavía tuviese tres años. Mi enana se casaba, y yo no sabía si me hacía gracia o si estaba a punto de matar a mi mejor amigo por llevársela.

—¿Preparada? —murmuré contra su pelo, que olía igual que las manzanas recién cogidas de un árbol.

—¿Estás enfadado conmigo?

—No —suspiré—. No lo estoy.

Se apartó para mirarme y cabeceó.

—No estaba al corriente del «asunto» hasta el día que la recogimos en el aeropuerto. El niño es igual que...

—Shhh, no quiero hablar de eso ahora. He venido a ver a mi preciosa hermana antes de que acapare la atención de todo el mundo. Estoy muy orgulloso de ti, no lo olvides nunca.

La besé en la frente y me despedí en cuanto escuché que alguien se acercaba a la habitación. Salí por la puerta lateral que daba a otra estancia.

Pese a estar evitándolo durante dos días, había algo que me mantenía alerta. La idea equivocada que todos mis parientes habían adoptado sobre la llegada de Amanda me estaba comenzando a provocar cierta incomodidad en una zona innombrable de mi anatomía. Lo cierto era que yo no me había molestado en afirmar ni desmentir nada, simplemente porque no formaba parte de mis preocupaciones más urgentes.

Mi primera reacción se podía catalogar de sorpresa, aunque pasadas unas horas y después de rumiarlo, había dejado de interesarme. Podía sonar cruel, pero dirigir un rancho ocupaba mi realidad más directa, por lo que carecía de tiempo para historias sin fundamento. Porque era una historia sin fundamento, ¿verdad?

El ritmo se aceleró de forma automática conforme se aproximaba la hora del enlace. Ayudé con sus maletas a los antiguos componentes del grupo, The Warm Heart, al que pertenecí como bajo en Lawrence. El mismo donde conocí a Nathan y, podríamos considerar, la causa directa de que ese día se celebrase la boda.

Después de trasladar los bártulos, colocamos parte del equipo de música y el resto de la parafernalia mientras tomábamos algo fresco. Adam, el exbatería, y Zaida, la exteclista, me pusieron al día de las novedades. Me hizo ilusión reencontrarme con ellos, además de por hablar sobre batallas del pasado, porque para ser sincero, echaba de menos aquella época en la que solo me dedicaba a lo que realmente me gustaba: la música.

Mi hermana me había rogado que compartiese escenario con los chicos y con parte de los componentes del antiguo grupo de Los Ángeles de mi cuñado, The Smash, y, pese a mis reticencias, tuve que claudicar; en ese día especial para ellos necesitaban que todo saliese bien. Si yo tenía algún problema con que mi familia me viese tocando, iba a quedarse aparcado por unas horas.

Por las reacciones de todos los invitados, los suspiros, los pañuelos de papel con los que se secaban las lágrimas, los aplausos y más de un grito..., se podría decir que los momentos estrella de la boda fueron los brindis. El padre de Nathan, Eric, estuvo soberbio. Ojalá pudiese expresarme en público de una forma tan elegante, sin perder la sonrisa, con aquellas palabras que sonaban como música celestial. ¡Qué fenómeno!

En cuanto a mi señor padre... En fin, no me sorprendió demasiado su discurso, que fue manido y escueto. Lo que sí demostró fue la predilección y el gran amor que sentía por mi hermana, además del guiño a mi hermano, «la promesa de la familia», y al gran resultado que había obtenido en el último partido. Tampoco esperaba más: algo como mencionar al mayor de sus tres hijos, el mismo que regentaba el negocio familiar, era un hecho que nunca había ocurrido, y ese día no iba a ser la excepción.

Pasadas las horas, cuando la desinhibición hizo acto de presencia, llegó el estoico momento de batirme en retirada a un lugar algo más apartado. No había tenido ni un segundo de descanso en el que poder disfrutar del acontecimiento, porque, al parecer, «todo» debía pasar por mis manos, y, sinceramente, estaba hasta las narices.

Me había quitado la chaqueta y el sombrero hacía algunas horas. El ambiente estaba tan cargado que notaba la camisa pegada al cuerpo. La noche se preveía intensa; no corría ni un poco de viento. Las risas de fondo, mezcladas con la música, invitaban a unirse al trance colectivo, como ocurría con la gran mayoría de asistentes al evento. Años antes me había preocupado no sentir esas ganas de sumarme al redil. En la actualidad, no me afectaba nada de aquello.

Entonces, ¿por qué me exasperaba tanto estar allí esa noche?

Por ella. Porque teníamos una conversación pendiente que me impedía largarme hacía horas y, no obstante, allí continuaba, esperando a que el cabreo se me disipase un poco para poder enfrentarme a esa chica sin ladrarle.

Me apoyé en el viejo chopo donde los críos se habían estado columpiando hasta que sacaron las piñatas y otras chucherías, hecho que hizo que corrieran a toda prisa a por sus premios. La busqué con la mirada; la había visto antes con el niño en brazos, agobiada, soportando con elegancia el calor y los insectos. Tenía

un ligero rubor después de haber estado más horas de las que su piel permitía bajo el sol abrasador, pese a las carpas repartidas por todos lados.

Que se sentía culpable era más que evidente. La delataban la posición de los hombros tensos y la sonrisa nerviosa cada vez que alguien se acercaba a saludarla. Comencé a preocuparme cuando el pequeño se echó a llorar y ella no fue capaz de apaciguarlo. Estaba claro que ese niño necesitaba tranquilidad. Miró hacia la casa grande en tres ocasiones, buscando una escapatoria, y sonreí al percatarme de que no era la única que necesitaba desaparecer de allí.

Intenté acercarme a charlar con ella, pero mi instinto de protección me mantuvo alejado todo el día, algo que pensaba mantener así durante el resto de la velada. ¿Por qué había venido? Era más que evidente que no quería estar aquí. Podía reconocer la incomodidad a leguas: yo era el rey en eso.

¿Qué pretendía?

—¿Vas a quedarte como un pasmarote toda la noche mirándola o vas a comportarte como el caballero sureño que hemos educado?

—Hola, mamá. Te felicito: la boda ha sido todo un éxito.

—Me da igual que cambies de tema. Es evidente que debes hablar con esa chica. Por Dios, si hasta tu padre, que no se fija en nada, casi sufre otro infarto cuando ha visto al niño...

Sonreí a mi madre y le ofrecí un trago de cerveza, algo que sabía que odiaba a muerte.

—Maximilian Kline, arregla esto antes de que sea tarde. Me da lástima la chica... Desde que ha llegado, está como alma en pena. —Suspiró, y la vi secarse una lágrima traicionera.

—¡Ah, no! Por ahí no paso. —Me revolví, inquieto—. ¿No recuerdas a la madre del pequeño Cam? ¿Tengo que refrescarte la memoria? No tengo nada que aclarar, porque ese niño no es mío, ¿estamos?

—No me levantes la voz. —Me clavó un dedo en el pecho—. No quiero detalles sobre lo que ocurrió entre vosotros. Soy madre de tres hijos y ya sé cómo funciona. Lo que está claro es que Dan es tu vivo retrato, y tú y esa chica tuvisteis un romance, ¿no? Pues arreando; asume tu papel en esto.

—No te metas, Jossie.

—No me decepciones, Max.

Y se marchó, y yo me quedé con un cabreo importante. Estaba muy enfadado, con todos, pero sobre todo con Amanda. Si cabía solo la remota posibilidad, algo que dudaba sobremanera, de que aquel niño fuese mi hijo, si eso era cierto..., ¿cómo se atrevía a venir después de casi tres años a contármelo? ¿Cómo tenía la

caradura de parecer inocente ante algo tan sumamente rastrero?

Por eso, y porque era prácticamente imposible, creía que lo que pensaba todo el mundo solo era una equivocación sin fundamento, un parecido casual y unas cuantas conclusiones erróneas.

¿Querían que hablase con la chica? Pues sus deseos eran órdenes...

Amanda no me esperaba. Puede que hubiese dado por perdido lo que fuera que tuviese en mente al venir al rancho, porque su cara reflejó sorpresa cuando me acerqué a charlar. Estaba preciosa sentada bajo la luz de los candiles. En ella no quedaba rastro de la joven pizpireta que había conocido en Lawrence tres años antes. Contemplé sus labios carnosos, que se mordía de forma nerviosa, y sonreí como un imbécil cuando recordé lo dulce que sabía esa boca.

¿Por qué daba por hecho que estaba soltera? Era imposible que aquella chica no tuviese pareja. El resentimiento y la desconfianza me estaban haciendo actuar como un imbécil. ¿Y si solo había venido a la boda de mi hermana? ¿Por qué estaba yo tan seguro de que tenía otras intenciones?

«Porque te lo ha dicho claramente, idiota».

El niño estaba dormido en sus brazos, y de nuevo me golpeó el efecto de un reconocimiento primitivo cuando observé su cara relajada al cobijo del cariño de su madre. ¿Sería cierto que nos parecíamos tanto?

—Hola —dijo en voz baja para no despertarlo, interrumpiendo mis pensamientos.

—Hola, ¿qué tal todo? —pregunté.

—Agotada. —Sonrió—. Llevar tacones en este terreno, cargando un niño en brazos casi todo el día, debería estar considerado un deporte de riesgo.

—¿No has traído el carrito del niño? Seguro que alguna de mis primas te puede prestar uno...

Me levanté para buscarle ayuda.

—Tranquilo, Max. Lo he traído, el problema es que no quiere alejarse de mí ni que lo suelte. Hay demasiado ruido y demasiadas personas que no conoce...

Cerré los ojos durante una milésima de segundo y los abrí para enfrentarme a lo que ambos necesitábamos.

—¿Por qué has venido, Amanda?

—Me he estado formulando esa misma pregunta desde que aterricé en Kansas —rio.

El sonido de su risa me cogió desprevenido, casi no recordaba cómo era, y lo recibí como una nota fresca en aquella noche bochornosa.

—Sabía que no iba a ser fácil —continuó—, pero necesitaba hacerlo; no podía seguir adelante sin arreglar algo que hice mal en el pasado.

—Podríamos dar vueltas y ser educados. Preocuparnos el uno por el otro, ya sabes, las cortesías de rigor, pero como nos conocemos bastante bien y a mí estas cosas se me dan fatal, creo que será mejor que vayamos al grano.

—Es lo más práctico que he escuchado en muchas horas —dijo sin pestañear.

—¿Por qué has venido sola y con este niño después de tres años?

—Para que conozca a su padre y que su padre lo conozca a él —sentenció.

De pronto, mi tío Jonathan cogió el micrófono y cantó a pleno pulmón. Nos dio tal susto que casi se me salió el corazón por la boca. Despertó al niño de un sobresalto, y este se puso a llorar desconsolado. Intentamos calmarlo, pero estaba tan atemorizado que cada vez berreaba con más fuerza.

—Lo siento, debería llevarlo a la habitación... —Amanda tuvo que elevar la voz para hacerse oír por encima el llanto del niño y los alaridos del borracho de mi tío.

La ayudé a levantarse y observé, con un nudo considerable en la garganta, cómo se alejaba hacia la casa. Había dejado la conversación más importante de mi vida inacabada y lo único que quería era que ese niño se sintiera a salvo.

«Qué extraño».

8

AMANDA

—Mary, ¿te acerco a casa?

—Me termino este combinado y nos vamos.

—Vale. Mientras, voy al servicio. No me he acordado de ir antes. —Le saqué la lengua y salí del apartado donde estábamos con el resto de las chicas.

La cola para ir al lavabo era impresionante; mi vejiga no iba a aguantar mucho tiempo. Tomé una decisión rápida fruto de la desesperación. Quizá podría decir más tarde que fue la peor opción que había escogido en toda mi vida.

Giré el pomo de la puerta del servicio de caballeros y eché un vistazo rápido para comprobar si había alguien. Me apresuré cuando me cercioré de que tenía vía libre y agradecí a los dioses que hubiese papel higiénico. Pretendía marcharme antes de que entrase algún tío. Todavía me estaba colocando la camisa por dentro del pantalón cuando me golpeé con un torso de piedra.

—¡Ay! —grité antes de tocarme la frente dolorida por el golpe.

—Eso debería decirlo yo, ¿no crees?

—Suelo causar esa impresión —contesté, y casi me tragué el chicle de menta que tenía en la boca al percatarme de quién era el tipo.

—¿Amanda?

—¿Max?

¿Íbamos a jugar a las adivinanzas? Estaba fastidiada. A ver qué excusa me inventaba para salir del atolladero.

—¿Qué haces aquí? —preguntó entre curioso y molesto.

—Verás, el lavabo de chicas estaba a tope y... —me acerqué a su oído— estaba a punto de reventar.

—Aquí, no: qué haces en el pub —especificó, como si fuese corta de entendederas—. ¿No se supone que te ibas a casa con tu familia este fin de semana?

«Mierda, piensa algo, piensa algo, ¡rápido!».

—Sí, pero una prima celebraba su despedida...

—¿Tú puedes entrar aquí? —insistió, todavía más enfadado.

«Y a ti qué te importa».

—Bueno, el chico de la puerta ha hecho la vista gorda, es una despedida...

Su ceño cada vez parecía más acentuado, y no sabía cómo salir de aquello sin mayores consecuencias.

—El portero es colega mío y nunca hace la vista gorda, Amanda.

«Qué suerte».

Sin pensar demasiado en las consecuencias atajé el problema de la mejor forma que se me ocurrió.

Lo besé.

En aquel instante no sopesé lo que hacía; me dejé llevar guiada por mi instinto de supervivencia. Craso error.

Nunca, repito, nunca, debí hacer aquello, porque desde el preciso instante en el que mis labios tocaron los suyos y Max abrió los ojos con sorpresa por mi paso inicial, reconocí que estaba perdida. Pensar que podía tener yo el mando en aquella situación fue uno más de los errores garrafales que he cometido, y supe que era así después de solo cinco segundos de contacto con su exquisita boca.

Max, el pecado personificado, me dejó sin respiración en cuanto su lengua, suave y con sabor a cerveza, invadió mi boca. Se me puso la piel de gallina. Fui incapaz de mantenerme en pie, motivo por el que me atrapó por las caderas. Solo supe que me había apoyado en la pared fría de aquel baño por el frescor que desprendían los azulejos a mi espalda; mi cuerpo estaba en combustión y a punto de deshacerse entre sus brazos sin remedio.

No recuerdo si fueron unos segundos o una eternidad. Nuestros dientes chocaban mientras intentábamos devorarnos con un hambre brutal. Enredé mis dedos en su pelo, y él dejó escapar un gemido. Nuestros cuerpos estaban a punto de fusionarse en aquel cuarto de baño cutre, y yo solo rogaba por que no terminase nunca. Max me acariciaba el cuello de forma posesiva, como si temiese que desapareciese de un momento a otro; cuando abrí los ojos para cerciorarme de que aquello estaba sucediendo, me perdí en el duro azul de su mirada.

Jadeé cuando me apretó un poco más contra sus caderas y percibí una erección de campeonato. Mis pezones se endurecieron en respuesta, los latidos desbocados de mi corazón resonaban de tal forma que supe que debía de estar escuchándolos; sonrió, pícaro, y me lamió el cuello de una forma tan sensual que tuve que aferrarme a sus brazos para no caer.

La puerta del baño se abrió de golpe, y el ruido del local invadió la estancia de voces y música atronadora, lo que nos devolvió a la realidad. Max apoyó la frente en la mía con la respiración entrecortada, me soltó poco a poco y

aproximó los labios a mi oreja:

—Si te vuelvo a tener en un baño a solas, juro por Dios que no va a haber nada que nos interrumpa, dulce Am...

Su voz contenida hizo que me mordiera el labio inferior, hinchado por su ataque; había una promesa implícita en su mirada. No bromeaba. Entonces comprendí que el problema era que yo deseaba que eso ocurriera, y cuanto antes, mejor...

Desperté sobresaltada. Siempre que soñaba con Max y sus besos me ocurría lo mismo. Era como ver una película erótica; revivir lo que me provocaba su boca, aunque solo fuese en fase REM, me cubría el cuerpo de sudor.

Ese era el mayor inconveniente desde que lo había vuelto a ver. Pese a que habían sido escasos minutos —y con no con muy buenos resultados—, mi cuerpo había decidido que iba por libre y revivía una y otra vez —bien en sueños o mediante recuerdos— los encuentros con el vaquero en el pasado. No venía a mi memoria dónde había leído alguna vez algo sobre el poder que tenía la mente, pero era tan cierto como que el sol salía cada mañana.

Me incorporé y miré hacia la ventana; ya era de día. Por suerte, todo permanecía en silencio. Daba la impresión de que se había detenido el tiempo. Comprobé cómo estaba Dan en la cuna de viaje y sonreí al ver que todavía seguía dormido. Me senté en la cama y cogí el bloc de notas. Debía poner al día mis dramáticas vivencias, incluido aquel sueño recurrente de cómo había comenzado todo entre nosotros. Aquel beso fue mi perdición, pero qué bien besaba... Cuando mi hermana Jessica sacaba a colación mi mala cabeza al quedarme embarazada, solía decirle que la culpa radicaba en aquel beso, y por lo menos conseguía que me dejara en paz durante un par de días. Si no hubiese tenido que sustituirla en el club aquella noche, no habría ido a tomar algo con las chicas después de cerrar. En consecuencia, no me habrían entrado esas ganas horribles de orinar, ni habría ido al cuarto de baño de chicos, ni habría chocado con Max, ni...

En resumen, si nuestra vida no hubiese estado sometida a una cadena de inoportunos acontecimientos a causa de nuestra situación familiar, hoy no tendría a Dan conmigo. Así que prefería que me partiese un rayo a decir que aquello no era lo mejor que me había ocurrido nunca.

¿Había sido duro? Sin lugar a dudas. ¿Debería haber llevado de mejor forma toda la situación? Por supuesto. ¿Me iba a costar un mundo que Max me perdonase? Lo sabía. Pero estaba dispuesta a solucionar parte de aquel tremendo

error y a arreglar las cosas.

Comprobé el equipaje de mano y el sobre marrón que sobresalía de él antes de suspirar. Después nos iríamos sin hacer ruido. En definitiva, aquella mañana no tenía la cabeza para escribir nada en mi «libreta de penas», como la apodaba mi hermana Jess.

Hice los ejercicios de yoga. Cuando terminé, me duché con rapidez por si el niño se despertaba y me vestí. Me quedaba ese día para hablar con Max, y luego regresaría a casa. Ese era el plan.

Cuando bajamos a desayunar me encontré con parte de su familia en la cocina. Necesitaba verlo a él, pero entendía que era demasiado temprano para estar despierto después de una noche de juerga. En la estancia solo estaban los abuelos y las madres con niños pequeños. Muy alentador. Me pareció buena idea que saliéramos a dar un paseo mientras esperaba que Brenda o Leah se despertasen. Encendí mi móvil y comprobé que no tenía ningún mensaje nuevo. No sabía por qué, pero allí disfrutaba de una extraña sensación de libertad, sin ataduras, sin la apremiante necesidad de estar conectada a todas horas al móvil... El rancho llevaba a vivir alejado del mundo civilizado, en armonía con la naturaleza.

Recorrimos parte del lugar que la noche anterior había servido para celebrar el convite de la boda, y me sorprendí al comprobar que apenas quedaba rastro de la fiesta. Alguien lo había recogido prácticamente todo, salvo las sillas y las mesas, que estaban apiladas a un lado para ser cargadas en el camión. Dan parecía contento, le sentaba bien estar en el campo.

Decidí volver a la casa por si ya había alguien despierto, con la idea de preguntar por Max, en caso de que aún no hubiese dado señales de vida. Me había dado una rabia increíble no haber finalizado la conversación cuando, después de dos días sin aparecer, se dignó a hablarme. Entendía que estuviese enfadado, era lo que esperaba. Sin embargo...

Suspiré.

Max era un experto en evasión, lo sabía, pero, al parecer, en aquellos años había perfeccionado su técnica hasta hacerse invisible.

Dejé a mi hijo en el suelo del porche y me senté a su lado para jugar con algunos de sus juguetes preferidos, que llevábamos allá donde fuéramos.

—Vaya, si el muchachito ya está despierto... —Sonreí a Leah cuando se acercó a saludar a Dan y le hizo unas carantoñas.

—¿Cómo es que estás tú aquí? Se supone que deberías estar celebrando tu nueva situación civil —bromeé, intentando limar asperezas.

—A Nathan le da mal rollo ponerme un solo dedo encima cuando estamos

aquí. Lleva tanto tiempo mentalizado con eso que apenas me ha mirado —rio, y no pude evitar reírme con ella. Me sentía tan cómoda que casi me puse a llorar—. Oye, Am... Mira, sé que no he sido lo que se dice muy amable contigo, pero... debes entender que Max es mi hermano. —Me miró con pesar—. Lo que has hecho es delicado. Sé que deberíamos comprender los motivos en vez de juzgarte, pero no hay excusa posible para...

—No, no la hay —convine—. Mis explicaciones no pueden borrar todo de un plumazo.

—¿Y mi hermano? —preguntó.

—Necesito hablar con él, aunque está siendo una tarea imposible.

Ayudé a Dan a coger un muñeco que se le había colado debajo de una de las mecedoras.

—¿Sabe que regresáis hoy a Lawrence?

—No, tan solo hemos cruzado cuatro palabras.

—Interesante... —dijo con la mirada perdida a lo lejos.

—No creo que le importe mucho. En realidad, le haremos un favor. Solo necesito verlo, y, bueno...

—Te entiendo, hay cosas que primero debes comentar con él.

Asentí, y ella sonrió.

—Debes saber que no te guardo rencor, Amanda. —Me cogió las manos—. Solo necesito que comprendas que nos has robado poder disfrutar de este niño y ahora vuelves a irte. Si para nosotros no es fácil, imagínate lo que puede suponer para mi hermano.

Un nudo que tenía en la garganta estaba haciendo imposible que me resultara contestarle. Porque precisamente ese era el motivo por el que había recorrido ese largo camino, y, total, no iba a servir de nada: el daño ya estaba hecho.

—Ponte en su lugar solo por un instante. Él no ha podido elegir —sentenció.

Me abrazó cuando comencé a sollozar. Dan se unió a mí, asustado, y al final hicimos que Leah también llorase. No pude soportarlo más. Llevaba unos días infernales; pese a haber trabajado mucho para tener las ideas claras, la realidad había superado con creces mis expectativas y me había vapuleado antes de comenzar. Además, me sentía peor que una bayeta sucia por haber eclipsado su boda sumando aquella preocupación.

—Perdóname, Leah.

—Eres como mi hermana, Am, y a los hermanos se les perdona todo...

Finalmente conseguimos bromear para no asustar más a Dan. Esto de ser madre era un rollo, porque ni siquiera podía tener un momento de debilidad sin

que esos ojitos azules malinterpretaran la situación. Y me sentía agotada. Necesitaba un momento para mí, un instante en el que poder liberarme y... Tonterías; solo estaba agobiada con la situación. En cuanto volviésemos a la normalidad se solucionaría todo.

Llegó la tarde, y yo tenía tantos nervios acumulados en el estómago que ni siquiera conseguí tranquilizarme haciendo meditación cuando Dan se durmió. Max era un... No había palabra para calificarlo. Después de preguntar a algunos familiares, nadie sabía nada de él. ¿Cómo era posible? ¿Tan grandes eran aquellas tierras?

Jossie envió a Tadi, un chico moreno de pelo largo, guapísimo y con aspecto indígena, a buscarlo al ver que no se dignaba siquiera a venir a la comida de despedida de muchos de los invitados, que ya habían comenzado a marcharse. Tadi le dijo que habían surgido problemas con una vaca que estaba de parto y que incluso habían llamado a su hermana debido a las complicaciones. Procuré averiguar algo más, pero el joven había desaparecido, y me quedé sin saber si regresaría.

John, el padre de Max, intentó entablar conversación conmigo un par de veces; me dio la impresión de que se sentía obligado a hacerlo, y casi di gracias al cielo cuando Brenda me rescató para pedirme parte del equipaje a fin de ir cargando el coche.

Todo estaba resultando un completo desastre. No había conseguido comunicarme con el verdadero implicado en aquel embrollo, pero conocía a la perfección a las ramas de su familia directa y algunas de la lejana.

Thomas hizo buenas migas con Dan, y resultó ser el único que no me juzgaba por lo que había hecho. Algo que agradecí a esas alturas. Por lo menos el fin de semana se estaba acabando ya y con él mi sueño de regresar en paz a casa.

«Se le llama karma, boba».

—Chica —me llamó Sara, la abuela de Max—, ven.

La seguí hasta la parte trasera de la casa con Dan en brazos. Estaba un poco cansada de que no quisiese soltarme ni un momento. Pesaba bastante.

—¿Ves esos establos de allí arriba, los de color grana? —Señaló un edificio de madera pintado de color rojo vivo con una franja blanca que dividía la parte superior del edificio de la inferior.

—Sí.

—Bien, allí encontrarás al cabezota de mi nieto. —Se rio con tantas ganas que me hizo sonreír, al recordarme a mi hijo cuando algo le gustaba mucho, un

sonido mágico, casi un milagro en un día oscuro.

—¿Por qué me ayuda con esto?

—Querida, cuando has vivido tanto sabes despejar las dificultades del camino sin apenas despeinarte. Los jóvenes tenéis los ojos llenos de motas, algunos más que otros.

—Gracias —contesté con educación, a pesar de que había insultado mi inteligencia, o quizás la de Max...

—No hay de qué. Déjame al pequeño, es mejor que no lo metas en el establo —añadió, tendiéndome los brazos rechonchos para que le diese a Dan.

Apreté al niño.

—No será necesario, de verdad —dije con firmeza.

—Vamos, chica. He limpiado más traseros de niños de los que jamás verás en tu vida. No creo que para lo que vas a hacer necesites al chiquillo por medio.

Toda la familia al completo estaba al tanto de la situación, y yo no sabía si sentirme agradecida u horrorizada. Con razón Max me rehuía: debía de pensar que había venido a trastocarle la vida o algo así, y nada más lejos de mi intención. Ojalá hubiese podido aclarar con él la situación desde el principio...

La miré y reconocí que tenía razón, pero no podía soportar la idea de alejarlo de mí. ¿Y si le ocurría algo?

—Yo... —Suspiré.

—Estaremos aquí, en el porche trasero. Nadie nos molestará. Déjanoslo aquí y ve con tranquilidad.

Le tendí a Dan con reticencia, y esperé a que rompiese a llorar asustado. Me sorprendió ver la buena sintonía que la anciana tenía con el niño sin apenas conocerlo y solté el aire que retenía. Cogí el sobre de mi mochila y los dejé balanceándose en una mecedora enorme mientras ella le cantaba una canción. Llevaba en tensión tantas horas que, según iba subiendo aquella pequeña loma hacia el lugar donde se suponía que estaría Max, sentí que me liberaba de un peso. Al fin iba a poder solucionar el problema, estaba un paso más cerca de volver a casa tranquilos y dejar todo esto atrás.

Observé una vez más las lejanas siluetas del niño y la abuela antes de continuar. Estaba a punto de ponerse el sol y los colores eran increíbles. Probablemente habría disfrutado muchísimo de aquel espectáculo impresionante en otras circunstancias, pero ese día solo tenía un objetivo en mente.

Las hierbas me rozaban en las piernas desnudas, y maldije por no llevar ropa más larga. No había traído la más adecuada para aquel lugar. Tropecé con una piedra y me caí al suelo de golpe.

Cuando llegué al establo, estaba sudada, tenía las rodillas magulladas y los pies manchados con aquella tierra arcillosa que me había destrozado la preciosa pedicura francesa. Ahora entendía a Leah cada vez que decía: «En el rancho, el *glamour* no existe».

La abuela tenía razón. Si hubiese entrado con el niño en las cuadras, creo que se habría puesto a llorar al ver parte de la escena. El olor era nauseabundo, y tuve que cubrirme la nariz para no tener arcadas. Una tenue luz iluminaba lo justo para enfocar a una vaca que estaba tendida en el suelo con un ternero intentando mamar de sus ubres. El animal parecía exhausto, igual que las personas que lo rodeaban.

Max hablaba con una chica morena que se estaba quitando unos guantes gigantes de plástico que le llegaban al hombro. Intenté pensar por qué me resultaba tan familiar. Él acercó un cubo lleno de agua al animal mientras le acariciaba la cabeza. Tadi retiraba parte de la suciedad y colocaba heno limpio. No sabía cómo interrumpir aquel momento, porque si antes me había sentido fuera de lugar, en esos instantes me identificaba con un pingüino abandonado en medio del desierto.

Por suerte, el chico advirtió mi presencia y le dijo algo a Max cuando estaba a punto de darme la vuelta y marcharme por donde había venido sin hacer ruido. Max no tuvo prisa; ni siquiera me miró para hacerme saber que reconocía mi presencia. Observé sus movimientos mientras acomodaban al animal y a su cría.

—La próxima vez que se ponga de parto con complicaciones una vaca en domingo llama a Peter, Max. Te agradeceré que no me tengas secuestrada durante cinco horas —le dijo la chica morena con una sonrisa.

¿Cinco horas? ¿Llevaban cinco horas asistiendo a la pobre vaca en un parto? Me sentí culpable al instante por haberlo juzgado mal. Mientras su familia gozaba de sosiego y de una comida tranquila, él había estado allí encerrado.

—Si tengo que estar entre estas cuatro paredes tanto tiempo, prefiero que sea en tu compañía y no soportando al feo de Peter —bromeó con ella.

La chica rio y le golpeó en el brazo con dureza.

—Me largo, estoy reventada. Ese ternero nos ha hecho sudar de lo lindo. Despídeme de tu hermana. Ya he visto que habéis tenido trabajo para recogerlo todo.

—Descansa, Oneida. Creo que no habrá que llamarte para el parto de Maggie —le contestó él con una sonrisa.

—Yo tampoco lo creo. Hasta pronto.

Se despidió del resto y me saludó antes de salir de allí. Cuando la tuve cerca

até cabos. Era la chica que estaba metiéndose mano con Thomas en un rincón del porche la noche anterior, cuando pensaban que nadie los veía. Exceptuándonos a mí y a Dan, que nos retirábamos por culpa de su berrinche. Noté algo blando entre los dedos de los pies y rogué por que no fuese una mezcla de heces y paja; lo último que necesitaba en esos instantes era tener los pies manchados de excremento y sentirme todavía más ridícula delante de un tío que me consideraba transparente. ¿Es que no pensaba hacerme caso en ningún momento?

Un señor con bigote y con un sombrero calado hasta los ojos se despidió con una especie de gruñido que acompañó de un toque en el ala, muy al estilo ranchero. El agotamiento flotaba en el aire a aquellas horas de la tarde.

—Vete a descansar, Tadi —le dijo Max al chico moreno—. Mañana tenemos un duro día por delante.

—Hasta mañana, jefe. —Me sonrió y desapareció de allí, con lo que nos quedamos solos.

El sonido que hacía el ternero al mamar me reconfortó en aquel silencio que parecía tener vida propia y me acariciaba hasta ponerme el vello de punta. Max nunca había sido dado a charlar, más bien se le podía definir como un hombre de acción. Lo contemplé mientras cerraba con cuidado la puerta del habitáculo y esperé a que me mirase. Ahora no tenía excusa: estábamos solos los dos, con la única compañía de mi incomodidad y su mala uva. Si apretaba un poco más los dientes se iba a romper unas cuantas muelas.

—Has tenido un día ajetreado, ¿verdad?

Odiaba parecer idiota por su culpa. Pero así era como me sentía en su presencia, como una niña a la que estaban riñendo por alguna trastada.

—Aquí todos los días lo son. —Se encogió de hombros y, por fin, me miró de frente—. ¿Y el niño?

—Con tu abuela —respondí, bastante sorprendida por aquel repentino interés.

—Anoche no terminamos de hablar...

—No, lo cierto es que por eso he venido. Nos vamos dentro de una hora —solté de carrerilla.

—Una visita fugaz. —Ladeó la cabeza como si estuviera considerándolo—. ¿Tienes pensado quedarte por Kansas algún tiempo?

—No, volvemos a España.

Asintió, pensativo. Me estaba matando aquella pose de fingida indiferencia. ¿Por qué no decía lo que pensaba de una vez por todas?

—Mira, Max. No quiero robarte más tiempo. Si te parece... —Apreté el

enorme sobre que sostenía contra el pecho a modo de protección.

—Ayer me dijiste que querías que el crío conociese a su padre —me interrumpió, con la mirada clavada en el objeto—. ¿Te has parado a pensar por un momento en el resto de personas implicadas en esto, o solo en ti?

Esas palabras fueron como un golpe. ¿Qué quería decir? Por supuesto que había pensado en ellos, ¿por qué, si no, estaba aquí?

Lo miré con dureza antes de responder. Tenía marcadas ojeras y el pelo desordenado; parecía que hubieran pasado diez años por él en esas últimas horas.

—Eso no es justo, Max.

—¿No soy justo, Amanda? ¿Yo? ¿No soy justo yo? —rio; fue una carcajada seca que me dejó helada al instante. Me taladró con una mirada fría antes de volver a hablar—: Te marchaste sin explicar por qué, de un día para otro. Apareces después de tres años, en los que no he vuelto a saber nada de ti. Traes un niño contigo. Eso sí, llegas acompañada de una sonrisa y las mejores intenciones... ¿Y no te parece justo? ¿El qué? ¿Mi actitud? ¿La situación? ¿El tiempo...?

Definitivamente, estaba muy cabreado. Contaba con ello, y no era la primera vez que me enfrentaba a su genio. Me lo esperaba desde antes de poner un pie en Kansas. Prefería la rabia a la indiferencia, así acabaríamos con aquello de una vez por todas.

—Me fui porque no podía quedarme aquí más tiempo. La vida es una porquería, ya deberías saberlo. Y no todo gira en torno a mí: he sacrificado mi bienestar por el de otras personas importantes. Si he vuelto ahora es porque...

—Porque tu conciencia no te dejaba dormir —me interrumpió sin dejarme acabar—. Y se supone que yo debo facilitarte el camino, si estuviese de acuerdo, claro. Vamos a dejarnos de historias. ¿De quién es ese niño?

Su pregunta me sacudió de una forma incómoda, porque había imaginado un escenario más idílico, una conversación sosegada y un interlocutor razonable. ¿Cómo podía quedarle algún tipo de duda?

—Max. Es evidente, el niño es...

—¿Por qué no llamaste? —me interrumpió de nuevo, muy enfadado, sin dejarme acabar.

—Tenía miedo. Habíamos roto, estaba lejos y debía tomar una decisión rápida.

—Y ¿por qué ahora? Podías haber vivido allí sin compartir..., sin... —Parecía frustrado.

—Porque ahora estoy preparada para enfrentarme a mi error.

Soltó el aire con fuerza. Me recordó a un toro a punto de embestir.

—Debo entender que su padre es...

¿A qué jugaba?

—Tú.

—Ni de coña.

—No bromeo con algo tan serio —escupí, harta.

—Es imposible. Usábamos preservativos —protestó, de carrerilla, como si fuese un mantra.

—Los condones a veces fallan.

—No.

—Sí —corroboré, y señalé la casa, bastante molesta—. Allí tienes la prueba.

—Mira, Amanda...

—Mira, Max —repetí, seria—. No he venido a reclamarte nada. Solo quería que supieses de su existencia.

—Casi tres años después —contestó con los dientes apretados, conteniendo el genio—. Te presentas aquí con un niño de dos años y pico. Dices que es mío ¿y pretendes que me lo tome bien? ¿Que te felicite? ¿Que te dé las gracias? Además, ¿cómo puedo estar seguro de que es mío?

Si en esos momentos me hubiesen dado un bofetón no me habría dolido tanto como aquellas palabras, dichas con todo el efecto que pretendía: el de hacer sangre. Me disponía a dejarle claras unas cuantas cosas a ese idiota cuando la puerta del establo se abrió de golpe. Casi me dio un infarto.

—¡Amanda, Max! ¡El niño! —gritó Tadi desde la puerta con la cara desencajada—. El crío está...

No escuché nada más porque había empezado a correr antes de que acabase. Nunca me había movido tan rápido, y, con cada paso, sentía que me deshacía. Si le había ocurrido algo a Dan, me moriría...

9

AMANDA

Mi corazón bombeaba a una velocidad perjudicial para la salud. Apenas podía fijar la vista, pues las lágrimas me nublaban los ojos. Sara estaba sujetando al niño, que tenía la cara cubierta de sangre y el cuerpo desmadejado. John se estaba llevando atado a un cachorro de pastor belga que aullaba y Jossie corría al interior gritando que llamasen a una ambulancia. Leah intentaba comprobar el pulso del niño.

En aquellos momentos en los que no sabía si mi hijo estaba vivo o muerto, sentí que el corazón se me iba a salir por la boca.

Max llegó como una exhalación y apartó a todo el mundo con una sola orden. Se agachó a reconocer a Dan y caí de rodillas a su lado para coger la manita flácida de mi hijo.

—¿Está bien? —susurré.

—Ha sido un accidente: el cachorro quería jugar con él y lo ha empujado sin querer desde el porche —lloraba Sara, mientras intentaba explicarle a Max lo ocurrido.

—¡¿Está bien?! —grité a la vez que me rompía por dentro.

Max se giró con la vista enfocada en el niño mientras pedía ayuda a Thomas. Me cogió por los hombros y me sacudió con fuerza.

—Amanda, tranquila, respira... El niño solo está inconsciente, tiene pulso. Por favor, cálmate. Todo va a ir bien.

Le creí, porque todo tenía que ir bien. Mi hijo no podía... Me lo había prometido...

Lo que sucedió a continuación permanece en mi mente como un borrón. Gritos, prisas, empujones, subirme a un vehículo con el niño en brazos y una angustia tan palpable que me había dejado casi sin respiración.

Max conducía como un loco y gritaba a Jossie, dándole instrucciones a toda prisa, mientras esta hablaba con el hospital. Me daba igual: solo quería que mi niño abriese sus preciosos ojos azules y sonriese.

«Dan, mami está aquí... Dan, despierta».

Al llegar a urgencias, cogieron a Dan de mis brazos y me cerraron el paso con

aquellas puertas grises. Me quedé mirando a través de los cristales cómo desaparecían a toda prisa por el pasillo, llevándose mi corazón y toda mi vida en aquella camilla. Alguien me hablaba, pero mi mente no se encontraba allí: había vuelto a aquel horrible día que nunca podría olvidar. Regresé a cinco años atrás...

El olor a antisépticos era insoportable. Llevábamos tres horas sentadas en aquellos fríos asientos observando cómo mi madre se balanceaba adelante y atrás en un movimiento repetitivo mientras balbuceaba palabras sin sentido. La habíamos perdido de nuevo en el momento más crucial de nuestra vida. Mi padre se debatía entre la vida y la muerte en un quirófano. Mi madre... mi madre se había marchado una vez más a su mundo.

Jess tenía a Tracy acurrucada en su regazo. Yo contemplaba la punta desgastada de mis botas favoritas mientras rezaba. La sala estaba repleta de personas que nos acompañaban en aquel duelo con miradas compasivas. Todos esperaban algo: su turno, noticias, una esperanza... Nosotras, la luz. Si mi padre no sobrevivía, si no lo superaba, nos invadiría la oscuridad. Volví a mirar a mi madre y me mordí el labio inferior con fuerza hasta que noté el gusto a sangre. Tenía la tez tan pálida que me daba miedo, pero lo peor era no leer nada en sus ojos nublados.

A las tres de la madrugada, un médico con aspecto derrotado llamaba a mi madre, aunque ella ni siquiera se levantó de la silla; no estaba allí. Jess dejó a Tracy dormida sobre una de las sillas y arrastró los pies para que nos dieran la peor noticia de nuestras vidas. Vi cómo el doctor movía la boca a la vez que agarraba a mi hermana mayor antes de que esta cayera al suelo sollozando.

«Lo siento, no lo ha conseguido».

El teléfono de la centralita de urgencias sonaba con insistencia, ahogado por la sirena de una ambulancia. Tracy permanecía ajena a aquel ruido infernal, dormida en una posición extraña.

«El choque ha sido muy fuerte y no ha podido superarlo...».

Observé algunas de las gotas de sangre que dibujaban una figura en una de las mangas de la bata verde del cirujano. ¿Serían de mi padre? Estudié a mi madre, allí, en aquella sala gris, que olía a miedo y pena. La pobre Jessica, que tenía el pelo salpicado de canas incipientes y que había cedido su nombre a la única fuerte de la familia, a mi hermana mayor. Su compañero la había dejado abandonada con tres hijas, a ella, que era incapaz de cuidarse sola. El terror trepó por mi garganta cuando fui consciente de aquel hecho.

«Papá, ¿qué has hecho? ¿Quién va a velar por nosotras ahora?».

Una lágrima solitaria recorrió mi mejilla hasta caer al suelo. Su calor me recordó que estaba despierta, que aquello no era una pesadilla, y me encogí, me abracé para calmar un agudo dolor, gritando lo que mi voz era incapaz de soltar...

—Amanda, levántate, por favor. Todo va a ir bien.

Enfoqué la mirada y regresé al presente con una bofetada de realidad. Mi hijo estaba solo, tenía que entrar allí. Max intentaba que me enderezase, y me zafé de sus brazos como si me quemasen. El movimiento lo cogió de sorpresa, y antes de que reaccionase corrí hacia las puertas para ir en busca de Dan. Noté cómo una fuerza me impedía avanzar, y fue entonces cuando comprendí que me estaban sujetando.

—No podemos entrar, Am. Debemos esperar en la sala —susurraba Max sobre mi nuca, con la voz calmada mientras me tenía cogida con fuerza por la cintura.

Mis pies no tocaban el suelo, y los contemplé, desdibujados por las lágrimas que no podía retener.

—Nunca debería haber venido aquí... Nunca.

Las horas de espera se me hicieron eternas, en un silencio angustioso en el que fui incapaz de levantar la vista de mis pies mugrientos. Tiritaba sin control, y nadie se atrevía a decirme nada. Mi niño estaba allí dentro por culpa de un perro suyo. Por culpa de un animal que deberían haber atado. ¿Cómo les iba a explicar aquello a Jessica y Tracy? ¿Cómo les iba a decir que lo había abandonado solo unos minutos? Era una mala madre, era una mala persona, y mi niño no tenía la culpa.

«Por favor, por favor». Rogué en silencio a algo o alguien. Ya no era creyente, pero aquel día era capaz de pedir a ese Dios que se apiadase de mi niño.

—¿Familia Kline?

No me percaté de lo que ocurría hasta que Max me rozó un hombro. El doctor, un señor con cara amable y una gran sonrisa, se dirigía a Jossie mientras le explicaba el estado de Dan.

—Disculpe, el niño es mi hijo —interrumpí.

—Sí, le comentaba a Jossie que el pequeño está perfectamente. —Mis piernas temblaron, y estuve a punto de caer—. Ha sufrido un duro golpe en la cabeza y un corte. Hemos procedido a darle unos puntos. Lo peor es el hombro...

—¿El hombro? —preguntó Max.

—Se ha roto la clavícula. A estas edades no es una lesión preocupante, pero deberá permanecer en reposo durante algunas semanas. Esta noche se quedará en observación para controlar el golpe en la cabeza, por si hubiera algún hematoma.

—¿Puedo verlo? —dije, sin dejarlo acabar.

—Por supuesto. Es un niño muy valiente, pero llama a su mamá con insistencia. Tiene unos buenos pulmones —rio.

10

MAX

Mi hermana se acababa de marchar con mi madre. La había llamado para que viniese a recogerla: si estaba un poco más con ella, la iba a estrangular. Habían pasado dos horas desde que nos habían dado el diagnóstico del niño. Cuando el doctor Preston sonrió para informarnos, se me había quitado un peso horrible de encima. Había sido el médico de la familia y nos había visitado a todos tantas veces que casi se podía decir que era pariente. Me fiaba tanto de su buen criterio que, en cuanto nos dijeron que estaba a cargo de urgencias aquel día, suspiré aliviado. Si algo podía ir mal, él lo solucionaría.

Llevaba tantas horas despierto que ya ni sentía las manos. Estaban sucias y llenas de la sangre de Dan hasta por debajo de las uñas. Se había filtrado y ahora teñían las grietas de mis dedos. Se me revolvió el estómago al recordar la angustia que había sentido al ver al niño inconsciente y con la cara ensangrentada en los brazos de Nana.

Thomas me había explicado que uno de los críos había soltado a Jack, el cachorro de pastor belga al que todavía intentábamos educar. Jugaban con él cuando se coló en casa y salió disparado hacia el porche trasero en el momento que mi padre le gritó al verlo en el salón. Lo demás ya era historia, un desafortunado accidente que casi me había parado el corazón.

Dios, la cara de Amanda... En mi vida había sentido tanto miedo, y podía asegurar que había tenido muchas oportunidades para ello.

«Nunca debería haber venido aquí... Nunca».

Esas palabras seguían dando vueltas en mi mente desde que ella las había pronunciado. Me sentía culpable. Se suponía que yo debía proteger su bienestar. Aquello era mi responsabilidad; si le hubiese pasado algo... Me levanté de pronto antes de que mi mente me agobiase con aquella idea. Podíamos estar tranquilos: el crío solo iba a necesitar reposo.

La pelirroja, Brenda, había intentado hablar con Amanda; por lo visto, tenían que regresar a Lawrence esa misma noche. Los despedí rápido, no estábamos para historias y cortesías. Les pedí que dejaran las cosas de Amanda y Dan en casa. Ya veríamos qué hacer.

Salí del lavabo donde había intentado quitarme parte de la mugre de la cara y el pelo. Mis manos ya tenían mejor aspecto. Observé la máquina expendedora de la sala de espera y suspiré al recordar que no llevaba una sola moneda encima. No había entrado a ver al niño. Solo podía estar una persona con él, y, por supuesto, esa era la madre. ¿Cómo debía de sentirse? Sola, en un lugar extraño y con todo ese peso encima. El miedo por lo que podía ocurrir. La angustia...

Como si la hubiese invocado, apareció en la sala. Me sentí como un cretino por lo que le había dicho en el establo. Me levanté al darme cuenta de que buscaba a alguien conocido.

—Amanda. —Llamé su atención cuando se dio la vuelta para marcharse, imaginé, al no verme. Sus ojos reflejaron un instante de alegría, aunque fue casi imperceptible, antes de que la sombra de la duda la asaltara de nuevo.

Pobrecilla...

—Van a volver a hacerle radiografías. El doctor no tiene muy claro si deben intervenir o no.

—¿Operar? —pregunté extrañado—. Había dicho que con un cabestrillo y reposo soldaría.

—El traumatólogo de guardia no lo tiene tan claro. —Se estremeció.

Me percaté de que apenas llevaba ropa: una camiseta de tirantes y un *short* que dejaba al descubierto las rodillas magulladas. Debía de odiar el rancho, y por muchos motivos.

—Voy a buscar una chaqueta al coche —dije cuando comprobé que no dejaba de temblar.

—No es por el frío —contestó sin mirarme mientras se abrazaba a sí misma. Miró las sillas, incómoda, y se lamió los labios resecos.

—De todos modos voy al coche a ver si encuentro unas monedas.

—Vete a casa, aquí no haces nada.

Aquellas palabras me sentaron peor que un bofetón, pero podía entenderla.

—No te voy a dejar sola, Am.

—Sé cuidarme sola, sé cuidar de nosotros sola. A fin de cuentas, es lo que he estado haciendo todo este tiempo. —Me miró con los ojos irritados por las lágrimas—. Mejor o peor, pero es así.

—Bueno, pues ahora no estás sola —sentencié, más molesto de lo que debía.

La enfermera, que era vecina del pueblo, agilizó las cosas para que pasaran a Dan a planta, ya que descartaron la intervención, y al fin pude entrar a verlo. La habitación estaba a oscuras, a excepción de la luz del lavabo que se filtraba por

una rendija de la puerta, que alguien había dejado entreabierta. Amanda estaba sentada al lado de la cama y tenía cogida la manita rechoncha de Dan. La punzada que sentí en el pecho me recordó el instante en el que me había preguntado si estaba bien.

«Jesús».

Cuando me acerqué al otro lado y pude ver al niño, solté el aire que había estado reteniendo desde que había entrado en la estancia. Estaba dormido, con un apósito en la frente y el brazo en un cabestrillo tan pequeño como su cuerpecito. No quedaba rastro de la sangre ni del horror de horas antes.

Me dejé caer en la silla y al fin noté que podía relajarme después de horas y horas en tensión. Observé en silencio a madre e hijo dormidos; el sueño había vencido a Amanda, que había dejado caer la cabeza en el colchón al lado de Dan.

No había otro lugar en el mundo donde quisiera estar en aquellos instantes, y me estremecí sin saber qué explicación tenían aquellos sentimientos.

11

AMANDA

Dos días después, circulábamos a una velocidad de crucero, y me percaté de la gran diferencia del día que hicimos el mismo recorrido en sentido inverso. Max conducía tenso la vieja ranchera y su madre, que estaba sentada a su lado, intentaba amenizar el camino de vuelta al rancho contando alguna anécdota a la que no estaba prestando atención.

Habían dado el alta a Dan con la premisa de que estuviese en reposo absoluto; así que nada de viajes en unas cinco o seis semanas. Sonreí molesta y recibí las órdenes bastante incrédula: a ver quién era el listo que conseguía que estuviese quieto tanto tiempo. Decidí dejar de darle vueltas hasta que consiguiese ordenar mis ideas o hablar con mi familia. Seguro que había otras opciones.

Atisé a Max por el espejo retrovisor y me mordí el interior de la boca, en el mismo gesto que solía hacer desde pequeña cada vez que estaba nerviosa. Tan solo habíamos cruzado cuatro palabras después de nuestra maravillosa conversación en el establo, y me sentía tan asqueada que apenas me apoyaba en el asiento de su coche para que no me culpase de desgastarlo con el roce.

En cuanto llegásemos al rancho y recogiese nuestras cosas, nos largábamos de allí.

—He preparado la habitación contigua a la tuya para el niño. John ha montado la cuna de los niños —dijo Jossie con una voz dulce.

—No será necesario: como te he comentado, nos marcharemos hoy mismo.

Max apretó con más fuerza el volante.

—Tonterías, ya has oído al médico —insistió ella.

Claudiqué antes de iniciar una guerra dialéctica sin fin. No podían obligarme a nada. Tenía otras preocupaciones en mente, como qué iba a hacer para que un niño de dos años tuviese el mayor reposo posible o qué iba a necesitar para viajar con él hasta Kansas City. Quizá debía alquilar un piso durante un par de semanas. De momento, buscaría un vehículo, y ya vería cómo resolvía el resto... Primero necesitaba nuestro equipaje.

Al llegar al rancho nos recibieron Leah y Nathan; había supuesto que a esas alturas ya se habrían marchado de viaje de novios, por lo que me chocó que

todavía estuviesen por allí. Comprobé los alrededores para cerciorarme de que no había ningún animal suelto y me bajé del coche casi en marcha. Cuando Max salió para ayudarme, lo fulminé con la mirada.

—Ya puedo sola.

Levantó las manos con una sonrisa forzada para cederme el paso.

—Hola... Gracias a Dios que ya estáis en casa —comentó Leah, contenta.

—Por poco tiempo, es una lástima. —Miré a la pareja, que todavía parecían envueltos en una nube de felicidad por su reciente boda, y cogí al niño con suavidad, como si se fuese a romper—. Dan, ven, saluda a Leah y Nathan.

—¿*Nónde* está Bo? —preguntó Dan.

—Echa de menos a su peluche. —Sonreí—. Vamos, campeón. Tenemos que recoger tus cosas.

—¿Adónde se supone que vais? —preguntó Leah, dirigiendo una mirada interrogativa a Max, que cada vez parecía más enfadado.

—Pues a casa, ¿verdad? —le dije a mi hijo, que reía mientras estudiaba a un pájaro que volaba muy cerca.

—El médico ha insistido en que no puede viajar —me recordó Jossie.

—Quiero una segunda opinión —la corté—. Disculpad, voy a recoger nuestro equipaje.

Observé cómo Jossie acribillaba con la vista a Max, que se dirigía a la casa como una res embravecida. Subió los peldaños mientras esperaba en el porche a que llegáramos.

—¿Podemos hablar un momento? —me preguntó.

—Ya hemos hablado suficiente —pronuncié con toda la indiferencia que pude reunir.

—Te aseguro que no hemos comenzado siquiera a rascar la superficie —masculló—, por favor...

Señaló el interior de la casa; entré, porque el calor fuera era insoportable y el niño pesaba muchísimo.

—¡Ya estáis aquí! —gritó Sara desde el salón.

—Ahora no, Nana —dijo Max, con tanta brusquedad que todo el mundo se dio media vuelta para mirarlo.

Me quedé bastante sorprendida al ver la reacción de los presentes, por lo que alcé una ceja antes de hablar. Estaba hasta las narices.

—Espero que vayas relajando el tono, sobre todo en presencia del niño. Si pretendes hablar conmigo, deja los modales de rancho para quien te los aguante.

Alguien carraspeó. Me giré al tiempo justo de ver desaparecer a Leah en la

cocina.

—¿Me acompañáis? —No me pasó desapercibida la fingida cordialidad de Max.

Lo seguimos hasta una especie de biblioteca enorme, con una chimenea impresionante, que daba a la parte trasera de la casa. Las vistas eran espectaculares. Me quedé sin palabras al descubrir aquel increíble despacho. Había estado allí varios días y desconocía la gran mayoría de estancias de la casa.

Dejé a Dan sentado en el suelo encima de una alfombra mullida. Busqué en el interior de la mochila uno de sus muñecos de goma, y se lo metió en la boca en cuanto se lo di.

—No podéis iros —soltó Max sin andarse con rodeos.

Me tocó las narices aquel tono imperativo de «yo ordeno, tú obedeces» que imprimía a su voz. Si había algo que siempre me había irritado cuando intentaba intercambiar cuatro palabras con él, se trataba de esa autoridad de la que hacía ostentación desde que se levantaba hasta que se acostaba. Como si todo lo que él decía debiera ser acatado por el resto. Me hacía sentir idiota, algo parecido a lo que me ocurría con mi abuela, y no lo soportaba.

—Te aseguro que podemos, no hay nada que nos lo impida. Solo necesitamos llamar a un taxi y cargar las cosas en el maletero. —Sonreí al niño sin mirarlo a él.

—Maldita sea, Am...

Eso también me molestaba. Qué difícil iba a ser ponernos de acuerdo...

—Nada de palabras malsonantes delante de Dan. Fíjate, algo más que sumar a la lista para desear que desaparezcamos. —Lo miré con una sonrisa burlona.

—Tenemos muchas cosas de las que hablar. El niño necesita tranquilidad para recuperarse.

—Tú y yo no tenemos nada que decirnos. Ya lo dejaste clarito el otro día. Este niño no es tuyo, ni es de tu incumbencia ni es tu problema.

Ese día prácticamente me había insinuado que era una fresca. ¿Pero qué se había pensado?

—Estaba enfadado. —Suspiró a la vez que se frotaba la nuca—. Llevaba muchas horas sin dormir, la noticia... Yo...

Excusas...

—Da igual. Este viaje ha sido una mala idea desde el principio; debía haber hecho caso a lo que me decían...

—Ya está bien, deja de referirte a personas que no están aquí. Esto es algo que

nos incumbe a ti y a mí.

«¡Ja!, esa sí que es buena».

—Esas personas son las que han estado todo este tiempo a mi lado, apoyándome y ayudándome, no lo olvides —repuse.

—Sí, porque tuvieron la oportunidad que no me diste a mí. Por favor, Amanda, dame unos días.

—¿Para qué? Si el niño no es tuyo —señalé irritada: no había motivo para que nos quedásemos si creía que le estaba engañando.

—Me he disculpado, he sido desconsiderado al decir eso. No lo pensaba de verdad —apuntó, crispado.

—¿Qué es lo que no pensabas? —Sonreí ante su irritación, pero quería que se rebajase.

—Ya lo sabes —se intentó zafar, molesto.

—No lo sé —insistí.

Miró al niño y sonrió cuando este lanzó con fuerza el muñeco y se levantó con torpeza para ir a buscarlo.

—Genética —mencioné con un encogimiento de hombros—. Su padre es minero; ya sabes: brazos fuertes de picar piedra.

—Am... —me advirtió—. Deberíamos calmarnos, los dos.

—Estoy muy tranquila.

—Vale, pues me calmaré yo solo. Al parecer, no tengo permitido perder los estribos después de descubrir que soy padre de un niño del que no sabía nada.

Ahí tenía razón. Me miraba muy serio, con una expresión entre imponente y cabreada, entre esas paredes forradas de madera y un ventanal enorme por el que deseaba escapar para no tener que enfrentarme a esa conversación.

—Necesito hacer una llamada, después... —pensé rápido—, después veremos.

—Ya sé que quieres poner a tus hermanas al día, pero no comprendo: en realidad el motivo de tu viaje era este, ¿no? Que lo conociese, que estrecháramos lazos...

—Quería que conociese a su padre, pero debía de estar borracha cuando creí que esa sería una buena idea...

Tomé aire con fuerza en un intento nefasto de destensarme.

—Haz esas llamadas —suspiró, tan agobiado como yo—, descansa y pon cómodo al niño. Siéntete en tu casa. Si me disculpas...

—Espera. —Me acerqué hasta el bolso y cogí el sobre, que había pasado mejores épocas—. Pensaba darte esto desde el principio, pero nada ha sido tal y como imaginaba.

Cogió el maltratado objeto y me miró de frente, extrañado.

—¿Qué es?

—Un álbum de fotos de Dan, desde su primer minuto de vida hasta hace apenas un par de semanas. —Me encogí de hombros algo avergonzada—. Supongo que es un intento burdo de expiar mi culpa por todo lo que te has perdido.

Salió de la estancia sin hacer ruido, y me quedé en silencio observando la puerta.

«¿Qué esperabas? ¿Que te hiciese la ola?».

Cuando, después de darle la comida, conseguí acostar a Dan y que se durmiera, salí con el fin de disfrutar de un poco de tranquilidad y poder hablar con Jess. Le había enviado un mensaje rápido desde el hospital, y seguro que estaba al borde de un ataque de nervios debido a mi ausencia de noticias.

Bajé los peldaños del porche posterior y un escalofrío me recorrió cuando pasé justo por el lugar donde se había caído Dan. Suspiré antes de continuar; a aquellas horas no debía de ser bueno rondar por los exteriores, pero yo adoraba el sol; la vitamina D era muy importante. Tuve que hacer visera con la mano para poder ver hacia dónde debía dirigirme. Hacía un sol de justicia y los grillos cantaban en el campo, entonando su canción del verano. Me acerqué hasta una de las vallas y me senté en ella. Noté que las astillas de la madera vieja se me clavaban en la piel y me quité la camiseta de manga corta para colocarla sobre la superficie y que no me rozase.

Llevaba otra de tirantes debajo, manchada de la comida de Dan, y, sinceramente, apestaba. Todavía no me había duchado; de hecho, ni siquiera había llegado a entrar en la habitación: necesitaba hacer aquella llamada, precisaba escuchar la voz de mi hermana como el respirar.

Mirando en perspectiva todo lo que había ocurrido desde que había vuelto, me entraban ganas de tirarme del pelo. ¿Cómo demonios se me había ocurrido que aquello iba a salir bien? Debía de sentirme muy optimista cuando planeaba esta charada sin sentido. Cualquiera con dos dedos de frente se hubiese percatado al instante de que ese viaje era una bajada al inframundo, con castigo del karma incluido.

Extraje el móvil del bolsillo del pantalón y lo encendí; en cuanto cogió red comenzó a sonar sin cesar. Me mordí el labio inferior, nerviosa, al ver la cantidad de mensajes y llamadas perdidas. Muchas eran de mis hermanas, algunas de la abuela. Y también había alguna de Jaime, el abogado de la

empresa. ¿Qué querría?

Me disponía a marcar el número de mi hermana cuando escuché unos pasos. Las voces masculinas que los acompañan se iban aproximando y no reconocí de quién se trataba. Prácticamente llevaban la misma indumentaria, y con aquellos sombreros de ala ancha era imposible ver sus rostros.

En cuanto los tuve más cerca, distinguí a Max, que hablaba muy serio con un hombre mientras señalaba unos terrenos que quedaban a mi espalda. En cuanto se percató de mi presencia su expresión cambió. No sabía si seguía molesto, aunque me daba absolutamente igual; bastante tenía con lo mío como para andarme preocupando por sus idas y venidas.

Lo saludé con un movimiento de cabeza antes de continuar con lo que me había llevado a estar encaramada en aquella valla, cuando su voz retumbó como un disparo.

—¿Te has vuelto loca? ¡Cúbrete!

Así, sin más. Ni siquiera lo había intentado dulcificar con un: «Hola, ¿cómo estás? ¿Qué tal sigue Dan? ¿Has podido descansar?».

No; Max funcionaba con imperativos. «Haz, descansa, sube, baja, pon, siéntete, cúbrete...». Si lo acompañaba de alguna expresión casera, del tipo: «Estás loca» o «¿Quieres que te felicite...?», entonces ya te tenía conquistada.

«Machista, gallito de corral, zoquete... Llevo al aire lo que me dé la gana y me cubriré si me apetece».

Y en ese preciso instante, allí, sentada en una posición incómoda de narices, me pregunté qué había visto en aquel tío en el pasado para liarme con él y encima pensar que podríamos haber gozado de una oportunidad si en mi vida familiar no hubiese reinado el caos.

El otro señor al que no había visto antes continuó su camino al percibir el mal ambiente. Sopesé lanzarle el teléfono con fuerza a Max, que caminaba con la mandíbula tensa a la vez que seguía al otro tipo. Probablemente la camisa de manga larga, que le quedaba ajustada, no dejaba que le circulara el riego sanguíneo hasta el cerebro.

«Y yo, preocupada por haberlo ofendido antes...».

Menudo patán.

Decidí no perder más tiempo con aquello y volví a prestar interés a mi cometido.

—¿Se puede saber qué pasa? Casi mando al FBI a buscaros. —Sonreí cuando escuché la voz de Jess al otro lado de la línea.

—Lo siento —me disculpé—. Dan tuvo una caída, se golpeó la cabeza y... se

ha roto la clavícula.

—¿¡Está bien!? ¡Oh, Sunshine! ¿Por qué no me has llamado antes? —Gritaba de forma atropellada—. ¿Quieres que vaya?

—Tranquila... —intenté calmarla—. Necesita reposo; nos han recomendado que no viaje antes de cinco semanas. Estoy sopesando la posibilidad de mirar algo para alquilar. No sé, Jess...

—¿Por qué quieres alquilar algo? ¿Qué ha ocurrido en el rancho?

Mi hermana sabía que nos alojábamos allí para la boda y que sería entonces cuando aprovecharía para hablar con Max.

—No me siento cómoda aquí.

—No salió como esperabas, ¿verdad? —preguntó. Me daba rabia darle la razón, pero la tenía.

—Debí hacerte caso cuando me lo dijiste —suspiré, derrotada—. Esto ha sido un tremendo error.

Esperé lo indecible a que hablase; seguro que me soltaba una de sus frases típicas: «Baja de las nubes, Sunshine, el mundo es una mierda» o «Cada vez hay más gente y menos personas».

—¿El niño está bien?

—Con un brazo en cabestrillo y con un golpe fuerte en la cabeza, y se le está poniendo la frente morada —contesté.

—¿Puede hacer el recorrido hasta Kansas City? —preguntó de forma metódica. Reconocí a la Jess responsable.

—Supongo que haciendo muchas paradas, sí.

—No quiero que pienses en ti y en las ganas que tienes de largarte de allí. Ahora debes ser prudente y dejar a un lado tus sentimientos. —Se hizo el silencio; seguro que se estaba mordiendo la uña del dedo pulgar mientras pensaba—. ¿Dan puede viajar ese trayecto?

Inspiré con fuerza y me bajé de un salto de la valla, que se me estaba clavando en los muslos.

—No, todavía es una imprudencia moverlo mucho.

—Perfecto. Ahora, vamos a la segunda parte de lo que nos importa. Am: ¿tan mal estás ahí? Recuerda que el viaje era para que el padre del niño lo conociese y pasase un tiempo con él. Incluso te habías planteado pasar más días si todo fluía...

Me mordí por dentro la mejilla, llena de nerviosismo. Tenía razón, como siempre. Y odiaba sentirme vulnerable.

—Cuando dije aquello pensaba que aceptarían al niño.

—¿Me vas a explicar qué ha sucedido? Y no me refiero a lo que dices en los cuatro mensajes escuetos que me has enviado.

Le conté todo, sin dejarme detalle. Desde el momento que aterricé hasta el preciso instante en el que había subido a la loma y me había cruzado con el principal protagonista de mis desvelos.

—Sunshine, tampoco me vengas con historias; ya sabías que Max no era ningún príncipe azul.

—Max es un paleta de campo —solté.

Rio con ganas, y me hizo reír a mí también.

—Vamos, no me digas que no se te ha removido nada por dentro al verlo después de tanto tiempo...

—Las tripas, las tengo revueltas desde que pisé esto... Dios, qué ganas de largarme de aquí. —Jess rio de nuevo.

—Venga, no seas exagerada.

Escuché un ruido a mis espaldas.

—Tengo que dejarte. Dale recuerdos a Tracy y dile que la llamo cuando pueda.

—¡Mantenme informada! —Se despidió con un beso.

Me giré y vi cómo se alejaba una silueta que se metía en el granero. De pronto, noté calor en la cabeza y me toqué el pelo. Estaba a punto de salirme humo. Había estado mucho tiempo bajo aquel sol de justicia, así que sería mejor que regresara a la casa y me duchase antes de que Dan se despertase de su siesta.

El día había resultado agotador; por la noche sentía los nervios a flor de piel. A Dan no le gustaba nada llevar un brazo inmovilizado y estaba irritable. Jossie me ayudó con él y Nathan encontró la forma de mantenerlo distraído tocándole la guitarra. Por lo menos bailoteaba un poco en un reducido espacio y no pretendía correr, como había intentado todo el día, con las consecuentes rabietas cada vez que intentaba frenarlo.

Conseguí que se durmiera y entré en mi habitación a buscar un poco de crema que ponerme en los hombros y en la cara: me había quemado de una forma espectacular, como cuando era pequeña. No lo entendía; solía tomar el sol a menudo y nunca me había ocurrido nada parecido.

Llamaron a la puerta. Me cubrí con una toalla antes de asomar la cabeza por una pequeña rendija.

—Hola, ¿puedo pasar? —Sonreí cuando vi a Leah.

—Adelante...

—¡Virgen Santa! Am..., ¿qué ha pasado?

—Me he quemado un poco —contesté con un puchero.

—¿Un poco? —preguntó con los ojos como platos.

—Anda, ponme crema en la espalda, yo no alcanzo.

—Debes tener mucho cuidado, aquí el verano es mortal. Salimos al campo en las horas más fuertes con sombrero y bien preparados. Sobre todo protege mucho a Dan. Una manga larga fina, algo para cubrir la cabeza y mucha loción solar será suficiente.

—Lo tendré en cuenta —dije.

Me embadurné de crema en silencio y cuando mi piel la hubo absorbido toda me coloqué una camiseta de seda de tirantes que apenas me rozaba los hombros.

—Nos vamos a ir muy pronto, y quería charlar contigo antes.

La pobre Leah, siempre pendiente de todos...

—Qué suerte, dar la vuelta al mundo... ¿Estás nerviosa?

—Sabes que no es en realidad una vuelta al mundo, ¿no? Se trata de un dato erróneo.

Reí al reconocer en sus palabras a la cerebrita que había sido siempre. Cuánto la había echado de menos...

—Qué más da. Vas a ver mundo de la mano de ese rockero macizo. —Sonrió con mi broma antes de dejarse caer en la cama.

—Hablando de macizos... Tengo una duda, y con todo el lío de la boda y demás... —señaló la habitación contigua, donde dormía Dan— no he podido preguntarte.

—¿Sobre macizos? —La miré intrigada; a veces me costaba entenderla.

—No. Bueno, sí... —Parecía intrigada—. ¿No hay nadie en tu vida? ¿Novio? ¿Pareja...?

—No, no salgo con nadie. Que tú estés felizmente casada no quiere decir que el resto tengamos esa suerte.

Soltó una carcajada, y reí con ella.

—¿Qué ocurre?

—No sé —dijo a la vez que arrugaba la nariz—. Eso deja el camino despejado...

—¿A qué te refieres?

Sacudió la mano, como restando importancia a mis palabras.

—Tonterías... —Acarició la colcha mientras pensaba qué decir—. Esto... Las cosas con mi hermano no van muy bien, ¿no?

—No demasiado.

—Dale tiempo —rio.

«Tiempo», pensé. Como si aquello se pudiese solucionar con el paso de los días...

La voz de Jossie al otro lado de la puerta nos interrumpió. La cena estaba preparada.

12

MAX

En el comedor flotaba el olor a las hierbas con las que se había cocinado la carne al horno. Sonreí al recordar nuestra infancia: las patatas, los buñuelos asados y sentarnos corriendo ante la mesa cuando mi madre nos llamaba. Aquella era nuestra comida favorita. Cuánto había cambiado todo desde entonces... Se me hizo extraño bajar a cenar en la casa grande; hacía meses que no nos reuníamos en un día normal.

Thomas había regresado a Oklahoma; el trasiego del resto de la familia se había evaporado igual que el agua de un estanque en pleno agosto. A excepción de los novios, que en breve también partirían, allí solo quedábamos los «habituales».

Observé a mi padre, que presidía la mesa. Mi abuela cortaba el pan recién horneado al tiempo que mi abuelo se quejaba porque no encontraba sus gafas. Nathan, por su parte, todavía no se sentía en su hábitat; pensé que después de tantos años quizás yo tampoco. Había pasado la mayoría de mi vida entre esas paredes y solo me encontraba cómodo cuando cerraba la puerta de lo que consideraba mi verdadero hogar: mi madriguera. Charlé con él mientras llegaban las chicas y pregunté por Dan a mi madre, antes de que subiera a avisarlas. Había tenido un día complicado, y me sentí mal por el pobre niño. Con el calor que hacía y tener que soportar aquel aparatoso vendaje...

Cuando mi hermana y Amanda aparecieron en el salón para cenar, tuve que aguantarme la risa. No era tan capullo como para alegrarme de sus males, pero un poco sí, y eso me hizo pensar si realmente no tenía un problema en general o solo con ella.

Sabía la respuesta. Me encantaba tener la razón, y en aquellos instantes me apetecía gozar de mi pequeña victoria.

—¡Dios Santo! ¿Qué te ha ocurrido, muchacha? —le preguntó mi madre por pura cortesía, aunque era más que evidente que se había asado como un chuletón en la barbacoa.

—Me he descuidado con el sol este mediodía.

—Oh... Debí avisarte: aquí es necesario cubrirse bien, sobre todo a esas horas.

Gocé de su incomodidad ante la advertencia de mi madre. Amanda estaba avergonzada; no le gustaba ser el centro de atención, y en aquel momento era el objeto de los consejos de todos por su «descuido». Esperé con paciencia a que ocupase su asiento y conté los segundos hasta que me miró. Le guiñé un ojo y vocalicé despacio, sin emitir sonido alguno, con una sonrisa de oreja a oreja: «Te lo dije: cúbrete».

Ella se removi6 inc6moda. Ese fue mi breve momento de felicidad, no por las quemaduras en la piel, ya que en el fondo me daba rabia que se hubiese quemado. Pero yo le hab6a advertido, y ella... Cog6 la servilleta y me la coloqu6 sobre las piernas cuando record6 lo sucedido esa tarde, por no seguir d6ndole vueltas al asunto: le hab6a prometido a mi madre que iba a ser amable y cort6s. Esperaba poder cumplir mi promesa, pero Amanda no me lo estaba poniendo nada f6cil.

Mi padre bendijo la mesa, y observ6 c6mo ella permanec6a con cara de p6quer; estaba tan fuera de lugar que preocupaba. Apenas comi6. Mi abuela se interes6 por ella y se ofreci6 a hacerle otra cosa. El problema no era lo que hab6a en la mesa, el inconveniente era lo que le hab6a pasado al ni6o, algo que la condenaba a quedarse aqu6 m6s tiempo cuando se quer6a marchar.

Suspir6, lo que atrajo la atenci6n de todos, algo que no pretend6a en absoluto. Mi padre alz6 una ceja, y rogu6 para que no soltase ninguna barbaridad, ya que en ese caso dif6cilmente iba a poder cumplir la promesa que le hab6a hecho a mi madre. No exist6a mucho amor entre nosotros, y no me apetec6a ofrecer una muestra de la situaci6n ante Amanda: ya se sent6a demasiado inc6moda como para a6adir m6s le6a al fuego.

Nathan era un experto en decir estupideces en los momentos m6s extra6os, y aquella noche no falt6 a su costumbre. Todav6a ten6a grabado en la mente el d6a que se present6 en el rancho lleno de buenas intenciones y le declar6 su amor a mi hermana delante de toda la familia al completo, ¡qu6 grande! Por suerte tambi6n estaba cumpliendo con la tradici6n y no dejaba de parlotear sin cesar, porque creo que no me hab6a sentido tan mal desde hac6a mucho tiempo.

Cuando retir6 parte de las cosas de la mesa despu6s de acabar de cenar, me cruc6 con ella en el pasillo de camino a la cocina y le sonre6. Ella continu6 sin decirme nada, y me qued6 helado ante su reacci6n. ¿Qu6 le pasaba?

Al entrar en la cocina cargado con m6s platos me percat6 de que hab6a dos cosas reales en aquella habitaci6n: el olor a pescado adobado, que odiaba, y un ambiente enrarecido que hac6a que me replanteara el dar media vuelta. Mi madre se peleaba con una bandeja y Amanda permanec6a quieta, apoyada en la

encimera. Mantenían un silencio sepulcral, algo que me extrañó: mi madre no se callaba ni debajo de agua. En cuanto Amanda se giró, vi que tenía los ojos llorosos, y se me encogió el estómago. ¿Habían discutido?

—¿No hay postre? —dije para intentar romper el hielo.

Mi madre se dio la vuelta al escucharme y frunció los labios en un gesto más que sospechoso.

—Le falta un poco. —Se limpió las manos en el delantal—. Voy a buscar una fuente más grande.

Inspiré con fuerza en el momento que mi madre salió por la puerta. Amanda continuaba de espaldas a mí, peleándose con un artilugio extraño del niño que ya había visto otra vez. El objeto había tomado toda la ventaja.

—Am. Déjame que te ayude —me ofrecí.

—No me des órdenes, que no se te ocurra... —Se le rompió la voz, y deduje que estaba llorando, algo que se confirmó en cuanto observé cómo se le movían los hombros.

—Eh... —susurré, y la rocé por detrás, suave—. ¿Qué ocurre?

—¡No me toques! —gritó mientras se giraba de forma brusca—. Ni me des órdenes. Ni siquiera quiero que... Esto no funciona, Max. Lo he intentado, de verdad...

Vale; aquello era algo que no sabía cómo manejar. No tenía la más remota idea de qué hacer o decir para que se sintiese mejor, y en esos instantes era lo único que ella necesitaba.

—Sé que esto es una mierda. Para mí tampoco es fácil. —Ella lloró con más fuerza, y pensé que tenía que cambiar mi discurso cagando leches—. Pero lo estoy intentando. —Me miró con interés, y deduje que debía seguir hablando—: Me ayudaría mucho conocer más datos sobre la situación, me siento... —resoplé, agobiado— como si todo fuese a explotarme en la cara de un momento a otro. —Seguía sin hacer gesto alguno ni pronunciar palabra, así que continué para que no volviese a sucumbir al llanto—: No hemos aclarado nada todavía, Am. —Ella asintió, y solté el aire, aliviado—. Y, de verdad, creo que es fundamental que dejemos las cosas claras.

Pasados unos instantes en completo silencio, instantes que se me hicieron eternos, se sentó ante la mesa y se limpió las lágrimas y la nariz de una forma muy poco femenina, algo que me hizo sonreír.

—No me gusta cómo me hablas; en realidad, nunca me ha gustado. Eres bruto, no tienes delicadeza, te faltan modales... —Se calló unos segundos y me miró—. No quiero eso para Dan.

Sus palabras me sentaron peor que una patada en la boca, pero asentí para que continuase.

—Ya estoy harta de justificarme. No sabes lo difícil que es todo esto para mí.

—Prometo ser más paciente —dije con sinceridad.

—No es solo por ti; tu familia debe de pensar que soy un monstruo, y, sin embargo, son tan amables... —Volvió a llorar.

—No piensan nada de eso; créeme, si fuese así, ya te habrías dado cuenta. — Le rocé el brazo sin saber bien qué hacer o decir. Había hecho un trabajo pésimo con ella; estaba en mi casa, lejos de su familia, con un niño herido y ni siquiera se sentía cómoda.

«Joder, soy un patán».

—¿Te importaría contarme qué fue lo que pasó? —insistí al ver que se limitaba a jugar con la servilleta de papel, que había convertido en una bola.

—Como habrás deducido a estas alturas, fue un revés quedarme embarazada. —Se encogió de hombros—. A mi favor he de decir que pensaba que eso solo le ocurría a la gente sin recursos o muy idiota. Tú y yo debemos de pertenecer a la segunda categoría: la de idiotas profundos.

Aquello me hizo gracia, para qué negarlo. Sonreí.

—Sí, en eso soy un experto. Me lo han dicho más veces.

Conseguí que se relajara un poco y noté como si se me quitara un peso de los hombros. No me gustaba verla sufrir.

—No creas, yo también juego en esa liga. La cuestión es que estábamos acorraladas. Mis hermanas y yo nos habíamos marchado de Kansas cuando pensamos que nos podían quitar a Tracy, de ahí nuestra huida a Europa.

—¿Tracy? —pregunté, porque estaba perdido ante tanta información de golpe.

—Mi hermana pequeña. Era menor de edad.

—¿Y tus padres? —pregunté, sorprendido. Era la primera vez que se abría a mí y no pensaba desaprovecharlo.

—Mi padre había muerto dos años antes en un accidente de tráfico y mi madre... había desaparecido —soltó tras un largo rato en el que pareció sopesar si decírmelo o no.

—¡Dios mío!

—Sí. —Se mordió el labio inferior antes de continuar—. Estábamos fastidiadas. Entonces, asustadas, consideramos que el que Jess aceptara una oferta de trabajo en Londres era la solución más rápida.

—¿Y qué pasó? —insistí ante su silencio.

—Allí me enteré de que estaba embarazada.

—¿Y?

—¡Te lo acabo de explicar! —bramó—. Me sentía acorralada, estábamos solas, atemorizadas y con un bebé en camino, ¿tú qué hubieses hecho? Dime, ¿habrías actuado mejor?

Se levantó de golpe y comenzó a caminar de un lado para otro muy enfadada.

—No te estoy juzgando, Am. Solo quiero comprenderte —intenté calmarla.

—Mentira, siempre juzgas a todo el mundo. Crees que estás por encima; el hermano mayor, el jefe, el protector... ¡Vete a paseo! —Hizo una peineta y me miró desafiante—. ¿Te crees mejor que yo? Sí, la fastidié, no tengo excusa para haberte ocultado el embarazo, pero estaba cagada de miedo.

Por lo menos la ira que me dirigía estaba haciendo que me explicase parte de aquel rompecabezas, algunas de cuyas piezas al fin podía unir.

—¿Consideras que estoy orgulloso de mí mismo? —pregunté con sarcasmo—. ¿Crees que mi vida es idílica y digna? Podríamos abrir un debate sobre la basura que me cubre y solo rascaríamos la superficie.

Dejó de dar vueltas y me prestó atención.

—Dios me libre de ser perfecto... Nunca he pretendido ofenderte, así que me disculpo una vez más. Quiero ayudar en esto, de verdad, pero... no sé qué quieres tú.

—Yo qué sé, Max. Estoy hecha un lío —soltó, y dejó caer la cabeza y apoyó la frente sobre la mesa, agobiada—. Se suponía que debías conocer a Dan y...

Dejó de hablar. Esperé un buen rato, y en vista de que no tenía pensado continuar, intenté dar un poco de luz a aquel embrollo.

—¿Por qué no lo vamos viendo sobre la marcha? —sugerí—. A Dan le quedan unas semanas para que le den el alta. Será bueno para él estar en el rancho; tómalo como unas vacaciones.

—Tengo una vida fuera de aquí, un trabajo, una familia...

—¿Te espera alguien? —atajé, con más brusquedad de la que quería, haciendo que levantara la cabeza de golpe.

—¿A qué te refieres? —Entrecerró los ojos.

—Sabes perfectamente a qué me refiero. ¿Hay un novio, o marido, o lo que sea?

—Ese dato te interesa... ¿por...? —preguntó, ahora divertida.

—Curiosidad. —Me encogí de hombros—. Nunca has insinuado que tuvieses que comunicarte con nadie que no fuesen tus hermanas.

—No, no hay nadie, ¿y tú?

Hizo tamborilear los dedos sobre la mesa.

—Sí, no... Nada serio —contesté con un encogimiento de hombros—. Además, ¿de verdad crees que alguien me aguantaría?

—No.

—Tu sinceridad me abruma —bromeé; no quería que dejase de sonreír. Jesús, qué mal rato había pasado...—. Entonces, ¿qué me respondes a unas vacaciones en The Kline's Mountain?

—Necesito pensármelo—dijo, con expresión dubitativa.

—¿Qué tienes que pensar? Es una buena propuesta. —Sonreí—. Me gustaría pasar algunas tardes con Dan. Solos, él y yo.

—Max...

—Creo que me lo debes —afirmé.

Lo había pensado con calma esos días, y estaba claro que no podía desperdiciar la oportunidad de conocerlo. Quizás era cosa del destino.

—Cada vez que lo dejo solo le ocurre algo —murmuró.

—A los niños les suceden todo tipo de accidentes, caídas... Aquí hay un poco más de riesgo, pero míranos a mis hermanos y a mí, seguimos vivos.

Amanda no pareció demasiado conforme.

—La idea que tenías en mente era que el niño me conociese, ¿no? —añadí.

Asintió sin decir palabra.

—Te prometo que lo protegeré con mi vida.

—No seas exagerado, no te pega nada —se burló.

Solté una carcajada aliviado cuando vi que ya comenzaba a meterse conmigo otra vez.

—Debería disculparme con tu madre; me he echado a llorar como una tonta, y debe de pensar que ha sido por su culpa. —Se levantó.

—No te preocupes, es una todoterreno.

—Contigo como hijo es lo mínimo, pobre mujer...

La empujé de broma y sonrió. Al fin se había calmado, y parecía que habíamos recuperado el buen tono.

Cuando regresamos a la mesa, pasado un rato, me percaté de las miradas entre las abuelas, Leah y mi madre. Tomé debida nota de hablar con todos para que dejaran de meterse en mis asuntos y no agobiasen a Amanda.

Esto no iba sobre nosotros; esto trataba sobre el bienestar de mi hijo.

Después de un día de locos en el que todo se había complicado, por la tarde repartí entre los chicos las tareas para la jornada siguiente y me fui a duchar a casa. Normalmente a esa hora todavía tenía mil cosas por hacer, pero no podía

obviar mi responsabilidad. Le había pedido a Amanda unos días, y aunque aún me preguntaba por qué, debía ser consecuente.

Mi madre me sonrió cuando entré en la cocina y me pellizcó un carrillo. Aquel gesto aparentemente casual me mosqueó.

—¿Qué tramas, mamá?

La observé sacar el pan del horno y mi estómago rugió al instante.

—¿Por qué crees que tramo algo? —contestó, evasiva, lo que me confirmó mis sospechas.

—Mi pan favorito recién horneado, una caricia que hace siglos que no me haces y ese extraño gesto de buen humor... No sé, llámame loco, pero creo que se te ve el plumero.

Rio tan fuerte que Nana entró al instante para ver qué sucedía.

—Ah, ya estás aquí —dijo mi abuela al percatarse de mi presencia—. Ven, el niño está cantando con Nathan en el salón. Es tan bonito...

Una presión se alojó en mi pecho. Al ver a Nathan con la guitarra vieja que usaba cuando era joven entre sus manos, cantando a pleno pulmón, tuve que aguantarme la risa. Dan movía su cuerpecito al son de los acordes y se reía cada vez que mi colega elevaba un tono de forma exagerada. El cuadro era perfecto. El fresco entraba por la ventana y templaba el ambiente. La mesa estaba casi dispuesta y mi familia, disfrutando de ese espectáculo.

Miré a Amanda; la piel le había mejorado de forma considerable, y me encantó verla sonreír. Hacía días que no tenía tregua y en aquellos momentos me recordó a la loca que hacía unos años me besó en el club para evadir mis preguntas.

—Hombre, si ha llegado el jefe —canturreó Nathan; la atención de los presentes se centró en mí—. Anda, coge la guitarra y ven aquí.

Me acerqué al tonto de mi cuñado negando con la cabeza. Leah rio cuando me cedió su turno y yo le correspondí con otra sonrisa cuando Dan me gritó para que tocara. Mis dedos se movieron sobre las cuerdas sin perder de vista al niño, y Leah gritó entusiasmada cuando descubrió qué canción era. Nana la acompañó al instante, y se les sumó luego mi abuelo John dando palmas. El rockero no tenía ni idea de qué estaba cantando, y Amanda sonrió al percatarse de la letra de *Home on the range*. Tenía que enseñarle al crío la canción que hablaba de nuestro estado a la perfección, ¿no?

Mi padre nos observaba apoyado en la chimenea, y juraría que incluso cantó un poco. ¿Qué sería lo próximo? ¿Una nave extraterrestre aterrizando en el patio trasero?

La cena discurrió con calma. Leah y Nathan se marchaban al día siguiente y

presentí cierto desasosiego en Amanda ante la noticia. Normal, se iba a quedar sola en una casa extraña. Cenamos temprano para que Dan nos acompañase, y cuando comenzó a ponerse irritable, Amanda se excusó para llevarlo a dormir.

Fregué los platos con Nana, que no cesaba de parlotear como si estuviese muy contenta. ¿Qué les pasaba a todos? Cuando acabamos de recoger, salí al porche y me senté al lado de Nathan en el viejo balancín, que había escuchado tantas historias y soportado tantos vaivenes que era casi un tesoro familiar.

—¿Cómo lo llevas, colega? —preguntó mi amigo tras un cómodo silencio.

—Bien, supongo —respondí después de meditarlo un buen rato—. No todos los días descubres que eres padre de repente.

Y era cierto. Había pasado por todo tipo de emociones en esos días, había estado realmente enfadado, mucho, y parecía que todo aquello se había diluido a raíz de la caída de Dan. No podía ofrecer una explicación lógica, solo sabía que era así. ¿Qué culpa tenía Dan de los errores de dos adultos irresponsables?

Iba a echar de menos a mi amigo. Allí no tenía demasiadas personas con las que charlar en confianza, y, aunque muchas veces solo nos hiciésemos compañía con buena música de fondo, me gustaba compartir aquellos momentos con él.

Nuestra vida estaba cambiando a pasos agigantados, y no sabía si estaba preparado para ello.

13

AMANDA

Reprimí las lágrimas cuando me despedí de Leah y Nathan. Sentía que una losa caía sobre mí de forma irremediable: se marchaba la única persona con la que tenía un vínculo real allí, y no sabía si lo iba a soportar.

Max desapareció en el preciso instante en el que el muchacho, Tadi, llegó corriendo por algún problema relacionado con el rancho. Se despidió de nosotros con una disculpa, y casi pude percibir que realmente se sentía mal por tener que marcharse. ¿Me estaba ablandando o quizás quería ver cosas donde no las había?

La noche anterior había sido memorable. No había sucedido nada especial, pero eso era lo que la había hecho tan mágica, porque, después de muchos días, me sentía en paz.

La familia de Max estaba encantada con Dan y se desvivían en atenciones. El rancho ponía de su parte, y me constaba que estaba haciendo un esfuerzo, porque en el poco tiempo que llevaba allí ya me había percatado de que casi todo pasaba por sus manos. Desde luego que debía de ser agotador; yo no hubiera podido sobrellevarlo. Por ese motivo me propuse darle una oportunidad, como él me había pedido. Iba a hacer borrón y cuenta nueva. Si estábamos allí era porque había decidido que Dan pasase tiempo con su padre. Se lo debía, y después...

«Y yo qué sé». Estaba hecha un lío, y en esos momentos no quería sacar conclusiones precipitadas.

Le tendí la mano a Dan para entrar en casa. Sin hacer caso a mi ofrecimiento, siguió a Nana con paso ligero y la acompañó a la cocina. Me quedé asombrada por su repentina independencia y sonreí al darme cuenta de lo mucho que todavía debía aprender de mi hijo.

Dan mejoraba día a día. Si me lo hubiesen dicho cuando sufrió el accidente, no me lo habría creído, pero era cierto eso de que los críos estaban hechos de otra pasta. Me las veía crudas para mantenerlo sosegado; ¿cómo podías hacerle entender a un niño pequeño que debía permanecer en reposo? Desde que todos se hacían cargo de él, contaba con más tiempo para mí, y eso era lo que menos me gustaba de la ecuación, porque allí no tenía nada que hacer. No me atrevía a alejarme mucho de casa por si el niño me necesitaba.

En definitiva, ¿a qué podía dedicar mi tiempo para no morir de aburrimiento de forma prematura y desesperada?

La tarde siguiente estaba ordenando la habitación cuando Jossie me llamó desde la planta baja. Corrí porque pensé que le había sucedido algo a Dan. Entré en la cocina y frené en seco al ver a Max con el niño en brazos, muertos de risa. Una incontenible mezcla de orgullo y cariño me abrumó, haciendo que casi se me saltaran las lágrimas. ¿Qué me estaba pasando?

—Max ya está listo para ir de compras —me comunicó Jossie con una amplia sonrisa.

—Ah, gracias —murmuré, sorprendida.

Le había comentado aquella misma mañana que debía acercarme al pueblo para realizar unos recados. Lo cierto era que le había propuesto que me prestaran un vehículo, no que me buscara un chófer. Observé de nuevo a los chicos y me quedé sin respiración cuando unos hoyuelos idénticos aparecieron en sus rostros.

«¿Todavía te quedan dudas, tonto?».

Si hubiese tenido una cámara, habría immortalizado aquel momento. Yo no lo olvidaría nunca, pero a lo mejor mi hijo no lo recordaría... Cada vez que mi niño sonreía así, regresaba a aquella tarde tres años antes, durante el primer semestre del curso del grado. Volvía a Lawrence, a las risas, a los días en los que pude ser una joven normal, al día en que lo conocí...

Leah nos había invitado a su apartamento a Brenda y a mí. Broméabamos como idiotas por el cuchicheo que había escuchado Brenda en los baños de la universidad a unas chicas de segundo. Leah abrió la puerta del apartamento y nos encontramos a dos chicos enormes que estaban en plena guerra de cojines en el minúsculo salón. Me aguanté la risa al descubrir que mis hermanas y yo no éramos las únicas que hacíamos ese tipo de cosas. Ajenos a nosotras, un chico rubio, guapísimo, y otro moreno, algo más joven, se golpeaban con saña sin dejar de vociferar. Leah silbó y los dos frenaron al instante el juego, sorprendidos.

—Hola, enana, ¿traes visita? —dijo a Leah, con una amplia sonrisa, aquel rudo rubio.

Me fijé en los hoyuelos adorables que resaltaban en su cara como si fuesen una nota discordante. Aquel tipo no parecía sonreír a menudo: la marcada arruga en su ceño era una prueba fehaciente de que tenía más preocupaciones que diversiones, por eso me encantó verlo así aquel día, como si no cargase el peso del mundo sobre sus hombros, como si sonreír fuese su máxima diaria.

Entonces Leah nos presentó a sus hermanos; Thomas, el moreno, que era el mediano, y después a él, al mayor de los Kline, Max. Los hoyuelos del rubio desaparecieron como un espejismo de su cara y solo los vi una vez más pasado mucho tiempo. Los hermanos abandonaron el salón y nos quedamos las tres solas. Mis chicas...

Jossie hizo ruido con una olla y me giré, saliendo de mi embobamiento. Cuando

vi su expresión, negué con la cabeza, divertida. Tenía la misma cara que su hijo mayor cuando se salía con la suya. Había visto ese brillo de victoria en la mirada de Max demasiadas veces como para no reconocerlo, y entonces supe de quién lo había heredado.

«¿Qué estás tramando, Jossie?».

De camino al pueblo, Max parecía contento. Apenas fruncía el ceño, y eso era casi un milagro. Canturreaba y me indicaba a quién pertenecían las fincas colindantes.

—¿Adónde necesitas que te lleve primero?

—¿Sabes que le pedí el coche prestado a tu madre? —pregunté. Debía aclarar el asunto antes de que sacase conclusiones precipitadas.

—Creo que no conoces el verdadero carácter de los habitantes de Kansas. Aquí la amabilidad y la hospitalidad rezuman por los poros de los conciudadanos hasta casi aburrir —dijo al tiempo que me guiñaba un ojo.

—Tú no eres de aquí, ¿verdad?

Soltó una carcajada y siguió conduciendo sin decir nada más. Olía muy bien. Se acababa de duchar y todavía tenía el pelo húmedo. No quería observarlo con demasiada atención para que no se creyese que bebía los vientos por él, pero era indudable que en aquellos años en los que no lo había tenido cerca había ganado muchísimo. Estaba cañón; y no era cosa de mis hormonas desesperadas ni de mi cuerpo, escaso de mambo. Era algo constatable. Sus brazos habían aumentado en volumen, el color bronceado de su piel hacía resaltar el azul intenso de sus ojos y la ropa de *cowboy* era algo así como un reclamo en toda regla.

Sí, definitivamente, permanecer en un espacio reducido con él estaba causando estragos en mí.

Di gracias al cielo cuando aparcó la ranchera, de la que me bajé tan rápido que casi caí de bruces.

—Sería bueno que consiguieses otro calzado. —Sonrió a mis pies semidesnudos, cubiertos solo por las tiras de las sandalias.

—No entra dentro de mis planes. —Correspondí a su sonrisa y me giré para buscar un supermercado.

Eché un vistazo a la única calle céntrica del pueblo y a las cuatro tiendas.

«¿En serio?».

—¿No hay un supermercado? —dije en voz alta a la calle desierta.

—Aquí no, tendríamos que ir unas millas más allá, al siguiente pueblo. ¿Qué te hace falta?

Suspiré y me dejé de tonterías: habíamos compartido bastantes intimidades en el pasado para andarme con remilgos a aquellas alturas.

—Tampones.

Me encantó disfrutar de su vergüenza. ¿De verdad le daba corte?

—Ya sabes, compresas y esos rollos para el período. Está al caer y no tengo suficiente arsenal. —Y continué, ante su visible incomodidad—: Me desangro en esos días, es un asco cuando...

—Vale, lo... En la tienda de Belinda seguro que...

Lo vi marcharse a grandes zancadas y tuve que contenerme para no soltar una carcajada. Max era tan transparente que no podía disimular un ápice.

Cuando entramos en el comercio, sentí que había traspasado una barrera en el tiempo y nos habían soltado en los años 50. Olía a madera recién encerada y a algún tipo de ambientador natural. La decoración se había quedado estancada en una época remota, y casi esperaba a que apareciese una viejecita encantadora detrás del mostrador cuando tintineó la campanilla de la puerta.

Max se quitó el sombrero y me miró con una sonrisa tensa. Bueno, tampoco íbamos a perpetrar un atraco. Qué antiguo era a veces...

—Menuda sorpresa, Max. Hacía mucho tiempo que no te dejabas caer por aquí.

Sonreí cuando escuché la voz dulce de una mujer y alcé la vista para llevarme una sorpresa. Ante mí no había una viejecita encantadora, sino una joven rubia, guapísima y espléndida a la que solo le faltaban la música de fondo y los pajaritos como a Blancanieves.

Se saludaron de forma efusiva, y enseguida me percaté de la buena sintonía que había entre ambos. Pasados unos minutos bastante incómodos me di la vuelta para echar un vistazo a la tienda y no parecer tan patética. Ya sabía que los modales de Max eran más bien rudos, pero lo que había olvidado era que a veces carecía de ellos. ¿Por qué no me había presentado todavía? A ver, que no era invisible...

Estaba a punto de largarme de la tienda —de hecho, ya me quedaban unos pasos para abrir la puerta— y entonces fue cuando él se acordó de qué habíamos ido a hacer allí.

—Esto... Amanda, ¿qué necesitabas? —me preguntó sin mirarme.

«Idiota».

—Hola, soy Amanda, una amiga de Leah —saludé a la joven, extendiendo una mano que estrechó con una sonrisa arrebatadora.

—Yo soy Belinda, encantada de conocerte. ¿Has venido para la boda? —

preguntó de forma amable.

Me gustó al instante.

—Bueno, de hecho...

—Tenemos algo de prisa, Bel —me interrumpió Max—. Amanda necesita cosas para...

Entrecerré los ojos, sopesando si responderle con un impropio. ¿Qué se pensaba, que iba a soltar lo de su paternidad a cualquiera?

«Relájate, Amanda. Solo es un pobre ignorante asustado...».

—Cierto; como bien ha apuntado el bueno de Max, preciso arsenal para mi período.

Belinda esbozó una amplia sonrisa y se giró para mostrarme parte de su *stock*. Aproveché para comprar champú y una crema protectora. Me recomendó una especial, y charlamos ante la incomodidad de Max, que cada vez parecía más fuera de lugar. ¿Qué le pasaba?

Me hizo la cuenta y Max sacó la cartera.

—Ni se te ocurra —anticipé antes de que ofreciese el dinero.

—Am, no voy a dejar...

—Por supuesto que sí. —Cogí mi monedero y extendí la tarjeta a Belinda, que nos observaba divertida—. ¿Aceptáis tarjeta?

—Sí, dame un segundo. —Se giró para coger el datáfono y yo aproveché para fulminar con la mirada a Max, que resoplaba disgustado—. ¿Cuánto tiempo vas a estar por aquí?

—No sabría decirte, depende de...

—Bel, ¿qué tal está tu madre? Me comentó Nana que no mejoraba. Te echamos de menos en la boda.

Era la segunda vez que me interrumpía y estaba hasta las narices.

Cuando acabamos las compras me dirigí al vehículo, molesta con Max, que me seguía de cerca. Si no le decía algo iba a reventar.

—Mira... —Me giré de forma abrupta, y lo pillé desprevenido—. No estoy aquí para reclamarte nada, ni para ser rescatada por un príncipe azul, ni cualquier rollo que se te haya pasado por esa cabeza de chorlito. Así que deja de comportarte como un energúmeno y sácate el palo del culo de una vez. De verdad, no sé qué narices pretendía al venir aquí...

Bufé al aire por no darle una patada en la entrepierna. Max me miraba entre asombrado y ¿divertido?

—¿Se puede saber por qué te ríes? —bramé, harta de su actitud extraña.

—Guau, pensaba que la Amanda que conocí se había diluido tras la nueva y

responsable madre soltera de un niño. —Sonrió, cosa que me hizo cabrearme más todavía.

—¿Qué tipo de tara mental tienes?

—Deberías relajarte, no sé por qué te pones así. Solo quería pagar la cuenta, pero ya lo he captado: nada de gestos caballerosos.

—¿Gestos caballerosos? ¿Estás de broma? —Cabeceé alucinada—. Me has interrumpido dos veces. ¡Dos veces!

—No, he evitado que Belinda nos secuestre una hora en la tienda y que después se dedique a expandir la noticia de la nueva visitante al resto del pueblo —afirmó con una gran sonrisa a la vez que se cruzaba de brazos.

—¿Te avergüenzas de lo que puedan averiguar? ¿Es eso?

—Me importa un rábano lo que piensen ella y el resto del condado de mí. Solo quiero hacerte la vida más fácil mientras estés aquí, y te aseguro que este es un pueblo pequeño, con todos los inconvenientes que ello conlleva...

Se colocó el sombrero y caminó hasta otra tienda. Lo observé, allí parada, sin entender su mensaje. ¿Me estaba protegiendo?

—Anda, vamos a comprarte unas botas muy caras que vas a pagar tú, por supuesto.

—No pienso comprarme unas botas, Max.

—Sí, unas para ti y otras para el niño. No es justo que estéis encerrados en casa. Ya es hora de que disfrutéis del rancho.

Abrió la puerta, contento ante mi total desconcierto. Cada día lo entendía menos, y, lo que era peor, lo estaba juzgando de forma errónea a cada paso. Quizás la que tenía un grave problema era yo, ¿no?

Un par de días después, observaba mis nuevas botas con una sonrisa de idiota. Aquella tarde no solo me había comprado calzado para mí y para Dan, sino también los típicos sombreros de *cowboy*. Cuando me dieron la cuenta casi sufrí un infarto, pero no mostré el menor indicio de que me pareciese más cara que la entrada de un piso en Madrid, porque no quise dar mi brazo a torcer ni que Max pagase nada. Tenía dinero en mi cuenta, era autosuficiente, *ergo* no necesitaba que él se hiciera cargo de nada. Ya bastante mal llevaba el asunto de tener que estar hospedada en casa de sus padres por la cara, pero John casi se había puesto verde cuando les insinué que quería pagar los gastos de nuestra estancia en el rancho. Y Jossie salió disparada a la cocina, entre molesta y asombrada. Igual allí no era típico. Como me había dicho Max, en Kansas eran muy hospitalarios. Desde luego, en las ciudades no se percibía tanto aquel espíritu, porque los años

que vivimos en Topeka con mi familia no gozamos de esa experiencia: más bien creía que se trataba de algo típico de las zonas rurales.

—Dan, ¿quieres ver los caballos?

—Sí, Dan *tere*...

Sonreí a mi hijo, que era una muestra en miniatura de un *cowboy* regordete. Caminaba lento porque su estabilidad con un brazo en cabestrillo era distinta, y en aquel terreno repleto de piedras le costaba más. Estaba encantado con sus botas nuevas, no había forma de que se las quitase. Imaginaba que se debía a la influencia del resto de adultos con los que se rodeaba al cabo del día; era raro no cruzarse con alguien que no fuese con unas puestas. Además, después de pasar unos días con sandalias de lo más incómodas, bendecía el cambio.

Había descubierto que a última hora de la tarde el campo lucía espléndido. Los colores del cielo eran preciosos. No tenía ni idea de cuáles eran las dimensiones de la finca de la familia, solo sabía que podías mirar al horizonte y perderte en el mar verde de prados sin vislumbrar el final. Jossie me explicó que Max había trabajado mucho con los pastos, algo sobre unas quemas de terreno en primavera, con lo que conseguían que brotara la hierba más fuerte para el ganado. Era mejor y más sano, pues así criaban las reses con alimentación natural. Todo aquello me sonaba a chino, pero no podía obviar que había hecho un magnífico trabajo, porque daba gusto observar los campos en su pleno esplendor con animales pastando a sus anchas.

A Dan le encantaba ver a los caballos. Max me había participado que en cuanto se curase lo iba a llevar sobre su Bonnie. Me supo mal contradecirle, pero mucho me temía que aquello no sería posible, ya que en cuanto el niño se recuperase, nos iríamos de allí.

Intenté disfrutar del paseo; no me apetecía angustiarme con los consejos de mi abuela ni con los de Jaime, el abogado. Les debía mucho a todos, ya que nos habían ayudado en los peores momentos, y sería estúpido decir que no les estaría eternamente agradecida, pero no compartía su opinión, y a cada día que transcurría, mis dudas se hacían cada vez más grandes.

Cuando llegamos al cercado de los caballos, no me sorprendió verlo allí. Se había convertido en una especie de ritual, cosa que no quería achacar a nada más que al niño. Pero ver a Max sin camiseta, lavando a los caballos, con esa luz de fondo espectacular del atardecer y el sudor resbalando por su torso, les parecía una fiesta en toda regla a mis feromonas. No iba a negar que la química entre nosotros no había desaparecido, por lo menos por mi parte. Si había algo que siempre me había encantado del ranchero eran su físico y la atracción casi

explosiva que nos había llevado a cometer verdaderas locuras en el pasado. Con el tiempo y las circunstancias, todo había cambiado. No obstante, era un lujo exquisito disfrutar de esas vistas.

En aquel tiempo no había podido averiguar nada más sobre su vida, sus relaciones... No me atrevía a preguntarle, porque casi nunca estábamos solos, y tampoco quería parecer desesperada, ni que confundiera mis intenciones. Además, él había dicho que algo tenía por ahí. Estaba claro que no iba a permanecer célibe: eso solo lo hacían las tontas del culo como yo. Y podía constatar que era más que evidente que necesitaba sexo.

Sonreí, y, justo en ese momento, él me miró.

«Vale, ahora va a pensar que babeas con él. Aunque acertado, tampoco es necesario dejarlo tan claro...».

Se aproximó, y el corazón comenzó a bombear en mi pecho de forma acelerada. Miré a Dan para disimular, porque seguro que estaba roja como una amapola.

—¡*Mas!* —le gritó Dan, eufórico.

—Hola, campeón. ¿Quieres venir a saludar a Bonnie? —Me sonrió y extendió los brazos para coger al niño, que casi se lanzó al cercado sin ayuda. Me inundó un olor a sudor mezclado con alguna especie de jabón. Aquella debería ser la nota decisiva para que mi libido cayese en picado, pero, ¡sorpresa!, mi cuerpo volvía a tener decisión propia, y casi le hice una ola cuando se giró, ofreciéndome una panorámica de su magnífico trasero enfundado en aquellos vaqueros ceñidos. Decidí que lo mejor para mi mente saturada de ranchero macizo sería ir a despejarme con un paseo, así que los dejé allí. La primera vez que se quedó con el niño rodeado de animales me había costado muchísimo alejarme; de hecho, fue una tortura. Pero cuando comprobé que Max era cuidadoso y podía confiar en él, comencé a relajarme. Necesitaban momentos a solas y yo debía facilitárselos.

Continué por la pequeña senda que había descubierto la tarde anterior. Había un promontorio formado por lo que parecían las ruinas de un edificio antiguo derruido. Trepé por un lateral y me senté para gozar de la puesta de sol con una perspectiva inmejorable. Había disfrutado de muchos atardeceres, y podía asegurar, sin ningún lugar a dudas, que aquellos eran espectaculares.

Al regresar a casa, me sentía envuelta en una paz increíble. Ni la mejor sesión de yoga hubiera conseguido dejarme tan calmada como me encontraba en aquellos instantes.

Estaba a punto de llegar cuando Tadi saltó desde las escaleras del porche,

dándome un susto de muerte.

—¡Estás aquí! —exclamó, aliviado—. A Dan le ha picado un insecto y está llorando...

No acabé de escucharlo. Aquel chico estaba empezando a caerme realmente mal: siempre que me lo encontraba era para darme malas noticias.

Entré hecha un manojo de nervios y lo primero que vi fue a Max riñendo a su madre en voz baja, mientras sostenía a Dan en brazos, casi dormido.

Tuve que tomar aire para intentar sosegar mi corazón desbocado, sin conseguirlo.

«¿Qué narices...?».

Me dejé caer en una silla cuando noté que mis piernas perdían fuerza.

14

MAX

—¿Por qué has mandado a Tadi? —mascullé hacia mi madre, molesto—. Sé lo que me hago.

Observé de reojo a Dan, que estaba a punto de sucumbir al sueño. Le canté bajito una canción de rock mientras mi madre cabeceaba disgustada. Debían dejar de meterse en todo, comenzaba a estar harto. Sabía perfectamente lo que tenía que hacer: me había hecho cargo de mis hermanos muchas veces desde que tenía uso de razón, y también del pequeño Cam. Me molestaba sobremanera que no confiaran en mí. Sobre todo ella. Escuché unos pasos rápidos a mi espalda, de alguien que entraba con prisa. Fruncí el ceño, y me cabreé todavía más con mi madre al comprobar que era Amanda.

—¿Por qué tienes que meter siempre las narices en todo, Jossie?

—Estaba preocupada... —se disculpó con un susurro antes de darse la vuelta hacia la cocina, apenada.

Vi cómo la pobre Am se dejaba caer en la silla, aliviada. Tenían que dejar de darle estos disgustos; entre todos iban a conseguir que se largase de allí antes de tiempo, y con motivo. Yo ya lo habría hecho sin mirar atrás.

«Pandilla de metomentodos...».

Amanda respiraba acelerada y tenía los ojos llenos de lágrimas. Le sonreí para tranquilizarla; casi había conseguido dormir a Dan, que se había cogido la madre de todos los berrinches cuando le picó una mosca del ganado. Era algo habitual que sucedía en todos los ranchos, y, por mucho que lo lamentase, no sería la primera vez que le pasaría. Habíamos convivido desde pequeños con todo tipo de picaduras de ese estilo, además de caídas, rozaduras de hierbas venenosas y otras particularidades de la zona. Y él no iba a ser una excepción: era la ley en el rancho. Nada que no se solucionase con una pomada natural y mimos. Lo que me fastidiaba es que todo le tuviera que pasar a aquel pobre angelito en tan poco tiempo. Me hubiese gustado padecer yo su sufrimiento, y aquello me sorprendió, para qué mentir.

Contemplando a la chica mientras ella nos miraba, no me cupo duda alguna de que estaba agotada. No se trataba de nada físico, sino más bien de un peso

anímico que casi no la dejaba respirar. ¿Cuánto habría sufrido ella sola? ¿Por qué?

Canturreé *Respect*, de Aretha, en voz baja, haciéndola reír. Eso era lo que sentía por aquella joven menuda y valiente: respeto. Allí estaba, sin mostrar un ápice de indecisión; había recorrido un largo camino para hacer frente a un error del pasado. Aunque no compartiera su forma de actuar, debía sopesar el hecho de que no debía de haber sido fácil.

Estaba preciosa, con la cara sonrosada y el pelo alborotado. No cabía duda de que Amanda se había convertido en una mujer realmente atractiva.

Pasados unos minutos en los que casi se me quedaron los brazos agarrotados de sostener al niño, comprobé que se había quedado dormido. Me acerqué a ella y le guiñé un ojo.

—Soy un *crack*. Lo acostaré en su cuna. Anda, ve a la cocina a cenar algo, ahora bajo a acompañarte.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con un hilo de voz.

—Nada, son unos exagerados; le ha picado una mosca del ganado.

—¿Dónde? —Se levantó de golpe, angustiada.

—Amanda, no es nada... —la tranquilicé con una sonrisa conciliadora—. Anda, déjame acostar a este grandullón, que pesa lo suyo.

Me percaté de la leve sonrisa que asomó a su rostro y por fin se disolvieron aquellas horribles arrugas de preocupación que le surcaban la frente. La pobre estaba en continua tensión y ya era hora de que aquello terminase. Merecía un poco de paz.

Me explicó cómo cambiar los pañales y el resto de cuidados que precisaba Dan con suma paciencia; cada instante que pasaba a su lado, me sorprendía de una forma a la que no quería dar importancia; no estaba preparado para reconocer el tipo de emociones que se sucedían en mi interior desde que los dos habían aterrizado en el rancho.

—¿Has visto el álbum? —susurró una vez hube acostado a Dan en su cuna.

Suspiré antes de responderle. Había sido duro, bonito, inexplicable... Había necesitado dos días para terminarlo porque no había sido capaz de hacerlo de una sola vez.

—Sí.

Me observó esperando que dijera algo más; parecía tan vulnerable que me dolía, pero no podía, simplemente no podía.

—Vamos, la cena ya debe de estar lista —atajé.

A la mañana siguiente, cuando el sol apenas había despuntado, Bonnie ya trotaba a buen ritmo de camino a la ladera este. Me encantaba cabalgar a aquella hora de la mañana. Podía disfrutar del silencio y de los colores del cielo, que variaban conforme asomaba la luz. La tierra despedía el olor al rocío que la bañaba y algunas gotas brillaban con el reflejo de los primeros rayos de sol.

Tenía varias cosas que hacer aquella jornada. No obstante, no me los podía quitar de la cabeza. Odiaba esa sensación de inquietud que se había alojado en mi pecho; era como si lo que antes me calmaba, lo que hacía que todo estuviese en su sitio, ya no tuviese el mismo efecto.

La noche anterior no había podido dormir: no podía dejar de pensar en Dan, en sus lesiones y en la pobre Amanda. Algo me decía en mi interior que debía actuar con mucha cautela, aunque, sin embargo, estaba dispuesto a renunciar, por una vez en mi vida, a anteponer la coraza. ¿Y si estaba equivocado?

Decidí dejar a un lado esos pensamientos y ponerme manos a la obra. Si posponía las tareas, el calor comenzaría a pegar fuerte.

Busqué a Paul, que me había advertido sobre unas reses que tenían problemas de parásitos. Con todo el ajetreo de la boda, había descuidado revisar las cartillas de desparasitación y a lo mejor las etiquetas con insecticidas de sus orejas habían perdido su potencia.

Silbé con fuerza al ver la silueta del pequeño Cam, que se encontraba en medio de la ladera. Probablemente lo había enviado el capataz para contar los terneros que superaban las setecientas libras. Me alegré de que las reses estuviesen acostumbradas a estar rodeadas de humanos. Era algo que me había empeñado en cambiar desde que tomé las riendas del rancho. Los animales debían saber que no éramos un peligro; así se evitaban ataques y accidentes, aunque nunca debíamos olvidar que un macho en celo no era amigo de nadie...

Cuando lo dirigía mi padre, el tipo de crianza era diferente: había más cabezas de ganado y todo estaba pensado para la producción cárnica. Puede que en su momento funcionase, pero actualmente no era el objetivo que pretendía llevar a cabo con las instalaciones.

Habíamos realizado un duro trabajo durante los dos últimos años y al fin comenzaban a verse los frutos. Desde el tipo de pastoreo, con la quema de hierbas para la regeneración natural de los pastizales, hasta la separación de los toros para evitar los embarazos en cadena durante todo el año. El sello Kline comenzaba a ser uno de los más solicitados en las subastas, y eso se debía al gran equipo que conformaba el rancho.

Até a Bonnie a una de las vallas del cercado y entré hasta llegar adonde se

encontraba el chico. Llevaba una libreta pequeña en la que anotaba algo y me sonrió cuando chiflé a su perro lobo, que no lo dejaba solo casi nunca. El animal sacudió el rabo sin levantar la cabeza del suelo. Cam alzó el ala de su sombrero con el bolígrafo que llevaba en la mano y, al instante, una imagen de su padre me sacudió hasta los cimientos...

Teníamos catorce años. Cameron había venido a buscarme temprano bastante angustiado. Se coló por la ventana de mi habitación, como otras tantas veces, y me despertó en silencio para no alertar a nadie en la casa.

—Acabo de venir de la propiedad de Ben... —susurró en mi oído.

—¿No te dije que te mantuvieras alejado de allí? —pregunté a la vez que me incorporaba.

—Tiene a los caballos en muy malas condiciones, hay que hacer algo.

Estaba angustiado. Lo sabía porque no podía disimular sus ojos llorosos. Siempre había pensado que mi mejor amigo había nacido en la época y en el lugar equivocados.

—¿Qué sugieres, eh? ¿Has pensado en las consecuencias si nos pillan?

—No serán peores que las que tienen que sufrir esos animales a manos de ese hijo de perra —masculló. Me lanzó los pantalones y la camiseta para que me cambiase. Miró por la ventana y levantó el ala del sombrero, en un gesto muy peculiar suyo, con el dedo índice—. Vía libre.

Debería haber hecho cambiar a mi amigo de opinión. Debería haber frenado ese ímpetu que me empujaba a combatir las causas injustas de la vida, debería...

Si aquel día no nos hubiésemos colado en la propiedad privada de uno de los mayores sádicos del pueblo, quizás mi mejor amigo, mi compañero de travesuras, casi mi hermano, hoy seguiría con vida. Porque a partir de ese día todo cambió para nosotros.

La lluvia apenas había dejado un rastro en la tierra seca; solo había conseguido alborotar a las moscas y excitar al ganado. Mi padre se limpió con el pañuelo de algodón blanco, que había adquirido un tono parduzco, parte del sudor que resbalaba por su cara. Me distraje observando los surcos que las gotas le habían dejado mientras me gritaba sin cesar. Estaba más pendiente de sus manos que de lo que me vociferaba. Mi instinto me había enseñado a respetar las señales. Con un poco de suerte, no se desabrocharía el cinturón y nuestra última travesura quedaría reducida a unos cuantos gritos.

Esperaba que Cameron corriese mejor suerte y su padre no diese con él. Esta vez la habíamos liado gorda. El grosor de la vena del cuello de mi padre era de un tamaño que anunciaba problemas.

No me dio tiempo a prepararme para el primer golpe. Distraído, regresé al presente con el escozor en el brazo del primer revés. Odiaba el olor a cuero recién encerado de su cinturón favorito, hacía que se me revolviesen las tripas.

—¡Juro por Dios, chico, que aprenderás por las buenas o por las malas!

«Diez, catorce...»

—Aunque sea lo último que haga... —insistía.

«Veinte, veinticinco...».

—¿Me oyes? —preguntaba entre latigazos.

«Veintisiete, treinta... Mañana dolerá más, pasado un poco menos...».

El cuero siseaba en el aire y me rompía la piel con cada estallido. Yo ya no estaba allí. Me había marchado al momento de la «hazaña» que había hecho que estuviera en ese momento arrodillado ante mi padre, cuando habíamos liberado a aquellos animales maltratados. Habría vuelto a pasar por eso mil veces. Daba igual que el jefe de policía le hubiese dado un ultimátum a mi padre. No me importaban las consecuencias, ni el daño que me estaba haciendo.

—Espero mucho más de ti que esto, Maximilian. No olvides que eres un Kline. A mí me duele más que a ti —sentenció.

Lo vi alejarse, a la vez que observaba el rastro que dejaban sus botas en la tierra seca. Tenía los hombros tan encogidos como mis entrañas. Me escocían los ojos casi más que la espalda.

«Ojalá que Cameron se salve, ojalá que su padre no dé con él...».

No hubo suerte. A mi mejor amigo lo llevaron a una escuela militar; cuando pudo caminar después de la paliza. Ya nada volvió a ser igual. Yo estuve recogiendo estiércol con una pala hasta que las ampollas de las manos se me reventaron y comenzaron a sangrar. Un día tras otro.

Éramos unos críos. Habíamos compartido muchas cosas juntos, pero aquel día aprendimos lo que significaba pagar por algo. Desde ese día comprendí lo que se esperaba de mí.

Regresé al prado y sonreí al pequeño Cam. Me juré que con él lo haría mejor, mucho mejor.

AMANDA

Habían transcurrido dos semanas en una paz que se podía catalogar de anómala en mi vida. Max había cumplido con su parte del trato. Y yo, con la mía. Me costaba un mundo confiar a Dan a alguien que no fuera yo. Sabía que lo protegía en exceso. Después de todo, estaba encomendando la persona más importante de mi existencia a unos extraños. Podía sonar cruel, pero, en realidad, era la experiencia la que me había hecho así: recelosa, suspicaz, incrédula y protectora. De los míos y de lo mío.

Jess siempre decía que tenía que relajarme un poco. Ella era la pragmática de la familia, por eso siempre había llevado el mando. Quizás era su ausencia lo que manejaba peor desde que había regresado a Kansas; mi hermana mayor hubiera atajado mis crisis en un santiamén. Relativizaba un problema hasta hacerlo más fino que un folio.

En aquellos días, en los que había gozado de bastante tiempo para pensar, me di cuenta de que, pese a mis momentos de bajón y alguna que otra salida de tono con Max, había sobrevivido sin la supervisión de mi terapeuta. Puede que a una persona ajena le pareciese una estupidez, pero para mí era la prueba fehaciente de que había mejorado muchísimo. Después de unas jornadas de locura y nerviosismo, al fin había conseguido relajarme. No había disfrutado de unas vacaciones durante años y me las merecía. Había supuesto todo un esfuerzo sacarme un grado a distancia, trabajar y cuidar de Dan; si aquello no me había convertido en una especie de *superwoman*, ya no sabía qué podría conseguirlo. Mi hermana pequeña, Tracy, repetía siempre que me iba a poner enferma cuando aprovechaba las noches en vela durante la lactancia de Dan para estudiar. Y sí que había habido momentos tremendamente duros, que minaron bastante mi ánimo. Sin embargo, todo había merecido la pena.

Tocaba la revisión de Dan con el traumatólogo. Cuando llegamos a nuestra cita, me sorprendió comprobar que se trataba del mismo médico que nos atendió en urgencias el día de su caída. Era tan amable y atento que me contuve para no pedirle una piruleta como la de Dan cuando nos marchamos de la consulta. Todo iba según su curso normal; por fin podía respirar aliviada. Jossie, que se había

empeñado en acompañarnos, lo conocía muy bien, así que prácticamente había sido ella la que llevó el mando de la conversación. No quería ser desagradable con la abuela paterna de mi hijo, una mujer que se estaba tomando su papel a pecho, pero como continuara con esa actitud, tendría que dejarle claro quién era la que mandaba en todo lo relacionado con Dan.

En España sufría el mismo problema; el hándicap de mi edad hacía que las personas de mi entorno tomaran el timón sin darse cuenta, como si yo no fuese adulta. Suspiré con fuerza cuando recordé que no podía posponer más la llamada que llevaba evitando desde que había llegado allí...

Antes de regresar al rancho, les propuse ir a tomar un helado, y Dan se puso como loco. «*Lado, lado*», gritaba.

Cuando aparqué la ranchera en el garaje de la finca, vi que Dan tenía toda la ropa perdida de churretes de helado. Lo saqué de la ranchera, y salió corriendo camino arriba; dejé el coche con las puertas abiertas y mi bolso dentro para que no se me escapara. A mitad de trayecto lo interceptó Max y se puso a jugar con él mientras le hacía cosquillas. Noté cómo se me hinchaba el pecho de forma exagerada al ver que Dan se moría de risa; tenía que comenzar a trabajar con mis emociones, porque nunca pensé que verlos juntos y en tan buena sintonía iba a provocar esos estragos en mí.

—¿Qué os han dicho? —preguntó con una sonrisa arrebatadora—. Siento no haber podido ir con vosotros, se me ha complicado un asunto.

Los hoyuelos, la camisa, los vaqueros ajustados y esa sonrisa que lucía tan pocas veces eran zona prohibida.

«Amanda, no».

—La fractura sigue su curso con normalidad, Dan lo está haciendo muy bien —contesté entusiasmada.

—¡*Ben!* —soltó el niño, golpeándose la muñeca opuesta al no alcanzar la otra mano, que tenía pegada al torso por el cabestrillo.

—¿Le has preguntado si puede montar a caballo?

—Max, ya hemos hablado sobre eso. —Puse los ojos en blanco. Llevaba unos días dándome la brasa y yo me negaba en redondo—. Bueno, os dejo, chicos. He de ir a hacer unos recados al pueblo.

—Hasta luego, señorita. —Me guiñó un ojo y se despidió de mí con un golpe en el ala de su sombrero.

—*Adió* —dijo Dan, llevándose los dedos a un sombrero imaginario, imitando a su padre. Se me erizó el vello del cuerpo en cuanto esa palabra, «padre», apareció claramente en mi mente, y me giré para continuar con mis planes sin

querer que viesen lo afectada que estaba.

Debía estar contenta: por lo menos no sería uno de esos niños que nunca llegan a conocer a su progenitor. En su caso había sido algo tarde, y todavía me sentía muy culpable por ello.

«Pero al final has hecho lo correcto».

Me sudaban las manos de tal manera mientras conducía que, cuando aterricé en el pueblo e intenté estacionar, tuve que secármelas en las perneras del pantalón de algodón. Me daba rabia, porque a esas alturas ya habría debido ser capaz de enfrentarme a mi abuela a la perfección, pero, muy en el fondo, reconocía que la mera idea conseguía dejarme paralizada.

Sin más dilación, entré en la tienda de la tal Belinda y fui directa a la zona de golosinas. Necesitaba una enorme cantidad de azúcar para prepararme para la que se me venía encima. ¿Por qué lo sabía? Por la cantidad de llamadas y mensajes que tenía en el buzón de voz de mi abuela y de Jaime.

La suerte estaba de mi parte, porque no fue la chica que Max me había presentado el otro día la que me atendió, y pude llevarme las dos bolsas repletas de chuches con total impunidad, sin dar ningún tipo de explicación. Me encantaba comer esa clase de guarrerías.

Regresé a la ranchera y me acomodé en el asiento. Hacía un calor agobiante, así que decidí poner en marcha el motor y accionar los botones del aire acondicionado. Conduje despacio hasta las afueras del pueblo, como si con ello pudiese posponer mi sentencia.

Aparqué en un camino de tierra y bajé las ventanillas para que entrase una pizca de brisa. Cuando apoyé la cabeza en el respaldo del asiento, me envolvió un olor que reconocí a la perfección: el perfume de Max. Cerré un instante los ojos y me sumergí en aquella tranquilidad momentánea que tanto precisaba.

Lo curioso de Sun City y sus alrededores era que tenía un encanto peculiar. Parecía que se había parado el tiempo allí hacía muchos años; hasta la música de la radio me hacía esbozar una sonrisa, porque evocaba llevar ropa vaquera y una rama de trigo entre los labios. Cuando te cruzabas con alguien por la carretera te saludaba, como en las pequeñas aldeas de España que había conocido a lo largo de esos años allí, donde podías hospedarte en una pensión coqueta y pasear por sus calles sin que nadie te negase el saludo, aunque fueses un total desconocido. Esa sensación de familiaridad, de cordialidad en sus gentes, las sonrisas, la amabilidad, era algo a lo que no estaba acostumbrada; tantos años viviendo en Topeka, a no tantas millas de aquí y tan diferente... Me vino a la mente como un

flash el recuerdo del día que llegamos a Madrid...

El embarazo seguía su curso, mi vida me empujaba al caos sin remedio y lo único que podía hacer era dejarme llevar. Había tomado el mando de todo Jess, además de la recién estrenada abuela materna, María. No conseguía hacerme a la idea de que teníamos una familia de la que no sabíamos nada en España.

Puntos a favor de la nueva situación: estabilidad económica y social. Puntos en contra: lidiar contra la culpabilidad por haber huido de Kansas y soportar las normas estrictas de «la abuela».

Mi abuela María era la elegancia personificada en una castellana de pura cepa. A pesar de tener edad suficiente para estar disfrutando de cruceros de lujo y partidas de mus, todavía estaba al pie del cañón regentando el negocio familiar: Viñedos Soto-Olvido. Mostraba un gran parecido físico con mi madre, y ahí quedaba cualquier similitud entre ambas. Era seria, estricta, devota de su trabajo y las costumbres. Le costó un mundo asimilar que iba a ser madre soltera ante mi hermetismo por explicar quién era el padre. En cuanto pusimos un pie en aquella familia me quedó claro que no nos iba a faltar de nada, así como que habíamos perdido nuestra libertad por completo.

Jess solía decir que exageraba debido a mi trastorno hormonal. Ella no se daba cuenta de los pequeños detalles porque seguía luchando por encontrar a mi madre y por mantenernos unidas. Yo tenía suficiente con fijar los pies sobre la tierra y no caer en un pozo de desesperación; ese niño llegaba en el peor momento, sin poder escoger; le había tocado la peor madre del mundo.

Había algo en mi abuela María y mi tío Lucas que no encajaba. Mi instinto gritaba, pero no sabía darle forma. Jess me tildaba de paranoica, Tracy vivía en su realidad y yo no encontraba mi lugar allí. Llegó un punto en el que las confrontaciones con María eran cada vez más serias. No sabía si lo soportaría más tiempo; persistía una idea clara en mi mente que ganaba fuerza día a día. Tenía en común un rancho rudo y un largo viaje a los orígenes. Siempre pensaba: «¿Seré capaz de dar el paso y hacerlo posible?».

Sonreí como una tonta al darles voz a esos recuerdos. Si había sido capaz de regresar... Abrí los ojos para empaparme de todo lo que me rodeaba. Quizás fue el susurro del viento que mecía ligeramente el mar de flores de girasol dispersadas a lo largo de los campos, o el cielo azul intenso, o las chucherías que se deshacían en mi boca y me transportaban a una niñez tan lejana, o ese cosquilleo en la piel al notar el calor de los últimos rayos de sol de la tarde a través de la luna de la ranchera..., pero ya no me sentía tan nerviosa.

Cogí el móvil, marqué el número de mi abuela y esperé. Se oían los tonos, y noté cómo el sudor resbalaba por mi espalda.

—Alabado sea el Señor. —Se me retorcieron las tripas en cuanto escuché su voz—. ¿Estás bien, Amanda?

—Sí, María. Lo siento, pero...

—Nada de peros —me interrumpió con su castellano perfecto—. Creía que habíamos hablado largo y tendido sobre tu viaje a Kansas, ese que jamás aprobé.

—Dan ha sufrido una desafortunada caída. —Tomé aire con fuerza; me daba la impresión de que me iba a ahogar de un momento a otro—. Jess me comentó que os informaría.

Escuché una carcajada y se me erizó el vello del cuerpo al instante: me recordó a la bruja malvada de Blancanieves.

—No me insultes, niña desagradecida, ¿me tomas por tonta?

«¿Niña? A ver, estoy un pelín crecida para eso...».

—¿No piensas decir nada? —insistió después de mi largo silencio.

—María —suspiré agotada—. Sabes que siempre os voy a estar inmensamente agradecida por vuestra ayuda, pero debía hacer esto. Lo del accidente del niño ha sido eso, una desagradable circunstancia.

—Eres más tonta de lo que creía. —Aquello me escoció—. Se van a encariñar y entonces sí que vas a tener un grave problema.

—Está en todo su derecho —repuse, molesta; comenzaba a cabrearme.

—No, niña tonta. Tú se lo estás poniendo en bandeja.

—No.

—¿Cómo te atreves!? ¡Eres igualita que tu madre! —vociferó, tan fuerte que tuve que apartar el aparato de mi oreja.

—Voy a colgar, no llevo demasiado bien que me griten.

—Ni se te ocurra, Amanda —me amenazó.

—Debes recordar que él es su padre y que el niño es mío y suyo —sentenció—. Me tomo este tiempo como las vacaciones que no he tenido en estos años.

—¡Después de todo lo que hemos hecho por ti...!

—Os llamo la próxima semana —la interrumpí—. Un abrazo.

Y finalicé la llamada.

Me temblaba el pulso y notaba en el esófago parte de la última golosina que me había comido, quizás a punto de salir disparada por mis náuseas repentinas.

«Qué asco». Odiaba que alguien pudiese hacerme sentir así.

Estuve varios minutos con los ojos cerrados mientras intentaba calmarme. Sopesé llamar a mi terapeuta, pero deseché la idea. Podía solucionarlo sin su ayuda. Hice unas respiraciones y al fin conseguí serenarme. No supe cuánto tiempo permanecí allí, pero el dolor de mis dedos, que apretaban el volante con fuerza, me indicaba que demasiado.

Llegué al rancho cuando ya había anochecido. Vi a Max en el porche delantero de la casa con los brazos cruzados, y no fue hasta que subí los escalones que me percaté de su semblante serio.

Corría algo de fresco, hecho que agradecí, porque estaba cansada de las temperaturas altas.

—Hola, ¿y Dan? —pregunté como una autómatas.

—Dormido; ha cenado muy temprano y se ha quedado frito en cuanto lo

hemos bañado —contestó a la vez que me escrutaba. Odiaba cuando hacía eso. Max parecía tener una especie de sexto sentido; absorbía mis emociones y enseguida sabía qué me ocurría.

—Voy a subir, estoy agotada. Gracias por ocuparte de él; debía hacer ese recado.

Me despedí con un pequeño toque conciliador en su hombro y una media sonrisa. Estaba a punto de entrar cuando me paró.

—¿Qué ha ocurrido?

¿Por qué, simplemente, no lo dejaba estar?

—Nada. Me muero de sueño, mañana hablamos, ¿vale?

—No, no vale.

Me giré ante su tono y comprobé que continuaba con los brazos cruzados y la cara seria y que ahora había añadido su famoso fruncimiento de ceño. Qué guapo era, aun tan enfurruñado.

—No quiero hablar.

—¿Conmigo o en general? —insistió.

Bufé y sonrió; fue un breve instante, pero no se me escapó el detalle.

—¿Por qué eres tan pesado? No debes ocuparte del bienestar de todo el mundo. Relájate, tío.

Mi expresión le sorprendió y soltó una carcajada, con lo que consiguió que yo también riera.

—¿Has cenado? —Se acercó con una sonrisa traviesa y negué con la cabeza, curiosa. ¿Qué tramaba?—. Espera aquí.

Entró y me quedé con el mosquitero a medio abrir, con el pomo en la mano. Salió un par de minutos después con la diversión reflejada en la cara.

—Vamos.

Me empujó para obligarme a que bajara los peldaños del porche y se dirigió a la ranchera.

—Llaves —ordenó, y entonces se las lancé.

—¿A dónde vamos?

—No seas impaciente...

Me moría de curiosidad. Cogió un camino a mano izquierda de la casa, bordeando el granero, y pensé en que en todos aquellos días no se me había ocurrido que por allí continuase la finca.

Silbé cuando vi una carretera con infinitos campos vallados a ambos lados, o eso era lo que a mí me parecía, dadas la oscuridad reinante y la escasa luz de los faros.

Cinco minutos después, aparcaba ante un jardín cuidado, presidido por una casa pequeña pero preciosa que estaba construida sobre una pequeña loma y quedaba algo más alta. Era de madera de color claro. Me dio rabia que fuese de noche, porque no podía percibir todos los detalles como me hubiese gustado. Era de una sola planta y tenía unos ventanales enormes que daban al porche y al jardín. Me giré para comprobar qué podías ver desde una de esas enormes vidrieras y sonreí como una boba al percatarme de que abarcaba la finca de sus padres, su casa, el granero y el resto de edificios que la conformaban. Debía de ser espectacular disfrutar de un amanecer con aquellas vistas. Me encantó lo poco que pude vislumbrar.

—¿Esta es tu casa?

—Ajá —contestó a la vez que cerraba la puerta de la ranchera—. Estoy un poco crecido para vivir con mis padres, ¿no crees?

Se escuchaba el croar de las ranas de una charca cercana y algunos insectos revoloteaban a nuestro alrededor. El pequeño porche estaba iluminado con unas lámparas de exterior muy bonitas.

—Vaya choza, sí, señor —afirmé, y le hice reír.

—Espera a verla por dentro. —Lo seguí hasta la puerta principal, y abrió con cierta floritura—. Bienvenida a mi humilde hogar.

—¡Guau!

En mi vida hubiese imaginado que aquella casa le perteneciese. Justo en esos instantes me di cuenta de que nunca conocíamos a alguien lo suficiente y de que quizás lo había prejuzgado, porque era simplemente increíble. Desde la decoración, los muebles, los cuadros, la pintura de las paredes... Todo. ¿En serio esa era su casa?

—Sí, es el efecto que suele causar —contestó, satisfecho—. Vamos a preparar algo de cena y después te muestro el resto.

No podía dejar de admirar todos los rincones del comedor y la cocina. Había un par de guitarras colgadas en la pared, una pila de discos al lado de un tocadiscos antiguo y un montón de libros colocados en pequeñas estanterías a media altura. Había también una chimenea con alfombra incluida, la delicia de cualquier sueño romántico, y un perchero en la entrada, con varios de sus sombreros de vaquero en diferentes colores, rodeado de unos tres pares de botas distintas, unas deportivas y unas viejas zapatillas de estar por casa. Siempre pensé que Max sería el típico tío dejado y desordenado, y tal cual tenía aquello, me avergoncé al instante al recordar el pequeño piso que compartía con mis hermanas en Madrid. Eso sí que era un desastre.

Max me observaba divertido. Se había ido a cambiar de ropa y se había puesto cómodo. Y yo maldije el momento en el que me dio por mirar el pantalón de chándal corto y suelto que se había colocado porque mi imaginación iba por libre: había ciertas partes de su cuerpo que tenía grabadas a fuego en mi memoria, y por el bulto prominente de debajo del pantalón, no necesitaba más animación para que mi mente calenturienta se pusiese a elucubrar.

Traté de mirar hacia otro lado para disimular mi sofoco repentino y dirigí mi atención a la encantadora cocina. ¿Había algo feo en aquella casa?

—¿Por qué me has traído? —pregunté al fin con curiosidad. Me parecía extraño que hubiese decidido llevarme allí. Max era muy suyo con sus cosas y con su privacidad.

—Te he hecho un enorme favor: había sopa de revoltijo para cenar. —Se estremeció de forma exagerada.

—¿Qué es eso?

—Una especie de guiso que les encanta a mis abuelos hecho con todo tipo de vísceras y entrañas de...

—Vale, lo he entendido —lo interrumpí para que no siguiera—. ¿Le habéis dado eso a Dan?

—No, mujer; antes de permitir semejante atrocidad habría huido con él.

Reí porque estaba realmente gracioso. Había conseguido que mi enfado se evaporase.

Preparamos una ensalada con queso y sacamos unas sobras de una carne que tenía una pinta deliciosa y que guardaba en un táper. Abrió una cerveza y me ofreció otra. Nos sentamos ante la mesa de madera natural que ocupaba el centro de la coqueta cocina.

—Así que aquí es donde te escondes, ¿no? —dije, cabeceando mientras admiraba los muebles de cocina—. Bonito refugio.

—Gracias, yo lo llamo «mi madriguera». Y ahora, ¿me vas a explicar qué ha ocurrido?

—¿Crees que una cena es suficiente para sonsacarme información? —Le apunté con un trozo de queso, que estaba exquisito.

—Por supuesto: esa carne es mi receta secreta, solo la prueban los afortunados.

Me encantó verlo tan relajado. Tenía el pelo desordenado y se había puesto una camiseta de manga corta blanca que se le ajustaba a los brazos. Parecía agotado, pero no dejaba de sonreír, como aquellas veces en el pasado que conseguía encerrar al Max huraño y lo pasábamos realmente bien.

—He hablado con mi abuela —suspiré, porque aquello me provocaba dolor de

cabeza—. No está muy contenta con mi estancia aquí.

Lo miré y vi cómo dejaba el tenedor en el plato para prestarme atención.

—Lo imaginaba, no sé... —Se encogió de hombros—. Parecías muy tensa los primeros días, como si debieses explicaciones. Por eso te pregunté si alguien te esperaba.

—Ah —me desinflé al instante, un poco decepcionada—, claro...

—¿No estaban de acuerdo con tu viaje? —continuó cuando vio que seguía con la cena y no añadía nada más.

—Prácticamente nadie; la única que me alentaba a hacerlo era mi terapeuta. Pasamos un embarazo complicado y un posparto peor, y el primer año del niño fue un drama en casi todos los sentidos. No fue fácil, Max.

—Explícamelo, quiero entenderlo.

Suspiré, porque abrirme me costaba un mundo, pero era injusto que no supiera por qué me marché de Kansas o por qué no contacté antes con él.

—Como te comenté el otro día, nuestra situación familiar era peliaguda: mi madre llevaba desaparecida un par de meses. Jess y yo nos hacíamos cargo de Tracy. En realidad, desde que mi padre había fallecido, era nuestra máxima preocupación.

—¿Eso sucedió antes o después de que rompiéramos?

—Justo después. Pasadas las vacaciones de Navidad.

—¿Qué le ocurría a tu madre?

—No sabría decirte a ciencia cierta, mis padres llevaban el tema con bastante secretismo. Nosotras sabíamos que algo pasaba, algo que con los años se fue agravando y que con la muerte de mi padre cayó en picado.

—¿Algún tipo de enfermedad mental?

Asentí, apenada. Todavía no había asumido la desaparición de mi madre, me negaba a creer que nunca más la vería. La echaba mucho de menos. Aunque nuestra familia nos había asegurado que después de una larga búsqueda creían que había fallecido, yo no podía aceptarlo.

—Creemos que un trastorno severo. Eso es lo que nos han comentado siempre en la familia.

—Vaya mierda, lo siento. Tiene que haber sido muy duro.

—En realidad, cuando mi padre vivía, llevaba una vida prácticamente normal. Se medicaba, acudía a su médico y estaba controlada. Él siempre se ocupaba de que al mínimo indicio de una crisis la atendiesen. —Me sobrevino un escalofrío al recordar aquellos tiempos tan lejanos—. No fue hasta hacernos mayores que no nos percatamos del verdadero problema. Puede que su enfermedad se

acentuase o que hubiera algún cambio en la medicación: la cuestión es que sus episodios eran cada vez más frecuentes.

—¿Por qué huir si ella había desaparecido?

—Precisamente por eso. Nadie sabía que mi madre estaba ausente de casa; yo estudiaba en la universidad y echaba una mano a Jess cuando debía trabajar. Intentábamos continuar con nuestra vida, a la espera de que regresase. Siempre lo hacía.

—¿Se había ausentado antes?

—Muchas veces. En los dos últimos años, después del fallecimiento de mi padre, ella simplemente se limitó a respirar. Se metió en la cama y estuvo así meses. De repente, un buen día se marchó, pero regresó a la semana. Estaba unos días en los que nos volvía locas y volvía a largarse. Era agotador, y no sabíamos qué hacer.

—¿Cómo conseguíais sobrellevarlo?

—Mi madre era una persona inofensiva, pero autodestructiva con ella misma. Queríamos mantener a Tracy al margen, aunque cada vez era más complicado. No lo sobrellevábamos: sobrevivíamos.

—¿Y vuestra familia? No me has hablado de ellos.

Suspiré; cuando escuchaba la palabra «familia», solo me venían a la mente mis dos hermanas y el niño. Eran los únicos a los que consideraba como tal después de la pérdida de mis padres.

—Sabíamos de su existencia, pero mis padres no tenían contacto con ellos; por lo visto, mi madre rompió el vínculo muy joven, y nunca nos explicaron por qué.

—¿Qué ocurrió para que huyerais del país?

—Un tipo con traje se presentó en casa preguntando por mi madre. Jess llevaba dos semanas dando largas al colegio de Tracy, que insistían en tener una entrevista con mi madre por un altercado con otra niña. Creímos que era alguien del departamento de Administración de Asuntos de Niños y Familias; entonces Jess recibió una oferta laboral en Londres, y el resto es historia.

—¿Por qué Londres? —Parecía perdido.

—Le ofrecieron un puesto de trabajo a mi hermana en un musical.

—Por eso decía Leah que te habías ido con una compañía de baile... —Cayó en ese momento sobre la rápida explicación que les había dado a mis amigas antes de marcharme.

—Sí, yo no era la que bailaba. Mi hermana era la artista.

Rio y se levantó a por otra cerveza. Trajo dos, y me sorprendí al comprobar la rapidez con la que me había bebido la primera.

—No debería...

—Te pones muy graciosa cuando bebes. —Sonrió con malicia y tomó un trago de su cerveza.

Apreté las piernas con fuerza cuando un pulso muy familiar me acarició en la zona baja al ver su nuez mientras tragaba.

«Contención, Amanda...». Si no hubiese estado en su presencia, me habría abanicado con la mano.

—Eso era antes. Hace mucho tiempo que apenas lo hago.

«No solo piensas en la bebida, ¿cierto?».

—Por Dan, ¿verdad? —Se puso serio.

Asentí, y explotó la burbuja de lujuria al instante.

—Debería marcharme ya. Si despierta...

—Tranquila, mi madre está al tanto. Relájate.

—No sé hacer eso —solté, porque era cierto; llevaba mucho tiempo sin tener un respiro.

—Podría haberte ayudado. Si solo hubieras confiado un poco más en mí, no habrías pasado por esto sola.

—No estaba sola... —susurré.

—Dos jóvenes asustadas y una niña en un país extranjero... Estabais solas. —Soltó el aire con fuerza—. ¿Y tu familia dónde vivía entonces?

Comenzaba a enfadarse, y eso no era lo que pretendía. Nos había costado mucho llegar a ese clima de entendimiento; no me apetecía regresar a las andadas otra vez.

—En Madrid, donde siempre han estado. Solo contamos con la familia de mi madre: mi padre era huérfano y sin hermanos.

—No entiendo.

—Max, todo lo que hicimos fue guiadas por el instinto de supervivencia y por mantenernos las tres unidas. Huir con lo puesto, a un destino desconocido, sin trabajo, sin saber qué pasaba con nuestra madre... Todo. La idea era establecernos y que una de nosotras regresara a buscarla. Pero entonces me enteré de que estaba embarazada en el baño de una pensión cutre de Londres.

—Joder... —Apoyó los codos en la mesa y se mesó el pelo, pensativo.

—Entré en *shock*; no sabía qué hacer, y fue Jess la que tomó el mando. Ella es tan fuerte... —Una lágrima resbaló por mi mejilla, y me la limpié rápidamente con la palma de la mano antes de que él se diese cuenta.

—Tú también lo eres. —Me miró, preocupado—. Ya lo creo.

—En aquellos momentos no: fue gracias al arrojito de mi hermana que hoy

estoy aquí contándote esto.

—¿Quieres decir que pensabas abortar?

Se levantó de golpe y se frotó el pecho como si tuviese un dolor fuerte, y me asustó.

—Estaba atemorizada, Max. Debes entender...

—Para, para, por favor. Te lo suplico. —Se aferró al respaldo de la silla. Se percibía la tensión de su cuerpo en cada uno de sus gestos: contenido, en completo silencio. Sabía que tocar aquel tema tan peliagudo con él era complicado. Max y su familia eran muy religiosos, con todo lo que aquello conllevaba.

Para mí la idea de abortar fue algo que siempre había mantenido en secreto, y solo había un reducido grupo de personas muy allegadas que lo conocían. No obstante, él tenía todo el derecho de estar al corriente. No me avergonzaba de haber dudado; no podía, porque nadie era perfecto, y dudar forma parte del ser humano igual que errar.

Llevábamos unos minutos en silencio y sentía el estómago revuelto; había llegado el momento de marcharme.

—Por hoy ya hemos tenido suficiente. Mejor me voy.

—Te acompaño —dijo.

Más tarde me dejó delante de casa de sus padres. Antes de bajarme del coche me puse frente a él, porque sabía que, si no lo decía entonces, no lo haría nunca.

—No me juzgues por lo que se me pasó por la cabeza con diecinueve años, sola, asustada y con un bebé creciendo en mi interior, porque, por mucho que pretendas ponerte en mi lugar, tú no estabas en mi piel.

Aquella noche lloré como hacía tiempo que no me ocurría. Saqué parte del veneno que me ahogaba y me liberé de un gran peso. No sabía si Max volvería a mirarme a la cara, pero no pensaba dejar que ni él ni nadie dirigiese mi vida.

Ya no.

16

MAX

El verano pegaba con fuerza. Los días comenzaban a acortarse, pero el calor cada vez estaba dando más guerra. Habíamos tenido complicaciones con algunas reses. Lo que tanto temía Paul había sucedido con varios novillos: las garrapatas les estaban haciendo la vida imposible. Había que actuar con precaución porque era muy doloroso para los animales; además, les dejaban las orejas en una extraña postura caída, algo que podía complicar la puja en las ferias de ganado.

Oneida, la veterinaria, permanecía más tiempo en el rancho que en su propia casa. Yo ya había gastado parte del dinero que mantenía en el retén para emergencias en antiparasitarios y vacunaciones.

Durante esas dos semanas intensas de duro trabajo no había visto tanto a Amanda. Me negaba a que creyese que se debía nuestra última conversación. No era justo para ella. Y la verdad era que, tal y como la habíamos dejado, podía pensarlo.

Leah siempre me decía que debía pulir mis formas, que todos mis buenos actos e intenciones se iban por el desagüe cada vez que abría la boca y soltaba lo que pensaba sin ningún tipo de filtro. Lo que mi hermana desconocía era que yo, a diferencia de ellos, no había tenido tiempo de rodearme de diferentes círculos sociales.

Ninguno de mis hermanos había pasado por mi experiencia porque yo siempre evité que sucediera. ¿Que aquello no era una excusa para ser más amable y tener más tacto? Por supuesto. Pero mientras ellos estudiaban, salían, conocían nuevos amigos y se divertían, yo continuaba aquí. No tenía tiempo para preocuparme de socializar con cortesía y protocolo.

Thomas carecía del interés por esto; cada vez que podía se escaqueaba, y yo lo dejaba hacer y lo cubría ante mi padre, porque bastante mierda era sufrirlo en mis propias carnes como para arrastrar a alguien más. Leah era la chica; era impensable en mi familia que se rodease de rancheros y su jerga, algo que yo no compartía, porque la enana tenía más arrojo que muchos de los tipos que habían pasado por el rancho. Pero la cuestión era esa. Los tres habíamos seguido un camino distinto, ellos dos por opción, yo por obligación.

El resumen es que siempre andaba muy agobiado; me percaté de que en esos días había algunas horas en las que conseguía que la tensión de mis hombros se relajase o que se evaporasen esos terribles dolores de cabeza que a veces me hacían querer desaparecer del mundo. ¿Lo curioso? Que esos intervalos coincidían cuando los compartía con Dan.

Al principio no quise darle importancia.

Dan siempre sonreía; era un niño feliz. Su lesión había mejorado y muchas veces teníamos que colocarle el cabestrillo porque se lo quería quitar. Cam se añadía algunas de esas tardes en las que paseaba con él, o lo llevaba a casa y le tocaba la guitarra. Al muchacho se le hacían un poco largos los veranos, en los que no coincidía tanto con sus compañeros de clase, y jugar con Dan le iba bien.

Me di cuenta de que Amanda me evitaba. Le había dejado un margen para no agobiarla: intuía que le había costado un mundo abrirse a mí, y yo la había traicionado juzgándola. Era duro, porque no sabía cómo manejar aquella situación; era capaz de organizar a veintiséis tipos en el rancho, lidiar con proveedores, anticiparme a las inclemencias del tiempo, ocuparme de Cam, pelearme con el papeleo y soportar altas temperaturas durante horas sin pestañear, pero, sin embargo, no sabía cómo llegar a un entendimiento con una joven preciosa.

Aquellos días me la había cruzado cuando se dirigía a un lugar apartado a hacer yoga con una esterilla bajo el brazo. ¡Jesús!, me había mordido la lengua para decirle que esa ropa ajustada que no dejaba nada a la imaginación estaba prohibida en el rancho y sus alrededores. ¿Por qué? Porque pese a que vivíamos en una época moderna en la que cada cual podía hacer lo que le diese la gana, con quien quisiese y cuando y como le apeteciese, la realidad era que en el centro de Kansas no era oro todo lo que relucía. Conocía a mis hombres, pero no podía poner la mano en el fuego por todos ellos. Mucho menos por todos aquellos a los que no conocía pero de los que sí se habían escuchado barbaridades. Si le decía algo, quedaría como el paleta de campo que ella pensaba que era; si no se lo decía...

Y ese solo era un breve resumen de lo mucho que me costaba mantener un inestable equilibrio en nuestra relación.

Quería que esto funcionase, por el bien de Dan. Era necesario que llegáramos a un entendimiento común y un buen tono. Pero ¿cómo lo conseguiría? Cuando nos conocimos años atrás, la situación era tan diferente que casi se podía catalogar de utópica. Ella, en su primer año de grado universitario, con un abanico de posibilidades por delante y un mundo por descubrir, o eso era lo que

imaginaba cuando desconocía su situación familiar. Yo, apartado del rancho, viviendo mi sueño y disfrutando de cosas que antes habrían sido impensables.

La química entre nosotros fluía que daba gusto. No debería haber ocurrido; primero por nuestra diferencia de edad, segundo porque era la mejor amiga de mi hermana y tercero porque no quería tener a nada ni a nadie que me atase, pero fue inevitable; como la colisión de dos trenes de mercancías a los que no han podido desviar de las vías a tiempo.

En aquella época fui un capullo arrogante con un conflicto interior jodido, y muchas veces ella pagó el pato. Supe que no era sano para ninguno de los dos: ella debía volar alto y conocer a alguien mejor que yo, así que hice todo lo posible para apartarla de mí. Lo conseguí. Mucho después comprendí que la había alejado porque se me estaba «tatuando en el alma»; sonreí al recordar aquella frase que le dije al que ahora era mi cuñado en una conversación íntima.

En el presente todo era tan distinto que casi me parecía imposible que ella y yo fuésemos las mismas personas que habían compartido unas sesiones increíbles de sexo desenfrenado, y muchas veces alocado, en lugares inverosímiles.

Se agotaba el tiempo. Quedaba muy poco para que le diesen el alta a Dan y, entonces, esa burbuja de felicidad prefabricada explotaría. Así que debía hacer las cosas bien con ella, tenía que intentar limar asperezas, porque no sabía cuáles eran sus intenciones reales, y yo quería formar parte de la vida del pequeño: lo había averiguado esos días. Comprendía que nunca sería algo equilibrado, pero recogería las migajas que ella me tirase, porque ya me había perdido demasiado.

Al mediodía me dirigía al granero a coger el tractor con el fin de trasladar fardos de heno para las vacas enfermas, que teníamos apartadas del resto en uno de los cercados, cuando la vi sentada sobre una de las vallas, leyendo a la sombra del chopo viejo.

Sonreí como un imbécil ante la imagen. Su pelo se mecía con la leve brisa, y se la veía tan relajada y ajena a todo que daban ganas de sentarse a su lado para contemplarla durante horas. Llevaba puestas unas de esas mallas negras y una camisa de lino azul ancha que le cubría hasta los muslos. La pobre había aprendido la lección tras sus quemaduras y no se aventuraba a salir descubierta. Me llamó la atención que fuese descalza, y reconocí sus botas tiradas en el suelo, junto a los calcetines.

Amanda era preciosa, siempre lo había sido, pero la maternidad le había regalado unas curvas exquisitas y una sensualidad perjudicial para mi salud mental. Atajé la deriva de mis pensamientos, y me disponía a dejarla tranquila cuando me saludó.

—Hola, vaquero. —Sonrió.

—Hola. —Le devolví la sonrisa, y noté cómo se tensaba mi polla al instante.

Eso era lo que había estado evitando desde que ella había puesto un pie en el rancho y, sin embargo, allí estaba: inevitable, como casi todo lo que la concernía.

—Siempre he querido decir esa frase. Seguro que estás harto de escucharla.

—En ti suena infinitamente mejor, te lo aseguro.

—Me aburro —confesó con cara de pena.

«Maldita sea». Había estado tan preocupado por los quehaceres y por dejarle espacio que ni siquiera me había parado a pensar en qué era lo que ella necesitaba.

—Soy un desastre. El peor anfitrión del mundo. Te he dejado abandonada con la tercera edad y el niño en un lugar en el que únicamente te puedes limitar a ver pasar el tiempo.

—¿Vas a hacer algo para remediarlo? —Dio un salto y cayó al suelo con una elegancia que me dejó con la boca abierta.

—Había olvidado lo bien que se te daban las piruetas... —Moví las cejas de forma sugerente y la hice reír.

—Imposible, eso es algo que nunca podrás borrar de tu memoria. —Me guiñó un ojo y cogió sus botas—. Voy a despertar a Dan de su siesta y a darle la merienda, nos vemos en un rato.

Contemplé cómo caminaba hacia la casa grande, embobado. Definitivamente, algo estaba cambiando, y no sabía si me alegraba de ello.

«Dios, dame fuerzas».

Decidido a subsanar mi metedura de pata con Amanda, le propuse hacer algo aquella misma noche. Era el día perfecto, y hubiese sido una lástima no ofrecerle el mejor espectáculo del que se podía disfrutar. Fue como si le hubiese regalado la luna, porque se puso muy contenta y me dio pena que pudiera decepcionarla: igual mi plan le parecía una tontería.

Le insistí en que mantuviese al niño levantado, y ella casi se tronchó en mi cara. «¿Sabes que Dan no aguantará despierto hasta más tarde de las nueve de la noche?», me dijo. «Inténtalo, por favor», le pedí, aunque no tenía mucha fe, por su cara de incredulidad.

Me duché en un santiamén y bajé lo antes posible. Que era exactamente a las ocho y media de la noche.

Entré en casa de mis padres, y me extrañó aquel silencio; en cuanto divisé la estampa en el comedor, reconocí que sí que había llegado tarde: Dan estaba frito

en los brazos de mi madre. No pude más que sonreír a Amanda, que tenía cara de afligida.

—No lo has conseguido —le dije.

—Ya te comenté que era tarea difícil. Además, tu madre tiene la culpa. — Señaló a Jossie, que sonreía a la vez que achuchaba un poco a Dan—. Lo mece y le canta, así no hay quien pueda.

—Mamá, hoy es el día... —Cabeceé hacia mi madre con poca convicción.

—¿Y qué ocurre, muchacho? Llévala a ella, el niño tampoco lo iba a entender —contestó mi madre, bastante divertida.

—¿Se puede saber de qué habláis? —preguntó Amanda, curiosa.

—¿Quieres acompañarme y te lo enseño? —le ofrecí.

—Solo si me prometes que no tiene nada que ver con caballos o vacas.

Me arrancó una gran carcajada que hizo que el niño se sacudiera en los brazos de mi madre.

—Perdón... —susurré—. Prometo que no hay animales de por medio.

—Bueno, si tiene que ver contigo... —soltó mi padre, sin dejar de mirar a la pantalla de la televisión.

—Eso no me inspira mucha confianza, Max —bromeó ella al ver mi cara ante aquel comentario.

—¿Vamos? —le dije a Amanda.

Me largué de allí antes de mandar a mi padre al carajo.

«Imbécil».

Salimos al exterior y una brisa fresca me acarició. Por suerte me fijé en que Amanda había cogido una chaqueta fina: ya había aprendido que allí por las noches bajaba la temperatura de forma considerable.

—¿Adónde me llevas? —preguntó al ver que me quedaba de pie mientras me acariciaba pensativo la palma de una mano con el pulgar de la otra.

—Será mejor que cojamos la ranchera, no estás acostumbrada a caminar por aquí...

—Oye, no me voy a romper. Si prefieres ir andando, podemos hacerlo.

—Tranquila. No estoy diciendo que no puedas hacerlo, es que apenas hay zonas iluminadas, y para lo que vamos a hacer necesitamos total oscuridad.

—No me está dando lo que se dice buena espina.

—Te dejo conducir a ti. ¿Mejor? —bromeé.

—No soy tan fácil, Max. —Enrojeció de forma automática cuando mi sonrisa se ensanchó y arqueé una ceja—. Borra esa estúpida sonrisa de tu cara.

—Eres tú la que utilizas expresiones que pueden tener un doble sentido. Ya

sabes, soy un tipo básico, un paleta de campo.

Se encogió en cuanto esas palabras salieron de mi boca. Captó al instante que la había escuchado cuando mantuvo aquella conversación por teléfono. Fue por accidente, pero la cuestión fue que la oí.

—Max...

—Se hace tarde —interrumpí, y le lancé las llaves.

Puse la radio y sonó *Whiskey in the jar*, de Metallica, a todo trapo. Bajé el volumen de inmediato y ella lo volvió a subir con un guiño; supuse que se trataba de una especie de disculpa por su parte, y le correspondí con otro guiño, porque me había prometido a mí mismo hacerlo mejor con ella.

Pasados unos quince minutos llegamos a un amplio prado y le indiqué que parara. Miró a través del parabrisas, que tenía todo tipo de fauna seca estampada, y me interrogó con la mirada.

—Verás qué pasada cuando tus ojos se acostumbren a la oscuridad. Vamos. — Le sonreí y apagué el coche para que se bajara, ya que ella parecía estar pensándoselo.

Inspiré con fuerza y reconocí el olor de la humedad en la hierba. Cómo me gustaba aquello. Amanda me observaba extrañada.

—¿Conoces las Perseidas? —pregunté.

—¿Son hoy? —Abrió la boca, sorprendida—. Lo había olvidado por completo... Claro, estamos a mediados de agosto... ¡Me encantan! Era una de las cosas favoritas que solíamos hacer con nuestro padre...

Me alegré al instante al conocer que compartíamos aquello. Para mí, la lluvia de estrellas de agosto era una de las mejores cosas que nos podía regalar la naturaleza.

Una vez coloqué la manta sobre la parte trasera de la ranchera, la invité a sentarse y ella sonrió con malicia.

—¿De verdad que es así como ligas ahora? —bromeó.

Le ofrecí la mano para ayudarla a subir:

—Amanda... —Cabeceé—. Sabes que no necesito tanta parafernalia.

Soltó una carcajada que me gustó casi tanto como verla contenta.

Me tumbé boca arriba y ella me imitó, divertida. Absorbí al instante el olor a la colonia infantil de Dan, además de algo dulce, cuando se dejó caer a mi lado. Carraspeé para evitar que un cúmulo de emociones, a las que no sabía cómo definir, me abrumaran y enternecieran de una forma increíble.

—Espera —dije, y le tendí un cojín para que no notara la dureza del suelo de la ranchera—. He traído esto para vosotros.

—Tu madre tenía razón, Dan todavía es pequeño. Se habría puesto muy pesado.

Asentí en la oscuridad sin saber si ella me había visto. Permanecimos un rato en completo silencio, y, cuando la vista se aclaró, el cielo al fin tomó forma, como si ya estuviese preparado para ofrecernos ese magnífico espectáculo de luz y silencio bañado de un fondo de oscuridad apacible.

—Es simplemente precioso. Gracias por mostrármelo, Max.

El baile de los haces de luz de las estrellas dejaban sus pinceladas en aquel lienzo negro. No podíamos dejar de mirar, hipnotizados.

—No sabía si te parecería una tontería —contesté tras un largo rato callados.

—Siento haberte ofendido. No fue mi intención, estaba enfadada...

—Shhh, ya no importa, Am —interrumpí, porque no quería que se disculpara: los dos habíamos cometido estupideces y habíamos dicho cosas que no pensábamos—. Comenzamos de cero. Al parecer, no soy el único que suelta lo primero que se le viene a la cabeza cuando se enfada...

—He de reconocer que solo me pasa contigo.

—¿En serio? Me decepcionas, Am. ¿No eres borde con nadie más que conmigo? Me siento halagado.

Rio con ganas, y la acompañé. Estaba tan a gusto que asustaba.

—Eres el único que me saca de quicio.

—Vamos progresando. —Sonreí al techo estrellado con una extraña sensación en el pecho.

—Paso a paso, vaquero... —Señaló el cielo—. Estaría bien conocer sus nombres. Jess siempre se los inventa.

—Pues no esperes que te enumere las estrellas y demás constelaciones, porque no tengo la menor idea.

—Te has cargado la magia —bromeó.

Sacó dos bolsas enormes de su bolso y me colocó una sobre la barriga con poco tacto.

—Ups, lo siento, no quería dejarla caer.

—¿Qué es?

—¿Tú qué crees? —contestó, divertida.

Introduje la mano y reconocí al instante el tacto blando de las golosinas.

—Hay cosas que no cambian —dije a la vez que me metía una en la boca y su sabor se deshacía.

Se me escapó un gemido de pura satisfacción. Me encantaban esas porquerías.

—Sí, hay cosas que no cambian... —repitió, y sonreí.

Algo más que compartíamos, algo más que hizo que se me encogiera algo en el pecho, algo más que regresó al presente de nuestro pasado en común. Recuerdos de noches, de encuentros fortuitos en los que comenzamos a regalarnos una bolsa de dulces. A veces era ella, otras yo. Siempre variadas; podían ser malvaviscos, piruletas, caramelos de menta... Una vez se presentó con parte de un trozo de pastel casero. Solíamos bromear con la pérdida de calorías que debíamos reponer. Dos jóvenes ilusos que se engañaban con breves retazos de tiempo que compartían, pensando que eran solo eso, retazos.

Habíamos dejado la radio puesta y la música bañaba aquel momento perfecto. Sonaba *Counting Stars*, de One Republic. La vida era un poco más bella. Esa noche tenía algo especial; sabía que la rememoraría siempre.

Amanda suspiró y me miró de reojo un segundo. Volvió a contemplar el cielo, donde las estelas de los meteoros permanecían iluminadas unos segundos, regalándonos un baile de estrellas fugaces. Permanecí un tiempo admirándola a ella; luego la imité y me empapé de ese momento único. Aunque una fuerza imperiosa me hacía querer contemplarla a ella, solo a ella, como el mejor de los espectáculos.

—¿Sabes? A mi padre le encantaban estas cosas. Siempre que su trabajo se lo permitía, nos llevaba a disfrutar de un atardecer o a contemplar la noche, por simple placer. Como el que va al cine o a jugar a los bolos. Él era así.

—Debió de ser una gran persona —contesté tras un largo rato reflexionando sobre qué decirle.

—Lo era. Adoraba a mi madre. Nada de amor ñoño ni parafernalias: era así. La quería tanto que a veces me costaba entenderlo.

—¿Por qué?

—No era fácil: mi madre sufría momentos realmente complicados y él siempre estaba allí. Una vez le pregunté por qué la apoyaba pese a todo, incluso cuando parecía no tener razón o cuando alzaba la voz sin venir a cuento... —La miré y me perdí en aquella sonrisa melancólica—. Contestó: «No se puede ver amanecer si no estás dispuesto a que anochezca».

Asentí sin que ella me viese, y antes de poder afirmar cuánta razón encerraban aquellas palabras, continuó:

—Le dije: «No te entiendo, papá». Todavía era pequeña para comprender qué quería mostrarme con aquello. Me acarició el pelo y susurró sobre mi cabeza: «Cariño, algún día encontrarás a alguien que quiera cada uno de tus atardeceres, los buenos y los malos».

Se incorporó y me miró de frente.

—¿Sabes qué le dije entonces? —Negué con la cabeza, curioso—. Le pregunté: «¿Hay puestas de sol malas?».

Se abrazó las rodillas con una sonrisa nostálgica y se perdió en aquel momento del pasado. La acompañé en silencio; ella continuó con aquella preciosa historia.

—«Bueno, a lo mejor, el día está nublado y no puedes verlas en todo su esplendor, pero siempre son mágicas. Los crepúsculos siempre contienen algo de magia», siguió mi padre. «Entonces ¿por qué querías quedarte a ver una mala puesta de sol?», insistí, curiosa. «Porque ver amanecer es todavía mejor», sentenció él. «Sigo sin entenderlo». «Am, llegará un día en que conozcas a alguien que sea la persona adecuada, esa que permanezca a tu lado aunque las cosas se compliquen mucho», dijo, y me besó en la cabeza con cariño. «Papá, no siempre es bueno permanecer al lado de alguien; hay personas que no son buenas». «Y las hay que lo son, aunque a veces se pierdan, y no por eso debes soltar su mano», aseveró él. «Sigo sin entenderlo», manifesté, confundida. «Todavía te quedan muchas puestas de sol para comprenderlo...».

Tomó aire con fuerza y me regaló parte de aquella añoranza, un pedazo de aquel momento íntimo, que acogí con honor.

—Mi padre siempre nos contaba cosas extrañas. A veces no sabía si solo divagaba y simplemente manifestaba pensamientos aleatorios o grandes creencias personales, pero normalmente nos dejaba con más dudas que certezas. —Sonreí al imaginarme a la niña que debió de ser—. Aquel día no fue una excepción. Entonces me costó mucho comprender qué significaban aquellas palabras. Por suerte, cada anochecer me ha dado la respuesta.

La entendí tan bien que casi me asustó. Suspiré antes de hablar.

—Supongo que todos merecemos a alguien que quiera cada uno de nuestros anocheceres; así, podrían conquistar el amanecer de nuestra sonrisa —reflexioné en voz alta.

—¡Guau! Me gusta mucho esa idea, qué bonita. Aunque... —Suspiró—. Creo que no existe esa persona.

—O quizás no estás dispuesta a averiguarlo.

—Quizás no sea lo suficientemente valiente para ello —insistió, y sonreí.

—Los quizás no tienen cabida en las tormentas: si dudas, mueres.

—¿Comparas una tormenta con el amor?

—Si es amor verdadero, sí, porque, cuando llega a tu vida, nada vuelve a ser igual nunca más.

—¿Todo gira en torno a fenómenos atmosféricos contigo?

—Me gusta predecir qué va a ocurrir, mirar el cielo e intentar averiguar si el

día será caluroso. Observar al ganado antes de una tormenta. Percibir el ruido en el ambiente cuando el cielo crepita momentos antes de que rompa a llover... Pero, sin embargo, no puedo controlarlo. Quiera o no quiera, va a suceder. Solo eres un mero espectador. Eso mismo ocurre con el amor: quieras o no quieras, sucede.

—Eres todo un romántico, vaquero. —Soltó una carcajada, y yo la acompañé.

—No, soy observador...

Quise abrazarla, y aún hoy me pregunto por qué no lo hice. Había tantas cosas que no me atrevía a hacer por miedo...

Nunca olvidaría esa lluvia de estrellas.

Habían transcurrido dos días desde aquella noche mágica, y a partir de ese momento intenté pasar el máximo de tiempo posible con ellos. Todo el que mi trabajo en el rancho me permitía. Las horas del reloj caían como losas; sentía que la cuenta atrás me soplaba en la nuca cada vez que notaba que el brazo del niño mejoraba.

«No queda nada...».

A media mañana me dirigía con el *quad* a la zona alta de la finca. Paul me esperaba con la cuadrilla para mover unas reses a otra área donde el pasto era más abundante. Entonces los atisé a lo lejos y detuve el vehículo para ver qué hacían. Madre e hijo parecían entusiasmados; de pronto quise formar parte de aquello. Me acerqué un poco más sin que se dieran cuenta. Sonreí cuando adiviné qué le enseñaba Amanda al niño. Llevaba un diente de león en la mano y Dan reía a carcajadas cada vez que ella lo soplaba con fuerza y los angelitos salían volando, lo que provocaba el entusiasmo de Dan.

—Ahora tú —le dijo al pequeño—. Sopla fuerte y pide un deseo.

Con aquellas palabras reviví algo que ambos compartimos en el pasado, y tuve que cerrar los ojos cuando me dio un escalofrío...

Estábamos acurrucados bajo centímetros de mantas y sábanas. Habíamos cruzado la línea y ya no había vuelta atrás. Nos daba igual dónde y cuándo. Incluso lo hacíamos a sabiendas de que nos podrían descubrir.

Había dormido dos horas escasas después de un fin de semana a tope de trabajo en el bar. Amanda me había escrito un escueto mensaje:

«Estoy sola. Tengo dos horas libres hasta mi siguiente clase».

Tardé menos de cinco minutos en salir de mi cama y meterme en la suya. Literal. El sexo era tan bueno que me parecía increíble rechazarlo. El problema básico radicaba en lo que venía después. Comenzaba a depender de ella. Le había confesado a Nathan que la chica se estaba colgando de mí, pero lo que no había añadido era lo que a mí me estaba pasando.

Aquella habitación de la residencia que compartía con Brenda conocía más pecados de los que nadie podía imaginar, y a mí me encantaba perpetrarlos con Amanda una y otra vez. Me miró después de varios gemidos compartidos y tres orgasmos apoteósicos y se acurrucó sobre mi pecho.

—Si pudieras escoger un lugar, ¿adónde te irías sin pensarlo? —preguntó.

Nunca solíamos hablar en nuestros interludios: aquello se trataba de sexo y nada más. Nada que implicase saber mucho de la vida del otro. No era una relación de pareja. Ambos estábamos de acuerdo.

Ambos nos engañábamos.

Sin embargo, esa mañana fría, aquel era el único lugar donde quería estar, enredado entre sus piernas y sus brazos, con nuestros cuerpos desnudos rozándose en cada milímetro de piel libre.

—Donde tú estés —bromeé, a la vez que le robaba un beso que subió de tono muy rápido.

—No seas bobo... —contestó cuando pudo recuperar el aliento—. Mis hermanas y yo solemos jugar a algo. Espera.

Se incorporó y mis ojos fueron directos a sus pezones erectos por el frío. Ella tembló un poco y se colocó sobre mis caderas, poniéndome duro al instante por el roce.

—Am —gemí—. Necesito unos minutos.

Apagó la luz de la habitación y encendió la de su mesita. Se tumbó de nuevo y me abrazó con fuerza.

—Cierra los ojos, semental. —Reí y la obedecí al instante—. Vale, ahora piensa en algo que te vuelva loco, que te encantaría tener por encima de todo: un lugar que visitar, un último beso, una comida, un dulce..., lo que sea. ¿Lo tienes?

Asentí. Me estremecí cuando noté una caricia sobre mi pecho, diferente a todas, más profunda y única.

—Pide un deseo...

Lo hice; no lo pronuncié.

—¿Lo has hecho? —Abrí los ojos y estaba sonriendo. Con el pelo desordenado y la mirada iluminada—. Cuando estés triste y perdido, acuérdate de este deseo. A nosotras siempre nos funciona.

—¿Por qué estás triste tú, Am?

Aquel momento se desvaneció igual que había comenzado. Amanda se levantó y se vistió tan rápido que casi no pude seguirle el ritmo. Regresó a su vida y yo a la mía.

Nunca pude confesarle que en secreto había pedido muchos deseos esos tres años en los que no la había visto. Esos días había uno que me arañaba las entrañas y me susurraba bajito. Cerré los ojos y lo pedí en silencio en ese momento; los dejé allí, divertidos, ajenos a mi presencia, y volví a la realidad con el corazón en un puño.

Se agotaba el tiempo.

Había algo en el ambiente que auguraba cambios. Me sentía incómodo, y no supe reconocer qué era, pero no me gustaba un pelo. Los caballos también andaban inquietos. Hablé con Paul: no había nada extraño en los partes meteorológicos, ni siquiera el cielo anunciaba tormenta. Ya había pasado la época.

Esa tarde iba a llevar a Amanda y Dan de excursión. El niño apenas tenía ya problemas de movilidad y había feria en uno de los pueblos del condado. No sabía si aquellas historias campestres le agradaban a ella; ni siquiera conocía sus

gustos. Probablemente le repateaba los higadillos estar rodeada de campo y animales, ella que llevaba mucho tiempo viviendo una vida diferente en Europa. No obstante, era lo único que les podía ofrecer.

Dan corrió tan rápido en cuanto me vio que casi se me salió el estómago por la boca cuando tropezó con una piedra. Sin saber cómo, el niño dio un traspiés y recuperó la marcha sin despeinarse un pelo.

—¡Mas, Mas! Paseo... —dijo deprisa.

—¿Estás preparado, campeón? —pregunté a la vez que lo aupaba como a él le gustaba.

—Sí. ¿Cam *vene también*?

—Hoy no puede: ha ido con Paul y Lauren de compras.

El crío había congeniado tanto con el muchacho que no se separaban. Amanda lo seguía sin perder detalle y sonrió cuando me vio.

—No sabía qué ponerme —se excusó cuando señaló las botas y el conjunto que llevaba.

Estuve a punto de que me diese un infarto cuando la miré de arriba a abajo. Iba simplemente perfecta. Suponía que esperaba que dijese algo por cómo me miraba mientras se mordía un carrillo interno. Sí, podía explicarle que me encantaba esa falda corta blanca que hacía que sus piernas pareciesen bronceadas además de largas y preciosas. Que esa camiseta negra roquera con un mensaje me flipaba y que casi me lancé sobre ella cuando comprobé que llevaba las botas, el sombrero y la cazadora a juego. A ver, la palabra concreta era «impresionante»; el paraíso de cualquier *cowboy* personificado en aquella belleza de pelo claro y ojos azul grisáceo.

Carraspeé y miré a Dan.

—Va bien, ¿verdad? —dije, finalmente.

—Sí —contestó el niño con una sonrisa.

—Pues no se hable más. —Se encogió de hombros y se dirigió a la ranchera sin añadir palabra. Qué bien se me daban esas cosas...

Estaba colocando a Dan en la sillita cuando me distrajo el ruido del motor de un coche potente que se acercaba; sin asomar la cabeza ya sabía de quién se trataba. Cerré la puerta para que no se saliese el aire acondicionado y fruncí el ceño al comprobar que mi hermano Thomas se bajaba de su espectacular Camaro negro.

—¿Qué se te ha perdido por aquí? —le pregunté a su sonrisa boba.

—Yo también me alegro de verte, Max. —Me saludó con un golpe en la espalda y entrecerré los ojos—. Disimula un poco tu emoción, mamá está fuera.

Luego te explico.

A tomar viento fresco la tranquilidad. Suspiré y miré a Amanda y a Dan, que esperaban en la ranchera. Abrí la puerta y les sonreí antes de hablar.

—Acaba de llegar Thomas. Voy a ver qué pasa y nos vamos.

—Si quieres, podemos ir en otro momento —dijo ella.

—No tardo nada, esperad aquí.

Media hora más tarde nos dirigíamos a la feria con las risas de mi hermano, que no paraba de parlotear, mientras nos explicaba que se había lesionado y estaría un tiempo por el rancho hasta que se recuperara. Sabía que fingía, porque lo conocía demasiado bien, pero no iba a ser yo quien lo desenmascarara; en un par de días tendríamos la presencia del verdadero Thomas llorando por los rincones.

La tarde en la feria no tuvo nada que ver con lo que había planeado. Tampoco sabía qué esperaba de todo aquello, pero lo que estaba claro era que nada de lo que sucedió. Mi hermano acaparó la atención de Dan y Amanda como la luz atrae a las polillas. Con su sola presencia, cuatro tonterías y el despliegue de su encanto. Les explicaba las curiosidades con entusiasmo, sugería visitar los puestos e incluso les pagó todo lo que querían sin dar opción a que Amanda pudiese hacerlo, algo que sabía que le molestaba sobremanera, aunque esa tarde lo disimulaba demasiado bien, para qué mentir.

Dio la casualidad de que me distraje hablando con Belinda, que tenía una caseta de su tienda en la feria. Cuando quise darme cuenta, habían desaparecido.

Después de una hora dando vueltas como un tonto, decidí ir a la ranchera por si los encontraba. No hubo suerte. Estaba anocheciendo y no tenía ni idea de dónde se hallaban. Regresé al tumulto y los busqué por todos lados, harto, y bastante más cabreado regresé al aparcamiento y me metí en el coche. Suponía que si querían volver al rancho, pasarían por allí en algún momento.

Hora y media más tarde, con mi enfado elevado a niveles exponenciales y con un calor bastante considerable, escuché la voz de mi hermano, que charlaba alegremente con Amanda mientras se aproximaban.

—¡Tío! ¿Dónde te has metido? Te has perdido a Dan lanzando la bola. Es un *crack*. —Miré a mi hermano e inspiré con fuerza antes de decir cualquier barbaridad.

—¿Listos para volver? —les pregunté sin mirar a ninguno en concreto.

Dan se había dormido en brazos de su madre y el capullo de mi hermano ni siquiera se había ofrecido a llevarlo él. Eso sí, cargaba con todos los trofeos en forma de peluches y otros chismes que habrían ido recolectando a lo largo de esa

velada.

—Todavía no entiendo por qué no tienes un móvil: te habríamos encontrado en un momento —añadió Thomas a la vez que dejaba su cargamento en el maletero.

—¿Vamos? —insistí una vez que Amanda hubo colocado al niño y se hubo sentado a su lado en silencio. No me había dicho nada, y eso incluso me molestó más. ¿Qué pensaba, que le iba a gritar o algo parecido? ¿Que era un ogro al que no se le podía hablar?

—Ya va... Qué prisas —comentó él, después de comprobar su teléfono, y se subió al asiento del copiloto.

Cuando aparqué ante mi casa y me bajé del coche, solté el aire y miré el cielo. No había una sola estrella, estaba todo cubierto por las nubes, algo que me extrañó.

«El tiempo va a cambiar...».

Y sabía que no solo me refería al clima.

AMANDA

Llevaba dos días en un vaivén emocional. Aquellas últimas semanas habían resultado ser magníficas. Max intentaba estar más presente e ideaba cosas para que no me aburriese tanto. No quise molestarlo cuando le confesé que necesitaba distracción, pero había hablado la desesperación. Sabía que iba muy liado en el rancho, y no era justo para él. Muy en el fondo me percaté de que lo que quería era obtener un poco de su atención; era un encanto con Dan, y yo anhelaba parte de aquello. Me estaba comportando como una niña pequeña y caprichosa, y, en lugar de sentirme culpable, irradiaba felicidad. ¿Por qué, además, me sentía así? ¿Como si nada encajase en su lugar? Por la aparición de Thomas.

Todo había cambiado. Todo. ¿Nadie en esa familia se daba cuenta del valor real de Max? ¿Estaban tan ciegos o es que el egoísmo los había atontado?

Parte de mi malestar se debía al reconocimiento de que yo también me había comportado como todos ellos en el pasado. Juzgando la apariencia y no el verdadero interior. Desde la noche de la feria, Max había vuelto a los inicios, desapareciendo por completo, exceptuando los momentos en los que disfrutaba de Dan.

¿Y yo? Con Thomas pegado a mí como mi sombra desde que había llegado. Sí, el chico era un encanto, un tipo majo y agradable, deportista de élite, guaperas y simpático, bla, bla, bla... Pero no era Max. Me daban igual los resultados de sus partidos, la lesión que lo tenía allí postrado y por lo que se lamentaba cada tres minutos y su maravilloso coche. Había sido un idiota la noche de la feria, en la que insistí por activa y por pasiva en encontrar a su hermano mayor. Estaba hasta el gorro de que no se despegase de nosotros, porque aquello estaba alejando a Max, que pensaba que ya estaba distraída y no lo necesitaba. ¿Era prescindible para él? ¿Me había imaginado lo que no había entre nosotros? ¿No entendía que mi aburrimiento solo había sido una excusa?

Apenas nos quedaba nada para la revisión de Dan, y mucho me temía que le darían el alta. ¿Entonces qué ocurriría? ¿Le importaba algo a Max que nos fuésemos? Porque eso sería lo que sucedería, y no habíamos hablado de un futuro, de nada... Sentía algo por el niño, pero ¿lo suficiente como para querer

verlo alguna vez? ¿O nos diría adiós sin ningún tipo de remordimiento?

La semana anterior había eliminado todos los mensajes en mi móvil de mi abuela y Jaime. Me sentí liberada al fin. Esa no era yo. Aquello no me representaba. No era la misma, y no quería pensar a qué se debía el cambio. Allí había dejado en libertad a la verdadera Amanda, y era feliz por primera vez en mucho tiempo.

A mi regreso las cosas iban a cambiar de tal forma que sabía que afectaría a mis hermanas. Había estado pensando en ello en profundidad todo este período de separación. Me sentía más fuerte, más segura, y reconocía que en parte se lo debía a él. A su apoyo en silencio, como solía hacerlo todo. Un faro en mitad de la tormenta, ese era Max. Porque después del rechazo inicial había hecho borrón y cuenta nueva. Había dejado atrás los prejuicios, que a buen seguro no resultaría fácil en su situación, y nos había acogido sin explicaciones. ¿Qué tipo de persona hacía eso? Una gran persona. Por eso odiaba que se alejara. Que no luchase por nosotros. Por mí... ¿Quería que nos marcháramos?

Había nacido algo bonito. Lo sentía, no se trataba de lo mismo que compartimos años atrás. Nada que ver, porque sin ni siquiera un roce de nuestros cuerpos, sin nada más que charlas, momentos y miradas robadas, había conseguido despertar en mí algo que no reconocía. Algo que me asustaba y me encantaba a partes iguales.

Esa misma mañana en la que Thomas me había propuesto dar una vuelta a caballo por la finca, me había cruzado con Max. Rechacé la idea en un principio, pero Jossie se puso bastante pesada con que fuera a montar y Nana se ofreció a quedarse con Dan un rato.

Estábamos ensillando las monturas cuando él entró en las cuadras, y el corazón me dio un vuelco. Había llegado a ese nivel y no quería darle más vueltas, porque mi cuerpo me lo estaba anunciando mucho antes de que mi cabeza lo aceptase. Le sonreí como una idiota. Llevaba dos días desaparecido, por lo que fue como poner una nota de color a los días grises. Hablaba con razón: las cuarenta y ocho horas anteriores había llovido sin cesar. Me miró y atisé una pequeña muestra de alegría, un breve reflejo que se disipó en cuanto vio que me acompañaba su hermano. Aquello no tenía que ser así. ¿Por qué reaccionaba de esa manera?

Acorté la distancia que nos separaba sin pensar demasiado.

—Hola. No sé si es buena idea dar un paseo hoy. Igual está todo embarrado — dije a esos ojos azules que hipnotizaban.

—No llevas ropa adecuada.

«¿Ni “Hola, ¿cómo estás?” ni “¿Qué tal te encuentras?”? No, solo una referencia a mi indumentaria». Comprobé mis pantalones cortos y mis botas y me encogí de hombros.

—No veo cuál es el problema —contesté a su espalda, pues ya se alejaba.

—Que lo paséis bien —comentó a la nada, y se fue por donde había entrado. Me dejó con una sensación tan mala que casi rompí a llorar allí mismo. ¿Por qué hacía aquello?

Como si una fuerza invisible me hubiese empujado, dejé la montura a medias y salí del establo hecha una furia.

—No se te ocurra dejarme con la palabra en la boca, Max.

Paró de caminar y se giró con el ceño fruncido. Casi sonreí al ver su cara, pero estaba molesta con él y debía recordarlo.

—No lo he hecho. Estabas ocupada y yo también —atajó.

—Eres cabezota, profundamente cabezota —solté ante su asombro—. No pienso discutir contigo. Me agota este tira y afloja extraño. ¿He hecho algo que te moleste?

—No —contestó, acorralado—. ¿Por qué?

—Pues deja de comportarte así conmigo. Yo no soy ellos, yo no te juzgo, ¿no lo entiendes?

—No. —Se mesó el pelo, confundido, y me miró con una indecisión que casi me rompió el corazón allí mismo—. ¿Qué quieres de mí, Amanda?

Sus palabras me sentaron igual que si me hubiesen lanzado un jarro de agua fría. ¿Había malinterpretado las señales? Por lo visto, sí: mi vena romántica me había arrastrado a conjeturar sobre algo que no existía nada más que en mi cabeza.

—Nada, Max, olvídalo. Sigue con lo tuyo...

Y me largué, dejándolo en aquel prado verde en el que había soñado con castillos y hadas, cuando en realidad estaba en el cuento de *Alicia en el País de las Maravillas* puesta de psicotrópicos.

Conducía en silencio hacia la consulta del médico. Jossie se había empeñado en acompañarnos de nuevo y no opuse resistencia alguna; ya me daba todo igual. Nuestro tiempo en el rancho estaba llegando a su fin. Podía rozar con los dedos esa sensación de despedida que flotaba en el aire.

El doctor nos dio el alta después de un extraño rifirrafe con Jossie que no acabé de entender. Ya era oficial: Dan estaba recuperado y podíamos regresar a casa.

Me alegré cuando el pequeño se liberó de aquel horrendo vendaje que lo había mantenido agobiado todas aquellas semanas. Verlo dar palmas con total normalidad era como una chispa de alegría después de haber sufrido tanto por su caída.

Realizamos el ritual que venía siendo habitual después de las consultas de Dan y fuimos a comprar unos helados. Él se volvía loco cuando le compraba un helado, y Jossie también: aunque intentase disimular, era la que más insistía en ir.

El pueblo estaba bastante concurrido a aquella hora de la tarde, y Jossie parecía encantada de ir mostrando al niño como un trofeo; había sugerido visitar el mercado, y después tuvimos que ir a varias tiendas diferentes del pueblo. No protesté, porque me di cuenta de que en realidad lo que quería era presumir de nieto. Y ese era un tema un tanto peliagudo. Básicamente porque el padre de la criatura y yo todavía no habíamos aclarado gran cosa al respecto.

Tuve que responder a muchas preguntas, algunas bastante incómodas, y salí airoso del interrogatorio, y sin ser maleducada. Desde que Dan había aparecido en mi vida, las palabras malsonantes estaban prohibidas, y eso también incluía enviar a alguien a tomar viento fresco. Quizás debía pulir alguna técnica al respecto, con una sonrisa en los labios, para disimular.

Cuando llegamos al rancho, nos esperaban los abuelos de Max en el porche y Dan corrió hacia Nana, a la que casi tiró al suelo con su ímpetu. Sentí una pena muy honda, porque había creado unos vínculos bonitos allí; en tan poco tiempo Dan había calado hondo en todos ellos, y lo querían mucho. Algo que me reconciliaba un mínimo conmigo misma por haber llevado tan mal la situación en el pasado y no haber sido sincera con ninguno de ellos, ocultándoles la existencia de Dan. Habían aceptado al niño sin cuestionar nada, y era de agradecer.

Lo dejé con ellos en el porche y fui a la biblioteca de la casa a devolver un libro que ya había leído. Ese santuario había sido mi salvación contra el aburrimiento; aunque en realidad contaba con muy pocos títulos de novelas románticas, mis favoritas, me había puesto al día con la cultura de Kansas, la de Texas, las familias de ganaderos y el espíritu de rancho.

Le comenté a Jossie que me iba a preparar parte del equipaje para adelantar trabajo, y me supo mal ver cómo la tristeza se apoderaba de su semblante. Aquello iba a ser duro para todos, pero inevitable.

Subí a mi habitación antes de que Max apareciese por allí. Se había excusado por no poder acompañarnos por un problema con el personal, y me comunicó

que bajaría a cenar para ver qué tal había ido todo en el médico. No dudé de su palabra, porque parecía agobiado además de apenado por no poder venir, algo que era muy de Max, siempre preocupado por el bienestar de los suyos. La cuestión era que ya no podía disimular, y necesitaba alejarme de todo aquello.

En esas semanas había llegado a sentirme a gusto allí. No era una insensata, y sabía que debía volver a España, donde me esperaban mi vida y mi trabajo. No obstante, ese intervalo había sido mágico, un oasis, y, por qué no, había mantenido una pequeña esperanza de soñar despierta, muy a mi estilo, como aseveraban mis hermanas: «Vives en las nubes de algodón de azúcar, Sunshine».

Nubes de algodón... Me puse triste al recordar a la persona que utilizaba siempre esa expresión: mi madre. Era la única de toda la familia que no tiraba la toalla, y me negaba a creer que la habíamos perdido para siempre; algo en mi interior me decía que estaba viva, que permanecía en algún lugar, pero perdida.

Antes de hacer nada, necesitaba hablar con alguien. Encendí el móvil y me conecté al wifi, que tardó eones en coger señal. En cuanto vi la cara de mis hermanas en la pantalla rompí a llorar como una tonta. Llevaba horas reprimiéndome y no podía más. Fui rápida, en parte porque la llantina no me dejaba decir mucho. Pese a todo, les trasladé las buenas noticias sobre Dan. Jess, que era más mayor, más experimentada y muy inteligente, comprendió sin necesidad de grandes explicaciones qué me ocurría. Una vez más se hizo cargo de la situación.

—¿Para cuándo quieres los billetes, Am? Yo me ocupo.

—Para ayer —contesté a la vez que me sorbía los mocos con poca elegancia.

—En cuanto los tenga te aviso —dijo ella.

—Nos alegramos de que Dan esté recuperado, aunque parece que tú no tanto —añadió Tracy, casi como una disculpa—. Tengo muchas ganas de que regreséis.

—Yo también, petarda. En breve te achucharé y lamentarás mi vuelta.

—Estoy mayorcita para achuchones, Sunshine —rio, y consiguió hacerme sonreír un poco.

Agradecí que Jess no me hubiese aleccionado en aquellos instantes con una de sus famosas frases: «Te lo dije, Sunshine: el viaje no era buena idea». Aunque no me iba a librar de sus sermones, porque si había algo en lo que ella había insistido por activa y por pasiva fue en que no me colgara del vaquero. «Te conozco, y sé que va a ocurrir», afirmó. ¿Por qué me conocía tan bien?

Cuando apagué el teléfono continuaba aquella presión agobiante en el pecho, y pagaron el pato los cajones de la cómoda, que se habían empeñado en hacerme

la vida imposible y no cooperaban. En menos de una hora, tenía parte de nuestro equipaje en las maletas. Observé las botas con cierta nostalgia, ya que no sabía qué hacer con ellas. Llevármelas era absurdo. No las iba a usar nunca más. Decidí que le diría a Jossie que las donase a algún sitio. Seguro que por allí había recogida de ropa usada.

El olor a comida me llegó desde la cocina, y se me revolvió el estómago, que se me había cerrado. Siempre que me disgustaba, la pena me atacaba por ahí.

Bajé a por Dan, que estaba jugando con el abuelo de Max, y me excusé antes de subir para darle un buen baño; se merecía chapotear con normalidad después de tanto tiempo con el cabestrillo.

—Vamos a llenar la bañera para nadar —dije.

—Dan *quiere* nadar mucho —contestó con los ojos muy abiertos.

—Pues no se hable más. ¿Me ayudas a llenar la bañera?

—Sí, Dan llena.

Si había algo que me fascinaba de la casa grande era el cuarto de baño. Nunca había visto una bañera de ese tipo excepto en las películas. Enorme, con patas clásicas y forma redondeada. Me había dado más de un homenaje sumergida en agua jabonosa mientras contemplaba los extensos prados infinitos con la brisa entrando por la ventana.

Las risas de mi hijo me calmaron como un bálsamo. Dan siempre conseguía que me sintiese en casa de nuevo. Por él había sacado fuerzas de donde no sabía que existían en muchas ocasiones.

Le estaba cantando una canción mientras le lavaba el pelo, que le había crecido mucho, y sonreí al pensar en lo dorado que se le había puesto. Lo tenía del mismo color que el de Max. Las cosas de la genética y las bromas del destino... ¿Cómo iba a olvidarlo si tenía su vivo retrato ante mí a todas horas?

Enjuagué su cabeza con el convencimiento de que me había colgado por primera vez en mi vida de un hombre, y, para mi mala suerte, no era para nada como siempre había imaginado. Jess tenía razón: leer novelas románticas no había hecho ningún bien a mi perspectiva idealizada del amor. Como ella solía decir: «El amor es un aleteo de mariposa que desaparece tan rápido como aparece».

Sonó un golpe en la puerta, pero no me giré para ver de quién se trataba; supuse que Jossie venía a ver qué tal. Cuando escuché la voz de Max, se me erizó el vello del cuerpo, y maldije mi estampa por ponerme colorada. ¿Podía ser más evidente?

—Guau, Dan. Al fin libre.

—¡Mas! —gritó el niño, entre chapoteos.

—Hola —me saludó, y le correspondí con un levantamiento de barbilla.

Se me había formado un nudo en la garganta del tamaño de una pelota de *ping-pong*, y mucho me temía que no había soltado las suficientes lágrimas con mis hermanas.

—Ya me ha puesto al día mi madre. Al fin está recuperado.

Parecía contento, pero como solía ver lo que no había en él, habría jurado que no estaba feliz. No en el sentido literal. Se alegraba por el niño, eso era evidente, aunque había algo más... Deseché mis paranoias, porque ya me había equivocado de pleno en todo lo que respectaba a Max. Él solo se limitaba a ser amable y servicial, y punto.

—Sí. —Carraspeé para poder hablar, pues parecía que tenía arcilla en la boca —. Ya he comenzado a preparar el equipaje.

Lo miré para comprobar su reacción. Nada, cero, *niet*. Un folio en blanco el día que necesitaba oír todas las palabras saliendo de su boca con una sonrisa.

Se acabó.

—¿Cuándo partís? —Escuché los trozos de mi corazón partirse en el instante en que pronunció esas dos palabras.

—En cuanto Jess me envíe los billetes —contesté al agua turbia de la bañera al notar que mis ojos se estaban empañando sin remedio.

—Pues hay que preparar una despedida como Dios manda, ¿verdad, campeón? Una fiesta.

—¡Festa, festa! —gritó mi hijo, salpicándolo todo por la emoción.

Las lágrimas se mezclaron con el agua, que me había empapado por completo, y agradecí que Max saliese a por algo para secar el suelo: bastante patético era todo como para tener que compartirlo con él.

Aquella noche vi pasar las horas sentada ante la ventana. Me perdí en la noche estrellada y soñé despierta con una lluvia de estrellas fugaces, una voz templada en la noche fría y la música de la radio de fondo. Soñé con las posibilidades que se habían quedado en el camino y en un ocaso que nunca tendría su amanecer.

Había oído que en los aledaños del rancho tardaban poco tiempo en preparar una barbacoa con carne para alimentar a un estado y bebidas para bañar a otro. Pensaba que exageraban. Dos días después de confirmar nuestra partida pude comprobar que no solo era cierto, sino más espectacular de lo que se especulaba.

Jossie andaba como loca presentándose a un montón de personas cuyos nombres era incapaz de recordar a los cinco segundos de haberlos conocido; la

música sonaba alta en un baffle añadido al circo que habían montado, y Max estaba preparando su famosa barbacoa, rodeado de otros vecinos y de parte de sus trabajadores con una enorme sonrisa.

Era día de celebración. Todo en el ambiente lo indicaba. Por contrapartida, yo me quería morir, así, en plan melodramático y exagerado, pero era como me sentía.

Vecinos, trabajadores, familia... bebían y charlaban animados. Intenté mezclarme con ellos y embriagarme de aquella especie de fiesta. Pasadas un par de horas decidí huir a la casa, después de comprobar que Nana estaba con Dan, dándole de comer. Se suponía que era una de las homenajeadas, y no debía hacer aquello. Sin embargo, nadie notó mi ausencia. Max estaba rodeado de féminas que reían cualquier cosa que decía. Reconocí a Belinda entre ellas y me alegré al comprobar que tenían buen rollo. Era muy guapa y joven, y un cielo; un buen partido. Max merecía tener una gran vida y estar rodeado de bellas personas. Además, Belinda me encantó desde el primer momento que la vi. Si mi hermana me hubiese visto conjeturando sobre el futuro amoroso del padre de mi hijo, me habría dado una colleja. Por suerte no estaba allí, así que podía hacer una escabechina en mi mermado ánimo hasta ahogar mis penas.

Me distrajo el sonido de un mensaje y comprobé mi móvil. Sonreí al ver que era de Brenda. Mi amiga me había escrito cada día por correo electrónico desde Los Ángeles, donde se encontraba de vacaciones con su pareja. El accidente de Dan la dejó tocadísima, y estuvo encima para conocer noticias sobre su estado así como sobre su mejoría. Habíamos quedado en vernos antes de coger el avión para comer juntas. Por lo menos, el viaje había servido para reconciliarme con el pasado y encarar el futuro tranquila. No todo estaba perdido.

En cuanto a Max... No sabía muy bien qué hacer con él. Deberíamos haber hablado; no sabía si quería mantener contacto con Dan, verlo en las vacaciones o algo... Varias semanas conociéndolo, creando lazos con el niño... ¿para qué?

Estaba enfadada. Muy enfadada. Miré el bloc de penas que estaba sobre la cómoda y lo lancé con fuerza contra la pared justo en el momento en el que se abrió la puerta del dormitorio.

—No vengo en buen momento. —Me giré de golpe al escuchar a Max.

—Tranquilo, es solo que... —No sabía qué decirle.

—¿No te ha gustado? —Sonrió a la vez que recogía el cuaderno—. No es un libro.

Me adelanté con rapidez a quitarle el cuaderno, que sujetaba extrañado, antes de que leyese algo y tuviese que lanzarme por la ventana para evitar la

vergüenza. Su nombre aparecía en todas y cada una de las páginas. Varias veces.

—¿Querías algo? —solté para evitar explicarle nada al respecto.

—No estás abajo. —Se encogió de hombros y me miró—. Desde hace rato... Jossie me ha dicho que te habías ido.

Cabeceé antes de contestarle; en un principio pensaba que se había dado cuenta de mi ausencia, pero, una vez más, estaba equivocada.

—Tenía que hacer unas llamadas. —Sonreí—. Ahora voy.

—Am...

«¡Max, Max!», le interrumpieron unas voces femeninas que lo llamaban.

Asomó la cabeza por la ventana para ver de qué se trataba.

—¡Ya bajo! —gritó.

Volvió a centrar su atención en mí. Parecía incómodo. Yo no quería alargar más aquella historia; si hubiese querido decir algo, ya lo habría hecho. Había tenido mucho tiempo.

—Tranquilo, ve. Regreso enseguida.

Max era famoso por su asado a la barbacoa. Lástima que mi estómago no estaba por la labor de ingerir nada, porque seguro que en otras circunstancias lo habría disfrutado, tal y como lo hacía el resto de los presentes, con exclamaciones y felicitaciones al ranchero.

Dan se lo pasó en grande. Temía que hubiese cogido miedo a los animales o a los perros tras sufrir su caída. Pero Max había hecho un buen trabajo y el crío jugueteaba con ellos como si nunca le hubiese ocurrido nada. Llevaba la ropa cubierta de tierra y de churretes de comida. Jugaba con otros niños, secuestrando a Cam cada vez que podía. Me apenaba reconocer que no recordaría nada de aquello pasado un tiempo, porque sin duda la estancia en el rancho había sido muy buena para él.

La fiesta estaba dando sus últimos coletazos, algo que me alegraba bastante, porque al fin podría retirarme. Solo quedaban unas horas para irnos. Volvería a mi vida, tal y como debía ser. Entonces ¿por qué estaba a punto de llorar?

Thomas se acercó con Tadi; ambos bromeaban, parecían ser muy amigos. Los seguía de cerca la veterinaria, que me sonrió.

—Voy a llevar a estos idiotas a dormir la mona —dijo a la vez que señalaba a la pareja, que iban haciendo eses—. Me habría gustado coincidir contigo. Soy Oneida, la veterinaria, y la hermana del tonto de Tadi.

Asentí, correspondiéndole con otra sonrisa. Aunque habíamos coincidido hasta tres veces, una de ellas sin su conocimiento, no nos habíamos presentado

formalmente.

—Sí, habría estado bien compartir momentos con otra chica por aquí.

—La próxima vez, no lo dudes. —Me tendió una mano, que estreché con gusto.

—Seguro.

Observé como se marchaba tras los chicos con la seguridad de que no cruzaríamos nuestros caminos, aunque agradecí su cordialidad.

Ayudé a recoger una vez se hubieron marchado todos. Dan seguía con Cam, que lo llevó a casa junto a los abuelos. Max cargaba con Paul los tableros que habían servido de mesas hasta el granero.

Unas voces llamaron mi atención, y vi cómo Max parecía discutir con su padre. Sopesé unos instantes qué hacer; no era la primera vez que estaba presente ante algún desplante del padre hacia al hijo o que observaba los dardos que se lanzaban el uno al otro. Paul se aproximó a ellos, y solté el aire que retenía, porque en cuanto estuvo cerca, ambos dejaron lo que estuviesen discutiendo. Max parecía mucho más calmado que su padre; de hecho, me dio la impresión de que era objeto de su ira. Además, este último se contenía de lo lindo. Me dio lástima comprobar que mis temores eran ciertos: la relación entre ellos estaba rota. Ojalá yo hubiese tenido a mis padres conmigo...

Me alejé de allí con gran pesar, por el cúmulo de todo lo sucedido, nuestra partida, la falta de comunicación con el ranchero... Era un día triste, y ni siquiera aquella fiesta de despedida había conseguido ocultar lo que me dolía por dentro: no me quería ir, así no.

John colocaba cacharros en unas pilas que había al lado de la barbacoa y parecía agotado. Me acerqué y se los quité de las manos.

—Ve a descansar a casa, yo lo acabo.

—Por todos los Santos, no se me ocurriría...

Todavía me preguntaba de dónde había sacado el valor de enfrentarme al patriarca después de haber sido testigo del rifirrafe con su hijo mayor. John estaba muy pálido.

—John, ve a casa. —Fruncí el ceño como hacían en aquella familia para imponerme—. ¿Te encuentras bien? —insistí al ver que le brillaba en la cara una pátina de sudor y que tenía los ojos algo vidriosos.

—Estoy algo mareado —dijo, y confirmó mis sospechas.

Lo acompañé hasta la casa y avisé a Jossie después de que se tumbara. En cuanto lo dejé descansando fui al encuentro de Max, que limpiaba las parrillas con la camiseta remangada. No estaba para contemplaciones en aquel momento,

así que fui directa al grano.

—He dejado a John en la cama, no se encuentra bien.

—¿Cómo? —Abandonó al instante lo que estaba haciendo para prestarme atención.

—Estaba recogiendo parte de los utensilios, apilando cajas... Había perdido el color de la cara y decía que se notaba agotado.

—¿Todavía seguía con eso? Maldito cabezota.

Lanzó el cepillo con fuerza contra el suelo, muy enfadado.

—No sé, no quiero preocuparte, pero igual sería bueno que lo viese un médico.

—Sabía que estaba delicado del corazón. No quería ser gafe, pero era preferible prevenir.

—Vamos. —Me cogió de la mano y mi corazón dio un salto en mi pecho ante el roce de nuestros dedos—. Este hombre me entierra antes de irse él al otro barrio.

—¡Max! —lo reñí, y me apretó la mano con una sonrisa pícara.

—Le he dicho que se fuese a casa a descansar —masculló molesto, y entonces entendí el motivo de la discusión.

John nos mandó a tomar viento fresco cuando nos vio en su cuarto y al final claudicamos. Solo estaba cansado. Regresamos al exterior, y el vaquero parecía tan enfadado que no me aventuré a decirle nada más.

Acabamos de limpiar todo entre Paul, su mujer, Lauren, y Max. Cuando regresé a la casa grande me dolían hasta las pestañas. Por suerte Nana había bañado y acostado a Dan. Pasé a ver a John, que estaba dormido, y no lo quise molestar. Decidí darme una ducha rápida antes de acostarme. Había quedado temprano con Max para que nos llevara a Kansas City.

Después de una jornada agotadora, lo único que había sacado en claro era que Max y su padre se llevaban fatal, que nos íbamos y que estábamos igual que cuando llegamos.

«Igual no, idiota; si no te has dado cuenta, eres más tonta de lo que parece».

Me estaba quitando los vaqueros, y, con cada botón que desabrochaba, emergía algo incontrolable. Rabia, ira, enfado, pena...

Antes de darme cuenta de lo que hacía, salí de la casa con paso rápido. Jossie intentó hablarme, pero no le di tiempo a hacerme cambiar de parecer: si me detenía, si prestaba atención a algo más que a esas emociones que me estaban empujando, me arrepentiría toda la vida.

Cuando Max abrió su puerta unos minutos más tarde, se quedó sorprendido, casi tanto como yo al tenerlo frente a mí sin camiseta y con los pantalones

desabrochados. En otra situación habría disfrutado de las vistas. No obstante, aquella noche tenía algo muy importante que aclarar con él. Esperé a que mi respiración se normalizara, porque estaba a punto de salirse el hígado por la boca después de la carrera.

—Hice algo horrible al no llamarte cuando supe que estaba embarazada —dije—. Fui mezquina al seguir en silencio. Siempre me arrepentiré de haber aceptado que el miedo al rechazo me paralizase y haberte negado conocer a tu hijo.

Max apenas pestañeaba allí plantado, con la puerta abierta. Mi corazón iba tan rápido que pensaba que iba a atravesar mi pecho.

—Sé que deberías estar muy enfadado conmigo. Sin embargo, decidiste darnos una oportunidad, me pediste que nos quedáramos para compartir más tiempo con él... —Tomé aire, porque notaba que me estaba emocionando y no iba a ser capaz de terminar—. Mañana nos vamos. Ni siquiera hemos hablado... ¿No quieres tener contacto con tu hijo? ¿Te da igual?

Una lágrima resbaló por mi mejilla y me la limpié con rabia, porque odiaba parecer vulnerable. No quería dar pena; esto no iba sobre mis sentimientos, se trataba del futuro del niño.

—¿Te pregunté qué querías de mí! —bramó con rabia—. ¡Nada, me contestaste que nada!

—¡Eres un tarugo! —grité—. ¿Cómo iba a saber que me estabas hablando del niño?

—¿De quién va todo esto, Amanda? ¿Por quién os habéis quedado aquí? ¡Por él! —escupió.

—Esto es increíble... —solté confundida. Llegar a un entendimiento con Max era imposible.

—¿Qué es increíble, Am? Te presentas en mi casa sin más y debo aceptarlo todo. Tengo que ir de puntillas cada vez que digo algo por miedo a ofenderte. Intento ser comprensivo porque sé que no fue fácil. Capeo tus rechazos, tus insultos, intento facilitarte el tiempo aquí y no te pido nada a cambio. Pero ¿yo soy el que debo decirte qué quiero? Dime, ¿vas quedarte en Estados Unidos para que pueda ver al niño? ¿Quieres que forme parte de su vida o solo lo has traído para limpiar tu conciencia? —Cada frase que decía se me clavaba en el pecho—. ¿Qué tenías pensado cuando regresaste? Cuéntame, ¿querías que me enamorase del niño para luego arrancármelo y dejarme aquí tirado?

—Yo no... —Lloraba sin cesar, porque era imposible que todo lo que estaba diciendo lo pensase realmente.

—¿¡Qué, Amanda!? ¿Qué opciones me quedan? —Inclinó la cabeza y percibí la tensión en su cuerpo—. ¿Has pensado en cómo me siento?

Cuando alzó la barbilla y me miró, absorbí el dolor que gritaban sus ojos. En aquel instante la mezquindad de mis acciones tomaron forma, y comprendí lo sucia y rastrera que había sido con él. No merecía que aquel hombre bondadoso sufriese por mi culpa.

—Dices que no eres como ellos, pero me insultas, me menosprecias, y yo...

—Lo siento, lo siento, lo siento... —Un sollozo me interrumpió y caí de rodillas en el suelo derrotada—. Perdóname, Max.

—No hagas eso.

Me cogió y me abrazó mientras susurraba palabras de consuelo sobre mi pelo.

Estaba rota, perdida; nada de aquello tenía sentido, debería haber sido mejor persona, debería haber apoyado a aquel hombre íntegro desde el inicio.

—Nos hacemos daño, Am. Juntos hicimos algo tan bonito como Dan y, sin embargo, no somos capaces de llegar a un entendimiento por él.

La tristeza teñía sus palabras, que eran ciertas.

—Yo también te falté, no debes disculparte —susurró.

Lloraba sobre su pecho desnudo por nosotros, por el niño, por mis padres, por todo lo que había perdido. Me sentía sola, desconsolada.

—Quiero que formes parte de su vida, Max —logré decir pasado un tiempo en el que no dejó de confortarme.

—Para mí será un honor formar parte de su vida.

Rompí a llorar de nuevo y me cogió de la barbilla.

—Necesito tu ayuda en esto, Am. No quiero que estés triste..., no llores. —Me limpió las mejillas con sus pulgares y al fin pude ver que sus ojos también estaban húmedos—. Vamos a trabajar juntos por el niño, ¿sí? Pide un deseo...

Asentí, porque era incapaz de decir nada más. Se acordaba de aquello, y me hizo inmensamente feliz. Estaba entre sus brazos y me sentía arropada. El calor que desprendía su cuerpo me acariciaba el alma de tal forma que deseaba permanecer allí para siempre. Con la misma seguridad con que cada día salía el sol.

Sus ojos hablaban y me decían todo lo que no había verbalizado. En ese instante no tuve ninguna duda, no había margen de error. Me acarició el pelo a la vez que lo apartaba de mi rostro con una delicadeza infinita. Allí estaba el verdadero Max. Mi corazón bombeaba tan rápido que pensé que lo escucharía a través de la ropa.

Sonreí antes de suavizarle el ceño con el dedo, y me devolvió la sonrisa.

Aparecieron sus hoyuelos y crearon magia. Los rocé porque hacía mucho tiempo que deseaba volver a hacerlo y noté cómo me estrechaba un poco más contra su cuerpo.

Pasé mis manos por su nuca y se estremeció. Antes de darme cuenta de lo que hacía, me puse de puntillas y acorté la distancia que nos separaba hasta que noté su cálido aliento en mis labios.

—Am...

—¿Sí? —susurré sobre su boca.

Me besó.

MAX

Inevitable y maravillosa. Esa era ella. Estaba perdido, lo sabía, pero era incapaz de rechazar aquello. Dejé de luchar porque era imposible. La deseaba tanto que casi dolía, y en cuanto comprendí que era lo que ella también quería, abandoné la lógica.

Me fundí en su boca y reconocí que todo era diferente. Nada volvería a ser igual. Mi cuerpo reaccionó como nunca, extasiado por las emociones que Amanda me regalaba. ¿Qué ocurriría partir de ahora?

Antes de dar cordura a lo que estaba sucediendo la cogí en brazos y cerré la puerta de una patada, arrancándole una sonrisa. Nuestras bocas tenían tanta sed la una de la otra que nos faltaba el aliento para abarcar la espera de tanto tiempo. Amasé sus glúteos perfectos y gemí cuando, con un movimiento sensual de sus piernas abrazando mi cintura, me rozó la entrepierna; tenía la polla a punto de salirse por el elástico de los calzoncillos.

«¡Dios Santo!».

Pasé de largo por el salón y la llevé a mi habitación. La bajé de forma lenta mientras éramos incapaces de dejar de comernos. Me clavó las uñas en el omoplato y siseé cuando me apretó el glúteo con la otra mano. No había un centímetro de nuestros cuerpos que no se tocara. Estaba a punto de arrancarle la camiseta cuando un rayo de sensatez me iluminó, y me separé para tomar aire.

—¿Estás segura de esto? —Observé sus labios hinchados y el brillo en sus ojos. Estaba preciosa.

—¿Estás seguro tú? —susurró sobre mi boca antes de lamerla despacio.

Gemí.

—A algunos hombres les gusta la pesca, y a algunos hombres les gusta la caza... —canturreé a la vez que movía mis caderas de forma sugerente—. Y a algunos hombres les gusta escuchar... escuchar rugir la bala del cañón. Pero a mí me gusta dormir...

Le arranqué la camiseta y me mordí el labio inferior cuando atisé sus pezones erectos bajo el sujetador de encaje transparente que apretaba aquellos pechos turgentes.

—Especialmente en el dormitorio de mi... —continuó ella con la canción antes de besarme y dejarme sin aliento.

—Amanda —finiquité, y le desabroché el sujetador.

Que no habría vuelta atrás lo supe desde la misma tarde en la que la vi con el niño en brazos y los últimos rayos de sol de fondo.

Que estaba sentenciado, desde la noche de la lluvia de estrellas.

Que no quería que acabase, desde que la había besado.

Y que me llevase un tornado si iba a desaprovechar cada segundo que ella me quisiese regalar. Había pasado un infierno desde que sabía que se marchaban. Si ella no tenía dudas, yo menos.

Apenas nos quedaba ropa. Me faltaban manos para abarcar su piel sedosa, que me volvía loco.

Mi dulce Amanda.

La observé sobre mis sábanas, en esa cama en la que había pasado tantas noches solo, y sentí cómo algo se calentaba en mi pecho. Intenté desabrochar los botones de sus pantalones vaqueros y al final tuvo que echarme una mano, muerta de risa ante mi poca pericia. ¿Cómo podía ser tan torpe cuando estaba acostumbrado a deshacer nudos de cuerdas con los ojos cerrados? Tomé aire y me bajé de la cama para hacer lo propio con mis vaqueros; los lancé lejos, di un salto hacia la cama y me coloqué junto a ella.

—El primero no cuenta —dije a la vez que la cogía y la ponía sobre mi cuerpo.

—¿Tanto tiempo llevas sin sexo? —bromeó.

—No pienso hablar de eso ahora... ¿Y tú?

Soltó una carcajada y me contagió.

—Bésame, vaquero.

—Siempre me ha encantado escuchar esa frase —dije antes de comerle la boca con un ansia increíble. Me volvía loco.

Atrapé sus labios y dejé escapar un gemido cuando invadió mi boca con su lengua dulce; había echado tanto de menos su sabor que dolía.

Estábamos totalmente desatados, perdidos entre los jadeos y el hambre voraz del uno por el otro. Rompimos el beso para tomar aire.

—Dios mío... —susurré sobre su boca.

—Creo que deberíamos dejar a Dios apartado de esta habitación. —Repartió caricias con sus labios por mi rostro y me estremecí de puro placer.

—Ven, que te cuento un cuento...

Lamí su cuello en un descenso directo al pecado y gocé de su respiración entrecortada. Jugué con sus pezones, que me esperaban erizados y a punto de

caramelo. Amanda estaba totalmente entregada, con los ojos cerrados, perdida en el deseo y aferrada a las sábanas. Me mordí el labio inferior para contenerme cuando le pellizqué uno de sus botones rosados y jadeó en respuesta. Con la mano libre, le retiré la ropa interior y ahogué un gemido al notar lo mojada que estaba. Le bajé las bragas despacio y gocé de cada uno de sus sensuales movimientos.

No quería ir deprisa, pero no sabía si iba a aguantar lo suficiente. Amanda y su pelo, su boca, su sonrisa y ese cuerpo de pecado hacían que me replanteara todas las cosas que conocía del sexo, porque con ella traspasaba todas las barreras para llegar al cielo y volver a caer.

Besé sus rodillas y le abrí las piernas. Disfruté del ligero rubor que cubrió su cuerpo y lamí sus muslos hasta soplar sobre su pubis. Estaba a punto de dirigirme, implacable, a saborearla cuando unos fuertes golpes en la puerta de la calle me asustaron. Amanda cerró las piernas de golpe y salió de un salto de la cama. La imité tan rápido que apenas entendí qué ocurría hasta que escuché los gritos de mi hermano al otro lado.

Unos instantes antes vivía uno de los mejores momentos de mi vida. En aquel aleteo en el que vi el horror reflejado en la cara de Thomas, se apoderó de mí un miedo primitivo.

Se hizo el caos. El coche, a toda velocidad camino del hospital tras la ambulancia. Thomas, asustado a mi lado, y yo, con un dolor en el pecho que casi me desgarraba.

Apenas entendía nada. Mi padre, inconsciente en el suelo de su habitación, mi madre gritando sin cesar pidiendo una ambulancia. Los llantos de Dan, asustado, con tanto grito a aquellas horas de la noche...

Debía haber insistido, debía haber hecho caso al instinto de Amanda cuando me dijo que había que avisar al médico...

Todo aquello ahora era secundario.

Aquellas horas de espera sin saber qué pasaría con mi padre fueron las más largas de mi vida. Los médicos ya nos habían advertido en más de una ocasión de lo frágil de su salud. Mi padre había sufrido un infarto hacía unos años y desde entonces estaba retirado de cualquier actividad: era eso o sucumbir a las peticiones de su corazón débil, el cual le había avisado con otros dos amagos. Desde entonces, yo había tomado el mando del rancho.

Sentados en silencio, observé a mi madre, rota, y sentí lástima por ella. Thomas decidió ir a buscar café para todos, y cuando me dio el vaso apenas noté

el calor que desprendía. Me fijé en mi atuendo: llevaba la camisa a medio abrochar y me había puesto las botas sin calcetines con las prisas.

Pobre Amanda. Se había quedado en el porche, consolando a Dan, y me despedí de ella sin saber qué decir. ¿El destino nos estaba enviando un mensaje?

Me negaba a pensar que la vida fuese tan dura con nosotros. Nos merecíamos algo bueno. Nos tocaba. A nosotros y al pequeño Dan. ¿Era yo lo suficientemente bueno para ellos?

Sabía que estaba divagando. Llevaba un rato subrayando las infinitas posibilidades de una relación con ella para evadirme de lo que me tenía postrado al duro asiento de la sala de espera de urgencias. Me sentía culpable, porque yo había provocado aquello. Si no hubiese discutido con el viejo, no estaría debatiéndose entre la vida y la muerte. No teníamos ni idea de cuál era la gravedad. Los médicos no decían nada. ¿Y si moría?

Me levanté antes de que me ahogase esa sensación repentina y fui al baño para intentar despejarme. Cuando regresé a la estancia vi que mi madre no estaba. Thomas me miró y se mesó el pelo.

—Mamá ha salido a estirar las piernas —apuntó—. Joder, casi le da a ella otro infarto cuando se ha encontrado a papá en el suelo de la habitación. ¿Crees que será grave? —preguntó con una desesperación impropia de un tío adulto. Me recordó al niño asustado que se escondía en el granero a llorar.

—No, papá es un hombre fuerte. Saldrá de esta.

—Lo crees de verdad, ¿no? —insistió.

No tenía la menor idea. Con toda probabilidad estaba más asustado que él, pero eso no me impedía mentir a mi hermano si con ello se iba a sentir mejor. Asentí a la nada y dejé caer la cabeza sobre los fríos azulejos de la pared. De pronto escuché un sollozo y vi cómo mi hermano se estremecía. No podía hacer nada más que consolarlo, como antaño. Me levanté de mi asiento y apoyé mi mano en su hombro.

—Eh... Lo va a superar.

Se limpió las mejillas con la manga de la camisa y me miró con los ojos rojos.

—Si se muere, Max..., si se va... La enana ni siquiera está en el país... Tiene que estar aquí —murmuró antes de romper a llorar de nuevo, perdido.

Me sacudí de pronto al caer en ello: teníamos que avisar a mi hermana. Mi padre... no podía morir. Miré al techo y la luz de los fluorescentes me cegó; cerré los ojos y recé como no lo hacía en años, rogué por él. Observé a mi madre, que entró en el servicio por enésima vez mientras esperábamos noticias. Thomas al fin se había relajado un poco, e intenté charlar de cosas triviales para

distraerlo; me miró con cara sospechosa y entrecerré los ojos al percatarme de que urdía algo.

—No es que me importe demasiado pero... ¿tú y Am...?

—Tú mismo lo has dicho: no te importa.

Zanjé el asunto, porque no pensaba hablar con él sobre nosotros. Antes sería bueno que aclaráramos nuestra situación, ella y yo, con una buena charla. No una charla en la que acabásemos discutiendo o sin ropa sobre mi cama. Nos habíamos dejado llevar por la pasión, y, como ambos sabíamos de antemano, en el pasado, aquello no nos había conducido a nada. En el presente teníamos algo muy importante de lo que preocuparnos: Dan.

Me froté en el centro del pecho cuando noté un fuerte pinchazo. La combinación de emociones de todos esos días me estaba pasando factura. ¿Cuándo había dejado la ventana abierta a todo eso? Presté atención a mi hermano, que estaba abducido con el móvil. Vaya basura de aparatos... Allá donde mirases veías a todo el mundo pendiente de la pantalla mientras la vida pasaba por su lado y ni siquiera se enteraban. Qué poco me gustaban las nuevas tecnologías.

—¿Familia Kline?

De un salto estábamos de pie. Miré a la doctora, que nos observaba con una sonrisa conciliadora. Eso era buena señal, ¿no?

El frío del aire acondicionado caía en mi nuca mientras acortaba la distancia que nos separaba, y sentí cómo me estremecía. Los pies me pesaban como losas.

—Somos los hijos —conseguí decir después de lo que me pareció una eternidad.

—Su padre debe ser intervenido. —Solté el aire que retenía de forma inconsciente ante la impresión—. Ha sufrido una repetición de infarto; creemos conveniente realizarle un *bypass* coronario debido a la obstrucción de las arterias...

—¿Repetición? Eso es grave, ¿no? —interrumpió Thomas.

—Dentro de la gravedad, insisto en que es una intervención rutinaria que mejorará muchísimo su calidad de vida. Ahora mismo está sedado, a punto de entrar al quirófano. Los mantendremos informados.

La doctora continuó con las explicaciones, pero yo ya no estaba allí. Buscaba a mi madre, que ni siquiera había estado presente.

En el transcurso de las siguientes horas los tres nos mantuvimos en un silencio demoledor. Pese a que la doctora había insistido en que era una operación que se realizaba de forma habitual, no podíamos borrar de nuestra mente la última

frase: «El riesgo de sufrir complicaciones es más alto si se realiza la intervención de urgencia». Thomas llamó a casa para tranquilizar a mis abuelos y a Amanda, que seguían despiertos, pendientes de noticias.

Cuando al fin salió la cardióloga para decirnos que todo había ido bien y que pasaban a mi padre a la unidad de cuidados intensivos, hice acopio de toda mi fuerza de voluntad para no echarme a llorar como un crío de primaria. ¿Qué me estaba pasando?

Las próximas semanas iban a ser duras. Lo siguiente que debía hacer era ponerme en contacto con Leah para explicarle la situación de mi padre; no quería hacerlo, pero ella debía saber qué ocurría.

En esos instantes no sabía cómo nos íbamos a organizar para que siempre estuviese uno de nosotros allí, y como si de pronto me hubiese caído una piedra en la cabeza, recordé que en unas horas debía llevar a Amanda y el niño a Kansas City.

Conduciendo de retorno a casa, por la mañana antes de amanecer, me encontraba algo más tranquilo, después de haber visto a mi padre a través de aquel cristal unos segundos. No había conseguido deshacer el nudo en la garganta y mucho menos tras ser consciente de que él estaba allí por mi culpa: si no hubiésemos discutido, si hubiese llamado al médico, si hubiese cuidado más de él pese a nuestras diferencias..., todo aquello no habría sucedido.

Rogué al cielo por que no le ocurriese nada y estuviese en unos días dando guerra en el rancho, aunque reconocía que me engañaba, porque iba a estar un tiempo hospitalizado.

La doctora nos había explicado que debía permanecer en observación. Intentó relajar tensiones además de tranquilizarnos, pero a mí no me engañaba: estaban preocupados. Mi madre se iba a quedar con él hasta la tarde y Thomas la relevaría. Esperaba estar de vuelta de Kansas City para el anochecer. No quería que Amanda y el niño se fuesen; ahora más que nunca los necesitaba conmigo, pero sabía que no podía pedirles algo así. Jamás se me ocurriría secuestrarlos allí donde no tenían sus vidas.

Qué duro iba a resultar el panorama sin ellos...

Desde el momento en el que le dieron el alta a Dan, había andado como alma en pena. Era incapaz de asimilar que se debían marchar, pero ¿qué podía esperar?

La idea de la fiesta surgió de mi madre: la pobre quería hacer una gran despedida en su honor, y yo claudiqué, porque, por mucho que hiciese, era

insuficiente para ellos... Para mí todo había cambiado después de la noche anterior; entendía que no era bastante que Amanda y yo nos hubiéramos enrollado para que ella y Dan decidieran quedarse, no era tan iluso. Trabajaríamos juntos por el bien de Dan, eso era lo importante.

¿Y nosotros?

Subí el volumen de la radio del coche para alejar mis demonios; la música, ese bien preciado que me había ayudado siempre, incluso en aquellos momentos en los que más fastidiado había estado...

Sonreí como un idiota al pensar en mi amigo Cameron, en las horas muertas con nuestras guitarras y en los sueños de formar nuestra propia banda de rock. Éramos unos malditos tontos con la imaginación tan grande como las esperanzas que no sabían que en un futuro uno de nosotros estaría muerto y el otro, destrozado por su pérdida.

La vida era tan injusta...

Tararéé *La Grange*, de ZZ Top, que sonaba en aquellos momentos, y le di caña. Con cada milla que acortaba hacia el rancho, más necesitaba luchar contra todas esas emociones de mierda.

Cuando aparqué frente a la casa grande, comprobé que estaba amaneciendo. Aquella mañana los colores en el cielo no eran vívidos, y el ambiente estaba enrarecido, como si supiese qué ocurría. Entré en silencio en la cocina, a la espera de encontrar a Nana, pero me llevé una sorpresa al verla a ella. Estaba sentada frente a la mesa con una taza entre sus manos y la mirada perdida. El olor a colonia de Dan me llegó y me entraron unas ganas increíbles de abrazarla y perderme en su esbelto cuello. Alzó la vista y se levantó en cuanto me vio allí, plantado en la puerta.

—Max...

Antes de poder decirnos nada se fundió entre mis brazos. La acogí con tal necesidad que me estremecí al darme cuenta. Me acunó con ternura, como si fuese nuestro hijo. Mi dulce Amanda...

—He pasado tanto miedo... —susurró sobre mi pecho, con la cara apoyada—. ¿Cómo sigue?

Mientras la ponía al día no dejó de cogerme de las manos. Estábamos solos, con toda la casa en un extraño silencio, y, en contra de sentirme mal, ella había conseguido aplacar mis nervios; toda la tensión que había soportado las horas antes se iba diluyendo a través de la armonía de sus palabras.

Preparamos algo de desayuno en una cómoda calma. Parecía agotada, y me explicó que no había dormido.

—¿A qué hora sale vuestro vuelo? —pregunté, molesto, al descubrir que iba a estar muy cansada.

—Lo he anulado —dijo sin mirarme.

—¿Perdona?

El corazón me había dado un vuelco extraño. Quise comprobar si lo que había oído era cierto o si la falta de horas de sueño me estaba jugando una mala pasada.

—No creerías que nos íbamos a marchar dejando a tu familia en esta situación, sin ni siquiera saber el verdadero alcance de la gravedad de John, ¿verdad?

—Amanda... —Cabeceé.

—Max... —Me señaló con el dedo índice, muy seria—. Ve a dormir. Paul ha pasado hace un rato para decirme que te sustituye unas horas.

—No puede sustituirme —contesté al aire, alucinado—, tenemos muchas cosas que hacer hoy.

—Pueden esperar; si enfermas, servirás de poco. Y tu madre no necesita más preocupaciones.

La miré y reí cuando vi que me miraba con los brazos cruzados.

—Entonces, ¿os quedáis? —El corazón se me iba a salir del pecho.

—Voy a perder mi trabajo en los viñedos. —Se encogió de hombros y manifestó en voz alta—: De todos modos, había pensado dejarlo.

—¿Qué?

—Ve a descansar, vaquero... Ya hablaremos más tarde.

Se quedaban... Miré al cielo, en el que ya brillaba el sol. Sonreí con esperanza.

Me metí en la cama, y antes de poder pensar en el olor dulce de las sábanas que había dejado el perfume de Amanda, me dormí.

19

AMANDA

Habían transcurrido dos semanas exactas desde la noche fatídica en la que John nos dio un susto de muerte. Desde ese día pasé a encargarme de todo lo que solía llevar a cabo Jossie. Nunca imaginé que la matriarca se encargaba de tantas labores en el rancho. Por suerte, del tema de la comida se ocupaban las abuelas, porque si yo debía alimentarlos con mis dotes culinarias, iban a alucinar a lo grande.

En el tiempo que llevaba allí, pronto descubrí cuál era el problema básico de la salud familiar: la cantidad de grasas y calorías que ingerían de forma indiscriminada, motivo por el que me impuse y añadí frutas y verduras a la dieta pese a las reticencias de todos.

La otra cuestión peliaguda fue enfrentarme a mi familia después de la última anulación del vuelo. Por suerte, Jess, que es lista como el demonio, contrató un seguro y solo tuvimos que abonar el veinticinco por ciento. En aquel tiempo allí mis ahorros habían mermado que daba gusto; si quería buscar un nuevo trabajo al regresar, debía cuidar bien en qué gastaba el dinero.

John requirió ingreso hospitalario debido a la gravedad de la enfermedad, pero ya le iban a dar el alta aquella mañana. Estaba deseando que volviese a casa: si se encontraba en su entorno mejoraría mucho.

La necesidad de que yo echase un cable en el rancho surgió de la ausencia de Jossie, al permanecer al lado de su marido mientras estuvo hospitalizado. Pasaba las jornadas peleándome con cosas que desconocía, como dar de comer a los terneros que habían sido destetados, revisar que las cartillas de las vacas enfermas estuviesen al día de medicación, atender a los proveedores cuando Max no podía —que, para mi desgracia, era más habitual de lo que en un inicio supuse— y un largo etcétera que de solo enumerarlo ya me daba dolor de cabeza.

¿Cuál era el problema? Que Jossie llevaba muchas responsabilidades que a mí me quedaban grandes. Para más inri tenía a su cargo a los abuelos de Max y a un marido iracundo con la salud delicada, un panorama tan desesperanzador que daban ganas de huir a otro estado. Entonces, comprendí al vaquero: el pobre

había adquirido toda la responsabilidad del rancho y de su familia, sin opción a poder rechazarla. ¿Qué pintaba yo en aquel embolado? Sinceramente, no tenía ni idea.

Decidí posponer el viaje por pura solidaridad, aunque en realidad lo hice por él. Tal y como habíamos quedado, tenía claro que habríamos llegado al final de no haber sido interrumpidos. Y entonces, ¿qué? Era la madre de su hijo, estaba colada por él y en el rancho me sentía como una bola de navidad colgada en el árbol en pleno agosto: fuera de lugar y de tiempo.

En cuanto a nuestra relación..., pues podría decir que en realidad esas palabras no eran las adecuadas. Más bien, era él, con su lucha titánica contra todos los contratiempos del rancho, ver algo a Dan y salir corriendo al hospital en cuanto podía para visitar a su padre, y yo, con mi guerra por intentar encajar en un mundo al que no pertenecía.

Esa mañana ayudé a las abuelas a dejar el salón perfecto para recibir a John, al que le habíamos habilitado una zona en esa estancia a fin de que se sintiese cómodo. Las dos mujeres discutían hasta por la forma en la que estaban colocados los cojines, y yo quería estrangularlas después de permanecer dos horas junto a ellas. Dan andaba detrás de uno de los perros en el porche mientras los abuelos le echaban un ojo. Max había ido a recoger a sus padres al hospital y Thomas... Él merecía un punto y aparte.

Qué tío más cansino y plasta. Nunca hubiese imaginado que tras el deportista profesional había un llorón de mucho cuidado que se lamentaba por todo. Me tenía frita, no entendía su actitud. La diferencia entre los hermanos varones era tan patente que abrumaba. Se pasaba los días vagando sin hacer nada por allí, salvo comer y desaparecer con Tadi cuando este finalizaba su jornada. Al parecer, eran buenos amigos. Me molestaba muchísimo que no cooperase un poco en el rancho, ya que después de lo sucedido a su padre todas las manos eran necesarias. Sin embargo, su lesión merecía que hiciese reposo absoluto hasta que comenzase con la rehabilitación. A sus abuelos les parecía bien porque era una promesa del baloncesto. Yo más bien creía que era un caradura impresionante y que se escudaba en la excusa de su lesión para no hacer nada. Todo su encanto además de esa bonita sonrisa desaparecían si tenías ante ti a un gandul de mucho cuidado. Yo odiaba a los vagos, y Thomas lo era, aunque reconocía que parte de mi malestar se debía a que apenas tenía contacto con Max: el pobre iba a tope de trabajo sin casi tiempo para Dan, eso sin tener en cuenta para «nosotros».

Pasados dos días, Jossie pareció entender que debía descansar, y los tiras y

aflojas eran menos porque realmente estaba decidida a atarla al sillón si intentaba levantarse a preparar la comida o a hacer cualquier cosa relacionada con la casa. Qué cabeza más dura tenían en aquella familia. John la requería las veinticuatro horas, y ella estaba exhausta.

Después de dejarla reposando, salí con Dan a dar una caminata. Estaba atardeciendo y me encantaba pasear por los alrededores y disfrutar de los cambios de colores en el cielo. Además, precisaba airearme un poco del ambiente: Jess se había metido conmigo el día anterior cuando charlamos porque insinuó que me había convertido en una hermana de la caridad en aquellos meses. No entendía que no podía dejarlos en la estacada. Me rompía el corazón ver cómo casi todo pasaba por Jossie en el hogar.

Dan corría sin cesar por los caminos; el pobre también necesitaba evadirse de aquellas cuatro paredes. Sin darme cuenta, el crío me había llevado por el sendero de detrás del granero y se dirigía hacia la casa de Max. Pensé que sería buena idea: después de todo, no la había visto a la luz del día, y me apetecía mucho. Deduje que con toda probabilidad Max tampoco estaría por allí, ya que su trabajo lo tenía muy ocupado y no solía aparecer muchos de los días por la casa grande hasta bien entrada la noche. No conocía a ciencia cierta qué ocurría, pero iba muy atareado.

Divisé la estructura sobre una loma, rodeada del jardín cuidado, y sonreí. Presidía un lugar especial, como vigía del resto de tierras que abarcaban el rancho, muy propio de Max, para tener todo y a todos supervisados. La madera, que estaba pintada de color blanco, hacía contraste con el verde del jardín, salpicado de los colores variopintos de las flores y árboles frutales. ¿De verdad arreglaba él ese jardín? Nunca iba a dejar de sorprenderme.

El niño se entretuvo con unas piedras, y yo me giré para gozar del silencio y del paisaje. Me senté a su lado mientras jugaba a lanzarle guijarros para que él los cogiese, y se moría de risa, porque en eso había salido a mí: éramos tan torpes que asustábamos.

La tranquilidad de aquellos parajes lograba calmar mi alma. Me sentía bien, como hacía tiempo que no estaba. No existía el ruido de la gran ciudad, ni el agobio ni el estrés. Aunque en el rancho había mucho trabajo y seguramente Max no pensaba como yo en ese sentido, había que reconocer que aquel lugar era apacible. Pero esa sensación magnífica de poder acariciar las horas y paladearlas con todos los sentidos era única. Miré hacia mis piernas enfundadas en los vaqueros y reí cuando noté que la presión de la cinturilla me apretaba en la barriga. Me estaba poniendo enorme; pese a intentar tener cuidado, allí se

comía de vicio.

—¿De qué ríes tú? —preguntó Dan al verme cómo me tronchaba.

—Mamá se está poniendo como una bola; ya mismo ruedo colina abajo.

—¿Como mi pelota?

—Sí. —Solté una carcajada al recordar una carrera para recuperar la pelota de Dan que estuvo a punto de hacerme perder los dientes cuando me caí de bruces.

—¡Mas, Mas! —gritó de pronto, sobresaltándome.

Me giré con una sonrisa cuando adiviné que había visto a Max, cuyo nombre casi había conseguido aprenderse al fin. La luz del sol a punto de ponerse me cegaba y tuve que hacer visera con mi mano. Cuando atisbé a definir su figura en el porche me bombeó el corazón a mil por hora, y no por ver lo guapo que estaba sin camiseta y con los pantalones semidesabrochados, sino por la otra figura que le rodeaba el cuello y lo abrazaba con cariño: Belinda.

No era necesario entrar en una espiral melodramática, pero sí era vital que el niño dejase de gritar su nombre. Todavía no lo había oído, y con un poco de suerte nos podíamos ir sin que se diesen cuenta de nuestra presencia. No quería que pensase que irrumpíamos su intimidad o cualquier rollo por el estilo.

—Dan, cariño... Max está con una visita. No debemos molestar.

—*Bilinda*. —Sonrió, y a mí me corroyó como el ácido. ¿Así que la reconocía? ¿Tanto como para saber su nombre? Me levanté y le devolví la sonrisa.

—Ya, pero ella no ha venido a vernos a nosotros. Además, Jossie nos necesita —atajé, más molesta de lo que hubiera debido, y conseguí convencerlo a medias, que era lo que me interesaba.

Sin volver a mirar hacia el porche y a esa imagen idílica propia de *La casa de la pradera*, cogí a Dan y deshicimos el camino tan rápido que cuando llegamos a la casa grande tuve que parar a tomar aire. El niño entró sin esperarme y yo me quedé aferrada a la barandilla pensando en lo que había visto. ¿Ese era el motivo de las ausencias de Max? Mientras yo pensaba que estaba soportando largas jornadas de trabajo, ¿él le estaba dando al mambo? Un retortijón en mis tripas me hizo removerme, inquieta. Tampoco era necesario sacar conclusiones precipitadas; además, él y yo no teníamos ningún tipo de relación.

«Hace dos semanas casi llegas al final, pero, vamos, es algo insignificante, ninguno habló de nada..., ¿no?».

Me dirigí a la cocina: era la hora de ayudar a las abuelas con la cena y de pensar en volver a casa. Quizás allí ya no necesitaban mi presencia.

Subí con Dan a darle un baño antes de cenar. Cuando bajamos, había mucho

bullicio en el salón, y entré dispuesta a soltar un sermón, porque John no necesitaba tanto ajetreo. Frené en seco al ver a Max apoyado en la chimenea, sonriente. Parecía relajado... Qué suerte: había alguien que había tenido una buena tarde.

Dejé que el niño fuera hacia ellos antes de ver cómo se lanzaba sobre su padre y este le correspondía con un achuchón. Hacían un buen equipo, y eso era lo único importante; si yo me había hecho ilusiones, era problema mío. Debía aprender a saber lidiar con ello, por el bien del niño. Thomas llegó cuando estábamos a punto de comenzar a cenar y besó a su madre antes de sentarse.

—Tienes mala cara, chica —me dijo Nana, lo que atrajo la atención de todos, especialmente la de Max, que era lo que menos me apetecía en aquellos instantes.

—Pues me encuentro perfectamente —respondí con una sonrisa.

—¡Mami, pelota! —gritó Dan, y reí, porque el enano no podía ser más oportuno.

—¿Habéis jugado con la pelota? —le preguntó Max, contento.

—Nooo, mami e pelota —respondió con mucha gracia, y solté una carcajada. Allí nadie entendía nada excepto el niño y yo. Y me parecía muy gracioso.

—Te tengo que enseñar a lanzar a canasta, campeón —intervino Thomas, con lo que consiguió cambiar de tercio.

—Estás de baja: nada de hacer el tonto —aseveró John con el bol de puré de boniato en la mano.

Continuaron con aquel pequeño debate, al que se unieron los abuelos, y proseguí dándole la cena a Dan en silencio.

—¿Qué habéis hecho esta tarde? —me preguntó Max en voz baja—. No he podido pasar.

«Evidentemente: estabas muy ocupado», pensé antes de responder.

—Dar un paseo por la finca. Esto... ahora que John está mejor, creo que...

—Chico, he visto a Belinda... ¿Venía de tu casa? —interrumpió el abuelo.

—Sí —contestó después de lo que me pareció una eternidad—. Nana me ha pedido que te dijese que ya tiene tu encargo.

—Qué agradable es la muchacha... —Cabeceó su abuela mientras asentía. Todos parecían estar al tanto de lo que fuese que ocurría con Belinda, menos yo.

—¡Belinda casa Mas! —soltó Dan, y consiguió que casi me atragantase.

—¿Qué? —insistió Max al no entenderlo.

—Dan, no se habla con la boca llena —le reprendí.

—Mami —susurró Max con cariño, y estuve a punto de derretirme, pero una

imagen vívida de él y Belinda de esa tarde afloró y rompió la magia—, no seas tan estricta con el peque.

Me guiñó un ojo y aparecieron sus hoyuelos. Estaba tan contento que me daban ganas de darle un puñetazo. ¿Por qué reaccionaba así?

«Por los castillos en el aire que has construido, lerda».

—Pensaba que os habíais visto —me dijo Thomas.

—¿Perdona? —pregunté bastante perdida. No tenía ni idea de lo que me hablaba.

—Con Belinda —dijo con un resoplido como si fuese tonta—. El niño no paraba de repetir su nombre cuando habéis vuelto: «*Bilinda* casa *Mas*» —dijo, imitando al niño, con cara de idiota, y me entraron ganas de darle un puntapié bajo la mesa. ¿Por qué no se metía en sus asuntos?

—¡Ah! Sí, a lo lejos... —atajé a la vez que me levantaba de la mesa con mi plato y el de Dan. ¿Por qué todo el mundo en aquella casa debía saber cada aspecto que concernía a cualquier persona que viviera en el rancho? Me fijé en la ceja levantada de Max y esa sonrisa picarona antes de salir del salón y dirigirme a la cocina.

—Yo también os he visto. —Noté su aliento cálido sobre mi nuca y me estremecí—. Nunca he observado a nadie andar tan rápido por esos caminos.

Me giré y abrí mucho los ojos cuando Max me atrapó contra la encimera con sus manos a cada lado de mis caderas. El olor masculino de su perfume me invadió. Se aproximó un poco más y noté su barba incipiente en mi cara. Sus labios rozaron mi oreja.

—Tenemos que hablar.

Me aferré a las perneras de mis pantalones por no tocar una sola parte de su cuerpo; el mío pedía a gritos que me lanzase en picado al precipicio llamado Max, pero aquello había terminado. Debía ser responsable de mis actos para no sucumbir a mis deseos de una vez por todas.

—Estaría bien. —Lo aparté y el momento se esfumó como estalla una pompa de jabón contra el suelo—. Deberíamos hablar del futuro de Dan; es hora de volver a casa.

Su cara relajada y tranquila cambió al instante.

—¿Volver? —preguntó, extrañado.

Antes de que pudiese contestarle, la cocina se llenó de gente: la cena había acabado y estaban recogiendo. Me excusé con la idea de acostar a Dan y desaparecer. Estaba agotada y no tenía ganas de afrontar aquella conversación esa noche con Max, y menos cuando no había dado señales de vida en dos

semanas y justo esa tarde en la que lo había visto con aquella chica quería hablar conmigo.

20

MAX

Cada día tenía más claro que la vida era complicada y que no necesitabas gran cosa para que se fastidiase, pero si había algo que tenía clarísimo era que todo había cambiado. Desde que mi padre había sufrido el infarto, me había sido materialmente imposible dedicarle tiempo a Amanda. Sabía que se estaba dejando la piel en el rancho cuando ni le iba ni le venía y, sin embargo, allí estaba, trabajando como la primera.

Esa tarde, Belinda había venido a mi casa sin avisar para darme las gracias. Si existía una persona que me conocía a la perfección después de Cam, era ella. Éramos amigos desde pequeños. Me había llamado esa semana muy preocupada por su hermano pequeño: el chaval estaba metido en un lío y ella no sabía a quién más recurrir. No podía decirle que no, ni desentenderme. Así que me pegué toda la semana buscando al chico al finalizar el trabajo. Lo encontré en el rancho Mala Vida, un tugurio abandonado donde iban a ponerse hasta las cejas los jóvenes. Lo obligué a pasar el día en mi casa, y cuando volvió en sí tuve una charla muy interesante con él que lo dejó del color de mi casa: blanco. Desde ese día había un nuevo empleado en el rancho que me iba a traer más problemas que beneficios, pero no podía hacer otra cosa. Belinda era una buena amiga.

Cuando nos despedíamos, vi a Amanda con el niño. Estaban alejados y no quise gritar, porque no quería que mi amiga se diese cuenta: le encantaba curiosear y, además, andaba como loca por averiguar más cosas sobre Am y Dan. Y eso era algo mío, nuestro.

Hasta que llegué a casa de mis padres y observé a Amanda con detenimiento no me di cuenta de lo que ocurría. Probablemente nos había visto y había malinterpretado todo. Al principio me hizo gracia la historia, porque no podía estar más equivocada, pero al comprobar sus reacciones y el modo en el que quería atajar el problema, huyendo, supe que debía arreglarlo cuanto antes. No iba a dejar que tuviese una idea equivocada ni un segundo más. Lo que ocurría en mi vida era que siempre se antepone todo. Y comenzaba a estar hasta las pelotas. El rancho, la familia, los favores, la amistad... No podía hablar a solas

con ella porque cada vez había alguien o algo que se interponía. Necesitaba sentarme a su lado, darle la mano y escuchar su voz; hablar con tranquilidad y pedirle...

—Chico, mañana tienes que acompañar al abuelo al pueblo —soltó Nana, y me devolvió al presente del que quería evadirme.

—Nana, que os lleve Thomas, que se está tocando las pelotas —escupí sin pensar. Salí de la cocina molesto y dejé allí a mi abuela. Hacía dos minutos había estado a punto de besar a Amanda, para que dejase de pensar lo que no era, hasta ser interrumpidos. Mi abuela me alcanzó como un rayo y me dio un pescozón de los suyos.

—Cabezota mal hablado... ¡Un respeto a tu abuela! —Me giré y vi que sonreía —. Estás coladito por la muchacha, ¿eh?

—Nana, deja de meterte donde no te llaman.

—Por supuesto que me interesa. Arregla las cosas con la chica antes de que sea tarde. Por Dios, nunca había visto a nadie mirar con ese amor.

El corazón me dio un vuelco.

—¿Lo crees de verdad?

—Motas, los jóvenes tenéis motas en los ojos que no os dejan ver con claridad.

—Cabeceó—. Lucha por ellos, Maximilian. Te arrepentirás toda tu vida si dejas que se vayan.

Se largó con rapidez y yo me quedé en el pasillo sin saber qué hacer. Antes de que pudiese reflexionar, apareció mi madre por la puerta del salón con mi padre apoyado en ella. Los ayudé y dejamos a mi padre tumbado en la cama que habíamos trasladado al salón para que no tuviese que subir escaleras.

Debía regresar a casa, dormir y olvidar. No obstante, salí al porche y me senté en el viejo balancín. El sonido de los grillos navegaba en aquel mar de oscuridad. Cerré los ojos e inspiré. El olor a hierba húmeda me relajó. Tenía las piernas estiradas cuando escuché que alguien se acercaba.

—Necesito volver a mi vida —dijo mi hermano en tono lastimero; permanecí en silencio un buen rato; no me apetecía hacer de consejero. En realidad, no quería más cargas ni preocupaciones.

—Deberías dejar de pensar solo en ti —dije al fin. Thomas necesitaba un baño de realidad urgente.

—¿Por qué eres tan capullo? —escupió con rabia.

—Yo no soy tu problema, piénsalo.

—Mi problema es esta lesión. Si no consigo recuperarme al cien por cien, mi carrera profesional se irá a la mierda.

Lo observé y al girarme me llegó el olor a bebida fuerte. Llevaba días bebiendo demasiado.

—Pues emborracharte no va a ayudar lo más mínimo.

—¿Tú también? —bufó—. Estoy harto de que os creáis mejores, más responsables, más listos...

No tenía la menor idea de quién hablaba, pero estaba claro que no se trataba de mí.

—¿Qué pasa? —pregunté al fin. El infeliz se quería desahogar.

—Llevo seis puñeteros años detrás de ella. Primero me rechazó porque era un inmaduro, después porque estaba estudiando, ahora porque soy un engreído al que se le ha subido a la cabeza lo del baloncesto...

Me balanceé mientras mi hermano soltaba lastre de carrerilla. ¿Y qué debía aconsejarle yo, si era un desastre con mi vida? Permanecí en silencio, sopesando si quería saber más o no de todo aquello. Reconocía que si traspasaba la línea ya no habría vuelta atrás.

—La otra noche nos puso a caldo a mí y a Tadi, ¿te lo puedes imaginar? Dice que soy una mala influencia para su hermano.

Me levanté de golpe en cuanto procesé la información.

—¿Oneida? ¿Estás hablando de ella? —Se me escapó una carcajada. No podía ser verdad. Mi hermano me miró como si me hubiese salido un cuerno en medio de la frente.

—¿Se puede saber qué te hace tanta gracia?

—Niñito, te va a arrancar las pelotas y se las va a freír para el desayuno. Unas buenas «ostras de mar», gentileza de Thomas Kline. —Reí de nuevo al recapacitar sobre el asunto.

—Eres un imbécil, Max.

—No. —Me sujeté la barriga, que me dolía de tanto reír—. Tú eres imbécil. ¿Qué te hace pensar que tienes alguna posibilidad con ella?

—Supongo que el hecho de habernos enrollado varias veces —terció con una amplia sonrisa, y disfrutó de mi cara de sorpresa.

—¿Cómo? —Me dejé caer en el asiento.

—Si cuentas algo sobre esto, te cuelgo —dijo muy serio.

Puse mi mano sobre mi pecho y simulé un juramento como cuando éramos niños. Él sonrió un poco y me dio un puntapié.

—¿Recuerdas la noche que recibí una llamada de Eric estas Navidades, avisándome de que Tadi estaba a punto de meterse en un lío en el bar? —Asentí y continuó—: Lo llevé a casa de su hermana porque por aquel entonces vivía con

ella.

Recordaba aquella historia: fue otro de los «favores» por los que acepté que Tadi entrase a formar parte del personal del rancho. Le debía mucho a Oneida, su hermana; el tío andaba con historias raras y el alcohol le sentaba verdaderamente mal.

—Ya sabes que Tadi no debe beber —le reproché a mi hermano.

—Déjame acabar antes de regañarme como si todavía tuviese cuatro años. —Suspiré para no enviarlo a pastar—. Discutimos fuerte, me regañó por traerlo en esas condiciones, como si yo fuese el culpable. Le dije que dejara de ser tan estirada y discutimos más fuerte... Una cosa nos llevó a otra y acabamos en su cama.

—Jesús —solté.

—No, Jesús no, Thomas. —Sonrió y volvió a ponerse serio—. Después de ese día me rehuía, y tuve que presentarme en su casa para ver qué pasaba con nosotros, ¿y sabes qué hizo?

—Suéltalo, colega —bufé, porque era más que evidente que me lo iba a explicar todo, con pelos y señales.

—Me mandó a la mierda. Así —chasqueó los dedos—, como el que se deshace de un mosquito de un manotazo.

Moví el balancín, pensativo. No era propio de Oneida. Algo no me cuadraba.

—Thomas, probablemente se tratase de un error.

Sabía que aquello le iba a molestar, pero no era el estilo de la veterinaria. Es más, todavía estaba en *shock* por haberme enterado de su lío con mi hermano. Iba a ser imposible que la mirara igual que siempre.

—¿Ves? Por eso sabía que no debía contarte nada. Os creéis superiores. Vais de vuelta de todo, los hermanos mayores, siempre al cuidado de los pequeños. No tenéis ni idea de nada...

Se levantó y casi se tropezó con una línea imaginaria del suelo.

—Anda, ve a acostarte. Mañana, cuando estés sereno, hablamos.

—No necesito de tus consejos, hermanito. Sigue con tu vida...

—Thomas, no es eso. No quiero que te hagan daño. Oneida es diferente.

—Ya me sé esa película.

Cerró la mosquitera con fuerza y desapareció.

Me quedé contemplando el vacío, intentando asimilar lo que acababa de ocurrir. Mi hermano y Oneida, juntos. Si había algo que no podía funcionar era aquello. Conocía a la chica desde hacía muchos años. Habían venido a parar a Sun City por una historia de unas becas de estudios de ella; estuvieron de

acogida en casa de una familia de allí, algo temporal. No sabía la historia al cien por cien, pero lo que era indiscutible era que aquellos hermanos habían pasado mucha penuria. Cuando consiguió sacarse el grado de veterinaria, regresó aquí. Nunca entendí por qué no se marchó a otro lugar hasta que me di cuenta de que ella cargaba con más de lo que debía, y eso incluía a su hermano Tadi.

Una tarde en la que estaba relajada, me contó que habían nacido y vivido en Pine Ridge, una reserva nativa. La huella del que ha sufrido no desaparecía con el paso de los años, pero se atenuaba. En el caso de Oneida, todavía la acompañaba. Por eso sabía que nunca funcionaría una relación con mi hermano, porque, pese a quererlo con locura, Thomas nunca serviría para comprometerse de la forma en la que ella necesitaba.

Para el pequeño Thomas no era más que una conquista, un imposible que quería obtener, como un trofeo. Mi hermano no sabía ver más allá de sus deportivas de baloncesto y de encestar y celebrar las victorias y conducir su Camaro a toda velocidad. ¿Cómo iba a empastar alguien que lo había tenido todo hecho y en bandeja al lado de una persona acostumbrada a luchar?

«No necesito más problemas», suspiré, harto.

Sabía que aquello me iba a tener dándole vueltas, y no quería. Yo debía solucionar algo que me estaba corroyendo y no iba a dejar que pasase ni un minuto más. Era hora de darle sentido a lo que verdaderamente importaba.

Entré en su habitación y caminé con sumo cuidado para no despertarlo. Olía a colonia de niños y a ternura. Asomé la cabeza por encima de la barandilla de madera de la cuna y me quedé hipnotizado mirándolo. Estaba dormido, abrazado a su conejito verde. El cabello ondulado le caía sobre la frente y le tapaba un ojo. Se le había aclarado de tal forma que tenía mechones casi platinos. Me embargó una sensación de plenitud tan grande que me sentí capaz de volar. Sonreí como un idiota al percatarme de aquella novedad; divisé el haz de luz que se colaba por la rendija inferior de la puerta de la habitación contigua. Allí tenía todo lo que necesitaba, al alcance de mi mano.

Me quedé unos minutos contemplándolo, tan pequeño, tan hermoso, con toda una vida por delante. La cuna le quedaba justa; pronto iba a necesitar una cama. En breve iban a suceder cambios positivos, y esperaba que esto que me rondaba que algunos llamaban intuición fuese acertada.

Llamé con un ligero golpe en la puerta y esperé. Cuando abrió, me encantó disfrutar de su sorpresa y de ese halo de juventud arrollador que desprendía. Era perfecta, con ese minúsculo pijama de dibujos animados, despeinada, los mofletes ligeramente colorados, incluso con las ojeras que reflejaban el

cansancio.

No podía controlar todo lo que me hacía sentir, era imposible darle un nombre. En mi vida me había ocurrido, y por esa misma razón estaba allí esa noche, porque la vida me había regalado una oportunidad única que no pensaba desaprovechar.

—Hola —susurré para no despertar a Dan.

—¿Ocurre algo? —preguntó, asustada.

—Sí —contesté con una ligera sonrisa—. Tú.

Arrugó la frente, confundida. Antes de que pudiese decir nada más, entré en su habitación y cerré la puerta. La observé en silencio. Parecía tensa.

—Es un poco tarde... —dijo, y se abrazó el cuerpo.

—No, es el momento perfecto.

Acorté la distancia que nos separaba y me quedé a escasos centímetros de su cuerpo, que desprendía un aroma dulce. Retuvo el aire, algo asombrada por mi actitud, motivo por el que tuve que aguantar la sonrisa. Alargué el brazo y le retiré un mechón de pelo de la cara. Se estremeció de forma automática.

—Max... —suspiró, derrotada.

Estaba a punto de besarla cuando de pronto se alejó. Subió a su cama y vi cómo cerraba un cuaderno que metió en el cajón de la mesilla. Cruzó las piernas a la vez que se colocaba en una posición imposible, con la espalda recta y la barbilla erguida antes de mirarme. Sus pechos estaban a punto de desbordarse por el escote de aquella camiseta minúscula, y tuve que hacer acopio de toda mi voluntad increíble para no quedarme como un pasmarote con la boca abierta. Era evidente que seguía molesta conmigo.

—Amanda, no ha ocurrido lo que te ronda por la cabeza.

—¿Eres adivino o es que ahora lees la mente? —cuestionó con retintín.

—Un poco de cada cosa. —Sonreí—. Belinda vino a darme las gracias por un favor.

—No necesito explicaciones, Max. Tú y yo no tenemos ningún tipo de compromiso —soltó con un encogimiento de hombros.

—Ahí te equivocas, Am. —Acorté la distancia hasta los pies de la cama—. Nunca haría nada para herirte, mucho menos después de todo lo que ha ocurrido entre nosotros.

Alzó el mentón y entrecerró los ojos.

—¿Te refieres a nuestras varias disputas?

—Más bien, al final de la última. —Me aguanté la risa cuando se ruborizó.

—No es nada nuevo entre nosotros.

—Cierto, pero... —tomé aire para darme un tiempo antes de soltar algo que no debía: todavía era pronto— para mí todo es diferente ahora.

—Max, nunca he pretendido venir a incordiarte ni a cambiar tu vida. Quería que conocieses a tu hijo, que disfrutases de él..., que disfrutes de él... —Se cogió las rodillas y se las abrazó—. El resto es secundario. No es un lote.

Sus palabras me sorprendieron de tal forma que me dejó noqueado. ¿Pensaba que era un incordio? ¿Creía que sobraba?

—¿Pero qué estás insinuando?

De pronto me di cuenta de lo realmente mal que lo había hecho todo este tiempo si tenía esa idea.

—Echo la vista atrás y compruebo que he impuesto mi presencia en el rancho. Tú mismo dijiste que las gentes de estas tierras rebosan... rebosáis hospitalidad.

—Tenía los ojos acuosos, pero se la veía tan decidida que asustaba—. Me he aprovechado de esa bondad: he alargado nuestra estancia aquí porque quería que estuvieses con tu hijo, que recuperases parte del tiempo que te robé con él. No obstante, esa estancia aquí ha finalizado.

—No.

—Sí.

—No —insistí—, deja de decir tonterías.

—Por lo menos digo algo, tú te limitas a... —se incorporó y rodeó la cama para alejarse de mí— desaparecer. Te esfumas, y yo me quedo aquí, perdida, haciendo cosas que no he hecho en mi vida, intentando encajar en un mundo al que no pertenezco. He aplazado la vuelta a mi casa dos veces, he discutido con mi familia, no sé qué pasa entre nosotros... —Resopló molesta—. ¡Apunto todo esto que me abruma en una maldita libreta! —dijo, levantando un poco la voz, y al instante se encogió al recordar que el niño, así como el resto de habitantes de la casa, dormía.

—Soy un verdadero zoquete, ¿verdad? —reconocí, y ella sonrió ligeramente—. ¿Por qué no me cuentas qué te preocupa en vez de escribirlo ahí? —Señalé el cajón donde había guardado la famosa libreta.

—Max, deja de hacer eso... Deja de querer solucionar la vida de todos. ¿No entiendes que no es eso lo que quiero?

—¿Qué quieres entonces, Am?

—¿Qué quieres tú?

Di tres pasos y la abracé. Antes de que supiese qué ocurría, la besé, como si se acabase el mundo, como si aquella fuese nuestra última noche juntos. Volqué en ese momento todo lo que no era capaz de decir por miedo a asustarla. Noté cómo

dejaba caer las barreras que había interpuesto entre nosotros, cómo dejaba que parte de mí se colase de forma tímida en su interior y ablandara la desconfianza que su dura vida le había impuesto. Necesitaba llegar a ella. Sabía que no iba a ser fácil, pero se había acabado el huir.

—No te he dado las gracias por toda la ayuda. —Besé su rostro despacio mientras la estrechaba más contra mi cuerpo—. No te he dicho nunca lo buena madre que eres y lo bien que lo has hecho con nuestro hijo. —Noté cómo se estremecía y le aparté el pelo del cuello para repartir más besos—. No te he contado que los días son más brillantes desde que estáis aquí.

Unas lágrimas resbalaron por sus mejillas y las limpié con los labios a la vez que la acunaba entre mis brazos.

—No te he dicho que quiero que me cuentes todo, que estoy aquí para ti... —Se aferró con fuerza a mi camiseta—. Para vosotros.

Entrecerré su cara con mis manos y froté mi nariz con la suya. Inspiré y me acaricié su olor; me empapé de todo lo que sus ojos me contaban: miedo, indecisión, pasión, vulnerabilidad...

—No estoy acostumbrado a esto... Vas a necesitar carros de paciencia.

Rocé sus labios a la espera de que me correspondiese, pero, en contra de todo pronóstico, me apartó.

—Tienes que dejar de hacer esto. —Señaló todo mi cuerpo y sacudió las manos, molesta—. No puedes, no puedes... No pretendas venir a mi habitación, que en realidad es vuestra, pero... No acudas en medio de la noche, después de estar desaparecido, y trates de solucionar la situación como siempre.

Escuché lo que tenía que decirme porque era importante: si quería llegar a ella, era primordial que confiase en mí.

—¿No quieres que te bese?

—Sí. —Se giró mientras buscaba algo—. No, no quiero que me beses para evitar hablar.

Encontró una goma de pelo y se hizo una coleta a una velocidad de vértigo. Me miró de nuevo con aire renovado. Allí estaba la Amanda que huía, la que creaba una coraza, y no me gustaba un pelo.

—Estamos hablando. De hecho, eso es lo que he venido a...

—No, has entrado en mi habitación con la clara intención de camelarme con tus artimañas después de lo que he visto esta tarde.

—No volvamos a eso —bufé hastiado.

—Adoro a Belinda, y no me importa qué ha ocurrido. —Me señaló—. Eres un tipo libre y mayorcito para hacer con tu vida lo que te plazca. Simplemente creo

que merezco un poco de consideración por tu parte. —Hizo un gesto con sus dedos para remarcar un espacio minúsculo entre ellos—. No te voy a montar una escena de celos, eso déjaselo a las telenovelas. Me ha chocado porque hace un par de semanas casi nos enrollamos en tu casa, como hicimos en el pasado. El problema es que creí que ahora era distinto, pero tú eres el Max de siempre.

—¿Qué quieres decir? —insistí un poco mosca, porque no me gustaba el tono que estaba tomando la conversación.

—El que no se compromete, el que va de flor en flor...

Algo me sacudió desde los cimientos. Esa frase la había citado hacía tres años, para dejarle claro de qué iba el rollo que teníamos. Cuando era un gilipollas total y la pobre tuvo la mala suerte de cruzarse conmigo.

—Am, dime que no piensas que soy el mismo tipo.

—Max... —Sopló y miró al techo. Volvió a mirarme—. ¿Por qué has venido realmente?

—Porque quería aclarar contigo el error al que has llegado al verme con Belinda.

—Vale, aclarado. Ya te puedes marchar.

Se giró con la intención de dirigirse a la puerta para despacharme.

—Porque necesitaba saber si el hecho de regresar a España se debía a eso o a que ya no quieres seguir aquí.

—Tu padre ya está mejor y nosotros debemos volver.

—¿Debes o quieres?

—¿Qué diferencia hay, Max?

—Una muy grande, Amanda.

El corazón me bombeaba a la carrera. Era ese momento o nunca.

—Debo volver... —contestó en un susurro.

—Bien... —Sonreí.

Vi cómo asomaba una tímida sonrisa en su rostro y le cogí la mano para atraerla hacia mí. Casi sufrí un infarto, porque creía que estaba todo perdido. La estreché con ternura y comprobé que estaba temblando. Mi dulce Amanda.

—Quédate —rogué—. Quedaos...

—¿Por qué?

—Porque quieres. —La besé.

Como si algo se despejara, noté que el peso que cargaba se evaporaba igual que las nubes después de un día de tormenta. No me dejé llevar: tenía que demostrarle que esto era algo más que sexo. Ya no éramos los mismos de hacía tres años, y me iba a dejar la piel para que ella lo supiese. Sin cabida a dudas, ni

a miedos, ni a desconfianzas. Amanda merecía a alguien que le acompañase a través de las dificultades, que le regalase el amanecer de su sonrisa, y yo quería ser esa persona.

De regreso a casa contemplé al cielo estrellado. Me había costado la vida dejarla allí, en su habitación, después de darle un beso de buenas noches. Iba a resultar una tarea titánica permanecer a su lado sin ponerle un solo dedo encima, pero era una promesa que pensaba cumplir.

Ella necesitaba saber que había cambiado.

21

AMANDA

Las olas bañaban mis pies con la espuma que dejaban al desaparecer en su vaivén hacia el mar. Estaba de nuevo en la misma orilla, anclada a la arena con esa inquietud del que conoce que algo horrible va a suceder. Intentaba levantar la vista de la arena apelmazada entre los dedos de mis pies, pero sabía que en cuanto lo hiciese el terror me atraparía, como cada vez que regresaba a aquel lugar.

Habían desaparecido los sonidos que siempre me relajaban, el olor a sal y la brisa que acariciaba mi piel. El sol había dejado de brillar y las odiosas nubes oscuras comenzaban a llenar el cielo hasta que reinó una oscuridad asfixiante. El agua se retiraba de forma rápida en una espiral de desesperación que anunciaba caos y dolor. Había llegado el momento. No quería mirar, pero la necesidad por llegar a ella, antes de que fuese demasiado tarde, me hacía intentarlo una vez más.

Escuché cómo tarareaba su canción favorita, *Cryin' Time*, y me llegaban las notas ahogadas en aquel ambiente fúnebre. Quería gritar para advertirla, pero estaba lejos y mi voz se difuminaba con la letra de su canción.

Mi madre continuaba alejándose de mí sin remedio, adentrándose en aquel mar oscuro que se replegaba sin cesar. Sus ropas se empapaban y ella no dejaba de cantar, ajena a mi miedo, a mi dolor, a la gran ola que se estaba formando en el horizonte. Mis pies se liberaron de las garras del terror y comencé a correr hacia ella. Con cada paso que realizaba, se alejaba más.

La ola crecía en dimensiones, se acercaba con la rapidez de las malas noticias. Arrolladora. Ella apenas era un borrón sin forma, minúscula ante esa pared de agua que había adquirido la altura de un edificio. Yo gritaba sin cesar y mis aullidos se perdían entre el rugido de la corriente que comenzaba a arrasar con todo a su paso. Corría hacia lo inevitable con la seguridad de que la perdería de nuevo, como cada vez que regresaba allí, como todas las ocasiones en las que luchaba contra aquella masa negra que se la llevaba. La mole la engullía entre mis llantos y después me golpeaba con fuerza. Una vez más...

Desperté sobresaltada, con lágrimas corriendo por mi cara. Esa horrible pesadilla había regresado con fuerza. Hacía mucho tiempo que no la sufría. Me mecí en silencio para intentar deshacerme de esa angustiada sensación de frío e intranquilidad que me abrumaba. No podía volver a aquello; me había costado muchísimo trabajo evitar esos horribles sueños y allí estaban otra vez, para recordarme lo vulnerable que era, para señalarme el dolor que sentía por la desaparición de mi madre.

Fui al baño y me enjuagué la cara. Estaba temblando. Necesitaba hablar con mi hermana. Ella siempre me calmaba, me ayudaba... Pero no estaba allí conmigo.

Estaba sola.

Rompí a llorar. No podía, no podía...

«Estoy aquí para ti...».

El recuerdo de su voz se abrió paso a través de mi ataque de pánico. Respiré hondo un par de veces y me levanté del suelo, en el que me había encogido, aterrorizada. Me puse las botas y una chaqueta fina y entré a ver a Dan, que dormía a pierna suelta, ajeno a la tormenta que sufría en esos momentos.

Salí de la estancia y dejé su puerta abierta por si despertaba. Los abuelos dormían al lado. Apenas noté el frío de la noche. En realidad, no sentía nada más que ese dolor acompañado del terror que se aferraba a mis entrañas.

Caminé por el sendero que se dirigía a su casa en la completa oscuridad. Alcé la mirada para situarme, perdida en la marejada de mis emociones, cuando divisé una luz que brillaba a través de su ventana. Un alivio instantáneo me recorrió al reconocer aquel faro y me aferré a él con la única idea de sobrevivir a ese caos que me gobernaba.

Golpeé con los nudillos en la madera fría de la puerta y cuando se abrió solo reconocí su cara soñolienta antes de lanzarme a sus brazos, que eran mi salvavidas. Allí, a salvo, entre el calor de su consuelo, dejé salir el miedo, me abandoné para ser rescatada.

—¿Qué ocurre, Am? ¿Es el niño? Dios, ¿qué pasa?

Negué con la cabeza, incapaz de hablar. Estaba sollozando sobre su camisa y temblaba como las hojas en otoño a punto de caer del árbol.

—Am, me estás asustando. ¿Pasa algo?

La desesperación teñía su voz, y lo miré entre la bruma de mis lágrimas.

—Pesadilla... una pesadilla... —balbuceé.

Noté el instante en el que la tensión se liberó de su cuerpo y me aferró con fuerza. Apenas me percaté cuando me llevó al sofá y me sentó sobre sus piernas. Intentaba respirar con normalidad; seguía presente aquella vívida pesadilla que

me cubría como una manta de miedo. Max susurraba palabras de consuelo y me besaba el pelo. Sus fuertes brazos me mantenían allí, y estaba dejando de tiritar gracias al calor que su cuerpo desprendía.

No sé el tiempo que me mantuve aferrada a él, cual madera a la deriva en mi naufragio particular para mantenerme a flote. Así era el ranchero, prestando su apoyo sin exigir nada a cambio. Hubo un momento en el que el desasosiego dio paso a la calma..., una relajación leve en la que mi corazón dejó de palpar a toda velocidad. Pude respirar con cierta normalidad, mecida por sus fuertes brazos, que no me soltaron en ningún momento.

—¿Estás mejor? —preguntó en voz baja.

—Sí —logré decir tras un largo silencio.

—Me has dado un susto de muerte.

Me abrazó con firmeza, como si temiese que me fuese a marchar.

—Lo siento, no sabía a quién recurrir —murmuré avergonzada sobre su pecho.

Levantó ligeramente mi rostro y me miró con una ternura tal que casi rompí a llorar de nuevo.

—Estoy aquí para ti, siempre, dulce Am. —Me besó en la frente—. ¿Quieres explicarme qué ha sucedido?

—Hacía tiempo que no me pasaba... Esas... Esos sueños horribles. —Me enderecé un poco y me apoyé en su hombro sólido, que me infundió arrojo para continuar—. No los puedo controlar; son tan vívidos, tan reales...

—¿Son sobre tu padre? —Negué con la cabeza—. ¿Sobre tu madre?

Asentí acunada en él, protegida en aquel capullo de cariño que había formado para mí.

—Intento salvarla, pero nunca lo consigo. Ella se adentra en el mar, y esa ola gigante... —Inspiré con fuerza para que no me asaltase un ataque de pánico de nuevo—. Siempre he creído que mi madre seguía con vida; nunca he aceptado la versión que los investigadores dieron a mi familia.

—¿Qué sucedió?

Suspiré derrotada; en todo este tiempo que había transcurrido no había logrado asimilar su pérdida, me negaba a ello. Algo me decía que ella continuaba viva.

—¿Recuerdas que te expliqué cuál fue el motivo de nuestra marcha? —Asintió sin interrumpirme—. Cuando descubrimos que estaba embarazada, Jess tomó el mando de la situación. Mi Jess es como tú, siempre luchando para mantenernos a flote.

Sonrió y me acarició la cara.

Le expliqué cómo había localizado a nuestra familia materna en España, y

cómo nos reunimos con ellos, porque la desesperación de aquellos momentos era tal que precisábamos un apoyo. Temíamos por Tracy, carecíamos de los medios para buscar a nuestra madre y mi embarazo seguía su curso. Nuestra abuela y nuestro tío, el hermano mayor de mi madre, nos acogieron sin preguntas. Se hicieron cargo de todo, y nos trasladamos a Madrid, de donde son originarios, y al fin pudimos respirar un poco.

La familia de mi madre era adinerada, aunque desconocíamos ese dato porque ella jamás hablaba de ellos. Pero en la era de la informática e Internet, hacer una búsqueda por sus apellidos y localizarlos fue tan fácil como abrir y cerrar los ojos. La curiosidad había asaltado a Jess antes de que todo eso sucediese y sabía perfectamente quiénes eran y dónde vivían. Eran propietarios de unos viñedos bastante famosos que regentaban y de los que subsistían al completo. Vivimos con comodidad, pero yo no dejaba de sentirme culpable por ello. Así que trabajé siempre para compensar nuestros gastos. Continué con mis estudios a distancia, que pagaba con mis ahorros, y por las tardes trabajaba en el departamento de contabilidad de la empresa familiar. Mientras, ellos contrataron a los mejores investigadores privados para intentar localizar a nuestra madre. Jess se ofreció a volver a Estados Unidos, pero le quitaron la idea de la cabeza.

Un día se presentaron con la peor de las noticias: un investigador había conocido su fallecimiento, ahogada en una playa de Corcovado. Me negué a creerlo. Mis hermanas la lloraron en su funeral sin cuerpo a miles de kilómetros de distancia, mientras yo mantenía la llama viva en mi corazón. Mi madre nunca se iría tan lejos de nosotras sin despedirse. Por muy mal que estuviese, nunca, jamás, nos habría hecho aquello.

—Pero me dijiste que tu madre solía desaparecer... —dijo.

—El último año empeoró mucho. Apenas era una sombra de la Jessica que nos había tenido y que había amado a mi padre con locura, pero siempre regresaba. Por eso me sentía tan culpable por habernos marchado.

—Lo hicisteis para proteger a Tracy —intercedió—. Yo también lo habría hecho, sin dudarlo.

Le acaricié el pelo con ternura y me apoyé de nuevo en su pecho, que olía al suavizante de la camisa recién lavada. Por la ventana entró una ligera claridad de los despuntes del alba.

—Aun así, la abandonamos. Si regresaba a casa no nos encontraría.

—¿Y qué otra cosa podíais hacer? Am, solo erais unas chiquillas asustadas sin mayores opciones.

—Mejor o peor, eso fue lo que hicimos.

Seguí relatando parte de la vida idílica que habíamos disfrutado en España, rodeadas de unos lujos con los que jamás habíamos soñado. Viajes, ropa cara, médicos privados... El deseo de cualquiera, aunque a mí me hacía sentirme sucia y vacía. Mientras nosotras gozábamos de tranquilidad y estabilidad, mi madre habría sufrido lo indecible.

—No fue culpa tuya. —Me cogió de los hombros y me miró con el ceño ligeramente fruncido—. Deja de pensar que tú tuviste algo que ver en su desaparición.

—Deberíamos haberla buscado, haber insistido algo más.

—¿Cómo encuentras a quien no quiere ser localizado? —Cabeceó—. Es imposible, Am. Deja de culparte por algo que no podías predecir ni controlar. Te lo digo por propia experiencia. Créeme: tú puedes ser tu peor enemigo.

—¿A quién has perdido, Max?

—A mi mejor amigo, Cameron. —Cerró los ojos con fuerza, como si quisiese borrar algo de su mente—. Ven, acompáñame a la cocina; vamos a preparar un café y te lo cuento.

Lo seguí en silencio con nuestros dedos entrelazados. Contemplaba su espalda fuerte, los brazos musculados bajo la camisa y las grandes manos, la total soltura con la que se manejaba. Miré el reloj y me di cuenta de que todavía no eran las siete de la mañana.

—¿Por qué estás vestido? —Caí de pronto en que había luz en la ventana de la cocina cuando había llegado y de que él se había cambiado de ropa completamente.

—Como se suele decir, trabajamos de sol a sol. Aunque yo redefiniría el dicho: nos dedicamos a esto de oscuridad a oscuridad. —Sonrió y me tendió la taza humeante.

—Las veinticuatro horas —dije, y se sentó frente a mí—. Cuéntame qué sucedió con Cameron.

—Éramos muy buenos amigos. Nacimos el mismo año, con tres meses de diferencia. Sus padres regentaban el rancho que linda con estas tierras. Crecimos juntos. Lo consideraba casi un hermano, no había nada que no hiciésemos como unidad. Desde travesuras hasta buenas obras. Él era mi mano derecha; yo su izquierda, porque era zurdo. —Se rio con afecto al recordar a ese chico—. Un día traspasamos la barrera y nos metimos en un buen lío. A partir de entonces todo cambió. Ambos sufrimos un gran castigo, pero para él la suerte no jugó con ventaja: sus padres lo internaron en una especie de colegio militar. Por esta zona hay mucho soldado retirado del ejército y otros tantos en activo.

—¿No lo volviste a ver?

—Sí, venía para las vacaciones y Navidades, pero algo lo cambió. No sé, ya no era el mismo. Al principio me escribía cada semana y yo le contestaba; después las cartas se fueron espaciando y al final dejé de recibirlas.

—¿Cómo murió?

—En unas maniobras del ejército, un desafortunado accidente.

—Lo siento. —Le apreté la mano y me miró. En sus ojos se podía nadar en el dolor—. ¿Por qué te sientes culpable por aquello?

—Si lo hubiese frenado aquel día, nada de eso habría ocurrido, ¿no lo entiendes?

Me levanté y acuné su cara entre mis manos como había hecho él antes y le sonreí.

—Puede que no ese día, pero si debía ocurrir, habría sucedido igual.

—¿Y por qué no te aplicas el cuento?

—Quizás porque ese final no me gusta. Yo soy de finales felices. ¿Sabes cómo me llaman en mi familia, vaquero?

—Ilumíname.

Me alegró comprobar que de nuevo bromeaba conmigo. Su fuerza me confortaba.

—Sunshine. —Hice una reverencia y él soltó una carcajada.

—Te sienta como anillo al dedo. Me encanta.

—Dale las gracias a mi hermana Jess.

—Creo que tu hermana me caería genial.

—No lo dudes. —Le guiñé un ojo y me levanté—. Va siendo hora de dejar que vayas a trabajar. Además, Dan puede despertarse.

—Dan tiene un montón de canguros que se ocuparán de él. Ven, hay algo que te quiero enseñar.

Me cogió por la cintura a la vez que me guiaba hacia el porche. Cuando abrió la puerta, nos acogió un espectáculo de luz y sonidos que me hicieron abrir la boca asombrada.

—¡Guau!

—Sí, nunca me cansaré de esto. —Se dejó caer en el balancín y lo acompañé, hipnotizada con todo lo que abarcaban mis ojos.

Entonces comprendí el porqué de ese lugar para construir su hogar. Jamás habría predicho que un amanecer podía ser tan precioso, y eso que había gozado de varios en lugares paradisíacos. Si las puestas de sol me habían parecido asombrosas, no podían competir con aquello.

—Si tuvieras que poner una banda sonora en este momento, ¿qué canción escogerías? —pregunté sin perder un detalle.

—Mmm... —murmuró mientras se mecía apaciblemente—. No sé. *Everybody's Talkin'*, ¿y tú?

Sonreí ante su elección, no le pegaba nada a su estilo.

—*Carry You* —respondí después de un largo silencio—. Es la única que combina con este color...

—No la conozco. ¿Hay canciones para cada color?

Asentí. Era un juego que practicábamos con mis padres, en esos días buenos en los que casi éramos una familia normal. Buscábamos la melodía apropiada para cada momento: en una noche estrellada, en un día de lluvia, con los copos de nieve flotando hasta llegar a su destino... A esa mañana en la que el rosa rompía el cielo y lo teñía de vetas finas que acababan en un fucsia claro, en la que el olor a rocío bañaba la hierba de los prados y jugaba con el viento que navegaba suave, en la que se oía el sonido del cacareo de las gallinas salvajes a las que ya me había acostumbrado... solo le correspondía esa canción.

—Gracias por mostrarme esto —dije.

Me sentía en paz como nunca, y se lo debía a él.

—De nada. —Me abrazó y disfrutamos de aquel momento mágico que no olvidaría nunca.

Cuando los primeros rayos de sol bañaron los pastos, observé al gran hombre sentado a mi lado. Permanecía en silencio, relajado, como si no tuviese mil obligaciones por delante esa jornada. Agradecí su apoyo, esa compañía que acariciaba rincones que creía muertos. No era un tipo de grandes palabras, debía haberlo comprendido antes; Max se caracterizaba por sus gestos. Me dejé caer sobre su hombro y me estrechó un poco más. Sonreí.

—¿Por qué quieres dejar el trabajo en los viñedos?

—No me hace feliz.

Rio y me enderecé para mirarlo.

—Bueno, creo que prácticamente a nadie le hace feliz trabajar.

—¿No te gusta esto? —cuestioné, alucinada.

—Digamos que ando reñido con las obligaciones —corroboró después de pensarlo.

—Eres el alma del rancho: allá donde mires, puedes reconocer una parte de ti.

Se giró sorprendido y me observó con detenimiento. No entendí por qué dudaba: lo tenía tan claro como que ese era el mejor amanecer que había vivido nunca.

—Am, yo no he tenido elección... Esto... esto... —Se levantó y se giró hacia el horizonte—. No es algo que yo he escogido; el rancho me escogió a mí.

Lo abracé por la espalda. Noté cómo se estremecía y sonreí.

—¿No eres feliz aquí?

Tardó un largo rato en responder, tanto que creí que no lo haría.

—No sé adónde más podría ir. Esto es lo único que sé hacer. —Su voz sonaba derrotada.

—Ojalá algún día puedas comprender que «esto» es tan bonito como tu corazón.

Se giró y me estrechó con fuerza. Permanecimos abrazados en silencio hasta que el sol asomó por el horizonte.

—¿Quieres que vayamos a despertar a Dan y desayunemos juntos? —susurró en mi oído.

Nada me habría hecho más feliz que esa simple pregunta.

—Vamos, vaquero.

Jossie apareció en la cocina y rio cuando vio a Max y Dan completamente embadurnados de la harina de las tortitas. Insistí en que no dejase al niño tocar la masa, pero él quería hacerlas con su hijo. Casi exploté de la emoción cuando esa palabra salió con orgullo de su boca.

No quería despertar jamás de aquel sueño.

Dan llevó el desayuno con Nana a su abuelo John. Nosotros devoramos las viandas con un hambre increíble, después de tantas horas despiertos. A esas alturas me parecía que todo lo ocurrido había sido fruto de mi imaginación, pero antes de despedirse de mí para irse a trabajar, se acercó y me abrazó con dulzura.

—Me muero por besarte. De hecho, llevo haciendo acopio de toda mi voluntad desde que te dejé anoche en tu habitación con ese pijama minúsculo.

—Me muero por besarte —repetí sobre su boca—. De hecho, llevo haciendo acopio de toda mi voluntad desde el día que puse un pie en el rancho y te vi.

Mi respuesta lo sorprendió, y gocé de esa pequeña ventaja.

—Puedo lidiar con ello. Espero que tú también. —Me guiñó un ojo antes de salir por la puerta y dejarme en ascuas.

Hablaba de forma literal, porque el calor en la habitación había subido en décimas de segundo. Sopesé el hecho de tener que darme un baño de agua fría a fin de apaciguar los ánimos.

Algo más tarde, sonó el teléfono de casa y contesté al ver que nadie lo atendía. Me alegró comprobar que se trataba de Leah; la pobre se había disgustado

muchísimo al conocer el estado de su padre. Charlé con ella un poco, y se puso muy contenta al descubrir que continuaba allí. Le llevé el aparato a John, que estaba jugueteando con Dan sobre sus piernas. Había mejorado mucho en ese tiempo.

Recogí la cocina en una plácida calma y me preparé para las tareas de aquel día con energías renovadas. Cada jornada en el rancho era una nueva aventura. Nunca sabías si debías sortear uno o varios problemas. Lo que hacía me quedaba realmente grande, además de que no sabía en qué trabajaba la gran mayoría del tiempo. Con suerte, ese día ningún ternero me tiraría al suelo, ni tendría que discutir con algún proveedor por un fallo en los albaranes. Aquella gente era muy suya, y cuando veían que era una jovencita foránea pretendían tomarme el pelo.

Me calé el sombrero, al que ya me había acostumbrado, antes de despedirme del niño y coger el camino hacia los establos. Tenía que dar de comer a unos terneros de más de setecientas libras con muy mal genio. Cuando me crucé con Tadi lo saludé con una sonrisa, porque había gozado de un gran amanecer.

22

MAX

¿Cuál era la palabra que se repetía en mi mente sin cesar desde hacía días? Desbordado. Estaba sentado ante el despacho, con una pila de papeles increíble además de otra lista de tareas pendientes alucinante y lo único que me apetecía era estar con ellos. Ese era el resumen de la situación.

No podía disimular; ¿cómo iba a hacerlo si dedicarles mi tiempo se había convertido en mi máxima? Era una novedad que se instaló poco a poco, como sucedía con el anuncio de la primavera, que solía asomar de forma tímida con sus pequeños indicios de floración, el color de los pastos, el cambio en el ambiente que daba inicio a la quema de hierbas... Así habían arraigado esos sentimientos a los que no quería poner nombre pero que me tenían totalmente descolocado. Tampoco quería evitarlo, porque me sentía como nunca. Se podía decir que el color de los días había variado. Un tono dorado que brillaba y me hacía sonreír con cualquier tontería. Un rayo de sol se había abierto paso en la oscuridad de tal forma que lo iluminaba todo.

«Sunshine».

Tenía encandilado a todo el personal del rancho. Paul sonreía como un tonto cada vez que se cruzaba con ella; Tadi dejaba lo que estuviese haciendo si le venía con una duda; Major, el hermano de Belinda, bebía los vientos por Am, hasta el punto de que tuve que ponerme serio con el chico. Y un sinfín de situaciones parecidas con el resto de empleados se sucedían a diario.

Mi familia se deshacía en elogios hacia ella: una joven que no conocía nada del rancho y que no se acobardaba ante las tareas. Aguantaba a mis abuelos, que eran difíciles a la par que duros de mollera. Cuidaba a mi madre como si fuese la suya propia. Incluso mi padre, que era un cenutrio andante, tenía muestras de afecto con ella.

No podía negar que su estancia en el rancho había mejorado el ambiente. Aunque la otra parte de la ecuación era tan importante como la dulce Am: el pequeño Dan. Nos había robado el corazón, a mí el primero.

—*Mas*, dice Cam que aquí no pican. —Sonreí a la imagen del pequeño sentado en el embarcadero.

A su lado estaba Cam, mascando un chicle con el que hacía que Dan se partiese de risa cada vez que inflaba una pompa y esta explotaba.

—No le hagas caso: el experto soy yo, campeón. —Le guiñé un ojo, y me intentó copiar.

Cerró los dos ojos con fuerza y arrugó la nariz igual que solía hacer Amanda. Su madre le había puesto unos vaqueros cortos y una camisa. Llevaba su sombrero Wrangler en miniatura.

Recordé la primera tarde que nos quedamos a solas; apenas conocía nada del niño, ni siquiera entendía muchas cosas que contaba sobre dibujos animados o algún juguete al que le tenía especial aprecio. Quería llegar a él, me empeñé en que todo resultase perfecto, y fue él el que me mostró cómo: dejándome llevar.

Me pareció una buena idea ir a los establos, y disfruté de lo lindo con los caballos. Me apoyé en la puerta para explicarle cómo se llamaban. Cuando me di cuenta, se había colocado igual que yo, imitándome, con la pierna flexionada y el tacón de la bota sobre la madera; algo en mi interior me calentó de tal forma que hasta más adelante no supe reconocer qué era.

¿Cariño?

Sí, me había encariñado del muchachote. Era imposible no hacerlo.

—¡Ha picado, ha picado! —gritó Cam, devolviéndome al embarcadero.

Los dos estaban como locos, y tuve que correr a por la caña de Dan antes de que la dejara caer al agua por la emoción.

—¡Bravo, campeón! —lo felicité mientras recogía el carrete.

—¿Ves? *Mas* sabe —Le sacó la lengua a Cam.

Cam soltó una carcajada y acabamos los tres muertos de risa.

—Vaya, Dan. Ya tenemos cena.

El niño permanecía con los ojos como los de una lechuza, contemplando su captura en el cubo que tenía su lado.

—Dan *tene* que coger más, con este *e* poco... —dijo, reflexivo.

—Ya le has oído, Cam: espabila y gánate la cena.

Cam sonrió con la caña en la mano.

—Sí, jefe.

—Sí, *feje*... —lo imitó Dan, y tuve que aguantar la risa.

—Nos queda una hora de sol; ¿tiramos un poco de pan para que se anime la fiesta?

Los dos lanzaron vítores al unísono. Saqué un pedazo de miga de una bolsa de tela y se lo lancé a Dan, que lo cogió al vuelo y se lo metió en la boca.

—¡Eh! Es para los peces —dije.

—Dan *tene* hambre.

—No eres experto en todo, jefe —comentó Cam con retintín—. Toma, colega, he traído refuerzos.

Me dejó de piedra cuando sacó de su mochila fruta y algunos frutos secos.

—Tranquilo —susurró en mi oído—, sigues siendo el jefe.

Contemplé a Cam y a Dan, que formaban un gran equipo. Aquella tarde era perfecta, con los dos niños, haciendo algo que jamás había hecho con mi padre. Miré al cielo y suspiré.

«Yo intentaré hacerlo mejor».

Cam comenzó a tararear *Like Jesus Does*, de Eric Church. Lo acompañé y Dan se unió a los coros.

Aquel fue un gran atardecer...

Septiembre se me había pasado en un suspiro compartiendo con Amanda y Dan momentos únicos. Como la tarde de pesca en el pequeño lago de nuestras tierras o los paseos a caballo... Pero también había sido un caos: partos de reses, vacunaciones, desparasitación, complicaciones con los trabajadores... Y no había hecho nada de tareas de despacho. Las odiaba profundamente, razón por la que retrasaba el asunto. Se me acumulaba de mala manera, y después no cuadraba nada. Un fastidio.

Me dejé de dar vueltas pensando en ellos y regresé al motivo que me tenía postrado en la biblioteca; comprobé las facturas y el libro de cuentas. No me salían los cálculos. Me froté la nuca frustrado y sonreí. ¡Sonreí! Yo, ante un montón de papeles que normalmente me daban dolor de cabeza.

Un ligero carraspeo me despistó, y sin levantar la cabeza ya reconocí que se trataba de ella. Apreté el bolígrafo antes de levantar la vista, porque en el transcurso de las dos últimas semanas, después de aquella madrugada en la que se presentó en mi casa, asustada, cada vez que la veía, debía hacer grandes ejercicios de contención. Quién me lo iba a decir a mí, postrado a los pies de esa jovencita que me volvía loco...

—Vaquero, ¿puedo echarte una mano?

—No, a menos que tengas ideas de contabilidad y facturación. —Sonreí mientras me dejaba caer en el respaldo de la silla para contemplarla con detenimiento.

Llevaba una camisa de cuadros anudada a la cintura a juego con los vaqueros ajustados, muy estilo *cowgirl*, que me hacían sudar de lo lindo. Se divisaba una pequeña porción de su vientre, que había adquirido un ligero bronceado. Entornó

los ojos con una sonrisa coqueta a la vez que se apoyaba en el marco de la puerta. Desconocía el gran poder que tenía sobre mí. Permanecí anclado a la silla cuando lo que me apetecía era saltar sobre la mesa y abalanzarme sobre ella para besar esos labios jugosos como una fruta madura.

—Bueno, creo que algo de idea tengo... De hecho, me he percatado de varios errores en el registro de cuentas. Esa contable que contrataste no lo está haciendo muy bien.

Observó sus uñas en un gesto de desinterés total. Tenía ganas de jugar, y yo más.

—No creo; Lucy es una chica muy eficiente. Bastante eficiente —subrayé, y ella se mordió el carrillo para evitar reírse. Me encantaba, así, sin más.

—Max, querido, todavía no has probado la eficiencia. Cuando te canses de marear los papeles, me avisas y te arreglo esto.

Señaló las pilas con el dedo antes de guiñarme un ojo.

—¿Tan eficiente eres?

—¿Tienes amnesia, vaquero? —Solté una carcajada cuando ella acertó la distancia.

—¿Seguimos hablando de contabilidad?

—Por supuesto, no hay nada más estimulante que —cogió un bloc de notas y un bolígrafo— dejar los balances perfectos.

Garabateó algo rápido con una sonrisa que prometía hacer estragos en mi entrepierna; tenía la polla tan dura como el mármol.

—Am —me levanté con el propósito de tirarla sobre el escritorio y dejarnos de historias—, de «balanceos» solo conozco uno.

El sonido de su risa me sacudió con fuerza. Estaba a punto de coger la cinturilla de sus pantalones a la vez que devoraba su boca con la mirada.

—Max... —Se alejó tan rápido que no pude alcanzarla—. ¿Todavía te atreves a romper el silencio?

Reí con ganas mientras se alejaba. Dios, era perfecta. Me mordí los labios intentando no correr hacia ella.

—¿Y tú? —insistí a su sonrisa socarrona.

—Ahí tienes la respuesta. —Señaló el bloc que había cogido antes—. Y al otro lado, la solución a tus problemas.

Indicó un papel sobre el resto de la pila, y después salió con un contoneo de sus caderas que me dejó con la boca abierta como un adolescente en plena pubertad.

«Jesús».

Cogí el cuaderno y se me escapó una carcajada al leer lo que había escrito:

«Cinco minutos contra una pared ya no son suficientes...».

Regresé a Lawrence, al minúsculo apartamento que compartía con mis hermanos. A esa tarde de otoño en la que me acababa de duchar para ir a trabajar...

Había escuchado a las chicas reír en el salón. Me estaba afeitando al ritmo de I Heard it Through the Grapevine cuando la puerta del baño se abrió de golpe. Me disponía a soltar un taco a mi hermana cuando la descubrí allí plantada con esa medio sonrisa que prometía problemas.

—Comienzo a pensar que nuestros encuentros en los lavabos no son casualidad —dije a los ojos que devoraban mi cuerpo semidesnudo.

—La culpa es de mi vejiga, tiene un radar. ¿Puedo? —Señaló la taza del váter bastante sonrojada, y cabeceé porque tanto ella como yo sabíamos que no estaba avergonzada.

—¿Puedes o quieres, Am?

Tenía grabada a fuego la promesa que le hice en aquel baño... Miró hacia el salón y se mordió un carrillo interno. Se giró; en cuanto me miró, supe cuál era su decisión.

—Quiero y puedo.

Antes de que pudiese pensar en todos los inconvenientes, en la mala decisión que ambos acabábamos de tomar, cerré la puerta con cerrojo y subí el volumen de la radio.

Lo que aquellas paredes del baño podrían contar...

Continuaba aferrado a la libreta, rememorando aquel encuentro bestial. Y me di cuenta de que manejaba un enorme problema bajo los vaqueros. Me estaba torturando de mala manera, algo inevitable: Amanda era pura dinamita.

Decidí dejarme de historias, porque no iba a acabar en la vida. Además, me había prometido a mí mismo contención. Solo esperaba poder cumplirlo. El jueguito que nos traíamos entre manos comenzaba a ser peligroso y yo solo tenía en mente una idea en la que Amanda desnuda era el ingrediente principal.

Encontré donde me había indicado un papel manuscrito con su letra repleto de asientos contables. Después de un vistazo rápido silbé al percatarme de lo realmente buena que era la chica que acababa de abandonar la estancia. En dos simples cálculos había descubierto un descuadre importante que a mí me había pasado desapercibido.

Hacía días que me había alertado sobre unos posibles errores en algunos albaranes de nuestros proveedores, además de otras irregularidades; al parecer, había echado un vistazo al colocar los papeles en mi mesa. Comprobé otra anotación y casi se me paró el corazón: había encontrado más fallos en los registros del último semestre. Sentí que le había faltado al no prestarle la debida atención. No entendía nada. ¿Qué estaba haciendo la gestora?

Me levanté del asiento con la clara intención de encontrar a Amanda y pedirle que me aclarase todo lo que había visto que estaba mal. O bien era un tarugo ignorante o, con toda probabilidad, me estaban colando un novillo por un toro. Con treinta y un años, regentando el rancho desde hacía tres años, al mando de veintiséis empleados y había sido esa señorita preciosa la que me había colocado en mi sitio en menos de cinco minutos señalándome un problema gordo que ni siquiera había contemplado. Una importante salida de flujo de dinero mensual.

«Eres una caja repleta de sorpresas que me muero por abrir».

Sopesé regresar dentro a buscar mi sombrero cuando me recibió un sol radiante. Antes de que pudiese girarme pasó el tractor cargado con fardos de heno bastante rápido. Entrecerré los ojos, porque no estaba seguro de lo que acababa de ver: el conductor no era otro que Amanda. Me causó tal impresión que casi caí de culo al suelo por la sorpresa.

—¡Qué narices! —exclamé.

—Andaba buscando algo para trasladar más cantidad de alimento a las vacas —contestó la voz de mi padre, que estaba sentado en el porche—. Me ha dicho que sabía conducir, así que le he mostrado dónde podía encontrar el tractor.

No necesitaba comprobarlo para reconocer que se enorgullecía de su recomendación; todo lo que él pensaba siempre era lo mejor. El gran John. Él no necesitaba que nadie le aconsejase qué, cómo o cuándo porque estaba de vuelta de todo.

Desde que había regresado del hospital, había procurado hablar con él lo justo. Aprovechaba cada momento que nos quedábamos a solas para echarme en cara algo. Evitaba entrar en discusiones con él por su bien: le habían dicho que debía hacer reposo y que nada de estrés. Entonces, ¿por qué me provocaba? Con el paso de los años, había aprendido a permanecer en la misma estancia que él por respeto al resto, porque no merecían ser partícipes de toda la basura que había tragado a lo largo de mi vida. A esas alturas no estaba dispuesto a soportar ni un levantamiento de ceja inapropiado. La época de la imposición y el cinturón estaba silenciada, pero no enterrada. Había cosas que era imposible perdonar.

Lo observé con atención, allí sentado, casi inofensivo. El viejo John... La hebilla de su cinturón brilló con el reflejo del sol, y arqueó una ceja cuando se fijó en que lo estaba mirando. Una rabia que llevaba latente demasiado tiempo comenzó a empujarme. Pero no era mi prioridad en aquel instante, porque necesitaba ir a ver si Am había llegado bien a la cerca de las reses enfermas, pero cuando lo miré y me correspondió con una sonrisa irónica, exploté.

—Tu función es la de contemplar el cielo y respirar, viejo. Creo que dejamos

claro cuál iba a ser tu utilidad aquí —escupí con los puños apretados.

—Antes de que ni siquiera supieses caminar yo dirigía todo esto. No me vas a mandar en mi propia casa.

—Tú mismo lo has dicho, «dirigías». No estoy aquí por gusto. Si dependiese de mí, me habría largado hace años. Que no se te olvide que hago esto por mi madre y los abuelos. A ti no te debo nada.

Bien sabía Dios, que había renunciado a mis sueños por mi familia, que si estaba allí era porque mi madre y mis abuelos merecían una vejez digna y sin preocupaciones. Él solo había sembrado miedo y cólera.

—¡Cómo te atreves! —gritó enojado—. Yo te he enseñado todo lo que sabes, desagradecido.

Lo observé, allí sentado. Compartíamos un asombroso parecido físico y un abismo en cuanto a nuestra forma de ser. El viejo que siempre había tenido una sonrisa para mi hermana o un aliento para mi hermano, la promesa del baloncesto. ¿Cómo podía correr la misma sangre por nuestras venas?

—No te equivoques: aprendí a la fuerza —Tomé una honda bocanada de aire para calmarme—. Tú me obligaste, que es muy diferente... Así que no lo olvides: yo regento esto a mi manera. No te entrometas y todo irá como la seda.

—¿Y si no qué? —amenazó.

—No me pongas a prueba, John. Mantente al margen. Sobre todo, no la cagues con ella y el niño o te arrepentirás. Relájate, viejo. Tu corazón te lo agradecerá.

Bajé los peldaños antes de decir algo de lo que pudiese lamentarme más tarde. Yo era mejor que él. Jamás debía olvidarlo.

Necesitaba calmarme antes de que Amanda me viese en ese estado. Odiaba que me hiciese sentir así. ¿Por qué dejaba que me afectase tanto? A esas alturas ya debía estar acostumbrado. No era algo nuevo; la relación con mi padre siempre había sido tensa. Y por «tensa» podíamos decir «insostenible». Mi madre intentaba intervenir cuando veía que las cosas se descontrolaban, pero ella se había perdido buena parte de la fiesta, porque la mayoría de las ocasiones solo habíamos tenido de testigos los acres de prados y las reses.

Desconocía cómo había aprendido mi padre el oficio, aunque dudaba que mi abuelo hubiese sido tan estricto como lo había sido él conmigo. En realidad la palabra «estricto» no era la que definía la actitud de John para conmigo. La que daba un verdadero significado a su *modus operandi* era «cruel».

Desde pequeño comprendí qué se esperaba de mí. También allané el camino de mis hermanos para que no pasasen por lo mismo. Cargué con muchas de sus trastadas; si podían evitar su cinturón, mi dolor ya tenía una justificación.

Cuando Leah dio atisbos de su gran inteligencia y los profesores manifestaron su inquietud porque debía tener opción a una educación más adecuada a su perfil, alenté a mi madre para que fuese a estudiar, junto con Thomas, a Wichita. Mi tía Annie se haría cargo de ellos. Si salían del rancho, tendrían un mejor futuro, además de que permanecerían el mayor tiempo posible fuera de aquí.

Pasados los años, el hombre robusto, seguro y fuerte comenzó a desvanecerse tras un corazón débil. Quizás fue una broma del destino: nunca había tenido buen fondo, era imposible pensar lo contrario cuando había sido un completo dictador con su primogénito.

Hablaban por mí la rabia, la incompreensión, la falta de afecto por su parte. Ni una sola vez en estos tres años había admitido que el rancho funcionaba infinitamente mejor que cuando él lo dirigía. Todos los cambios producidos, los nuevos contratos, los despidos, las horas en vela, los disgustos, la regeneración de los pastos de forma natural como lo hacían nuestros antepasados, las subastas de ganado, el auge de la firma..., todo había requerido un duro esfuerzo. Tres malditos años dedicado a esto de sol a sol, ¿para qué? Para seguir obteniendo sus desprecios...

Inspiré, más calmado, y divisé a Amanda con Tadi. Sonreí de forma instantánea. Me acerqué para hablar con la chica multifunciones que me tenía entre alucinado y completamente atontado.

Tenía una proposición para ella que no iba a rechazar.

—No te he preguntado: ¿por qué le pusiste Dan al pequeño? —dije a la vez que acariciaba el cabello del niño.

Se había quedado dormido con el vaivén del balancín de mi porche, después de la cena. Esa noche, decidí que era hora de comenzar a cambiar cosas, razón por la que sugerí a Amanda que viniesen a casa. Me encantó gozar de su alegría instantánea en cuanto se lo propuse. No imaginaba que le iba a hacer tanta ilusión, algo que me reconfortó de tal forma que anduve el resto del día con una considerable sonrisa de idiota por el rancho.

—Tenía dudas sobre el nombre... —Tardó un buen rato en contestar—. Lllamarlo Max, como tú, era una de las opciones. Sin embargo, desde el momento en el que me lo pusieron en los brazos y lo miré supe que había conocido al amor de mi vida. No había cabida a la tristeza contemplando esa preciosa carita redonda y rosada, así que no podía llamarlo de otra forma... Dandelion era un poco extremo. Dan era perfecto.

Sus palabras me emocionaron de tal forma que tuve que carraspear antes de

hablar. Que hubiese pensado en mí, la analogía, el juego de palabras... Todo cobró sentido, y sentí que mi pecho se henchía de orgullo al contemplar a aquella joven que se había convertido en una mujer increíble.

—Ya no necesitas pedir un deseo —sonreí—; tienes el mejor de los regalos.

—Tenemos, vaquero. No lo olvides nunca.

¿Qué había hecho para merecer algo tan valioso? Me sentía abrumado por mil emociones que no podía gobernar. Amanda movió algo más rápido el columpio y rio.

—En realidad, ahora que lo veo en perspectiva, parece que fue un momento mágico, pero te aseguro que si hubieses estado allí conmigo te habría estrujado las pelotas.

Solté una carcajada, porque no me esperaba aquella salida.

—¿Cómo sucedió? —Quería saberlo todo.

—El embarazo fue muy duro, o por lo menos a mi yo de diecinueve años, que tenía más miedo que decisión, se le hizo demasiado cuesta arriba. Ya no solo por la transformación de mi cuerpo, que sufrió un montón de cambios en pocos meses: lo peor fue lidiar con el trasiego constante en mis emociones. Podía levantarme contenta y a media mañana estar muy enfadada o triste. Lloraba por cualquier cosa. —Sonrió por algo que debió de recordar de pronto—. En los últimos meses, Dan siempre tenía hipo, y era supermolesto. Además, parecía un toro enorme. De eso tú tienes gran parte de culpa, *cowboy*.

Reí ante su comparación cuando me señaló.

—¿Cuánto pesó? —Comenzaba a ser un poco patético, porque estaba muy satisfecho con mis genes y el buen trabajo que habían realizado con el niño.

—Cuatro kilos y doscientos gramos —contestó, y puso los ojos en blanco—. La peor pesadilla de una primeriza.

—¿Cuánto es eso en libras?

—Mucho... No te pongas puntilloso.

Le acaricié la cara y se apoyó en mi mano.

—Quiero saberlo todo. Cuéntamelo —pedí—. Las fotos del álbum son preciosas, pero no suficientes.

Me abrazó emocionada antes de continuar.

—Ya te expliqué cómo me enteré de que estaba embarazada, fue una situación bastante dramática. Eso mejor me lo salto. —Se encogió de hombros, y no insistí, porque sabía que en un futuro me lo explicaría, cuando estuviese preparada—. Tuve mucha suerte de ser visitada por médicos privados. Pese a que la sanidad pública en España es buenísima, con el seguro privado de la

familia podía ver al niño cada mes en las ecografías. Leí un libro que me regalaron mis hermanas, *Qué se puede esperar cuando estás esperando*, algo así como la biblia de las embarazadas; eso me ayudó a comprender un poco de qué iba todo. El ginecólogo insistió en provocar el parto porque el bebé era muy grande. Gracias a la providencia no hubo que hacerlo, ya que después me enteré de que era un proceso muy traumático para la madre y el bebé.

—¿Por qué no llegó a realizarse?

—Rompí aguas tres días antes de la fecha programada para ello. Nuestro chico es muy listo. —Acarició sus pies, que tenía sobre las piernas—. Estuve más de ocho horas de parto y te odié profundamente. Lo siento, en aquellos instantes el dolor nublaba mis sentidos.

—Ojalá...

—Sí, ya lo sé —interrumpió—, no me lo recuerdes; bastante culpable me siento por ello.

—Am, ya hemos hablado sobre eso... —Cogí su mano y entrelacé nuestros dedos para dejarle claro que ya no me dolía como al principio—. Continúa.

—Mi canal de parto era estrecho y Dan venía muy grande. Sufrí de lo lindo y finalmente tuvieron... —Me miró y arrugó la nariz en un gesto gracioso—. ¿De verdad quieres saberlo todo?

—Con pelos y señales.

—Tú lo has querido, vaquero. Me hicieron una episiotomía de órdago. ¿Sabes lo que es? —Negué con la cabeza—. Un corte en...

Señaló su entrepierna, y casi me dio algo cuando entendí lo que intentaba explicarme.

—Jesús, qué dolor.

—Horrible. Pasé un posparto de pena. Jess sufrió en sus carnes mi ira y juró que jamás sería madre —rio, y la acompañé—. Después vino el drama de intentar darle el pecho. Al final no fue posible: no tuve suficiente subida de leche, quizás por el estrés. Chico, los niños vienen sin manual de instrucciones.

Me relató con cierta nostalgia las noches en vela, lo complicado que fue lidiar con sus inseguridades: todo el mundo parecía saber mejor que ella cómo tenía que hacer las cosas. Le repetían lo que debía hacer y lo que no sin necesidad de que preguntase. Aquello me hizo mucha gracia, porque por aquí también solía ocurrir. Las abuelas, las madres o las personas cercanas con hijos siempre aconsejaban a los padres primerizos. Una pequeña punzada de tristeza asomó cuando reconocí que me había perdido esos momentos. Puede que no hubiesen sido idílicos, pero merecía haberlos compartido con ella. La miré y suavicé el

semblante al atisbar unas lágrimas que brillaban en sus ojos.

—Había algo que no me dejaba avanzar, Max. El niño era feliz y estaba creciendo sano, y yo comenzaba a ver la luz al final del túnel después de dos años muy duros. —Soltó mi mano para abrazarse a sí misma—. Tomé la decisión de seguir adelante con el embarazo sin consultarte: yo sola decidí su futuro cuando tú también deberías haber participado en todas las decisiones. Por eso necesitaba hacer este viaje. No era justo ni para ti ni para Dan. Me equivoqué, y te pido disculpas, aunque no puedan devolverte el tiempo perdido con él.

—Am...

—No, déjame acabar. Estaba asustada, y mi hermana me preguntó si podría lidiar con un aborto.

Tomé aire con fuerza para afrontar el simple hecho de que la preciosidad que estaba sobre nosotros, dormido, no existiese. Era inconcebible.

—Ella, mejor que nadie, me conoce a la perfección —continuó sin mirarme—. Me dijo: «Si es lo que deseas, si sabes que no vas a poder con esto, te apoyaré de forma incondicional. Pero recuerda: somos supervivientes, somos familia». La palabra «familia» flotó en el aire y me recordó a mis padres, a los que tanto echaba de menos, a lo felices que habíamos sido, porque los tiempos difíciles quedaban difuminados y los buenos pesaban más. ¿Cómo iba a negarme a conocer a ese ser que crecía en mi interior? ¿Cómo iba a negar a mi familia?

Nos quedamos en silencio. Sus palabras eran duras; no podía juzgarla sin conocer todo lo que había detrás. No podía juzgarla sin más, porque en aquel instante era decisión suya.

—No te cuento esto para intentar ablandarte, sé que es un asco que no te llamase. Parece el argumento de una película de serie B —sonrió levemente—, pero tenía miedo.

—¿De mí? —pregunté sorprendido.

—De todo; no estaba preparada para enfrentarme a las consecuencias.

Sopesé qué decirle antes de abrir la boca. Cuando algo me afectaba profundamente solía ser duro. No quería romper el equilibrio al que tanto nos había costado llegar.

—Amanda, tener un hijo es una gran responsabilidad; yo soy su padre.

Asintió y entrelazó sus manos con la mirada fija en ellas.

—Tengo derechos y obligaciones —continué—, pero nunca haría nada que dañase la estabilidad del niño. Nunca os haría daño de forma intencionada.

—Lo sé, y lo siento. —Me miró—. Me equivoqué.

Suspiré.

—Yo también. Si hubiese sido mejor persona contigo en el pasado, quizás no habrías dudado a la hora de llamarme.

Arrugó la frente, pensativa. Tenía que decirle aquello porque era lo que creía. Si no hubiese sido un capullo cuando estábamos liados que solo pensaba en huir lejos y vivir de la música, con toda probabilidad ella no habría tenido reparos en ponerse en contacto conmigo. Pero tal y como actuaba en Lawrence, podía creer que ni siquiera le iba a coger el teléfono. Esa era la verdad. Todas las acciones tenían sus consecuencias.

—No lo había pensado. —Se estremeció.

—¿Tienes frío?

Negó con la cabeza mientras la dejaba caer en el respaldo del columpio. Me levanté con cuidado y entré a por una manta, que eché sobre ellos. Contemplamos el cielo estrellado en silencio. Puede que todavía nos quedase mucho camino por recorrer hasta lograr llegar a un entendimiento, pero lo estábamos intentando. Debíamos balancearnos muchas noches los tres juntos bajo las estrellas para llegar a ellas.

A la mañana siguiente todavía tenía esa sensación extraña que me había dejado la noche anterior, como una especie de resaca que no reconocía. Cada instante que compartía con los dos afianzaba algo en mi interior, pero, a su vez, agrandaba ese abismo inevitable que se estaba formando entre la verdadera realidad y el sueño del que gozábamos. Amanda y yo habíamos acordado que se quedarían hasta pasadas las Navidades. Quería que Dan disfrutase de su primer Acción de Gracias con su familia paterna en Kansas. Además, así Amanda ayudaría a Jossie mientras John se recuperaba.

Comprendía lo duro que debía de ser para ella permanecer aquí tanto tiempo cuando su vida estaba aparcada. Aunque había algo con lo que no podía lidiar: mis sentimientos. A esas alturas no iba a negar que había nacido algo entre nosotros. No tenía nada que ver con aquella relación tórrida del pasado. Pese a que estaba siendo un verdadero sacrificio no besarla, no abrazarla, no...

Sacudí la cabeza al percatarme de lo que se me estaba pasando otra vez por la cabeza a aquellas horas tempranas. Fui a por Bonnie y lo ensillé. Salía de las cuadras para comenzar las tareas cuando me crucé con mi abuelo.

—Hoy es el día, muchacho. ¿Vais a marcar a las nuevas reses? —Sonreí a su cara arrugada; parecía estar realmente emocionado.

—¿Cómo lo has adivinado?

Mi abuelo John no dejaba de sorprenderme. Simulaba permanecer en la sombra, oculto, pero en realidad no le pasaba desapercibido ningún movimiento en el rancho.

—Tu abuela está cocinando en la olla de barro. —Escupió su tabaco de mascar y tosió con fuerza.

—¿Quién la ha avisado?

No había bajado a decirles nada por casa porque no me apetecía cruzarme con mi padre. Además, mi madre era la encargada de hacer el guiso el día que dedicábamos a marcar a las nuevas reses con el número identificador de nuestro rancho. Como este año no quería entristecerla, al no poder participar en un ritual que le gustaba seguir en directo, no había informado a la familia.

—Tadi ha pasado temprano a decirle a Amanda que hoy era el día escogido por ti.

—¿El indio? —Estaba alucinado—. ¿Por qué narices?

—Chico, esa jovencita tiene encandilados a tus trabajadores. —Soltó una carcajada—. No me extraña: es fuerte como un olmo, terca como un toro y refrescante como la lluvia de primavera.

Me hizo reír; mi abuelo solía hablar poco, por lo que el hecho de que dedicase esas palabras a Amanda me pilló por sorpresa.

—Le gusta la novedad. Si llevase aquí toda su vida, aborrecería esto. —Acaricié a Bonnie a la vez que contemplaba los prados verdes que se mecían con el viento ligero de la mañana.

—Muchacho... —Apoyó su mano callosa sobre mi hombro—. Como dice ese dicho ranchero: «Cuidamos de lo que Dios nos ha confiado: la tierra, el ganado, la familia... Algún día comprenderás que es tu legado. Dejarás de preguntarte por qué haces lo que haces. Servimos a quienes más lo necesitan, trabajamos duro para cumplir nuestras promesas; da igual si son por negocio o por lealtad». Puede que esto no sea glamuroso, pero es lo que hay que hacer para que otros tengan la comida en su plato. ¿Y sabes qué? —Negué con la cabeza, asombrado, porque jamás me había hablado así—. Yo, al igual que ellos, me siento orgulloso de hacerlo. —Me dio una palmada en la espalda y me miró con esos ojos llenos de sabiduría—. Tú también, aunque no seas capaz de verlo. Esto no va sobre ti, va sobre la siguiente generación. —Caminó renqueante hacia la casa grande y lo vi desaparecer mientras reflexionaba sobre lo que acababa de decir. ¿La siguiente generación? ¿El pequeño Dan...?

Cuando uno nace, no escoge dónde. Mis hermanos tampoco, pero, sin embargo, ellos tenían una vida totalmente diferente a la mía. Mi familia siempre

había esperado que yo continuase con su legado, que hiciese aquello para lo que había nacido, pero ¿qué ocurría cuando no encajabas en lo que ellos disponían? ¿Quién se haría cargo de esto cuando yo no estuviese? ¿Realmente me importaba?

—Jesús —solté cuando me sobrevino un escalofrío.

Monté sobre Bonnie y cabalgué a toda prisa como si con ello pudiese huir de mis pensamientos. Se estaba haciendo tarde y ese era un día de trabajo duro, de fiesta, de compromiso, de compañerismo y lealtad. Respiré hondo cuando el reconocimiento me golpeó con fuerza. ¿Y si mi abuelo tenía razón?

El sol brillaba en el cielo. Los trabajadores bromeaban mientras los hierros de bronce para marcar se enfriaban en los cubos en un baño de alcohol metílico y hielo seco. La música sonaba a todo trapo; Tadi canturreaba *Time is love*, entre mugidos de reses asustadas.

Era la tercera vez que sonreía como un tonto a Amanda, que nos observaba con atención desde la otra parte del cercado. Había traído a mis padres y había ayudado a mi padre a sentarse en una silla plegable junto a Dan. Agradecí aquel gesto tanto que tuve que contenerme para no besarla delante de todos.

No me había dado cuenta hasta aquel día del ambiente que reinaba entre mis trabajadores. Disfrutaban de aquello, era lo más parecido a una buena barbacoa; sonaba música que amenizaba los ratos tediosos en los que debíamos esperar para marcar al siguiente animal. Algunos bailoteaban, dejando a un lado el entumecimiento que sentíamos en los músculos después de horas de aguantar a las reses que se removían con fuerza para huir.

Todo formaba parte del ritual, desde las canciones seleccionadas por cada uno de nosotros, de lo más variadas, hasta la coordinación. Cada cual tenía un papel, cada cual sabía lo que debía hacer, y, sin lugar a dudas, esperábamos con ansia la gran recompensa: el guiso que mi madre siempre hacía. Por eso aquel año pensaba que iba a ser diferente; nada en el ambiente me hacía prever que podíamos disfrutar de un gran día después de lo ocurrido a John.

Iluso...

Solo con la presencia de Am y el niño allí ya estaba en una nube. Los chicos me asestaban codazos cada vez que los miraba, y tuve que aguantar sus pullas cuando me quité la camisa para quedarme en camiseta interior y ella me silbó, lo que me arrancó una carcajada. Dan daba palmas subido a la valla, desde donde lo sujetaba Thomas. Sabía que si mi hermano hubiese estado en mejores condiciones se habría remangado para echarnos un cable, porque parecía querer participar; a veces era demasiado duro con él.

Llegó el turno de mi canción; cogí el hierro, que ya estaba a punto, y me mordí los labios cuando vi que ella me guiñaba un ojo. Iba a necesitar una ducha fría, lo tenía tan claro como las ganas de desnudarla poco a poco para hacerle cosas prohibidas.

—Rubito —dijo Paul en mi oído—, tu chica te distrae mucho... ¿Quieres que te sustituya con esto?

Entrecerré los ojos y le sonreí.

—Saca tus zarpas de mi hierro, abuelo. Además, ella no es mi chica.

—Con cuentos a otro, jefe. A mí no me engañas. Ya no engañas a nadie.

Se largó, soltando una gran carcajada, y cabeceé antes de continuar con lo mío. Sonaba *Thunderstruck*. Teníamos unas cuantas horas por delante de dura labor, y yo solo pensaba en tenerla entre mis brazos.

«Mi chica...». No sonaba mal.

Nada mal.

Estaba anocheciendo cuando recogíamos el despliegue que habíamos formado. La jornada había resultado perfecta: todas las reses marcadas y ubicadas en sus respectivos lugares además de un cansancio reflejo del buen trabajo.

Mi padre, al principio, había rechazado el estilo que escogí para marcar a los animales, pero no se atrevió a abrir la boca en cuanto vio que era efectivo. Antes usaban hierro al rojo vivo, pero las reses sufrían más, por lo que me empeñé en cambiar aquello. Como otras tantas cosas.

Bajaba con dos empleados a dejar las herramientas al granero cuando me crucé con Thomas, que estaba cargando su coche.

—¿Qué haces? —pregunté extrañado. No tenía ni idea de que se marchaba.

—Mañana tengo visita con los médicos del equipo. Con un poco de suerte me darán el alta.

Despedí a los chicos hasta el día siguiente. Observé a Thomas; parecía agobiado. En esos momentos lo que más me apetecía era darme una ducha caliente antes de ver a Am y Dan, pero tenía una conversación pendiente con el tipo que estaba enfurruñado con la vida porque no podía jugar al baloncesto.

—¿Por qué no me acompañas a casa? Necesito darme un baño —dije.

—¿Quieres que te frote?

—Claro, hermanito, vamos a hacer espuma con los pelos de mis...

Me dio en el brazo un puñetazo suave antes de que acabara la frase y se rio cuando evitó mi rechazazo, que iba directo a su brazo.

Más tarde, regresé al porche donde lo había dejado meciéndose en mi balancín

mientras me daba una ducha rápida. Me senté y le tendí una cerveza.

—Ahora sé por qué insistías en comprar estas tierras. Son espléndidas.

Asentí. Bebí un trago de la cerveza, que estaba como a mí me encantaba, helada. Adquirir las tierras lindantes a las de mis padres había sido una decisión meditada. No quería gastar parte de mis ahorros en aquel lugar; no obstante, después de un tiempo conviviendo con ellos, creí que debía hacer algo. No me iba a marchar de allí, pero eso no significaba que debía seguir bajo el mismo techo. Soportar a mi viejo más de lo estrictamente necesario no era bueno para mi salud mental. Me costó negociar un precio justo: aunque los acres de terreno estaban abandonados, no fue motivo suficiente para que la inmobiliaria que era propietaria no me quisiese sangrar. Trabajé mucho para dejar aquello como a mí me gustaba; cuando contemplaba el resultado del esfuerzo y el dinero dedicados, me alegraba de haberlo hecho. Ese era mi refugio.

Llevábamos un rato sentados cuando me percaté de que mi hermano había puesto el equipo de música.

—¿Qué es esa basura que suena? —preguté.

—¿Por qué eres tan capullo?

Me encantaba mosquearlo, era mi deporte favorito.

—A ver, llorón, el otro día me contaste algo sobre...

—Estaba borrachuzo —interrumpió—, ni caso.

—Joder, es Oneida. O-n-e-i-d-a —deletreé, porque todavía andaba en *shock* con la noticia. —Suspiró y se bebió el resto de la cerveza de golpe.

—Es complicado. Demasiado. Hace mucho tiempo que estoy colgado de ella.

No quería saber absolutamente nada de aquel asunto, pero era mi hermano.

—No tenéis nada que ver. Vuestros mundos... Ella es diferente.

—¿Crees que no lo sé? ¿Piensas que ella no me lo recuerda a cada instante? —intervino, algo molesto—. Todos me tomáis por un imbécil que solo sabe jugar al baloncesto.

—Yo no...

—Tú el primero —saltó antes de dejarme hablar—. Me ha costado horrores entrar en ese equipo, me dejé la piel estudiando el grado. No soy un niño bonito al que le regalan las cosas.

—Thomas... —inspiré para intentar ser lo más delicado posible—, no puedes negar que has tenido una vida fácil, bastante fácil.

Se levantó de golpe y se encaró conmigo; al parecer, no lo había conseguido.

—¡No es verdad! —vociferó.

—¿De verdad te parece que Oneida va a aguantar a un tío que no tolera una

simple contradicción?

Se paseó por mi porche. Comenzaba a dolerme la cabeza; ¿por qué no me metía en mis asuntos y dejaba que se estrellara él solito? Sabía la respuesta de sobra: era mi hermano, y no quería verlo sufrir.

—¿Estáis juntos? —insistí al ver que no decía nada.

Negó con la cabeza.

—Pero ¿tú quieres? —No tenía ni idea de qué decirle. Se me daban mejor los animales que estas cosas.

—Ella me ha mandado a pastar; sus palabras exactas fueron: «Esto ha sido un tremendo error».

¡Guau! No había manera de disfrazar aquello. No hacía falta ser demasiado listo para pillarlo: Oneida vivía una realidad totalmente opuesta a la de mi hermano.

—Creo que deberías centrarte en tu recuperación y darlo todo en el equipo.

—El tema es que llevo mucho tiempo pillado por ella. —Sacudió los hombros para restar importancia a lo que acababa de soltar.

—Yo no soy la persona idónea para dar consejos amorosos —me reí, porque tenía gracia que estuviese ayudando a mi hermano cuando mi vida era un caos —, pero deberías dejar que el tiempo hable. Si ha de ocurrir, sucederá.

—¿Demasiadas canciones *country*, hermanito? —Sonrió—. Me largo; todavía me quedan unas horas al volante.

—Te acompaño.

Me despedí de él y permanecí en silencio observando cómo desaparecían los faros de su Camaro en la oscuridad con un nudo en la boca del estómago. ¿Por qué no podía dejar que mis hermanos sufrieran? ¿Por qué me empeñaba en protegerlos a toda costa?

Suspiré antes de contemplar el cielo; había unas personas que necesitaba ver antes de irme a dormir. ¿Qué iba a hacer cuando no estuviesen?

23

AMANDA

Salí de puntillas del baño con la toalla atada en un nudo bastante precario. Era muy tarde, pero el día había sido largo además de agotador. Me topé con un torso duro y mi mente voló sin remedio al pasado cuando su sonrisa me devoró con los ojos poco a poco.

—Todavía me es imposible borrar de mis recuerdos la barra, los tacones, las medias y tu marca de nacimiento en el glúteo. —Se mordió los labios sin dejar de desnudarme con la mirada.

La ducha no había servido de nada. Un calor inhumano brotó de pronto, y estuve a punto de dejar caer la toalla. Por suerte aún me quedaba una región del cerebro no sometida al embrujo de Max y apreté la prenda para asegurarme de que permanecía atada.

—¿Hablas del motivo por el que rompimos? —pregunté a la vez que me dirigía a mi habitación con él pegado a mis talones.

Por aquel entonces, cuando mis hermanas y yo estábamos con el agua al cuello y Jess precisaba que le echase un cable con sus dos trabajos, hacía cosas como sustituirla en el club de *striptease*. El mismo al que acudió Max, con el que tuve la suerte de coincidir. Él como espectador asombrado, yo como *stripper* entregada. Un desenlace con final trágico. Algo que no me apetecía rememorar.

—Deberías irte; tengo que ponerme el pijama —comenté ante su cara socarrona.

—Prometo no mirar... —dijo mientras se giraba.

—Max... —insistí, porque aquello comenzaba a ser peligroso y estábamos en casa de sus padres.

—Amanda... —me imitó, y reí—. Ya ha pasado mucho tiempo desde entonces. ¿Me vas a contar qué hacías en aquel club?

—Vaquero... —En cuanto pronuncié esa palabra se giró y acortó la distancia que nos separaba. Contuve la respiración cuando me abrazó, con tal ímpetu que mis piernas flaquearon.

—Si vuelves a decir «vaquero» en ese tono, no respondo —pronunció sobre mis labios.

Abrí la boca para tomar aire, ya que parecía que no había suficiente en toda la estancia, y sonreí, lo que fue una mala idea: lo supe en cuanto aparecieron los dichosos hoyuelos.

—Vaquer...

Antes de acabar de pronunciarla nos besamos. Más que un beso, volqué todas mis ganas en aquel momento hasta que una lucecita interior comenzó a alertarme como una señal inequívoca de que debíamos frenar antes de que fuese demasiado tarde.

—Max —susurré con la respiración acelerada.

—Lo sé, lo sé.

Se apartó tras un tira y afloja bastante gracioso, porque ninguno de los dos quería hacerlo, pero imperaba la razón. Estábamos en la habitación contigua a la de sus abuelos, y todavía se escuchaba el televisor que debía de estar viendo John en el salón.

—Tenemos que dejar de hacer esto, Am —suspiró frustrado—. Cierta parte de mi anatomía lo agradecerá.

Señaló su entrepierna, y sofoqué una carcajada porque yo no andaba mucho mejor.

—Deberías comenzar por no asaltarme cuando salgo de la ducha con una toalla como única indumentaria.

—Venía a daros las buenas noches —se excusó—. Además, quería agradecerte el trabajo en el despacho.

Noté cómo me sonrojaba. Podía parecer algo patético, pero para mí tenía un gran valor que apreciase mi labor. Llevaba mucho tiempo haciendo lo mismo en el departamento de contabilidad de la empresa de la familia y jamás me habían dado las gracias, ni siquiera un simple «estamos contentos contigo». Desde hacía días, había tomado las riendas de la contabilidad del rancho. El plan era sanear las cuentas, en las que había un gran agujero. Me sentí satisfecha al poder ayudar a Max en algo en lo que tenía una seguridad considerable, después de sentirme como pez fuera del agua con otras tareas del rancho. Si podía aligerar su carga, era suficiente; él había hecho mucho por nosotros en esos meses. Se lo debía.

—¿Si te invito a contemplar las estrellas me contarás qué hacías en The house of the mask?

Resoplé acorralada: no me apetecía regresar al pasado, pero le debía una explicación.

—Espérame abajo, enseguida estoy contigo.

La noche era especialmente fría. Octubre se había presentado con fuerza y el

otoño comenzaba a dar sus primeras muestras. Max llevaba una chaqueta vaquera forrada de borrego blanco sintético, y sonreí para mis adentros cuando recordé alguna que otra vez en la que me había acurrucado, hacía ya demasiado tiempo, entre sus brazos bajo la prenda. Qué lejos quedaban nuestras escapadas secretas en Lawrence... Muchas cosas habían cambiado entre nosotros desde entonces.

Caminamos en silencio hasta que nos alejamos lo suficiente como para contemplar el cielo estrellado. Nos sentamos en una de las vallas; la calma de la oscuridad nos envolvió. Era imposible no dejarse llevar por esa tranquilidad.

—Jess siempre se ha dedicado al mundo del arte y el espectáculo. Creo que tiene alma de trapeartista; estoy segura de que fue dueña de un circo en otra vida. —Me relajé cuando noté que la tensión de mis hombros cedía. No me gustaba hablar sobre el pasado—. La cuestión es que desde muy jovencita ha tenido empleos relacionados con ese ámbito hasta que un buen amigo le ofreció trabajar en el club.

—¿Un buen amigo? —dudó.

—Sí, Max, un buen amigo, el mismo que le propuso el papel en la compañía de Londres. Trabajar de *stripper* no tiene nada de malo.

—Am...

—No, no lo tiene —insistí—. Pagan bien y no haces daño a nadie.

—¿Entonces por qué te avergonzabas de ello cuando te pillé? ¿Por qué no me contaste qué ocurría cuando te preguntaba?

—Me sentía acorralada —contesté después de un largo rato sin saber qué decir.

—Fui un idiota, ¿verdad?

—Sí.

Suspiró con fuerza.

—Cuéntamelo, por favor. —El tono de su voz era como la melaza: suave y tentador.

Se lo debía.

—Mi madre sufría una de sus peores etapas, después del fallecimiento de mi padre. Había dejado la medicación y no teníamos forma de persuadirla para que acudiese al médico. Tampoco podíamos hacer nada más para no alertar a nadie: temíamos por Tracy... —Vi cómo asentía en silencio—. Yo estaba en la universidad, y hablé con Jess para dejarlo. Mi hermana necesitaba algo más que mi ayuda los fines de semana con la pequeña.

—¿Por qué no vivías con ellas? Topeka no está tan lejos de Lawrence.

—Jess insistió en que me dedicase de lleno al grado. Decía que era algo por lo

que había luchado y que debía hacerlo bien. Supongo que creía que si vivía alejada del ambiente que se respiraba en casa no me afectaría.

—No fue así, ¿cierto?

Me miró con una sonrisa triste.

—No, no lo fue. La cosa se complicó poco a poco hasta que mi madre desapareció sin dejar pista alguna. Jess no podía perder su trabajo de fines de semana, motivo por el que cada vez que lo necesitaba, yo la sustituía.

—No lo entiendo... —Parecía confuso.

—Jess enfermó; cogió una gripe que la dejó postrada en la cama unos días. Supongo que el agotamiento tendría mucho que ver. —Me encogí de hombros—. Si ella no podía acudir al club, perdería ese trabajo que tan bien nos iba.

—Tú la sustituiste. —Asentí—. Pero tu edad...

Solté el aire con fuerza. No me gustaba escarbar en el pasado. No quería sentirme vulnerable.

—Max, esto funciona así. Finges tener la edad que no tienes; contactos, carnet falso, maquillaje y... *voilà*.

—¿Crees que no lo habría entendido entonces?

—¿Cuántas cosas has hecho por los tuyos? ¿A cuántas cosas has renunciado por ellos? —le pregunté con un nudo en la garganta considerable—. Pues eso, Max. Tú y yo no teníamos una relación al uso, te cerrabas en banda cada vez que parecía haber un indicio de intimidad más allá de fornicar como descosidos.

Se encogió antes mis palabras, pero no podía disfrazar la realidad, porque fue así.

—Te pusiste como un basilisco cuando me viste en el club —continué.

—Amanda...

—Reconoce que te fastidió; querías controlar la situación, y cuando no te dejé entrar, me despachaste.

—Mentiste, nos mentiste a todos —contestó molesto—, ni siquiera tus amigas sabían nada, y yo protegía a mi hermana.

—No, te protegías a ti mismo. Siempre quieres salvar al prójimo, Max. Me ofreciste dinero... —Resoplé enfadada al recordar aquello—. Querías rescatar a la chica perdida.

—¡Te ofrecí mi ayuda! —Alzó la voz y dio un salto para bajarse de la valla.

—¡Qué va! Querías arreglar aquello a tu manera, averiguar qué ocurría. Te sentías ofendido porque realmente no me conocías. ¿No comprendes que no puedes salvar a todo el mundo?

—¿Crees que es eso lo que hago? —La vulnerabilidad se reflejaba en su voz;

yo no era nadie para decirle cómo debía vivir su vida. En realidad, tenía mucho por lo que callar, pero él necesitaba oírlo.

—Eres un buen hombre, Max. Con un gran corazón...

—¿Pero?

—Tienes que dejar de hacer esto. Tus hermanos, tus padres, el rancho, nosotros... —Me arrebujé en la chaqueta de lana antes de soltarlo todo—. Deja de vivir la vida de los demás y disfruta de la tuya. Deja de querer protegernos, vaquero. No puedes ponerle puertas al campo.

Lo observé. Me miraba con gesto serio, y me fastidió ser yo la que le dijese aquellas palabras. No obstante, alguien debía hacerlo.

—Si he aprendido algo en todo este tiempo en el que no tengo a mis padres conmigo —continué—, es a dar cabida a los errores. Tuve que ir a una terapeuta porque me sentía tan culpable que no era capaz de vivir mi vida en paz. Siempre dándole vueltas a los «y si...» cuando, en realidad, todo aquello escapaba a mi control. Eso es lo que intento decirte. No puedes controlarlo todo, no es sano. Tienes que dejarlos ir, dejarnos ir...

—Sois libres, Am. Os podéis marchar cuando quierais; jamás he querido que os sintáis retenidos.

Se metió las manos en los bolsillos y caminó hacia la casa. Le había hecho daño con mis palabras, que no había entendido. Necesitaba tiempo, y yo se lo daría. Era lo único que podía hacer.

Aquella conversación había enfriado nuestra relación hasta unos niveles considerables. No podía hacer nada para deshacer lo dicho, y además no me arrepentía de ello. Max debía saber que no era responsable de todos. Se me rompía el corazón cada vez que estaba presente ante los desprecios de su padre, o cuando todos sus empleados recurrían a él hasta para respirar. Quizás era culpa del rancho, pero debía comenzar a delegar, a soltar amarras.

En esos meses en el rancho, en los que no tenía una relación directa con la familia de mi madre, lo vi claro. No siempre era bueno mantenerse aferrado a una situación, a un lugar, a alguien..., porque en el intento de salvar lo insalvable te podías destrozar. Mi abuela nos recordaba todos los días que le debíamos mucho, y no le faltaba razón, pero entonces me hacía recapacitar sobre algo: ¿no se suponía que eso era la familia? ¿Eran mi abuela y mi tío verdaderamente nuestra familia? ¿Por qué mi madre había roto la relación con ellos? ¿Por qué ese hermetismo siempre que preguntaba al respecto?

Dejé de cavilar sobre el asunto, más molesta de lo que debía. Estaba enfadada;

cada vez que Max y yo teníamos un acercamiento surgía algo que nos distanciaba. No éramos capaces de permanecer en sintonía. Necesitaba una visión femenina como el respirar. De hecho, precisaba con urgencia tener una tarde de evasión, tomarme un respiro de aquello, volver a ser una joven de mi edad sin sentirme culpable, sin medir cada palabra, cada acto, cada gesto... ¿Qué demonios estaba haciendo con mi vida?

«Dan, vaya mami te ha tocado». Sonreí al pensar en mi hijo. Esa mañana, Thomas me había pedido permiso para llevarlo a un pueblo cercano a ver un partido de baloncesto. No me hizo mucha gracia, pero Jossie y John se ofrecieron a acompañarlo, hecho que me dejó más tranquila. El hermano mediano necesitaba una dosis de madurez por vía intravenosa. Además, era bueno que el niño se hiciese a ellos; no sabía cómo sería el tema en un futuro, pero probablemente regresaría para disfrutar de las vacaciones con su familia paterna. Llevaba un tiempo dándole vueltas al asunto, y cada vez lo tenía más claro. Todo había cambiado: antes de venir a Kansas no sabía lo que me iba a encontrar; venía preparada con una idea preconcebida y errónea. Tras los meses que habíamos pasado en el rancho, comprendí la necesidad de que el pequeño conviviese con ellos, ya que estaban en todo su derecho de pasar períodos con Dan.

Me senté ante la mesa del despacho con la clara intención de dejar las cuentas saneadas, el trabajo bien hecho, además de buscar un buen contable por la zona para el rancho. Aunque habíamos acordado quedarnos hasta las Navidades, debía comenzar a buscar trabajo, actualizar mi currículum, dar una vuelta por Internet. En definitiva, morir de asco, porque encontrar empleo en España era lo más parecido a que te tocara la lotería: una utopía.

Sonó un golpe en la puerta y Tadi entró con su sonrisa perenne.

—Me manda Max: está con mi hermana y no encuentra la libreta. ¿Sabes algo?

Le correspondí con otra sonrisa antes de levantarme para darle lo que venía a buscar. Entonces se me ocurrió que iría yo misma a llevársela. Estaba agobiada de permanecer encerrada allí.

—Te acompaño.

Tadi era un chico divertido, y me gustaba charlar con él; tenía una forma curiosa de ver la vida y no se cortaba un pelo en manifestarlo. Sin darme cuenta estábamos llegando al recinto donde se encontraban las reses aisladas. Observé la interacción de la veterinaria con el resto de hombres y sonreí al percatarme de que era una mujer de armas tomar. No se percibía en ella un ápice de inseguridad; tenía un tono de voz fuerte, seguro. Me gustaba aquella chica.

—Hola. Creo que buscabas esto. —Le tendí la famosa libreta roja ultrasobada a un Max serio—. Estaba introduciéndolo todo en una base de datos para que te sea más fácil encontrarlo.

—Menos mal que hay una persona eficiente al fin, por favor —rio Oneida, y me guiñó un ojo—. ¿Cuántas veces te he dicho que lo hicieses?

Comprobé el ceño fruncido de Max, que esos días formaba parte de su cara a todas horas. Se apreciaba a leguas que no quería entrar en debates sobre mi nuevo método, que había rechazado de pleno cuando se lo había propuesto la semana anterior. Hizo un leve gesto con el ala de su sombrero antes de ir hacia una de las vacas enfermas. Lo seguí con la mirada, algo molesta con su actitud: el tío no se cortaba un pelo en demostrar lo que pensaba. Lo de ser políticamente correcto, en el caso del ranchero, se lo pasaba más bien por el arco del triunfo.

—¿Problemas en The Kline's Mountain? —preguntó en tono burlón la veterinaria.

—Más bien creo que él tiene un problema con sus hemorroides.

Oneida soltó una carcajada. Tuve que hacer una tarea de contención, porque Max se giró extrañado, y yo no pretendía añadir más leña al fuego.

—Esta tarde hemos quedado para tomar algo en Buster's, solo chicas, ¿te apuntas?

Permanecí impasible para no parecer demasiado ansiosa ante Oneida, que me miraba divertida a la espera de una respuesta.

—Me apetece —contesté al fin, después de un paréntesis correcto, cuando en realidad lo que deseaba era dar saltos de alegría.

—Pues no se hable más. ¿Quieres que pase a recogerte?

—No creo que sea necesario, espera... —Me giré hacia Max, al que pillé observándonos—. ¿Puedo coger tu ranchera esta tarde?

—No sé si...

—Ibas a estar con Dan en tu casa, ¿verdad? —interrumpí para acorralarlo. Era lo que había estado haciendo esos días a fin de evitarme.

—Sin problema.

Se encogió de hombros y continuó revisando al animal.

—Ya lo has oído: el jefe me da permiso. —Le guiñé un ojo a la veterinaria, que se lo estaba pasando genial con nuestro tira y afloja.

—Creo que esta tarde va a estar muy entretenida...

—Bueno, necesito saberlo ya o me va a dar un infarto —comentó Belinda tras habernos bebido dos cervezas cada una—. ¿Te cuento las tres versiones

diferentes que se barajan o prefieres explicarnos la tuya directamente?

Me lo estaba pasando tan bien con ellas que era imposible no reírse. Por lo visto, el grupo de mujeres, de lo más variopinto, solían hacer aquello una vez por semana. Se reunían en aquel bar, atrapado en el siglo anterior, y tenían su «tarde de charla, risas y alcohol».

El conjunto estaba formado por Oneida, la veterinaria; Belinda, la dueña de la tienda, y, según había deducido aquella velada, la mejor amiga de Max desde la infancia; Catherine, la actual dueña del bar, que provenía de la Costa Oeste, donde había dejado su vida, su trabajo y su familia para regentar ese negocio en pleno centro de Estados Unidos junto a su marido; Pauline, una joven tímida y encantadora, que era la profesora de la escuela, y Louise, una señora muy mayor, con el pelo totalmente blanco y con la lengua tan afilada como sus uñas.

—Prefiero escuchar las versiones —contesté al fin.

—Aguafiestas —me recriminó Louise—. ¿Sabes que tu Max invitó dos noches a cenar a Pauline?

Señaló a la joven, que enrojeció hasta la raíz del pelo. Era muy bonita y delicada.

—No es *mi* Max —aclaré.

Recibí resoplidos como respuesta.

—Todos en el pueblo creen que soy una cotilla —continuó Belinda ante el silencio de la profesora—. Nada más incierto, querida: me gustan las historias con finales felices. Y si puedo ayudar a darles un empujoncito...

Sonreí al escuchar aquello.

—¿Qué sería de la vida sin los finales felices? —reí.

—Max tiene el corazón atrapado en el pasado —dijo Oneida.

—Amén, hermana —afirmó Catherine.

—Por eso tu llegada ha supuesto un gran revuelo en el pueblo, Amanda —continuó Louise—. No puedes negar que esta hermosura es para perder la cabeza; todos los mozos solteros quieren conquistarla. —Señaló a Pauline, cuya voz todavía no había conseguido escuchar. La profesora estaba tan avergonzada que no sabía dónde meterse.

—Ni ella ni ninguna otra ha conseguido que deje de caminar por ahí como alma en pena... —suspiró Belinda.

Comenzaba a sentirme acorralada, pero me estaba divirtiendo tanto que me daba igual si yo era el centro de atención.

—Danos algo de chicha para sobrevivir hasta el próximo aquelarre —insistió Louise a la vez que levantaba las enormes gafas de pasta y se las colocaba bien.

—Está bien... —claudiqué, y todas gritaron emocionadas.

Les hice un pequeño resumen de lo sucedido entre Max y yo. No quería ser muy específica, pero las cervezas me habían soltado la lengua, por lo que me sentía algo desinhibida. Además, estaba un poco harta de tanto secretismo. ¿Qué tenía de malo nuestra historia en común? Fruto de esos meses en los que compartimos algo más que sexo había nacido Dan, y me sentía muy orgullosa de mi hijo.

—Era imposible que el niño no fuese suyo... —afirmó Belinda una vez hube terminado—. Son iguales.

—Es un poco desesperanzador. Después de llevarlo nueve meses en el vientre y de todo lo que me hizo pasar, no guarda ningún parecido conmigo —comenté a las cinco, que ni pestañeaban, atentas—. Menos mal que su padre es guapo para aburrir.

Silbaron y me vitorearon, llamando la atención del resto de personas del bar.

—Entonces, ¿donde hubo fuego quedan rescoldos? —preguntó Louise dándome un codazo.

—Me niego a contestar nada más, chicas. Sois peor que la policía en un interrogatorio.

Reímos y conseguí que dejaran de machacarme con más preguntas. Entró un joven en el bar que saludó con un levantamiento de barbilla. Lo reconocí al instante: era Major, un trabajador del rancho, pero no fue hasta que Belinda habló que no lo relacioné con ella.

—Menos mal que Max me ayudó con él. —Lo señaló, y el resto asintió en silencio—. No te imaginas la de cosas que hace por todos los jóvenes descarriados del pueblo.

Aquello atrajo mi atención al instante.

—Cuando el párroco me explicó lo que había hecho con su última donación en el local social, rompí a llorar de emoción —continuó Catherine.

Estaba impaciente por saber de qué demonios hablaban.

—Aquí todos recurrimos a él cuando tenemos un problema —afirmó Oneida—. No sé cómo nos aguanta el pobre. También se hizo cargo de Tadi, porque yo no sabía qué más hacer con él. Desde que vinimos de Pine Ridge no dejaba de meterse en problemas; Max me ayudó cuando estaba a punto de tirar la toalla.

Me relataron la historia de los dos jóvenes, uno perdido con el alcohol y otro con cosas más fuertes; cómo el vaquero los había buscado sin descanso hasta dar con ellos, los había rescatado, les había dado un puesto de trabajo y había conseguido que tuvieran una vida estable. Además, Max daba donaciones de

forma asidua para el centro social. Por lo visto, él no iba a la iglesia muy a menudo, pero el párroco se lo perdonaba, porque no había un feligrés más considerado que el mayor de los hermanos Kline.

Con cada anécdota que me explicaban, me alejaba cada vez más de allí. Una extraña sensación que me rondaba desde hacía días se estaba afianzando en mi corazón.

—Cuando aquella desvergonzada dejó al pequeño Cam abandonado y nunca más regresó, él se hizo cargo del crío. Ha sido como un padre para el muchacho —dijo Belinda.

—¿La madre del niño lo abandonó? —pregunté asombrada. Necesitaba saber algo más de aquella historia.

—Se presentó en el rancho de los abuelos, poco después del fallecimiento de Cameron en aquellas maniobras. Llevaban poco tiempo casados, porque ella se había quedado embarazada. Al poco de nacer el niño se largó de allí con todo el dinero que pudo sacarles a los abuelos —continuó la rubia.

—Vino a reclamar lo que era suyo, lo que le pertenecía por derecho, y después se fue, sin más, sin mirar atrás —finalizó Louise.

El corazón comenzó a latirme tan rápido que pensé que me daría un infarto allí mismo. Ese era el motivo por el que había reaccionado tan mal el vaquero cuando me había presentado en el rancho. ¿Creería que iba a hacer lo mismo?

—El día que Cameron falleció, Max cambió para siempre. Eran como hermanos... —comentó Belinda, apenada—. Compartían tantos sueños juntos... Creo que por ese motivo él se fue con sus hermanos. No sé, llámalo intuición.

—¿Y qué pasó el tiempo que él no estuvo en el rancho con el niño? —cuestioné.

—Desde que su abuela falleció y el abuelo tuvo que ser ingresado en un asilo, la familia Kline se ha hecho cargo de Cam. ¿Llevas meses en el rancho y no conoces la historia? —me preguntó Oneida.

Me sentía un poco ridícula. ¿Qué conocía de Max? Apenas cuatro datos sueltos. Un par de anécdotas y mucho sexo. Solo eso.

—No es muy dado a hablar —dije al fin.

—Cierto, en eso los hermanos Kline son muy parecidos... —Me fijé en cómo Belinda le guiñaba un ojo a Oneida, que se levantó de golpe para ir al baño—. No eres la única que tiene problemas con el sector masculino de la familia.

Aquello me dejó un poco más tranquila; después de la noche de la boda pensaba que lo había imaginado. Así que entre aquellos dos había algo, ¿no?

—Max es como los caballeros de las novelas históricas, con su caballo y la

armadura... —susurró Pauline, lo que llamó mi atención al instante. Estaba sonrojada, y me pareció bonito que lo admirara así. ¿Estaría enamorada de él? ¿Se habrían liado en el pasado? Antes de poder elucubrar algo más, noté cómo me rozaban en el brazo. Louise me dio un apretón fraternal.

—Por eso las madres lo quieren para sus hijas —afirmó—. Cariño, no debes temer por el futuro del niño, Max nunca te dejaría en la estacada...

Se me revolvieron las tripas al escuchar aquello. Claro que no lo haría, el ranchero era un hombre leal, íntegro, se hacía cargo de los problemas de los demás e intentaba solucionarlos, cargaba con la losa de la vida ajena. ¿Cómo iba a despreciar a su hijo?

Había estado tan ciega...

Esa tarde había aclarado muchas cosas. Debía dejar de engañarme, por mi bien y el del niño. De regreso al rancho supe qué era lo que debía hacer. Con ese propósito en firme deshice el camino hasta la casa de Max. Aparqué la ranchera y vi que Thomas estaba apoyado en la valla, lanzándoles la pelota con fuerza. Reían mientras jugaban. El cuadro era perfecto: padre e hijo, disfrutando del atardecer de finales de octubre en aquel jardín cuidado hasta el mínimo detalle. Guardé en mi memoria ese bello instante, tal y como había hecho con todos los que había presenciado esos meses. No podía evitar emocionarme, porque era una suerte verlos disfrutar juntos.

—Hola, ¿qué tal con las chicas? —preguntó Thomas con una gran sonrisa.

—Ha sido divertido, igual repito la semana que viene —contesté sin dejar de mirar a Dan y Max.

—Me alegra ver que estás haciéndote a esto. —Suspiró y me giré intrigada por su tono de voz—. Él va a ser un buen padre para el niño. No te va a defraudar.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque merece una oportunidad. Es un buen tío, algo bruto y poco delicado, pero no debes tenerlo en cuenta. —Rio cuando Dan cayó de culo, y soltó una carcajada—. Si te llevas al niño y no regresas, lo destrozarás para siempre.

Sus palabras me cayeron como losas, y me sentí rastrera. Odiaba que me juzgaran por mi error en el pasado. Debía asumirlo, pero escocía de lo lindo.

—Lo hizo bien con Cam, al que sigue cuidando como si fuese su propio hijo —continuó sin dejarme hablar—. Puede que no lo creas, pero quiere a Dan. No le faltará nunca su apoyo.

Guardé silencio unos instantes; lo que acababa de decir era cierto. No obstante, Thomas no era la persona idónea para darme lecciones. Yo la había cagado

profundamente, ellos eran familia del niño y estaban en su derecho de recriminarme que hubiese ocultado su existencia, pero... ese niño mimado necesitaba una dosis de realidad.

—Yo no soy la persona a la que debes informar sobre tu hermano. Ya va siendo hora de que tú y Leah os deis cuenta de su valor y de todo lo que ha hecho por vosotros.

Comprobé el cambio en su expresión. Ya no sonreía, más bien parecía confuso.

—Todo lo que tenéis y de lo que disfrutáis se lo debéis en parte a él. Sería bueno que lo recordaraís cuando lo juzgáis a la ligera. Ten un buen regreso al equipo y no te lesiones otra vez. No te preocupes por mí, sé lo que debo hacer.

Lo besé en la mejilla y lo dejé allí, reflexionando. No me gustaba dar mi opinión sin que me la pidiesen. No era nadie para juzgar, mucho menos para meterme en la relación de los hermanos Kline, aunque mientras caminaba hacia los chicos, que no se habían percatado de mi presencia, me sentí aliviada por haberle soltado aquello a Thomas.

Yo no era la única que debía recapacitar sobre los errores del pasado. Si todo el mundo podía opinar, yo también.

Cosas que no debía hacer después de haber bebido dos cervezas: hacerme la interesante, por ejemplo.

—Querido Max, este tira y afloja que te traes entre manos me aburre —dije después de recoger parte de la mesa.

Disfruté de su sorpresa; venía de acostar a Dan en su habitación. Había insistido en que cenásemos con él, y el niño estaba encantado con la idea, por lo que claudiqué, muy a mi pesar.

—No sé a qué te refieres, querida Amanda.

—Pensaba que eras más listo; te he vuelto a sobrevalorar. Es lo que tiene llevar tantos meses aislada: todo te parece fantástico y maravilloso.

—Hacía días que no cenabais conmigo, solo he sido amable.

Parecía divertido, algo que no entendía muy bien, porque llevaba días en los que solo me hablaba lo justo.

—Por supuesto, los mismos que has necesitado para rumiar nuestra última charla. ¿Ya me has perdonado?

—No seas una cría, Am —bufó a la vez que cargaba los platos en el lavavajillas.

—Claro, yo soy la inmadura —reí con sarcasmo—. Y tú el tipo que tiene las ideas claras y no se enfurruña cada vez que hago o digo algo que no le gusta.

—Yo no me enfurruño, ¿qué tonterías dices? —Se giró extrañado y me miró como si fuese extraterrestre.

—Déjalo, no tiene importancia. Me lo habré imaginado. Tampoco te conozco como para saber nada... —Resopló con fuerza, hastiado, algo que me molestó bastante—. Amanda, tengo mucho trabajo, estoy reventado. ¿Qué pasa ahora?

—El tiempo, Max, eso pasa, y, cuando te descuides, la escarcha del invierno habrá helado tu corazón para siempre.

—Joder... —Se frotó la nuca, contrariado—. Lo siento, pero no te entiendo. Te juro que lo intento, pero...

Eso me ocurría por leer demasiado y haber vivido en *La casa de la pradera* esos meses. ¿Qué narices pretendía?

—Tienes las cuentas al día. Te he buscado un par de contables que creo que pueden ser buenos.

—¿Por qué me hablas de la contabilidad ahora?

—Se trata de eso, ¿no? Tu vida es el trabajo. —Lancé el trapo sobre la encimera con fuerza—. Te escudas en el rancho, y déjame decirte que se te da de maravilla. Así que ya lo tienes: algo más solucionado para que tu mundo siga girando sobre ruedas; te quedan menos de dos meses. No lo olvides.

—¿A qué viene este ultimátum? Ya sé el tiempo que falta para Navidades, y sé que estás deseando largarte, ¿crees que soy idiota?

—No, eres gilipollas.

Me dirigí a la puerta para marcharme antes de tirarle un plato a la cabeza.

—No se te ocurra salir por esa puerta —masculló.

—¿O...? —pregunté aferrada al pomo sin girarme.

—Te castigaré por haberme insultado.

Me estremecí al percibir su presencia, tan cerca de mí que su olor a jabón me invadía y notaba cómo emanaba un calor peligroso de su cuerpo.

—Si me pones un solo dedo encima, te vas a enterar —dije con voz contenida.

—¿De verdad crees que sería capaz? —preguntó, triste.

Me giré de golpe y lo miré. Se alejaba tan apenado y confundido que me extrañó.

—Yo también soy gilipollas —afirmé—. Ya estamos empatados en algo.

Se dejó caer en la silla, derrotado, y me sentí mal. Éramos un desastre total.

—Habías dicho que nada de palabrotas. ¿Los insultos están permitidos?

Negué con la cabeza y me senté a su lado.

—Hacía tiempo que no decía esa palabra innombrable. Me he desquitado y tú estabas cerca. Debo aprovechar los escasos momentos en los que no esté Dan

pululando.

Éramos dos personas inseguras, con corazas tan duras que chocábamos con ellas y caíamos constantemente en el intento de encajar. Observé sus manos callosas y llenas de heridas, su piel curtida por el duro trabajo.

—Quiero que seas feliz.

Cogí sus manos con fuerza. Me miró sorprendido. El azul de sus ojos calentó mi alma de tal forma que fue inevitable no sonreírle. Tenía tanto que agradecerle que era imposible decírselo con palabras. Pero debía intentarlo: tenía que saber que era importante para mí, para nosotros.

—Cuando mi padre murió, pensé que nunca lo superaría. —Me apretó los dedos para apoyarme—. Después, mi madre se fue perdiendo poco a poco; no desapareció de un día para otro, ella hacía tiempo que ya no estaba con nosotras. Fue duro que no regresase, pero en el fondo ya me había despedido de su mirada vacía cuando era incapaz de volver. No puedes amar a quien no quiere o no puede ser amado. Siempre he creído que había nacido para amar a alguien, que encontraría un alma gemela y todas esas chorradas que suelo leer.

Sonrió sin dejar de escucharme.

—El día que nació Dan, conocí a la persona a la que estaba destinada a amar por encima de todo. —Le acaricié la cara y él cerró los ojos—. Él no habría nacido si nuestros caminos no se hubiesen cruzado. No me arrepiento de aquello, no me arrepiento de haberlo tenido. Solo hay algo de lo que me arrepiento, y es de no habértelo contado.

—Am... —Abrió los ojos de golpe.

—No, espera, déjame terminar —interrumpí—. Ya te lo he repetido muchas veces, y aunque no me cansaré de hacerlo, no se trata de eso en realidad. Lo que te quiero decir, cabezota malhumorado, es que mereces ser feliz, mereces amar así, a lo grande, sin medida, hasta que se despeine tu sonrisa y te vuelvas loco de alegría. Deja de estar enfadado con el mundo, suelta lastre y no cargues con las piedras de todo. Disfruta de tu niño y enamórate de él hasta el tuétano. Llegamos tarde, pero no tan tarde como para que este —señalé su corazón— no tenga un espacio para él. Cuando lo dejes entrar, todo será más fácil.

Lo besé en la mejilla y me levanté antes de que una lágrima traicionera resbalase por mi cara. Me la sequé rápido y me giré. Estaba sentado, mirándome sin verme. Supuse que intentando asimilar lo que le había dicho. Necesitaba marcharme de allí, porque estaba tan tentada de besarlo que casi lo hice, pero aquello no se trataba de nosotros.

—Te prometo que va a funcionar, yo haré que todo sea más sencillo. —Recorrí

con la mirada el cálido salón, cosa que me reconfortó—. Deberías comenzar a pensar en montarle una habitación.

Aquellas palabras lo sorprendieron, y reí ante su confusión.

—¿Qué intentas decirme? —preguntó, perdido.

—Que apenas cabe en la cuna que tus padres prepararon y que el niño debe estar con su padre cuando pase tiempo en el rancho.

—¿De qué va todo esto? —Se levantó y se acercó.

Parecía tan vulnerable que las manos me cosquilleaban, impacientes por abrazarlo. Estaba deseosa de cubrirlo de besos.

—Max, no hemos hablado de su futuro. Creo que es hora de hacerlo, pero solo si tú estás dispuesto a que él forme parte de tu vida.

—¡Claro que quiero que forme parte de mi vida! —exclamó, y chisté para recordarle que el niño dormía—. Lo siento.

—Pues, entonces, debemos acordar lo mejor para Dan.

—Siempre.

—Genial. ¿Te parece que lo dejemos para mañana? Estoy reventada.

Al fin podía hacerle partícipe de mis planes...

—Tenemos tiempo, Am. —Sonrió con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones. Me encantó contemplarlo con aquel aire desenfadado, feliz. Parecía más joven. Ese era el verdadero Max, el que apenas salía a la superficie. Y era una pena, porque nos estábamos perdiendo un gran tesoro.

—Por supuesto, vaquero. Todo el tiempo del mundo, pero ahora voy a despertar al enano y me voy pitando a meterme en la cama.

—Déjalo —susurró—, quédate.

Me revolví extrañada, y él entrecerró los ojos de forma graciosa.

—Max...

—A ver, ya sé que soy irresistible, pero me refería a que durmieses con él. Ya me acuesto yo en el sofá.

Cabeceé antes de intentar darle un golpe en el brazo.

—No voy a dejar que duermas en el sofá, mañana te espera un largo día.

—Mi sofá es el más cómodo del mundo; he dormido más veces en él que en la cama.

—No tengo cepillo de dientes —me excusé, acorralada, porque aquella me parecía una idea nefasta y todas mis alarmas internas comenzaban a sonar.

Se mesó el pelo con calma. Tragué al contemplar sus brazos fuertes bajo aquel jersey fino. Definitivamente, era la peor idea del mundo.

—Compré uno el otro día. —Sonrió, travieso, al ver que abría mucho los ojos

—. Suelo tener uno de repuesto. Nunca se sabe...

—¿Te visitan muy a menudo?

—Mañana te lo cuento, que estás agotada...

Contuve una carcajada mientras lo veía ir hacia el cuarto de baño. Esta vez había sido él el que me había metido un gol. Y lo peor de todo era que el gol no era lo único que quería que hiciese con ese verbo.

24

MAX

Me percaté al instante de que prestarle a Amanda una camiseta mía para dormir había sido un error. ¿Por qué lo decía? Porque desde que la había visto ir a por un vaso de agua a la cocina no podía abandonar la imagen de ella en mi casa para siempre, para todo... Y aquello era impensable.

No podía dormir, era imposible; estaba tan activado que me replanteaba ir a correr antes de emprender el día. Lo más sensato que podía hacer era machacarme con ejercicio, porque por algún lado debía salir toda esa contención.

Nuestra historia en el pasado fue fugaz, como una estrella, pero a ambos se nos olvidó pedir un deseo..., ella por inexperiencia, yo por cobardía. En la actualidad todo era distinto. Tan diferente que ni siquiera sabíamos qué hacer. Y, de pronto, los acontecimientos habían dado un giro, como en las películas. Amanda, contra todo pronóstico, quería regalarme una vida en común con mi hijo. Me ofrecía una posibilidad.

Mi hijo... Cada vez que lo pensaba se me henchía el pecho. Me recorría una especie de emoción incontrolable de plenitud. Nunca había sentido nada igual, y me daba miedo que desapareciese. ¿Qué tendría pensado Amanda? ¿Qué pasaba con su vida en España? ¿Qué le podía ofrecer yo tan interesante como para que lo dejase todo? Yo solo era un paleta que intuía cuándo se aproximaba un tornado, que cuidaba reses y contemplaba los campos. Ella... Había dicho que debería montar una habitación para Dan; en ningún momento había escuchado la palabra «nosotros», ¿verdad?

«Deja de soñar despierto, capullo. Límitate a pensar en que tendrás a Dan únicamente para las vacaciones y da las gracias».

¿Sería suficiente para mí? ¿Por qué la vida era tan complicada?

Definitivamente, aquella noche fue imposible que pegara ojo. Vi transcurrir todas las horas del reloj, sopesando los pormenores de la situación. ¿Por qué no lo había pensado antes? Amanda jamás había dicho que se iban a quedar... ¿Creía que con mis múltiples encantos iba a persuadirla de que no dejara esto?

Reí. Fue algo ruidoso para aquellas horas de la madrugada, pero inevitable. Si

ella me escuchaba, iba a pensar que estaba majareta. ¿Cómo iba a querer permanecer aquí más tiempo del estrictamente necesario, si incluso yo mismo huiría lejos si tuviese la posibilidad?

«Idiota».

A las cinco y media decidí poner una cafetera. Me vestí en silencio y pasé al lado de la puerta de mi habitación con la idea de entornarla para no molestarlos con el ruido y me quedé embobado con la estampa idílica. Madre e hijo cogidos de la mano, dormidos, y yo me moría por estar con ellos. Di media vuelta antes de despertarlos. Me esperaba un día duro después de no haber pegado ojo.

Estaba a punto de salir por la puerta cuando escuché su voz soñolienta.

—¿Pensabas marcharte sin despedirte?

Sonreí como un imbécil, y en ese preciso instante, cuando estaba a punto de coger mi Wrangler para largarme a trabajar, lo supe.

«Estás perdido, vaquero. Te han echado el lazo».

—Lo siento, no quería hacer ruido —dije.

Se acercó y me colocó bien la solapa de la chaqueta. Aquel pequeño gesto me dejó noqueado: hacía años que nadie se preocupaba por un detalle así. Desde que era un niño.

—Madrugas mucho, no tienes tiempo para ti.

El pelo despeinado hacía juego con su tristeza.

—¿Qué te ocurre? ¿Otra pesadilla?

Negó con la cabeza. Me percaté de que se estremecía, y entonces vi que estaba descalza. La abracé, necesitaba hacerlo como respirar: aquella joven noble con un alma bondadosa había vuelto a Kansas para compensar un error. Muy pocas personas harían algo parecido en sus circunstancias. La valiente Amanda, que había tenido una vida difícil... Yo no iba a ser quien se la complicara.

—Dulce Am...

Se aferró a mí con fuerza. Me empapé de su olor, que era único. ¿Cómo iba a soportar la vida después de que se fuesen?

—Ya sé que es tu trabajo, pero me da una pena enorme ver que todo pasa por ti. Deberías delegar tareas. —Su aliento cálido me acariciaba el pecho a través de la camisa.

—No sé hacer eso —confesé, porque era cierto.

Me miró sorprendida.

—¿En serio? Si es muy fácil... ¿Quieres que te lo explique?

Reí y le acaricié la cara. El tacto de su piel me calentó, era como volver a casa después de un largo día de trabajo. Quería permanecer a su lado sin tener que

pensar en nada más.

—Seguro que me sorprendes. Ilumíname, Sunshine.

Abrió mucho los ojos, imaginé que sorprendida por mi respuesta. Arrugó la nariz en ese gesto tan gracioso que solía hacer cuando se le pasaba algo descabellado o muy divertido por la cabeza.

—Es tan sencillo como confiar... —Se aferró a mi chaqueta y me llevó hacia ella—. Suelta las riendas y observa cómo vuelan. Al principio pueden tener dudas, pero los pájaros siempre abandonan el nido con éxito.

Me soltó y abrió las manos, que apoyó sobre mi torso. Probablemente estaría notando mis latidos desbocados. Amanda era especial; lo supe en el pasado y lo reconocía en el presente. Era imposible no caer rendido a sus pies.

—¿Puedo confiar? —le pregunté con un hilo de voz.

—En mí, siempre; yo nunca te fallaría. —Me suavizó el entrecejo con los dedos y sonreí, porque, con toda probabilidad, estaría fruncido—. En cuanto al resto, supongo que se trata de apostar; en caso contrario, nunca lo sabrás. Tómallo como un salto de fe.

Con aquella sencilla respuesta averigüé lo único que necesitaba para seguirla hasta los confines de la tierra.

—¿Qué voy a hacer contigo, Am?

La ternura de su mirada hablaba sin necesidad de añadir palabras.

—¿Volverás temprano?

—¿Quieres que regrese pronto? ¿Por qué?

Se alzó de puntillas para que nuestros ojos estuviesen a la misma altura.

—Solo hay dos cosas muy importantes para mí aquí; una de ellas está en esa habitación, la otra intenta esconderse, pero yo la veo, la siento...

Me dio un beso suave, como el aleteo de una mariposa. La apreté más fuerte, con el corazón a mil por hora, incapaz de pensar, de creer lo que estaba pasando.

—Regresaré antes del anochecer. —Le sonreí, y me correspondió con otra sonrisa.

—¿Por qué antes del anochecer? —susurró sobre mi boca.

Le respondí con un beso que nada tenía que ver con el anterior; fundimos el deseo con nuestras lenguas enredadas. Hacía tanto tiempo que la necesitaba que quería volver a hacer aquello; casi me parecía un milagro tenerla entre mis brazos de nuevo. Interrumpí el beso al recordar la promesa que le había hecho.

—¿Alguna vez te han hablado de cuál es el lema de nuestra tierra? —Negó con la cabeza, divertida—. Pues cuando lo averigües obtendrás la respuesta.

La besé una última vez antes de salir con el convencimiento de que dejaba

parte de mí en la que había sido mi guarida hasta ese instante. Reconocer que ya no era así, que no necesitaba esconderme, supuso una liberación. Esperaba que ella lo comprendiese, porque juré por Dios que haría todo lo posible para que así fuese.

A media mañana me encontré con Paul. No habíamos tenido oportunidad de coincidir antes.

—¿Cómo lo llevas? —le pregunté al capataz, que no dejaba de toquetearse las puntas de su bigote, pensativo.

—He tenido días mejores —contestó al horizonte—. Escucha, ese botarate de Major no da ni una.

—Por eso lo puse en tu cuadrilla, para que lo endereces.

—¡Eh! Yo no soy la niñera de nadie. —Escupió el tabaco de mascar que tenía en la boca desde la montura de su caballo.

—Desde hoy sí.

Rio con ganas por mi respuesta y de pronto se atragantó.

—Viejo, deja esa porquería, hazte un favor. —Lo miré preocupado, porque pensaba que se ahogaría en cualquier momento.

—¿Algún consejo más?

—Creo que no. —Me alejaba con Bonnie cuando me giré al recordar algo—: ¡Ah! Me tomo un par de días de asuntos personales. Te he dejado el cuadrante en los establos.

—¿Cómo que te coges dos días? Nunca haces eso.

—Pues ve acostumbrándote, porque a partir de ahora va a suceder muy a menudo. —Reí al percatarme de su cara de asombro.

—¿No tendrá nada que ver esa hermosura?

—¿Por qué sois todos tan cotillas?

Hablaba con razón: desde que Amanda y el niño habían aparecido en el rancho me sometían a interrogatorios diarios. Cada uno de los trabajadores se las ingeniaba de una forma distinta. Incluso llegué a pensar que estaban compinchados para ver cuál de ellos conseguía sacar información al respecto. Paul era un buen hombre y mejor trabajador, pero casi nunca tratábamos temas personales entre nosotros; por eso me extrañaba su actitud.

—Haces bien, hijo. Puede que ahora no lo veas, pero no se es joven siempre...

—Apoyó las manos sobre la silla, reflexivo—. Las jornadas son largas, agotadoras, difíciles; si no tienes quien te espere al final del día, todo pierde sentido. Mi Lauren es el mejor regalo que me ha dado la vida. No hemos tenido

la bendición de los hijos hasta que llegó Cam. A ti te ha sonreído la fortuna; no lo desaproveches, chico.

—Ella es diferente, Paul —afirmé—. No está acostumbrada a esto, no pertenece a este mundo.

—¿Este mundo? —preguntó extrañado—. ¿Es que viene de un mundo diferente?

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Lo que creo es que habla el miedo.

—¿Miedo? —Solté una carcajada—. No tengo miedo a nada.

—Hace muchos años que nos conocemos y nunca me he metido en tu vida, pero, chico, si no te lo digo, creo que al final me saldrá una úlcera. —Entrecerró los ojos y me miró con una ligera sonrisa que movió su enorme bigote.

—¿Por qué no sigues como hasta ahora, callado?

—¿Y perderme la diversión? No, señor. —Me señaló con un dedo calloso—. Temes que esa joven te robe el corazón, lo veo en tu mirada. Lástima que ya lo ha hecho. No tienes nada que perder y mucho que ganar. Pídeselo.

—¿Quieres dejar de decir estupideces? —bufé, tan sorprendido que incluso Bonnie se removió inquieto—. ¿Que le pida qué?

—Que se quede, que sea tu mujer.

Sus palabras me sacudieron. «Mi mujer...».

—Métete en tus asuntos —dije a su semblante divertido—. Una úlcera tampoco te hubiese matado.

Río con ganas y tosió fuertemente por los estragos del tabaco. Cabeceé antes de girarme para dejarlo allí con su diversión particular: no me apetecía seguir escarbando en mis sentimientos con el capataz. Si le daba pie a ello, pronto todos se meterían en todo lo que respectaba a mi vida, y, como bien había señalado él, mi vida era eso: mía.

—Por cierto, Lauren la vio salir de donde el abogado el otro día —dijo mientras me alejaba. Se me erizó el vello del cuerpo sin explicación—. Estaba con Cam comprando en la tienda de Belinda y la reconocieron.

—Iría a solucionar algo —contesté después de quedarme un rato sin saber qué añadir—. Hasta luego.

Cabalgué hacia los establos con una extraña sensación. ¿Qué querría hacer Amanda en el bufete de Bill Joeman? Deseché darle vueltas, porque podría ser cualquier historia sin fundamento. Seguro que fue a preguntarle si se podía hacer cargo de la contabilidad... «¡Qué cabezota eres, Amanda!».

Espoleé a Bonnie para que se apresurase: tenía pendientes varias tareas antes

de ir a buscarlos. Me moría de ganas de contarles a los dos lo que se me había ocurrido.

Cuando me hallaba colocando la silla de montar en su sitio entró Tadi, que parecía muy agobiado. Ni siquiera se percató de mi presencia hasta que casi se tropezó conmigo.

—Hola, jefe.

—¿Cómo estás, Tadi?

—Preocupado, jefe —confesó con cara de pesar.

—¿Ocurre algo?

Asintió con la cabeza antes de mirar a su alrededor para ver si había alguien más.

—Es Oneida. Está imposible desde que Thomas se ha ido.

Me quedé estupefacto ante tal declaración; lo que menos esperaba del joven era que me hablase de la relación que creía que era secreta entre nuestros respectivos hermanos.

—Esto... —Me froté la nuca intentando averiguar cómo salir de aquello—. Es un tema un tanto peliagudo que no nos incumbe.

—Jefe, sí nos afecta. A mí por lo menos, y tú siempre me ayudas.

—Tadi, no veo cómo puede afectarte.

—No quiero ver sufrir a mi hermana —afirmó después de un largo silencio.

Sus ojos negros, vivos como ascuas, me perforaban a la espera de una respuesta, de algún tipo de afirmación o frase que pudiese darle sosiego. Estaba agotado, cansado de ser un mentor, de solventar dudas a las que la gran mayoría de veces no sabía darles una buena solución, porque yo era la persona menos indicada. Sin embargo, continuaba haciéndolo. ¿Por qué?

—¿Qué puedo hacer yo para que ella no sufra? Es un problema que deben aclarar los dos. Nosotros no pintamos nada.

—Ya sé que no debo molestarte con estas cosas, jefe. Pero Thom está raro. Me enteré de lo suyo porque los pillé discutiendo poco antes de irse. No era mi intención. Desde entonces Oneida parece otra.

—Intentaré hablar con él, aunque no te prometo nada... —Suspiré—. Tadi, hazte a la idea de que no podemos hacer gran cosa.

El chico me miró tan angustiado que me supo mal no poder ayudarlo.

—Ella es mi única familia, no quiero verla así.

—Oneida es fuerte —insistí para restar importancia al asunto. Además, era lo que creía.

—Puede parecerlo, pero en realidad finge. No le ha quedado otra opción.

Cerré el habitáculo de Bonnie y apoyé una mano en su hombro para acompañarlo hacia la puerta de los establos.

—Tadi, preocúpate de no darle más quebraderos de cabeza. Un mal de amores no mata a nadie.

Sonrió y pareció relajarse, lo suficiente para destensar sus hombros, que parecían sogas tirantes.

—Thomas no es para mi hermana.

Asentí sin que el chico me viese; no era el único que creía que aquello era algo descabellado.

—Anda, ve a encontrarte con Paul. Estaré ausente un par de días. Portaos bien con el viejo.

—Claro, jefe. ¡Te echaremos de menos! —gritó mientras se alejaba, y me sorprendió: no sabía que los chicos me tuviesen tanto afecto.

Los días siguientes fueron increíbles. Jamás había estado tan bien; ni siquiera aquel tiempo en Lawrence podía compararse a esta burbuja que me mantenía flotando. Puede que me estuviese dejando llevar, pero no quería analizarlo, tan solo disfrutar.

Llevé a Amanda y Dan a visitar algunos lugares que ella me había asegurado que no conocía. De camino a Strataca, a las famosas minas subterráneas de sal de Kansas, el niño canturreaba las canciones que sonaban en mi emisora favorita. Me acompañó en el estribillo de *We are the Champions*.

—¡Eh, campeón! ¿Conoces estas canciones? —le dije a través del espejo retrovisor a su cara sonriente.

—¡Dan canta! —contestó contento.

—Claro que las conoce: su madre tiene muy buen gusto musical —comentó Amanda con una enorme sonrisa.

—Su padre también.

Me quedé callado de golpe al caer en lo que acababa de decir sin darme cuenta. Noté cómo Amanda me rozaba la mano que tenía apoyada en el cambio de marchas.

—Por supuesto, su padre es un gran músico. —Apretó mi mano—. Creo que es hora de que el niño sepa quién eres. ¿Qué te parece, vaquero?

Se me hizo un nudo en la garganta importante, y tuve que fijar la vista al frente para que unas lágrimas traicioneras no me hiciesen quedar fatal. ¿Qué narices me estaba pasando? Tragué antes de contestar a Amanda, que no me había dejado de mirar con esa sonrisa adorable, capaz de hacerme andar sobre ascuas

ardiendo si me lo pedía.

—Me haría muy feliz —dije en voz baja.

—No sabes las ganas que tenía de vivir este momento. —Me abrazó con fuerza, y tuve que sujetar el volante para no hacer una maniobra extraña—. ¡Ups! Lo siento, este instante no debía suceder en la ranchera. —Soltó una carcajada. Dan daba palmas entusiasmado.

—¿Cuál era un buen lugar para ese instante, Am? —pregunté después de un rato en un cómodo silencio.

—Me había imaginado muchos escenarios distintos. En casi todos apareces sin camiseta. —Me hizo reír a mandíbula batiente con su salida—. ¿Qué? Es lo que le da calidad al asunto. Tienes que ponerte en situación...

—Am, si estoy sin camiseta es difícil que me ponga en situación, porque acto seguido te imagino sin...

—Vale, vale... —interrumpió—. Tenemos espectadores que son listos como el demonio.

Señaló con el dedo pulgar al crío, que nos escuchaba divertido. Dan me sonrió, y me quedé prendado de sus hoyuelos. «Son iguales que los tuyos, papi». Suspiré tan satisfecho que Amanda me interrogó con la mirada.

—¿Cuándo se lo diremos?

—Creo que lo mejor es actuar con naturalidad, que surja sobre la marcha. —Me guiñó un ojo, y así fue como aquella joven preciosa me hizo el hombre más feliz del planeta.

Dan disfrutó de lo lindo de la excursión de casi dos horas en aquel museo subterráneo. Al principio tuve ciertas reticencias al respecto porque avisaron de que si sufrías claustrofobia no era muy adecuado entrar. Me preocupé al ver cómo nos colocaban unos cascos similares a los de los mineros; ¿dónde íbamos, a picar piedra? Mi paranoia con la protección salió a flote, y fue Amanda la que me frenó con unas palabras.

—Relájate, vaquero. Dan es todoterreno —susurró en mi oído al verme agobiado.

¿Podría relajarme? Jesús, cuánta responsabilidad era esto de ser padre...

«Eres padre, colega».

Más tarde fuimos a comer, y en el restaurante estaban celebrando un cumpleaños.

—¡Festa! —gritó Dan entusiasmado cuando vio la tarta.

—Le encantan las tartas —confesó Am—. Sobre todo soplar las velas y llenarlo todo de babas; es un experto.

Reí cuando me imaginé al crío.

—Por cierto, en unos días será el suyo —dijo, interrumpiendo mis pensamientos, y señaló al niño.

—¿El de Dan? —pregunté alucinado—. ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—No me lo has preguntado. —Se encogió de hombros—. Nació el 10 de noviembre.

Me desinflé al instante al darme cuenta de que no habíamos hablado de eso.

—Tenemos muchas cosas pendientes de las que ponernos al día —afirmé.

—Un montón. Pero ahora vamos a tratar lo importante: ¿le haremos una fiesta? —dijo en voz baja para que el niño, que estaba distraído con la mesa de al lado, no se percatara.

Vi el reflejo de la joven extrovertida que conocí hacía unos años y me encantó disfrutar de su alegría. Cumpleaños, fiesta, familia... Dios, mi corazón iba a reventar como una piñata.

—¿Quieres una fiesta para Dan? —Asintió emocionada, con lágrimas en los ojos—. Entonces, tendrá la mejor del mundo.

Le acaricié la cara y una lágrima resbaló por su mejilla.

—Si su padre está en ella, lo será, te lo aseguro.

La acerqué hacia mí cogiéndola por la cintura y le di un beso.

—Am..., yo...

—No digas que lo sientes, vaquero. —Cogió mi cara y me besó con ímpetu—. Porque he echado tanto de menos besarte que casi me duele.

Llevaba en brazos a Dan, que estaba agotado, cuando nos dirigíamos a la ranchera. Y noté cómo ella me asía por las trabillas de mis vaqueros para abrazarme mientras caminábamos, como una familia convencional.

—Dan, ¿sabes que vamos a hacer una fiesta en casa de papá?

Se me paró el corazón, o eso fue lo que creí al escuchar a Amanda. Dejé de caminar y el niño levantó la cabeza de golpe.

—¿Casa de papá? —le preguntó a su madre, que le sonreía.

—En casa de tu papá, Max.

Si en aquel momento me hubiesen lanzado una piedra ni me habría movido: estaba a la espera de una reacción del niño, que nos miraba entre extrañado y divertido.

—Mas, ¿te gustan las *festas*? —Rio.

—Me encantan —le respondí.

—¿Eres papá?

Contuve la respiración y miré a Amanda, que afirmaba con la cabeza como loca, con lágrimas en los ojos. Se me encogió el alma en ese instante tan importante de mi vida. Apreté al niño, con miedo, porque jamás me había sentido tan vulnerable y feliz a la vez.

Solté el aire antes de hablar para infundirme fuerzas.

—Soy tu papá, Dan. ¿Sabes lo que significa? —Negó con la cabeza, y le sonreí—. Amanda es tu mami y yo tu papi, y estaré aquí siempre para ti. ¿Quieres que sea tu papi?

Me estaba poniendo demasiado profundo con él, y con toda probabilidad no estaba entendiendo absolutamente nada, por cómo nos escrutaba a ambos, que parecíamos dos bobos.

—¿Me llevarás en Bonnie? —preguntó después de pensárselo mucho.

—Claro, a Bonnie le gustas.

—Vale, *Mas* será papi.

Y me abrazó.

De vuelta a casa miré a Amanda, que tenía la vista fija en el cielo. Estaba a punto de anochecer.

—¿Crees que lo ha entendido?

No quería parecer frágil, pero me preocupaba tanto el asunto que necesitaba su opinión.

—Dale tiempo: se trata de establecer tu papel en su vida. Para él ahora solo es una palabra. —Me miró con una ternura infinita.

Tiempo... ¿Lo teníamos? ¿El suficiente como para que el niño comprendiese lo que quería decir «papá»?

25

AMANDA

Las dos horas de trayecto transcurrieron en un suspiro. Apenas había asimilado todo lo sucedido aquel día. Contemplaba a Max, que conducía sereno, con una calma tan apacible que era imposible no contagiarse de ella. Notaba una energía en el pecho tan brutal que creía inaudito vivir aquel momento de plenitud. Me daba miedo despertar. Temía que esos maravillosos días se evaporasen. Mi corazón hacía semanas que había tomado una determinación; ahora solo faltaba que el resto acompañase. Volví a mirarlo y me pilló. Un burbujeo en el estómago consiguió que me removiera incómoda. No necesitaba ponerme colorada para dejarle claro lo colgada que estaba por él.

«Jess se lo va a pasar en grande contigo cuando se lo cuentes, tonta».

—Am, no sé si lo haré bien —confesó después de un buen rato sin haber hablado.

—No seas bobo, eres un tío serio. ¿Cómo tienes dudas?

—Es mucha responsabilidad, maldita sea... —Se encogió un poco y miró por el retrovisor para comprobar si el niño seguía dormido—. ¿Ves? Ni siquiera recuerdo que no puedo soltar tacos en su presencia.

—Max, relájate... Meteremos mucho la pata, porque somos humanos y cometeremos errores, pero de eso se trata, de que aprendamos juntos. Cada día a su lado te enseñará algo nuevo.

«Juntos... Todavía no, Amanda, no te apresures. Todo a su debido tiempo».

—¿Te ha gustado la excursión? —me preguntó, cambiando de tema, lo que agradecí, porque nos estábamos poniendo demasiado profundos.

—Ha sido una pasada. —Reí al ver a Dan sujetando el casco de minero que Max le tuvo que comprar—. Cuando se lo cuente a mis hermanas van a alucinar. Y pensar que hemos vivido tantos años en Kansas y no hemos visitado esas minas...

—¿Dónde más habéis vivido? No hablas mucho de tu pasado.

No me gustaba hablar de mi vida anterior porque dolía.

—En muchos países —suspiré—. Mi padre era comercial de una empresa multinacional de riego. En vez de viajar él solo, nos llevaba a toda la familia.

Normalmente él dirigía las tareas de apertura de nuevas sedes, por lo que solíamos permanecer varios meses, incluso un año, en cada lugar.

Rememorar los viajes, las idas y venidas, los altibajos, los cambios de colegio y el sinfín de historias que habíamos sufrido era duro. Aunque vivimos muy buenos momentos. O quizás, como solían decir mis hermanas, yo siempre guardaba lo positivo. Mirándolo en perspectiva, no era algo que yo habría escogido para mis hijos. Ese no iba a ser el tipo de vida que Dan tendría.

—Debe de haber sido una pasada conocer tantos lugares distintos —comentó al frente, probablemente imaginándose castillos en el aire.

—No lo fue. —Me miró extrañado antes de volver a prestar atención a la conducción—. Creo que mis padres no pensaron demasiado en nuestra comodidad. Viajar cuando eres niño puede ser enriquecedor para unas vacaciones: conocer otras culturas, otras costumbres... Cambiar de casa, de amigos, de colegios... es un asco. No creas lazos en ningún lugar.

—Pues yo habría dado alguna extremidad por haber podido volar lejos del rancho... —susurró.

«Ojalá yo hubiese tenido un lugar al que llamar hogar».

—No quiero esa vida para Dan. No es bueno —afirmé.

—¿Y qué tienes pensado?

Noté un pellizco en la boca del estómago. Había llegado la hora de la verdad.

—Estabilidad.

—¿Y qué más?

—¿Vamos a mantener las conversaciones más importantes sobre nuestro futuro en este coche?

—¿A qué tienes miedo, Am?

«A que me rompas el corazón».

Antes de poder contestar sonó mi teléfono. Lo descolgué sin mirar para que no siguiera sonando y despertara al niño.

—¿Amanda? ¿Eres tú? —Reconocí la voz de Jaime al otro lado de la línea y maldije por no haber dejado el móvil en silencio.

—Hola. Sí, claro que soy yo.

—Menos mal... est... no... y voy...

—¿Hola? —pregunté al ruido entrecortado que sonaba a través del teléfono.

Se cortó la llamada y vi que estábamos entrando en el rancho. Cuando Max aparcó el coche frente a la casa grande, parecía bastante pensativo.

—Era una llamada desde España —dije, sacudiendo el móvil—. Pero se ha cortado.

—Deberíamos hacer algo con la cobertura, colocar una antena amplificadora o algo... Para ti es importante.

Se bajó del vehículo antes de que pudiese decir algo. Cogió a Dan, y lo subimos a su habitación.

Acostó al niño, que estaba frito, y lo ayudé a colocarle el pijama; lo dejamos en su habitación y entramos en la mía. Se había puesto muy serio; en realidad no quería que esos dos días estupendos se acabaran así.

—Max. —Lo retuve por la manga de la chaqueta cuando estaba dispuesto a largarse sin decir nada—. No hagas eso.

Se giró, y pude comprobar la indecisión en su rostro.

—¿Que no haga qué?

—Ponerte de morros. Te enfurruñas y te pareces al niño cuando le quito sus dibujos favoritos.

—¿Me acabas de comparar con un crío? —Arqueó una ceja divertido.

Antes de que pudiese contestarle me apoyó contra la pared, atrapándome contra su duro torso. El corazón me bombeaba a mil por hora cuando noté su lengua recorriendo mi cuello, y me aferré a sus brazos al percibir que mis rodillas fallaban. Cuando me sujetó por las caderas lo abracé con las piernas. Sus ojos despedían fuego, el mismo que notaba brotar de mi interior. Antes de dar cordura a lo que estábamos haciendo nos fundimos en un beso arrollador. La sed que ambos teníamos el uno del otro era imposible de saciar con un intercambio fugaz.

Nada de lo que habíamos vivido antes se podía comparar al deseo que sentía por él en aquellos instantes. Max había conseguido acariciar partes de mi alma a las que nadie había llegado antes. Quería mostrarle lo que significaba para mí.

Acarició mis pezones erectos bajo la tela de la camiseta y solté un gemido que ahogó con su boca.

—¿Amanda? —Un golpe en la puerta de la habitación nos trajo de vuelta en décimas de segundo.

Jossie estaba a punto de abrir y pillarnos en plena faena. Max masculló un impropio antes de soltarme. Abrió tan rápido que no tuve tiempo de colocarme bien la ropa.

—Mamá, no hables tan fuerte, que vas a despertar al niño.

—Perdona, pensaba que...

—Adiós. —Le cerró prácticamente en las narices y se giró con cara de pocos amigos hacia donde me encontraba.

—Tú y yo tenemos una cita mañana por la noche. En mi casa, solos, sin

teléfonos, sin Dan, sin abuelos ni trabajadores ni inclemencias del tiempo o del cosmos... —Me repasó lentamente de arriba abajo, desnudándome con la mirada—. Vamos a dejar las cosas claras. Todas. —puntualizó, y tuve que aguantarme la risa al verlo tan serio.

—Me parece estupendo.

Acortó la distancia que nos separaba y me dio un beso que me dejó con ganas de más.

—Si supieses lo que se me está pasando por la cabeza ahora mismo...

—Querido Max, si tú adivinases lo que tengo en mente, hace mucho que habrías dejado de dar vueltas.

Soltó una risotada y se fue con un propósito explícito en su mirada. Porque estábamos en casa de sus padres, porque no habíamos aclarado nuestro futuro, porque por mucho que quisiésemos negar lo contrario, ambos teníamos miedo.

Miedo a apostar, al fracaso, al dolor, a abrirnos al otro y perder. Éramos tan tontos que no nos habíamos dado cuenta de que mientras batallábamos con el temor, caíamos en una espiral en la que no dejábamos de dar vueltas.

Así que aquella noche me metí en la cama con la total certeza de que la siguiente noche tenía una cita con mi futuro, además de que esta sería crucial. No hablaban mis hormonas, porque no se trataba de la necesidad de sexo, que, dicho fuese de paso, era más que real. Me refería a abordar unas bases importantes para nuestro futuro y el del niño.

¿Era fría y calculadora? Ni mucho menos.

Le había comentado al ranchero que debía dar un salto de fe. Yo iba a lanzarme directamente al precipicio de la incertidumbre sin un paracaídas. ¿Sería suficiente este sentimiento que había nacido entre nosotros y al que no quería ponerle nombre? ¿Nos equivocábamos o seguía hablando el temor?

Continuaba dándole vueltas al asunto cuando comprobé mi reloj. Hice un cálculo rápido antes de coger el móvil.

Unos minutos más tarde apareció la cara soñolienta de mi hermana en la pantalla.

—Sunshine, tienes que dejar de hacer esto a mi pobre corazón —murmuró recostada sobre la almohada—. ¿Qué hora es?

—Allí las siete, creo. —Comprobé el reloj de nuevo—. Las siete y cuarto de la mañana, hora de que estés levantada.

—Me he dormido, qué desastre. —Se desperezó y me hizo reír. Las echaba tanto de menos...—. Espero que no tengas malas noticias, porque cada vez que me haces una videoconferencia sufro de lo lindo. No sé si flotas en una nube

como ayer o quieres destruir todos los enanitos de jardín como...

—No seas rancia, Jess. Sigues con tu mal despertar —bufé—. Necesito tu sabiduría de hermana mayor, además de una visión femenina.

—Am, voy a preparar un café. Dudo que pueda procesar algo sin cafeína de por medio. Espera...

Observé los movimientos del teléfono. Abrió la puerta de la habitación de Tracy y la despertó.

—Hermana pequeña, dale los buenos días a tu hermana mediana —dijo, y acercó la pantalla a la nariz de Tracy.

—Hola... —murmuró esta sin abrir los ojos.

—Hola, preciosa —contesté.

—¡Mueve el culo, que nos hemos dormido! —gritó mientras salía de la habitación—. Podías haber llamado media hora antes y así habrías evitado que ahora tenga que correr.

—Jess, no tienes que entrar hasta las diez, y Tracy va sola... ¿Qué rollos me estás contando?

—Como no me hables con amabilidad, te cuelgo. —Dejó el móvil un momento boca abajo a la vez que trasteaba por la cocina y lo volvió a coger cuando acabó—. Ya estoy disponible.

—Me quedo —solté de golpe. Escuché algo que se rompía y las palabrotas de mi hermana mayor.

—Vamos a ver... —Acercó el teléfono a su cara seria—. ¿Lo has pensado bien? Mira... Por aquí el ambiente está revuelto.

—Jess, hemos hablado de esto antes. Me dijiste que siguiese a mi corazón.

—¿Había bebido cuando te dije eso?

Dije que no con la cabeza con una sonrisa.

—Creo que acababas de tener una cita con tu chico misterioso.

Soltó una carcajada profunda que me calentó. Adoraba a Jess.

—¿Lo has comentado con él? —Volví a negar con la cabeza.

—Verás, de eso se trata: no hemos podido... Da igual, Jess, lo tengo claro.

—¿Pero sabe cuál es tu idea? ¿Le has dicho lo del alquiler del apartamento?

Negué con la cabeza por tercera vez, impaciente. Acto seguido ella se dio una palmada en la frente y puso los ojos en blanco.

—Lo haces todo al revés, Sunshine. Primero le dices que te mueres por sus huesos, luego le dais al mambo y por último le propones tus planes.

Reímos juntas ante su broma.

—Bueno, entonces no sería yo. Mañana es el día.

—¿Estás nerviosa?

—Mucho.

—Pues no deberías. Pese a que él no se ha declarado y que a lo mejor te das un planchazo peor que aquel en la piscina cuando tenías cinco años, creo que eres muy valiente. «Nosotras no necesitamos que un príncipe azul nos salve, nosotras queremos un príncipe que nos acompañe». —Reí al escuchar su mantra.

—Quiero que esté con su hijo. Mi etapa en España se ha acabado.

—Jaime se reunió ayer con la abuela y el tío. Las voces se oían desde la sala hasta los lavabos.

Se me encogió el estómago.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo? —pregunté.

—Te diría que nada, pero la realidad es que escuché tu nombre un par de veces.

—Me ha llamado hace un rato, pero no he entendido lo que me decía porque apenas tenía cobertura.

—No dejes que se metan en esto. Es tu decisión.

—Gracias, Jess.

—No me las des, estoy muy triste. Llevo demasiado tiempo sin ver a mi niño.

—Te quiero. —Lancé un beso a la pantalla con los ojos húmedos.

—Yo también. Suerte, Sunshine. ¡Ah! Y llámame en cuanto puedas. Y asegúrate de utilizar precauciones extra. —Soltó una carcajada.

—Idiota... —Le saqué la lengua y corté la videollamada.

Apenas pegué ojo aquella noche, inquieta. Salí temprano a dar un paseo alrededor de la casa grande para despejarme. Practiqué yoga al aire libre antes de disfrutar de un amanecer espectacular. El frío pegaba que daba gusto; a esas alturas del año asomaba los dientes con ganas.

Me puse un jersey que Max me había prestado hacía unos días. Cerré los ojos cuando me acarició su olor, mezclado con el perfume que utilizaba. Era increíble cómo me había familiarizado con aquel entorno, con sus costumbres, tan distintos a todo lo que conocía y sin embargo tan familiares.

Dan sería muy feliz allí. Sonreí al recordar a mi padre y sus palabras: «No se puede ver amanecer si no estás dispuesto a anochezca». Algo tan simple que encerraba una verdad universal; si debía renunciar, si me equivocaba, no sería en balde, porque había que ser atrevido, ¿verdad? La anticipación por lo que iba a suceder aquella noche me mantenía a la expectativa.

Caminé hasta el porche, donde me senté unos minutos en una de las

mecedoras. Los animales estaban despertando, el trasiego del rancho comenzaba a dar señales de vida. Permanecí allí un rato más, empapándome de esos instantes mágicos hasta que el frío me hizo recordar que no iba demasiado abrigada para esa época del año.

«Otra cosa para tu lista de pendientes: comprar ropa». Había traído lo justo para unas vacaciones de verano; toda mi ropa de invierno se había quedado en España, como mi trabajo en suspenso, que iba a dejar, como mis hermanas, a las que adoraba, como un futuro que iba emprender en otro lugar.

Sonreí y me dirigí al interior de aquella casa que me había acogido con la misma ternura que sus dueños. El calor de la chimenea me recibió con el crepitar de la leña. Nana estaba haciendo café. Me sonrió.

—Chica, ¿lo habéis pasado bien?

—Ha sido fantástico. Max nos llevó a ver las minas de sal y a comer a un restaurante que hacen una carne a la barbacoa muy buena, aunque no tan rica como la suya.

La abuela rio con mi ocurrencia; la ayudé a preparar el desayuno para todos mientras charlábamos tranquilas.

—Ayer le decía a Max que es sorprendente que haya vivido tantos años en Kansas y no conociese todos esos lugares.

—Siempre hay sitios que descubrir —aseveró.

De pronto recordé algo...

—Nana, ¿cuál es el lema de Kansas?

—Mmm... Déjame pensar... —Se giró con la masa de las tortitas a punto—. ¡Klaus! ¿Cómo era la inscripción del escudo del estado?

El abuelo materno entró en la cocina con su sonrisa característica.

—No recuerdo claramente, eran unas palabras en latín. —Cabeceó—. Me hago mayor. Seguro que John padre lo sabe; le encantan estas cosas.

Salió en su busca y sonreí. Era cierto: en aquel lugar la amabilidad rebosaba por doquier. John y Emily, los abuelos paternos de Max, entraron en la cocina conversando muy alto para la hora que era, y me arrepentí al instante de haber preguntado nada. Por mucho menos se habían liado unas buenas discusiones.

—De eso nada, hombre. Recuerdo perfectamente cómo mi hermano lo citaba cada vez que limpiaba el escudo de su cuarto —insistió Emily a su marido, que negaba con la cabeza.

—Sara, hazme caso. —John se dirigió a Nana—. Esta mujer no tiene ni idea; el lema es: «*Ad astra per aspera*».

—Mamarrachadas —protestó Emily—. En cristiano.

Los veía debatir sin entender nada, y me estaba muriendo de risa cuando John, el padre de Max, accedió a la estancia.

—¿Qué es este jaleo? —Todos se giraron e interrumpieron el debate unos segundos.

—Hijo —le dijo el abuelo John—. Dile a tu madre cuál es el lema de Kansas en cristiano.

—«A las estrellas a través de las dificultades» —contestó el hombre, satisfecho.

Me dejé caer en la silla asombrada.

«No lo entiendo...».

—¿Por qué lo queréis saber? —insistió el padre de Max una vez hubo aclarado el tema.

Nana me señaló sin dejar de cocinar.

—La chica me ha preguntado.

De pronto tenía todos los ojos puestos en mí. Era un buen momento para dejar estar el asunto, pero...

—Entonces, si es vuestro lema, el del estado, ¿es algún tipo de mantra o algo parecido?

—Por supuesto —aseveró Emily—. Aquí somos valientes; nos enorgullece poder decir que se pueden alcanzar las estrellas pese a las adversidades.

—Si no te atreves, no eres de Kansas, hija —sentenció John abuelo antes de salir de la cocina.

—Ese es el lema de mi Max; grabó con él unas pulseras de cuero para los trabajadores del rancho —añadió Jossie, que entraba en la cocina en esos momentos—. ¿No lo recuerdas, mamá? Nos regaló una a todos, incluso al pequeño Cam. Espera...

Se dirigió hacia uno de los cajones de la isla que presidía la cocina y rebuscó en ellos hasta que pareció encontrar lo que buscaba. Me tendió una pulsera de cuero marrón con una enorme sonrisa.

—La de John es esta, nunca la ha llegado a usar. Quédatela.

Cogí el objeto con la mano temblorosa como si aquello fuese una hoja de papel a punto de desintegrarse. La acaricié con los dedos y repasé la inscripción:

«Ad astra per aspera».

Entonces me vino a la mente aquella conversación meses antes, bajo la lluvia de estrellas...

—Supongo que todos merecemos a alguien que quiera cada uno de nuestros anocheceres; así, podrían conquistar el amanecer de nuestra sonrisa.

—¡Guau! Me gusta mucho esa idea, qué bonita. Aunque... Creo que no existe esa persona.

—O quizás no estás dispuesta a averiguarlo.

—Quizás no sea lo suficientemente valiente para ello.

—Los quizás no tienen cabida en las tormentas: si dudas, mueres.

Sonreí como una idiota cuando comprendí lo que él me había querido decir. Ese día y la otra mañana cuando se despedía antes de ir a trabajar.

Por la tarde jugaba con Dan a la pelota; estaba tan nerviosa que apenas estaba prestando atención al niño, y me sentí culpable, pero no lo podía evitar: ese día no habíamos visto a Max. Al parecer, las cuarenta y ocho horas de descanso tenían sus consecuencias, y me supo mal por el vaquero. Alcé la vista cuando un ruido llamó mi atención, y me percaté de que se aproximaba un vehículo; dejamos lo que estábamos haciendo y nos volvimos como los habitantes de la casa, que en ese preciso instante salían al porche a olisquear, y sonreí.

«Somos rancheros».

Cuando reconocí de quién se trataba, estuve a punto de ponerme a dar saltos de alegría.

—¡Leah, Nathan! —grité a la pareja, que se apeaban irradiando felicidad.

Dan corrió conmigo entusiasmado y se lanzó a los brazos de su tía.

—¡Cómo has crecido en este tiempo, muchachote!

Todos estaban exaltados. Leah fue hacia su padre y se fundieron en un abrazo. Me dio pena ver aquello, porque en todo el tiempo que había vivido con ellos, jamás padre e hijo mayor se habían acercado así. ¿Por qué?

El trasiego, las voces, las maletas, los regalos para todos... Fue una locura resumida en poco tiempo; cuando me percaté de la hora, me excusé para subir a arreglarme. Se acercaba el momento. ¿Seguiría en pie la cita?

«Tengo una cita con Max», reí aferrada a la barandilla de madera.

Cuando estaba frente a la cama, decidiendo cuál de las dos posibles opciones de ropa debía ponerme, Leah asomó la cabeza por el vano de la puerta, que había dejado entreabierta por si Dan me necesitaba. Era un experto en buscarme cuando desaparecía de su alrededor.

—¿Qué es eso de que no te quedas a cenar esta noche? —interrogó, maliciosa, mi amiga.

—Veo que las noticias vuelan. —Le saqué la lengua. Cuánto la había echado de menos.

—¿Todavía no te has dado cuenta de cómo funcionan las cosas en The Kline's Mountain?

Reímos juntas y la abracé. Olía a ese jabón de manzana que tanto me gustaba.

—Me tienes que explicar todo lo que habéis visto. Me muero por ver las fotos.

—Eso no corre prisa ahora. —Sacudió la mano en un gesto de indiferencia—. Aquí lo importante es que me expliques qué narices está pasando.

—No sé a qué te refieres —bromeé.

—Mi madre está como poseída por una emoción que reconozco a la perfección. Ha dicho, y cito textualmente: «Esta noche seremos los canguros del niño» con un tonito muy sospechoso..., y después ha añadido: «Max tampoco viene a cenar». ¡Suéltalo ya!

Se me escapó una carcajada cuando se lanzó sobre mi cama como hacía años, para cuchichear o hablar de nuestras confidencias.

—Tu hermano y yo tenemos una cita, simplemente. —Me encogí de hombros.

—¿Estáis saliendo?

—No, sí, no sé...

—¡Bravo! —Comenzó a dar saltos de alegría.

—Nada de eso —la interrumpí antes de que se subiese a la moto y no me dejase hablar—. No me ha puesto un solo dedo encima.

—¡Venga ya! Estás de broma, ¿no? ¿Mi hermano no te ha tocado en todo este tiempo? ¿Sigue enfadado? ¿Ya no le gustas?

—Bueno, algún beso y algún magreo, pero nada más... —Mi amiga abrió los ojos como platos—. Decidimos hacer las cosas bien, por Dan.

Asintió muy atenta.

—¿Qué está pasando, Am?

Suspiré y me senté a su lado.

—He decidido que nos vamos a quedar. —Mi amiga ahogó un grito de alegría—. Espera..., no te emociones. Llevo un tiempo dándole vueltas al asunto; no es justo para tu hermano que regrese a España con Dan. Él debe estar cerca de su padre.

—¿Y vosotros?

—Bueno, creo que de eso vamos a hablar esta noche —reí.

—Am, ¿estás...? —Tomó aire con fuerza—. ¿Vas en serio con esto?

Asentí emocionada.

—Tengo un miedo que me muero, pero sí.

—¿Sientes algo por él?

—Sí.

—Sigues colgada del tonto de mi hermano. —Me abrazó entusiasmada.

—Nunca he dejado de estarlo —susurré sobre su cabello sedoso—. Siempre ha sido él.

Me apretó más fuerte, y me sentí tan bien al manifestar aquello en voz alta... Porque esa era la verdad: en todos aquellos años no lo había olvidado. Conocer al verdadero Max, en ese tiempo que nos había regalado la vida, no había hecho más que afianzar algo que nació años atrás y que en esos momentos era tan especial que no se podía ocultar.

26

MAX

Bufé molesto cuando comprobé la hora del reloj: me había liado de mala manera y tendría que correr si quería que todo estuviese listo para la hora en que había quedado con Am. Suspiré como un tonto cuando me di cuenta del paso que iba a dar. Joder... Se me cortaba la respiración solo de pensarlo.

«Ya no eres tan valiente, ¿verdad, vaquero?».

Me jugaba mucho aquella noche, y como era un experto en fastidiarlo todo cuando tenía que expresar mis emociones, había comenzado a sudar desde buena mañana con el asunto.

Encendí la chimenea, y a los pocos minutos comprobé que había sido muy mala idea; me fui quitando ropa mientras recogía todo y me metía en la cocina a preparar la cena. Escuché unos golpes en la puerta. Maldije mi estampa; ¿ya estaba aquí? Se había adelantado mucho. Abrí la puerta y sonreí cuando vi a Nathan allí plantado.

—Me encanta que me recibas semidesnudo, lo he echado tanto de menos... — bromeó a la vez que nos dábamos un abrazo.

—¿Cómo ha ido todo, colega? Siento no haber bajado a saludaros.

—Algo he oído al respecto esta tarde. Está todo el mundo como loco con vuestra cita... Tío, tiene que ser un coñazo que toda la familia conozca vuestros movimientos.

Solté el aire con fuerza mientras asentía; por lo menos él me entendía a la perfección.

—Entonces, poco más debo añadir. Ahora mismo es como si estuviese en un campo plagado de huevos. Si das un paso en falso, los revientas...

—No te envidio, colega. Ni un ápice.

Se sentó ante la mesa y le serví un refresco.

—Lo peor de todo es que quiero que funcione, no sabes las ganas que tengo.

—¿Y ella? ¿Está en la misma onda?

Asentí sin dejar de aderezar la carne que estaba disponiendo en la bandeja del horno.

—Eso creo. Sí. No sé.

—Max, mírame —me dijo mi cuñado en un tono brusco—. ¿Cuáles son tus planes?

—Quiero pedirle que se queden.

Nathan silbó de forma exagerada.

—Vas pisando fuerte, ¿no?

—Tengo pocas opciones. Si no apuesto, se largan a España. ¿Qué me queda entonces? ¿Ver al niño en las vacaciones?

—Pero no se trata solo del niño, ¿cierto?

—No, joder... —Me froté la nuca, frustrado—. Ella... Necesito..., quiero... ¿Qué le puedo ofrecer para que deje una vida de ensueño y se quede aquí, en este estercolero?

—Mierda, Max. ¿Por qué te haces esto?

Continué preparando la cena, enfadado.

—¿Acaso no es cierto? —dije a la carne, sin mirar a mi mejor amigo.

—Sí. Eso que acabas de decir es una basura, colega.

Me giré *ipso facto* al escucharlo.

—Tío, nosotros ni siquiera tenemos una vivienda propia, sigo soñando con formar un grupo de nuevo, vivimos a pie entre Los Ángeles y Lawrence y he vuelto a estudiar en la facultad de música, a mis años, mientras tu hermana me mantiene. ¿Quién es más triste? Vamos, no me jodas.

—Visto así, tú también das un poco de pena —afirmé a su cara de idiota.

Charlamos un rato más hasta que llegó el momento de meterme en la ducha. Me despedí de Nathan con la promesa de vernos al día siguiente y me deseó suerte, como si aquello fuese lo único que iba a necesitar, y no un puñetero milagro. A las diez de la noche estaba a punto de que me diese algo, esperando a que sonase el timbre de la puerta de mi casa. Encendí las velas de la mesa, que había comprado expresamente para la ocasión, y me remangué la camisa cuando comencé a sudar de nuevo. Había repasado aquel instante unas mil veces en mi cabeza, y, sin embargo, no estaba preparado para ella.

Amanda era única.

Cuando abrí la puerta, todos los nervios se evaporaron al instante. Me miró con una sonrisa sincera y la misma vulnerabilidad que a mí me había estado ahogando todo el santo día.

—Casi paro a vomitar sobre una de tus plantas del jardín.

Reí con ganas y le cogí de la mano para hacerla pasar.

—¿Por qué somos tan idiotas, Am? —bromeé con ella, con el fin de destensarnos un mínimo.

No me contestó: se quedó con la boca abierta mientras miraba todo a su alrededor.

—¡Guau! Te has superado. Vale, sí. Sí, quiero. —Rio, y me contagié—. Mejor dejarnos de historias. Lo compro todo.

—¿Todo, todo? —pregunté.

La cogí para darle un abrazo, porque lo necesitaba. Me acarició aquel leve perfume dulce que usaba, mezclado con la colonia de niños que solía ponerle a nuestro hijo.

—Bueno, tiraremos algunas de esas camisas horteras que te pones. —Arrugó la nariz y la besé con ansia. Estuvimos a punto de dejarnos caer sobre la alfombra cuando sonó la alarma del horno.

—Salvados por la campana... —afirmé.

—Es cosa del karma, es un metomentodo.

—Anda, Karma, ven y ayúdame a servir la cena, que me la he currado que da gusto.

Pusimos la cena en los platos y servimos el vino en las copas que tenía en el mueble y no había estrenado aún.

—Creo que mejor voy a soltarlo ya, Am. O lo hago o no voy a poder probar bocado.

—Me parece estupendo, Max. Tengo tantas náuseas que voy a decorarte la alfombra de un momento a otro.

—Quiero que os quedéis —dije del tirón.

—Nos quedamos —afirmó.

—¿Tan fácil? —Reí y me lancé a por ella.

—Espera, espera. —Me frenó con una sonrisa—. Nos quedamos, pero no aquí. Me desinflé al instante.

—¿Qué quieres decir exactamente?

—He alquilado un apartamento en el pueblo.

—Ni de coña.

—Max... —me advirtió—. Déjame acabar.

—¿Por qué no aquí, en mi casa? Os quiero conmigo, en mi vida... ¿No lo entiendes? —Estaba a punto de que me diese algo.

—Perfectamente. —Se levantó y se sentó sobre mis piernas—. Yo también te quiero en mi vida, pero vamos a hacer las cosas bien.

—Am, no puedo permitir que...

Me calló con un beso demoledor.

—Lo vas a permitir y vas a comenzar a relajarte mucho —me suavizó el ceño

con otro beso—, muchísimo. De hecho, van a cambiar muchas cosas. Para que esto funcione los dos debemos renunciar a varias historias.

La apreté con fuerza, y ella me correspondió con un tierno achuchón.

—Te escucho, Sunshine.

Mi dulce rayo de sol que iluminaba mis días... Tenía el corazón a punto de explotar de alegría.

—Siempre nos hemos caracterizado por hacerlo todo al revés. Ahora, comenzaremos desde cero. Quiero citas de novios que empiezan. Tú y yo solos. Conocernos mejor, salvar obstáculos..., crecer como familia. No debemos confundir al niño, ¿lo entiendes?

«Familia». No me pasó desapercibida esa palabra, que grabé a fuego en mi mente.

—Sí —suspiré—. ¿Eso quiere decir que nada de sexo hasta la décima cita?

Rio y me golpeó en el brazo con fuerza.

—Esta noche no cuenta —me dijo al oído, y noté cómo un bulto enorme se me formaba bajo los vaqueros, a punto de reventarlos.

—¿Estás segura? ¿Vas a apostar por nosotros, por mí?

—¿Y tú? ¿Crees que merezco la pena?

—No seas boba, Am. Eres increíble —afirmé, sorprendido por aquella salida sin sentido.

—Entonces no me ofendas con ese tipo de preguntas estúpidas. Eres merecedor de mi respeto y admiración como hombre, como padre y espero que como mi chico...

—¿Por qué? —susurré sobre sus labios, emocionado.

—Porque me has demostrado que eres lo suficientemente valiente.

Levanté la mirada de golpe y sonreí cuando vi que se mordía el carrillo.

—Lo has comprendido...

—Vaquero, llévame a las estrellas.

—Dios mío... Pensé que había olvidado cómo se hacía —dijo, ruborizada.

La contemplé sobre la alfombra frente a la chimenea, con el sudor brillando en su piel sedosa. Estaba preciosa.

—Qué mal lo he pasado estos meses, Am... —Me acurruqué sobre su pecho y le acaricié el cuello con la punta de la nariz, haciéndole cosquillas.

—Dame una tregua, Max. Necesito reponer energías...

—Lo siento, eres adictiva.

Bajé poco a poco; lamí uno de sus pezones, que, en cuanto lo toqué, se erizó y

automáticamente ya estaba de nuevo dispuesto a dar guerra.

—*Cowboy*, por favor, ¿cenamos y después seguimos?

Alcé la vista y comprobé su mirada pícara.

—¿Seguro?

Negó con la cabeza. Me asaltó una risotada y me dejé de historias, porque ella lo estaba pidiendo a gritos. Amanda y yo éramos una maquinaria bien engrasada en cuanto a sexo se refería. Estos años solo habían demostrado lo mucho que habíamos pulido la técnica, porque, aun después de dos orgasmos brutales, todavía teníamos más ganas el uno del otro.

Pensaba que había olvidado todo lo que experimentaba cuando estaba a su lado; esa forma en la que su piel se ponía de gallina cuando la acariciaba lentamente, los sonidos que emitía de puro placer, el sabor de su sexo, los besos que me dejaban como loco, sus mimos...

—Prométeme que no te enfadarás si te pregunto algo.

—No me molestaré si no dejas de hacer eso con tu boca... —gimió cuando lamí su ombligo.

—¿Ha estado bien...? —Soplé sobre sus labios, que estaban como una fruta madura después de haber mantenido dos sesiones increíbles.

—Max, por favor... —Se retorció de una forma jodidamente sensual. Casi me dio algo allí mismo—. ¿Después de mis respuestas y varios orgasmos tienes dudas?

—Lo sé, soy irresistible —afirmé, y ella cerró las piernas de golpe.

—No, yo lo soy.

Se incorporó, divertida, y la abracé al tirarme, sin dejar caer todo mi peso, encima de ella.

—Está bien, empate. —Reí antes de volver a besarla con ansia—. ¿Te apetece un baño?

Antes de que respondiese la cogí en brazos. Me moría por estrenar con ella cada rincón de la casa, y mi superbañera no iba a ser menos. La deposité con cuidado de pie sobre la alfombra y accioné los mandos del agua para que se llenase.

—Me alucinan vuestras bañeras, son enormes.

—Vamos a comprobar si caben dos personas.

Toqué el agua, que comenzaba a estar a la temperatura idónea, y me deslicé en el interior, invitándola a hacer lo mismo. Le acaricié el sexo con cuidado. Disfruté viendo cómo se deshacía poco a poco. Se colocó a horcajadas sobre mi pelvis y al instante mi miembro salió despedido hacia arriba, moviendo el agua.

—¿Alguien tiene ganas de jugar?

Lo sujetó con firmeza, y dejó caer la cabeza hacia atrás cuando acarició la punta lentamente. Moví las caderas de forma automática a la vez que ella deslizaba sus dedos. Conseguía volverme loco con aquel movimiento. Antes de saber qué ocurría, se dejó caer sobre mí. Llegué al cielo cuando la penetré de una sola estocada.

—¡Am! —siseé, incapaz de moverme—. Espera.

La sujeté de las caderas para que me diese unos segundos si no quería batir todos los récords de la historia y eyacular en cero coma dos segundos.

Fue una bendición que ella llevase puesto un DIU, según me había asegurado antes. Mantener sexo sin preservativos fue increíble. Notar a mi chica en toda su esencia, disfrutar de cada rincón de su cuerpo, volar y desfallecer era lo mejor que podía pedir.

Estábamos llenando el suelo de agua con nuestro ímpetu. Las embestidas cada vez eran más fuertes. Am balbuceaba perdida en una marea de deseo. Me incorporé un poco para chupar uno de sus pezones, y en cuanto me lo metí en la boca, ella se rompió de forma gloriosa y gritó mi nombre mientras tenía un orgasmo brutal. Y antes de que pudiese reaccionar, mi polla explotó dentro de ella y me uní sin reparos a sus gemidos de placer.

—Creo que no me voy a poder mover en tres semanas —susurró sobre mi torso desnudo, aún dentro de la bañera.

—Teníamos que desquitarnos. Además, si pretendes tenerme a dos velas bastante tiempo, creo que deberíamos continuar hasta el amanecer.

Me estrechó un poco más y noté cómo se estremecía.

—El agua comienza a estar fría —se lamentó.

—Vamos, Sunshine.

La sequé poco a poco sobre mi cama. Me empapé de su belleza de mujer, en la que se había convertido con el paso de estos años. Adoré cada centímetro de su piel sin dejar de venerarla. Cómo la había echado de menos.

Algo más tarde estábamos en la cocina, calentando la cena que no habíamos tocado. Am reía porque le estaba explicando una historia que me había pasado con un ternero que me había lanzado sobre una pila de estiércol. La observé sentada en la encimera con mi camisa mal abotonada como única indumentaria y noté que mi corazón daba un salto extraño en mi pecho. Me puse una mano sobre él, nunca me había pasado antes.

—¿Qué sucede?

—Nada —contesté a la vez que le robaba un beso dulce—. A ver, explícame

eso del apartamento. —No me gustaba un pelo, pero mucho peor era no tenerlos cerca.

—Belinda alquila el piso que tiene en la planta de arriba de la tienda. Debe vivir con su madre y dice que el dinero le irá muy bien. Me lo enseñó y me pareció perfecto. —Se encogió de hombros.

—¿Desde cuándo eres tan amiga de Belinda? —Estaba alucinando de lo lindo: me había perdido muchas cosas.

—Desde que quedamos para tomar algo cada semana y les llevo la contabilidad.

—Llevas la contabilidad ¿a quién?

—A Belinda, a Oneida y recientemente a Catherine.

—¿Por qué no sé nada de eso?

No daba crédito.

—¿Ves? Estás tan ocupado que apenas te das cuenta de que la vida sigue su curso sin ti; a eso me refiero cuando digo que hay muchas cosas que cambiar.

—Bien. —La cogí para sentarla sobre mis piernas ante la mesa y rio—. Cuéntame en qué consisten esos maravillosos cambios que tienes en mente.

Aquella noche fue increíble; hablamos mucho, como nunca, y me encantó descubrir esa nueva faceta entre nosotros.

AMANDA

Lo observé, dormido boca abajo sobre el enorme colchón, apenas cubierto por las sábanas, y sonreí como una idiota. Lo dejé un rato más. Me acababa de dar una ducha rápida, y decidí ir a preparar algo de desayuno. Estaba hambrienta.

—No sé si comenzar por las tostadas o por esto... —Mordisqueé su hombro.

Gruñó bajo la almohada con la que se había tapado. Reí cuando me giró, tan rápido que apenas tuve tiempo de darme cuenta de lo que ocurría.

—Te he traído el desayuno. —Besé su sonrisa, que me derretía. Me encantaba verlo tan relajado.

—No sabes las ganas que tenía de desayunarte en mi cama. —Arqueó las cejas, insinuante.

Contuve un grito cuando dejó caer unas gotas de miel sobre mis pechos y jugó con el líquido meloso.

—Max, el desayuno... —No pude acabar la frase; justo en ese momento atrapó

uno de los pezones con su boca.

—En eso estoy —lamió con glotonería, llevándome al cielo—, comiéndome mi desayuno.

—Yo... me había duchado... —gemí cuando noté cómo lamía el otro pecho.

—Mi dulce Am... Ven, que te voy a contar todo lo que nos hemos perdido este tiempo.

Bajó lentamente, realizando un recorrido con su lengua por mi vientre, hasta que me separó las piernas, que en esos momentos iban por libre y habían decidido ceder a sus encantos, dejando al descubierto la depilación perfecta que me había hecho para la ocasión y de la que ambos habíamos gozado durante las últimas horas con esmero.

Jugó, lamió, sopló..., me regaló un orgasmo increíble del que me estaba recuperando cuando noté cómo se incorporaba para mirarme con esos ojos maravillosos que tanto había echado de menos.

—Necesito estar dentro de ti de nuevo, y estoy preocupado.

—¿Por qué? —pregunté algo asustada.

—Porque eres adictiva.

Me besó con una pasión desmedida.

—Me toca. —Quise girarlo para darle un homenaje, pero negó con la cabeza.

—Am, en estos momentos estoy para pocas historias. —Solté una carcajada y lo coloqué sobre el colchón boca arriba.

—Ven, que te voy a explicar cómo se cabalga, vaquero...

Tener la certeza de que sentíamos algo el uno por el otro no iba a ser suficiente; ambos conocíamos tanto lo que había en juego como todas las personas importantes que estaban implicadas, porque, muy a nuestro pesar, nuestra relación no era solo de dos.

—Max, la determinación de vivir en el pueblo no es una chiquillada sin meditar —dije cuando insistió sobre el asunto de nuevo algo más tarde.

—Lo sé —me besó sobre el pelo—, pero no me gusta.

—Dan tiene que amoldarse a los cambios, comenzar la guardería para relacionarse con otros niños de su edad, entender quiénes son sus abuelos, sus padres...

—¿Y nosotros?

—Tuvimos una relación atípica, más bien un rollo sin compromiso. Llevamos varios meses intentando llegar a un equilibrio... —le acaricié el pecho desnudo —, aunque todavía nos queda un gran camino por recorrer.

—Si viviéramos juntos, cometeríamos un gran error... —comentó después de

permanecer un buen rato meditando.

Me incorporé un poco y sonreí al comprobar que me miraba con ternura.

—Creo que es demasiado pronto, ¿tú no?

—Lo es —aseveró.

—¿Cuántas historias se han ido al traste por querer correr demasiado?

—Si te soy sincero, desconozco la vida amorosa de la gran mayoría de las personas que me rodean.

—Bueno, yo tampoco tengo gran experiencia en el asunto. He leído muchas novelas románticas, y Jess dice que por eso tengo la cabeza llena de pájaros.

—Ahora que mencionas a Jess..., ¿qué piensan tus hermanas al respecto?

Suspiré.

—No sé, imagino que nos quedan las vacaciones para vernos.

Ese era un asunto peliagudo que me costaba abordar; las iba a echar mucho de menos. Nunca habíamos estado separadas.

—Am, me preocupa que te sientas sola...

—Max, necesito mi espacio, no tener que medir todo lo que hago o digo, porque no estoy en mi casa.

—No vivirías con mis padres, te ofrezco mi hogar. Es vuestro.

Lo besé antes de contestarle.

—Y te lo agradezco de corazón, pero quiero hacer esto a mi manera. Quedar contigo después del trabajo, salir con el niño o nosotros solos, ir a comprar nuestra comida y cocinarla, tener mi apartamento hecho un asco o no... Sin dar explicaciones, ¿entiendes?

—Necesitas tener tu propia guarida.

Asentí.

No quería que quemásemos los cartuchos rápido y que antes de darnos cuenta nos arrepintiésemos del paso que habíamos dado. El sexo era magnífico, pero no suficiente. ¿Cómo íbamos a vivir juntos si apenas nos conocíamos? Éramos dos personas tan distintas, con unas costumbres y familias tan dispares, que lo normal para el uno era una locura para el otro. Mis ganas por querer tener allí mi cepillo de dientes de forma definitiva no debía cegarme. Unos meses de reencuentro en la que la mayoría de las ocasiones habían saltado chispas no tenían que ser el preámbulo de una convivencia. Además, yo no buscaba ser rescatada por el protagonista de la película. Max necesitaba entender que no era su responsabilidad. ¿Cómo iba a tratarme como a una igual si actuaba como una damisela en apuros a todas horas?

Había planeado con calma y mucha ayuda el nuevo paso que iba a dar. «Nunca desperdicias una mano que te tienda su ayuda», solía decir mi padre cuando nos veía agobiadas en nuestras primeras confrontaciones con las lides de la vida. Eso fue lo que hice: aceptar la amabilidad de las chicas; el vaquero tenía razón al decir que aquel era un pueblo pequeño en el que pronto corrían los rumores. En cuanto saneé las cuentas del rancho, Belinda y Oneida comenzaron a pedirme una segunda opinión con ciertos aspectos de sus negocios. Sin darme cuenta, pasé a ser la contable de tres de ellas, y tenía la opción de poder hacer lo mismo con varias pequeñas empresas de la zona. Así fue como descubrí cuál podía ser mi empleo. ¿Por qué no hacer lo mismo que en España cerca del rancho? En realidad no tenía miedo a fracasar, trabajar no me preocupaba. Lo que verdaderamente me daba pánico era que lo nuestro no funcionase. Porque me importaba muchísimo.

AMANDA

Y llegó el 10 de noviembre, el día que cambió mi vida para siempre. Nuestro hijo cumplía tres años: todavía no me creía que Dan ya no fuese el bebé al que había acunado muchas noches entre mis brazos.

La tarde anterior había llegado un paquete desde España; lloré como una idiota cuando ayudé al niño a abrirlo para descubrir que se trataba de una bicicleta de la Patrulla Canina, unos dibujos que le encantaban y que solía ver cuando vivíamos en Madrid. Venía acompañada de una carta muy emotiva de sus tías; era el primer año que se perdían su día. Anduve apenada hasta que Max me rescató de mi tristeza con una excursión. Él sabía cómo ayudarme en los momentos difíciles.

Dan estaba eufórico; su padre, tal y como me había prometido, por la tarde, después de la excursión, montó una fiesta por todo lo alto. Hacía frío, pero eso no impidió que el niño tuviese su gran día. Toda la familia se volcó en los preparativos; incluso Brenda, que se había trasladado temprano para echar una mano, lo pasó en grande colocando los adornos que había comprado en Kansas City expresamente para la ocasión. Invité a las chicas a la fiesta; había creado unos lazos de amistad con ellas en aquel tiempo, por lo que eran imprescindibles en la celebración.

Thomas llegó por la tarde; fue inevitable no fijarme en cómo actuaba con Oneida, y no me cupo ninguna duda: entre aquellos dos había muchas cosas pendientes, así como una tensión sexual importante. Hablaba una experta en esas lides, porque querer pasar desapercibido cuando todo tu cuerpo te pide lo contrario era más complicado que dar de comer a los terneros hambrientos después del destete.

—Estás preciosa. —Max me besó en público, y casi morí de la vergüenza.

—¿Ya es oficial? —pregunté sobre su boca, que mantenía una sonrisa burlona.

—El que no quiera darse por enterado es tonto, Am. Es evidente que estoy colado por ti y por mi hijo. Además, después del otro día, poco más hay que añadir. —Levantó las cejas de forma sugerente y reí al recordar la maratón increíble en su casa.

—Eres tan romántico... —Lo besé—. Habría sido perfecto sin el magreo a mi culo delante de todos.

Se rio fuerte, lo que atrajo la atención del resto de los presentes que todavía no se habían fijado en nosotros. Me soltó el trasero al darse cuenta de que nos estaban mirando.

—Disculpa, ha sido totalmente involuntario.

—¿Seguro?

Asintió divertido.

—Prometo no volver a hacerlo... —hizo una cruz sobre su pecho y se aproximó hacia mi oído— en público.

Lo vi alejarse hacia la barbacoa, donde estaban preparando más asado para la cena. Golpeó de forma amistosa la espalda de Nathan y suspiré como una tonta enamorada. No me creía que aquello estuviese sucediendo.

Leah había intentado interrogarme desde la «Noche D», que era como la había bautizado: la «Noche Decisiva». Quería que le explicase todo, con pelos y señales, pero cada vez que me decidía a hacerlo me acordaba de que Max era su hermano mayor. ¿Cómo iba a explicarle lo que había ocurrido sin que no le diese un ataque? Ese fue el motivo de que la evitase.

—A ver, señorita, ¿qué es eso de que te quedas a vivir en Sun City? —me preguntó Brenda.

Miré a Leah, que intentaba aguantar la risa.

—¿Qué? Mi madre anda como loca explicándoselo a todo el mundo —dijo Leah con una disculpa que no creí para nada.

Asentí a la cara de mi amiga pelirroja, que continuaba a la espera de una respuesta.

—Por aquí las noticias vuelan. Quería ser yo la que te lo explicara.

—Estoy esperando, Am. No te creas, todavía sigo enfadada contigo por lo de Dan. Vas a tener que hacer grandes esfuerzos con tu faceta de «amiga del alma» para que te perdone —matizó Brenda con la lengua pastosa.

—¿Os quedáis a dormir en el rancho? —pregunté cuando vi que se acababa una cerveza de golpe.

—¿Tan largo es de explicar? —Hipó, y las tres nos partimos de risa.

—Prefiero ponerte al día cuando tenga la total seguridad de que vas a recordarlo.

—Aguafiestas —bufó, y miró a Leah, que todavía se estaba tronchando de risa—. Me caíais mejor cuando vivíamos en Lawrence.

Nos sacó la lengua y se fue hacia las neveras a coger más bebida.

—Creo que no es buena idea que siga bebiendo —le comenté a Leah.

—Voy a buscar a Justin. —Me cogió de la mano y me la apretó—. No sabes lo feliz que estoy por vosotros.

—Me da miedo despertar, Leah —susurré.

—Am, mi hermano te quiere. Os quiere con locura. Nunca he visto a ese idiota con la sonrisa que luce desde hace unos días. Y me alegro tanto por él, por vosotros... Lo merecéis.

Estaba a punto de ponerme a llorar como una tonta, así que la abracé antes de dejarme llevar.

Pasado un rato, Jossie sacó la tarta, que era enorme, con la ayuda de Leah. Dan estaba como loco. Max me cogió por la cintura y sonaron vítores, además de algún silbido. Sentí cómo enrojecía por aquella muestra de cariño en público del rudo vaquero.

En el momento en que Dan iba a soplar las velas del pastel tuve que respirar hondo para no echarme a llorar de la emoción cuando pedimos un deseo y soplamos los tres a la vez, como una familia completa. Tantas emociones juntas comenzaban a pasarme factura. La felicidad no había sido lo común en mis últimos años; acariciarla, tal y como estaba sucediendo, era un milagro al que costaba acostumbrarse.

Más tarde, me acerqué a un corrillo que se había formado donde varios de los asistentes daban palmas y silbaban. Me quedé de piedra al ver a Dan bailando con el pequeño Cam una canción *country*. ¿Cuándo había aprendido? Llamé la atención de Max, que vino con una sonrisa que casi me hizo explotar de la emoción, y me asió por detrás mientras disfrutábamos del espectáculo.

—Gracias. —Su aliento me rozó en el cuello.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Por regalarme esto... —Me abrazó con fuerza, y tuve que tragar para deshacer el nudo de emoción que tenía en la garganta.

Era tan feliz...

28

MAX

Estábamos cargando las maletas de Am y de Dan en la ranchera cuando me percaté de las pocas cosas que tenían; apenas llevaban equipaje, no para quedarse a vivir en Kansas de forma definitiva, y ese simple hecho comenzó a dar vueltas en mi cabeza hasta angustiarme.

—¿Y el resto de vuestras cosas?

—Aquí está todo —contestó con una sonrisa.

—Me refiero a ropa de abrigo, no sé...

—¿Qué te preocupa? —preguntó desde el interior de la ranchera donde estaba colocando a Dan en su sillita.

—¿Por qué crees que me preocupa algo?

—Por el simple hecho de que pareces tan agobiado que te va a estallar algún músculo facial.

La contemplé con detenimiento: me miraba con los brazos cruzados a la espera de una respuesta.

—No estoy... —bufé, porque me era sumamente complicado expresarme en momentos cruciales—. Apenas tenéis nada aquí. Necesitaréis vuestras cosas, los juguetes de Dan, yo qué sé.

—Son cosas materiales, tenemos todo lo que necesitamos. —Acortó la distancia que nos separaba y me besó con dulzura—. Lo único que voy a echar de menos es a mis hermanas. El resto se solucionará sobre la marcha.

Solté el aire que retenía. Debía comenzar a relajarme.

—Pues vamos a ver ese apartamento —reí.

El día de mudanza se resumió en dos horas para montar una cama pequeña, que Louise le había dado a Amanda de un nieto suyo, en la que iba a ser la habitación de nuestro hijo. Dan había investigado por todos los rincones del pequeño piso y al fin había caído rendido en el sofá después de cenar.

—Me atrae este sitio. Bel tiene buen gusto —afirmé apoyado en la barra que separaba la cocina del bonito salón.

—Te lo dije —murmuró Amanda con la cabeza metida en un armario de la entrada—. Aquí caben un montón de cacharos.

Observé su trasero enfundado en los vaqueros y sonreí como un idiota al darme cuenta del abanico de posibilidades que teníamos ante nosotros: Dan dormido, la cama enorme de la habitación de mi chica con sábanas recién colocadas y una clara intención de mi cuerpo, que había puesto la directa sin remedio...

—El peque no tiene el sueño ligero, ¿verdad? —La cogí de la cintura, y ella ahogó un grito por la sorpresa.

—¿Qué tienes en mente, vaquero?

La cogí en brazos a la vez que la besaba con ganas.

—Ven, que te lo explico, despacio.

La dejé sobre la cama y salí a comprobar que nuestro hijo estuviese arropado y a salvo con los cojines de barrera.

Mi chica me esperaba.

Más tarde estábamos sentados frente al televisor con una taza de té humeante en las manos; Dan seguía dormido, y no quería dar por terminada aquella noche en la que la pasión nos había llevado a hacer locuras entre las cuatro paredes de la habitación de Am.

—No me quiero ir —murmuré sobre su cuello, que olía genial—. Fuera hace frío y es tarde.

—Ya hemos hablado sobre esto, Max. Nada de quedarnos a dormir el uno en casa del otro, de momento.

—Vale... —La abracé con ganas. No podía creer lo feliz que me sentía.

—Nunca te he preguntado... —Se detuvo unos segundos, en los que pareció meditar qué decir—. ¿Qué es lo que pasa entre tu padre y tú?

Su pregunta me pilló desprevenido; levanté la cabeza para observarla. Su mirada dulce me relajó al instante; intentaba llegar a mí, quería que compartiese con ella parte de mi dolor, y por ese motivo la quise un poco más. Mi dulce Am.

—No sabría decirte —suspiré—. Es una larga historia de desencuentros que ya no tiene remedio.

—No digas eso, no sabes lo que yo daría por tener a mis padres conmigo.

La cogí para ponerla sobre mis piernas y tenerla junto a mí.

—Lo sé —la consolé—, pero aunque pueda parecer mezquino, en nuestro caso se trata de una relación rota. No puedo hacer nada, Sunshine, lo he intentado. Debo dar carpetazo a esto, es necesario, porque de lo contrario no podré prosperar.

—Es hora de pasar página, ¿eso quieres decir?

—El veneno me nublaba la vista, y he estado ciego todos estos años. Me ha

costado mucho entender que no tener su aprobación no significaba que lo estuviese haciendo mal o que yo era el problema.

—Pero ¿por qué? Si eres su sucesor, te has dejado la piel en ese rancho... No lo entiendo.

—Yo tampoco, Am. Por mucho que siempre haya hecho, nunca será suficiente. Él jamás me ha entendido, ni yo a él. No todo es culpa suya.

—Deberías intentarlo una vez más —dijo apenada.

—No lograré comprender qué podía haber mal en mí para que no me aceptase, para que no me quisiese como a mis hermanos. Ya no puedo, Am. Se acabó.

—Lo siento.

—Yo también. Estoy agotado de fingir algo que nunca ha existido entre nosotros. Solo quiero que sepa que no soy su enemigo, ni él el mío; por el bien de todos, debemos dejar esta guerra absurda. Se hace mayor, tiene el corazón delicado y no quiero sentirme culpable por nada más.

—Su enfermedad no es culpa tuya.

—Sí, el último revés... —La miré con un dolor horrible en el pecho—. Yo fui el culpable de su infarto; discutimos ese día.

—¡Ni se te ocurra pensar eso, Max! —Me cogió de la cara y apoyó su frente en la mía—. No te hagas esto. No pienso dejar que creas eso ni un segundo más, ¿me oyes? Tú no eres el culpable de nada.

—Am...

—Max, ya basta de hacerte daño. Yo creo en ti; eres un buen hombre, y serás un magnífico padre para nuestro hijo. Se acabó el resentimiento, déjalo ir. Por ti mismo, por tu bien... Hazme caso: el dolor es un mal consejero.

Me regaló un beso dulce y me acunó con cariño. Mi dulce Amanda.

La vida me había ofrecido una familia y una ventana a nuevas oportunidades que no pensaba desaprovechar. Como bien había dicho ella, era hora de pasar página.

De pronto, como si un rayo de luz me iluminase, lo entendí. Un gran peso que había soportado durante muchos años me abandonó. No iba a cambiar a mi padre, ni él a mí tampoco, pero eso no impedía que al fin me hubiese decidido a enterrar ese resentimiento que no me dejaba avanzar. En la vida es esencial entender que no necesitas la aprobación de los tuyos para ser feliz, porque no siempre llega y porque es algo que no debe guiar tus pasos ni empañar tu armonía. Porque es algo que no se puede forzar.

«No te guardo rencor, ya no...».

Dos días después de «nuestra nueva vida», desde que de manera definitiva Amanda y el niño iban a formar parte de mi familia, me sentía completo. Suspiré como un tonto al pensar en ellos. Estaba tan enamorado que era incapaz de no parecer que flotaba cada segundo... ¿Cuándo sería capaz de decírselo?

Me dejé de historias cuando casi estampé el tractor con el que trasladaba el heno del granero a los establos. Ojalá esos instantes hubiesen perdurado el resto de mi existencia; ojalá me hubiese mantenido ajeno a lo que se me venía encima.

—¡Jefe! —me alertó Tadi en mitad del camino, y tuve que frenar de golpe.

—¿Estás loco? Casi te atropello.

—Lo siento. Me manda tu madre, tienes una visita urgente en el despacho.

En otra época habría ido relatando todo el camino por aquel imprevisto que me hacía cambiar los planes. En la actualidad, era tan feliz que me daba absolutamente igual. Ya se haría más tarde.

Me dirigí hacia la casa grande con paso tranquilo, ajeno a lo que me esperaba en el despacho. Una vez dentro, observé a aquel individuo con traje caro y elegante. Empezó a despotricar contra Amanda desde el momento en que abrió la boca; la sarta de mentiras y estupideces, porque no podían ser otra cosa, que añadía fue *in crescendo*. Pensé que comenzaría a expulsar espuma por la boca si continuaba así.

—Agradecería que dejase de hablar de mi pareja de esa forma en mi presencia. No se lo pienso volver a repetir, y no dude ni por un solo instante de que no le pegaré un puñetazo como no deje de hacerlo. ¿Le queda claro?

—Entiendo su postura, señor Kline. Comprenda que ese es el verdadero motivo por el que he sido enviado en persona a aclarar este enorme malentendido. Amanda es una joven muy persuasiva, como ya sabe. Además de sumamente inestable; su precario estado mental hacía que la familia no apoyase este viaje...

—No quiero que vuelva a repetir la misma retahíla de estupideces. No creo nada de lo que me ha dicho en los veinte últimos minutos. ¿Debo recordarle que ella es la madre de mi hijo, además de mi pareja?

Aquel imbécil estaba comenzando a llevarme al límite.

—Está bien, quería evitarle el mal trago, pero ya que no me deja otro remedio...

Observé cómo buscaba algo en aquel impoluto maletín negro de piel. Sacó unos papeles que extendió hacia mí, y arqueé una ceja interrogándolo.

—¿Qué se supone que es esto? ¿Otra mentira?

—Se trata de una renuncia a los derechos de paternidad firmada por Amanda

para presentar ante el tribunal correspondiente. Ella nunca quiso que usted tuviese ningún tipo de custodia del menor. Aquí puede comprobar su firma.

Señaló una parte del documento que ni siquiera pude mirar, porque la ira comenzaba a nublar mis sentidos.

—Mire, Jaime... Es así como se llama, ¿cierto? —Apoyé las manos, que me sudaban de lo lindo, en la mesa en un último intento de no golpear a aquel tipo—. Le voy a pedir que se marche de forma pacífica y voy a hacer como que esta visita nunca ha sucedido. No le contaré nada a Amanda de las intenciones de su abuela.

—No lo entiende —rio con ganas—, esto no es cosa de la familia. Amanda es la artífice. Su abuela intentaba evitar todo esto porque la chica es igual de problemática que su madre. No sé si conoce algo sobre la cantidad de terapeutas y médicos que han tenido que tratarla.

—¡Basta!

El abogado se sacudió sorprendido.

—Yo no soy el problema, créame. Lo va a dejar seco, ella sabe que tiene las de ganar... Mire, la señora Soto-Olvido está dispuesta a llegar un acuerdo ventajoso para usted si olvida todo esto. Podría ofrecerle una cuantía...

—¿Está intentando chantajearme? —mascullé.

—No, solo quiero evitarle el mal trago. Ella le ha hecho creer que el niño es suyo; es una manipuladora, no es la primera vez que...

—¿Perdone? —interrumpí cuando algo se removió en mi interior.

—Sí —admitió con claro aire vencedor—. Queríamos evitar que hiciese más daño. Ella y su hermana mayor son unas profesionales; han hecho mucho daño a otros hombres hasta que fueron encontradas por la familia. Han estafado a otros antes. Seguro que le ha propuesto algún tipo de acuerdo económico para ayudar a criar al niño y le ha prometido visitas. Créame, ya hemos pasado por esto antes. Su abuela intentó por todos los medios que no viajase, pero al final se escapó con la ayuda de un pobre incauto que la espera en España... Por eso querían evitar a toda costa este despropósito.

Me mostró de nuevo los papeles, en los que, paralizado, observé una rúbrica con su nombre.

—No puedo creer que sea cierto... El niño es mi hijo, ella me lo dijo... —murmuré dejándome caer en el asiento—. Si incluso me ha dado un álbum con fotos desde su nacimiento...

¿Me había mentado? ¿Dan no era mi hijo? ¿Por qué hacerme creer que era mío para después arrebatármelo?

—No sabe cómo lamento tener que ser yo el que le tenga que dar esta noticia, pero la familia no podía dejar que siguiera adelante con esta locura. Están desequilibradas, son inestables...

—No, no le creo. —Me levanté de golpe—. Le ruego que se marche de mi casa.

—Se arrepentirá...

—¡Fuera!

29

AMANDA

Había acostado al niño después de un día agotador. Me dolían las manos de haber limpiado cada rincón del pequeño apartamento a fondo. Observé mi manicura, y estuve a punto de ir a por una lima para intentar arreglar aquel desastre, pero estaba muerta. Necesitaba una ducha con urgencia.

Había comenzado a quitarme la ropa en el baño cuando sonó el timbre. ¿Quién podía ser a esas horas? No esperaba a nadie. Cuando abrí y vi aquella cara desencajada, reconocí al instante que había pasado algo horrible.

—Amanda, solo necesito que me confirmes una cosa... —Sacó unos papeles arrugados del bolsillo trasero de sus vaqueros. Le temblaba el pulso—. ¿Esta firma es tuya?

Miré a Max extrañada, aún con la puerta abierta.

—Hola... —le saludé, sorprendida ante aquella actitud alterada—. ¿Quieres pasar?

—¿Te importaría responder? —Sacudió de nuevo los papeles delante de mis narices.

No entendía qué ocurría, pero estaba claro que algo lo había agitado. Comprobé la rúbrica, y, pese a parecerse bastante a la mía, no lo era.

—No, no es mía.

Soltó el aire aliviado y sonrió.

—Ya sabía yo que no podía ser... —Pasó sin añadir nada más y buscó al niño con la mirada.

—Está dormido. ¿Me vas a explicar de qué va todo esto?

Lo observé mientras daba vueltas por el pequeño salón y se me retorció el estómago como presagio de malas noticias.

—Hoy ha venido al rancho Jaime, el abogado de tu abuela.

Me dejé caer en el sofá cuando noté que mis piernas perdían fuerza.

—¿Esos papeles son suyos?

Rio de forma sarcástica antes de continuar.

—Ha venido contándome una sarta de sandeces. De verdad, qué familia tienes, Am...

Aquello me estaba dando muy mala espina.

—¿Qué contenían esos documentos?

—Una renuncia de paternidad.

—¿¡Qué!?

—Sí, yo también he reaccionado así. —Se sentó a mi lado y me cogió de la mano—. Tranquila, lo he mandado bien lejos, no nos molestarán más.

—Max... —Tomé aire, porque pensaba que me iba a ahogar—. ¿Por qué querías saber si esa era mi firma?

Noté cómo se me agolpaban las lágrimas en los ojos antes de que respondiese. No podía ser...

—Jaime me aseguró que tú habías llevado a cabo ese escrito de renuncia voluntaria a los derechos de paternidad —aseveró apenado.

—¿Te dijo que yo firmé eso? —pregunté al fin después de intentar calmarme. Él asintió. La bilis trepó por mi garganta—. Y tú lo creíste.

—¡No! Yo no... Tu abuela lo mandó; no quieras saber todo lo que me ha dicho de ti y de tu hermana...

—Max —lo interrumpí—. ¿Por qué me has preguntado antes de entrar si esa era mi firma?

Un dolor atravesó mi pecho como si el corazón se me estuviese haciendo trizas.

—Yo...

Sus ojos hablaban sin necesidad de añadir nada más. Me hundí sin remedio. ¿Cómo podía dudar de mí?

—Quiero que te marches. —Me solté de su mano y me dirigí a la puerta.

—Amanda, no hagas esto. Ha sido un malentendido, al que jamás he dado crédito.

—El simple hecho de que me hayas formulado esa pregunta es suficiente.

—No, no lo es.

—Por favor, necesito... necesito pensar.

—Am, si tuviese algún tipo de duda, habría firmado la petición de prueba de paternidad que él ha sugerido. No lo necesito, sé que no mientes.

Estaba a punto de echarme a llorar como una idiota, y no iba a permitir que él fuese testigo.

—Quizás deberías hacerlo... Ahora, si me disculpas, estoy muy cansada.

—Amanda, no es lo que piensas.

—Adiós, Max.

Maldito Max, malditos él y todas las ilusiones que me había brindado de

formar una familia para destruirlas de un plumazo.

Lo peor de esa noche fatídica no había sido la visita de Jaime; lo más nefasto había sido comprobar qué volátil es la verdad, dependiendo de quién la maneje, y lo simple que era dar crédito a lo único que queríamos aceptar. El rechazo en los ojos de las personas importantes podía ser injusto. La duda en la mirada del hombre al que amaba, definitiva.

30

MAX

Al día siguiente estaba en el despacho, sentado ante la mesa, desde donde me miraban Bill y Amanda en silencio, con una extraña calma de la que yo carecía. Observaba al viejo Bill, con el que tuve un desacuerdo en el pasado por un contrato que perdí. Aquel hecho motivó que prescindiera de sus servicios y contratase al nuevo abogado; en la actualidad, reconocía que lo hice por desvincular a mi padre por completo del negocio. El hombre era un buen profesional: no debía pagar las consecuencias de nuestra rivalidad. Estaba un poco sorprendido por su aparición en escena, no entendía muy bien qué tenía él que ver con Amanda. De hecho, desconocía que ella hubiese utilizado los servicios de ningún abogado... Se me erizó el vello del cuerpo como un signo premonitorio.

—Amanda vino a verme hace unos meses para que redactara un convenio. Creo que es mejor que te lo explique —comentó el letrado.

De pronto recordé el día que Paul me dijo que su mujer la había visto al salir de su despacho, hacía bastante tiempo.

—¿Eres su abogado? —pregunté perplejo, mirándolos a los dos.

—Sí y no. —Tosió antes de continuar—. ¿Tienes un vaso de agua?

Asentí. Busqué una jarra de agua en la cocina y regresé al despacho con una extraña sensación. Ella no había abierto la boca, y había dejado que fuese él el que condujese la conversación.

—¿Te importa que me siente? Es bastante largo de explicar y ya estoy mayor...

Comprobé cómo me temblaban las manos mientras sujetaba aquellos papeles; el orgullo en la mirada de Amanda hablaba por sí solo. No obstante, ella tenía que dar la última puntada para dejarme claro que había sido el mayor malnacido por haber dudado de su palabra.

—Bill necesitaba completar el convenio antes de poderlo contrastar contigo para agregar todo lo que creyeses oportuno. Ahora que lo tienes en tu poder, lo puedes tratar con tu abogado y podemos incluir todas las cláusulas que sean precisas o modificar las existentes.

—Pero... —Era incapaz de articular palabra.

—Es por el bien del niño. En caso de fallecimiento, enfermedad incapacitante o desaparición de la madre —añadió él, y se me hizo un nudo en la garganta—, ella cree que tú, al ser el progenitor, deberías tener la custodia total del niño. En cuanto al régimen de custodia compartida...

Perdí el hilo de lo que comentaba Bill mientras contemplaba a la mujer de mi vida, la misma a la que había dejado escapar por falta de confianza.

Se levantaron para marcharse de la biblioteca y llamé la atención de Amanda antes de que saliera. Bill se despidió de mí y le dijo que la esperaba fuera.

—¿Por qué no me habías explicado nada de esto? —Intenté cogerle las manos, pero ella me rechazó.

—No he tenido tiempo. Ahora ya lo sabes.

Suspiré, derrotado. Había sido un ser despreciable con ella.

—Am..., necesito que me perdones.

—Mañana partimos para España: ese es el motivo de mi visita con Bill. No quería que pensases que me llevo al niño sin tu consentimiento.

Aquello me golpeó con fuerza y casi me dejó sin respiración.

—¿Por qué? Am, nosotros...

—Debo ir a solucionar unos temas familiares urgentes y ayudar a mi hermana con el piso, no sé... —Me observó con la mirada serena y dura—. Creo que estaremos unas tres semanas.

—Os acompaño.

—¿No te fías de que no regrese? —Soltó una carcajada que me dejó helado—. Vaya, veo que las mentiras han calado hondo.

—No es eso. —Cabeceé triste por todo lo que había sucedido entre nosotros—. No quiero que estés sola. Puedo ayudar.

Negó con la cabeza antes de hablar:

—No formamos parte de una ecuación. Eres el padre de mi hijo. Punto. —Cogió su bolso y se dirigió a la puerta—. Prometo llamar para que hables con el niño. En los papeles tienes los datos del domicilio de Madrid, así como el teléfono de mi hermana por si no me localizas a mí. Hasta la vuelta.

Me quedé allí, anclado al suelo con el alma rota. ¿Qué había hecho?

No recuerdo exactamente qué sucedió el resto del día porque, simplemente, estaba destrozado por haber mandado a la mierda lo único que me importaba en la vida. Aquella fue la noche más larga de mi existencia; sin apenas dormir me presenté a primera hora de la mañana en su casa. De hecho, hacía más de dos

horas que estaba apostado frente a su apartamento, como un espía, dentro de la ranchera, esperando a que amaneciese o a ver alguna luz que me indicase que ya estaba despierta. Tenía la espalda tan hecha polvo de llevar tantas horas sentado en tensión que cuando al fin salí del coche y me dirigí al apartamento me crujió todo.

Amanda me abrió la puerta con cara de pocos amigos, y supe que lo tenía crudo, pero no pensaba rendirme: había sido un imbécil y debía dejarle claro lo que sentía por ellos. Ya era hora de ser sincero. Se giró y dejó la puerta abierta, por lo que entendí que tenía una pequeña oportunidad. La seguí hasta la cocina, en silencio, porque no quería despertar a Dan. Pude ver cómo Amanda abría cajones y puertas de armarios con bastante ímpetu, y me hice una idea del nivel de enfado: elevado, tirando a «lo tenía muy negro».

—Hola —la saludé, y me sentí bastante estúpido, porque ella seguía ignorándome.

Me acerqué algo más y se giró de golpe.

—¿Por qué has regresado cuando ayer lo dejamos todo claro?

Tenía el cuello y la cara sonrojados. Nunca la había visto tan enfadada, y me preocupé.

—Porque necesitaba decirte en persona lo imbécil e injusto que he sido contigo.

Asintió con cara de póquer.

—Y ahora se supone que yo caigo rendida a tus pies, ¿no?

—Hombre, supongo que tendré que currármelo algo más —bromeé, con poco éxito, porque me atravesó con la mirada.

—Max, perdiste ese tren el otro día... —Tomó aire con fuerza.

—Por esos papeles. —Terminé la frase bastante derrotado al comprender la verdad—. Sé que por mucho que insista el daño ya está hecho, pero no sabía, desconocía... Estaba hecho un lío, Am.

Se hizo un silencio demoledor. No lo hacía nada bien. ¿Qué me pasaba?

«¡Piensa, rápido!».

—Am, he venido porque he comprendido algo. Ya sé que me he portado mal y que no merezco que me perdones, pero necesito decírtelo.

Se dispuso a preparar café de forma automática, sin prestarme mucha atención. Tomé aire con fuerza. Noté cómo resbalaba una gota de sudor por mi sien y me percaté de que ni siquiera me había quitado la chaqueta. Era en ese momento o nunca.

—Amanda, desde el día que apareciste en el rancho hemos hecho todo mal. —

Intentó replicar, pero levanté la mano para que me dejase continuar—. Tanto tú como yo sabíamos que nos movíamos sobre terreno complicado. Yo no he ayudado en absoluto; sabes que para mí es tremendamente difícil abrirme.

—¿Y adónde nos lleva todo eso, Max? Porque a mí me parece el argumento de una novela mala, de esas que leo, repletas de clichés. Chico es un capullo; chica lo deja, chica huye, regresa con un bebé; chico se enfada, chica también, chico la perdona, ella cree que puede cumplir sus sueños, se besan, sexo, pelea y...

—¿Reconciliación? —pregunté con una sonrisa.

—En esta historia no hay un final feliz para nosotros, Max —aseveró—. Porque, como bien dices, estábamos equivocados. En todo momento el protagonista era nuestro hijo, no nosotros. Él es el que tiene que disfrutar de un final feliz. Y esa es nuestra función como padres.

Se me cayó el alma a los pies al comprobar la seguridad con la que soltaba aquellas palabras, que para nada eran las que pretendía escuchar.

—No, Amanda; quizás sea tarde para que me perdones, pero voy a seguir luchando por nosotros. ¿Sabes por qué? —Negó con la cabeza, seria—. Porque ya no tengo miedo, porque siempre has sido tú, y no me avergüenza decirte que alejaba las cosas buenas por miedo a perderlas; porque yo no soy el príncipe que rescata a la princesa. Tú no necesitas ser rescatada: tú me has salvado a mí.

—¿De qué estás hablando?

—Querida Am. Tú siempre hablas de alguien tan valiente que quisiera permanecer en cada uno de tus ocasos... Ahora te pregunto: ¿y tú, eres lo suficientemente valiente para permanecer a mi lado en los míos?

Me moría por abrazarla, sobre todo en esos instantes en los que se debatía entre soltarme un bofetón o besarme. Nos miramos fijamente con la respiración entrecortada como si hubiésemos corrido una maratón.

—¿De qué va todo esto? ¿Por qué me preguntas...?

—Se acabó el huir, Am. Ya basta. Lo que intento explicarte es que no se trata solo de nuestro hijo —bufé hastiado, porque me expresaba fatal y no era capaz de dar forma a todo lo que sentía por ella—. Lo que necesito saber es si me aceptas con todo el saco de defectos, porque esto es lo que soy, un cenutrio que ha dejado escapar al amor de su vida por miedo a decirle lo que siente por ella. La valiente siempre has sido tú.

—Yo... —Estaba a punto de llorar, y no era lo que pretendía.

—Toda mi vida me he sentido un desgraciado que buscaba la aprobación de su padre; hui del rancho por la culpabilidad de la muerte de mi mejor amigo, en busca de una vida mejor que me completase. En todos estos años no había nada

que me removiese por dentro, que me hiciese feliz; volcaba todas mis energías en el trabajo... ¿para qué? —Reí sin ganas—. ¿Para probarle a mi padre que era mejor que él? ¿Para demostrarme a mí mismo de qué era capaz?

Me dejé caer en una de las sillas de la cocina. Y la miré con un dolor tan grande en el pecho como jamás había sentido.

—Y cuando aparece lo único bueno en mi vida —continué—, en el momento en el que comprendo que estoy locamente enamorado de ti y de mi hijo, ¿qué es lo que hago?

—¿Dar crédito a un señor antes que a mí? —preguntó con un hilo de voz.

—Alejarte, alejar a la felicidad —confesé.

—¿Has dicho que estás «locamente enamorado» de mí y del niño? —preguntó después de un largo rato en silencio en el que se me pasaron distintos desenlaces a aquella escena, a la que se podía tildar de todo menos de romántica.

—Eso es lo más importante. He estado enamorado de ti siempre, Amanda, ¿pero es lo único que has entendido de mi disculpa?

Era terriblemente nefasto expresándome.

—¿Siempre? ¿Desde Lawrence?

—Amanda, estoy intentando declararme —suspiré.

—¿Esto es una declaración?

—Tenía que hacerlo rápido porque no sabía si me ibas a lanzar la cafetera. Además, te recuerdo que me paso el día rodeado de animales y de vacas.

—¿No son lo mismo?

—Qué va: insultaría a las vacas si las equiparo a los chicos.

Soltó una carcajada, y me destensé un poco al ver que había dejado de apretarse las manos de forma nerviosa.

—Nos estamos desviando del tema principal.

Se sentó en la otra silla y me miró con la cara todavía sonrojada. Me sentía un poco estúpido al haberle mostrado mis sentimientos y no haber obtenido ninguna respuesta. No esperaba un perdón ni un «te quiero», pero tampoco aquello. No podía haber cambiado de opinión en tan poco tiempo, ¿verdad?

Carraspeé para deshacer el nudo que se me había formado en la garganta al comprender la situación.

—He llegado tarde, ¿no es así?

Dejó salir el aire con fuerza y me miró, seria.

—Tenías razón, lo hicimos todo mal. Creímos que un hijo sería el pegamento que uniría dos voluntades en dos almas complicadas, nos dejamos llevar por las posibilidades sin darnos cuenta de que nuestros caminos solo se cruzaron por

casualidad. Tú y yo andamos por senderos distintos, Max.

—No puedes hacer esto. Tienes... tienes que creer en mí.

—Tú debiste creer en mí, lo prometiste. Me dijiste: «Nunca os haría daño de forma intencionada».

Aquellas palabras cayeron como una losa sobre mi corazón destrozado cuando comprendí lo que ocurría.

—Pero yo te quiero, mi dulce Am —murmuré.

—Yo también te quiero, pero querer no siempre es suficiente—afirmó con una seguridad aplastante.

Sentía que el mundo se hundía, y yo con él.

—Y si el amor no es suficiente, ¿qué lo es? —pregunté desesperado.

—La complicidad, la paciencia, la confianza..., la generosidad.

—Am... —Le acaricié el rostro y noté una lágrima solitaria que caía por su mejilla. Mis ojos se nublaron, y comprendí que yo también lloraba por lo que nunca sería, por todas las amaneceres que no veríamos juntos, por haber desaprovechado la única oportunidad que me brindaba la vida para ser feliz.

—Lo sé, Max, lo sé... —Me dio un beso dulce que sabía a despedida y la abracé con fuerza.

—Soluciona lo que sea y vuelve. Te necesito en mi vida, os necesito. Te quiero, Am, no lo olvides...

31

AMANDA

Observé las cajas apiladas en un rincón de nuestro pequeño salón del piso de Madrid y se me cayó el alma a los pies cuando Jess tiró una bolsa enorme repleta de ropa al suelo.

—Sunshine, deberíamos prescindir de estas cosas. Allí no las vamos a utilizar.

—Ni se te ocurra deshacerte de nada de Tracy sin su permiso.

—Soy la mayor: yo mando y vosotras obedecéis. —Me sacó la lengua—. Además, la peque no está aquí.

Sonreí con nostalgia. Echaba de menos a mi hermana pequeña, que estaba en Suiza finalizando un Erasmus que había financiado mi abuela. En cuanto recordé la discusión de hacía días con ella, lancé una sudadera con fuerza a la pila de cosas para reciclar.

—Jess, hay que finiquitar esto hoy. No quiero permanecer aquí más tiempo del estrictamente necesario.

—Frena... —Soltó el aire de forma exagerada—. Tenemos un par de días; después, solucionaremos el resto paso a paso, ¿entendido?

—No seas mandona.

—No te puedo dejar sola... Mira lo que ha pasado por permitir que...

—La culpa es de esa vieja arpía. ¿Te lo dije o no te lo dije?

—Joder, sí. —Suspiró—. Me da rabia claudicar.

—No sueltes tacos, Jess; el niño... —Hice un reconocimiento rápido a la estancia buscándolo—. ¿Dónde se ha metido? ¡Dan!

Llevaba varias semanas en España, el tiempo necesario para romper todo vínculo con la familia materna, para mover papeles, para descubrir más posibles maquinaciones de aquellos seres malvados, además de para desalojar el piso que las tres compartíamos.

Aquella noche cenamos en el suelo del salón sobre unos cojines, después de haber vendido el mobiliario a unos estudiantes universitarios por la tarde.

—Qué triste... El pobre Dan debe de estar alucinando de lo lindo con todo este trasiego —comentó Jess, abarcando con los brazos el comedor desnudo.

—En realidad está triste porque lo echa de menos —afirmé, porque el niño no

dejaba de preguntar por Max.

—¿El niño o tú?

Me encogí ante su pregunta como reacción automática al dolor que me causaba hablar de Max, ya que todavía estaba todo muy reciente. Mi hermana mayor era la única que me comprendía a la perfección, era la única con la que me podía sincerar sin miedo a que me juzgase.

—He sido una idiota, me merezco lo que ha pasado.

—No seas mártir, Am, no te pega nada. —Estiró los brazos para desentumecerse—. Tendríamos que haber esperado a mañana para vender el sofá; tengo el culo plano.

—Ahora es tontería arrepentirse, y no me refiero al sofá —afirmé totalmente convencida regresando al tema de Max al ver que mi hermana había cambiado de asunto.

—Tú por no abrirte cuando debías y explicarle tus planes, él por su falta de confianza... —bufó—. Qué tostón. Sinceramente, creo que os comportáis como dos inmaduros que tienen un hijo en común y miedo al compromiso.

—¿Miedo yo? Te recuerdo que me fui allí para hacer frente a mi error —dije, mirándola con los ojos entrecerrados.

—Ahí tengo que darte la razón, porque hiciste lo que debías a pesar de tener a toda la familia en contra. Es verdad, lo siento. Esto de la abuela me tiene un tanto histérica.

—No quiero volver a verla en la vida. Qué bruja... Mira lo que ha hecho... ¿Y si estás en lo cierto con lo de mamá?

Jess me miró con ternura; había sido tan duro estar separadas todos esos meses... Me cogió con fuerza para darme un abrazo de oso.

—Am, todo va a salir bien. Vamos a llegar al fondo del asunto, regresaremos y la encontraremos... —susurró en mi oído, y me hizo cosquillas.

—¿Y si es tarde?

—Hay que intentarlo. En cuanto al ranchero... —Me apretó un poco más—. Deberías darle una oportunidad.

Se me formó un nudo en la garganta al recordar la última vez que lo vi antes de regresar. Max permitió que saliese del país con Dan para viajar a España a solventar ciertos asuntos familiares con la premisa de que volviese: «Soluciona lo que sea y vuelve. Te necesito en mi vida, os necesito. Te quiero, Am, no lo olvides».

Habría creído en su última declaración sin dudarle un segundo si el día anterior no me hubiese presentado en el rancho con Bill Joeman, el abogado al que

encargué los papeles del convenio meses antes. Pero la realidad era otra, y Max no confiaba en mí, estaba claro.

Suspiré derrotada.

—Dan necesita a su padre; sé que lo hará bien —dije después de permanecer un buen rato en silencio—. En cuanto a nosotros..., ese tren ya partió.

—Puede que no se le dé bien manejar a una chica, pero eso no quiere decir que sea un desecho humano: seguro que lo hace bien con el niño cuando esté con él.

Me besó en la cabeza antes de soltarme como había hecho tantas veces desde que éramos pequeñas.

—¿Manejar? Él tiene la delicadeza de un novillo enfurecido.

—Más bien de un semental —rio.

—¡Oh, sí! El muy... Todavía me dan ganas de estrangularlo cuando recuerdo lo de la firma.

—Sabes que lo hizo porque estaba asustado.

—No lo creo.

—Supongo que era su forma de protegerse.

Sopesé su afirmación. Éramos tan distintos... Y dolía tanto...

—En realidad, nunca debí pensar que funcionaría: es obvio que no estamos hechos el uno para el otro.

—Bueno, pues si ya lo tienes claro, creo que es hora de pasar página. Conozco hasta la forma de esos fantásticos hoyuelos, lo estúpido que ha sido, la maravillosa puesta en escena de aquella lluvia de estrellas, lo cruel de su duda... ¿Sigo?

—¡Eh! Yo también he soportado tus lamentos por ese idiota de tu ex.

—Vale, pues se acabó. Mañana llevaremos a Dan a ver la cabalgata de los Reyes Magos, y por la noche volaremos hacia nuestra nueva vida, ¿entendido?

Me dio una especie de retortijón, y tuve que ir al baño antes de contestarle. El estrés de todos los acontecimientos recientes me había pasado factura, y no era capaz de retener apenas alimento.

—¿Crees que Tracy lo entenderá? —le pregunté más tarde a Jess cuando me metía en la cama junto a ella.

—Bueno... Para ella renunciar a esta vida va a ser complicado. Ha convivido con el lujo desde que era más pequeña que nosotras.

—¿Y si no quiere acompañarnos cuando finalice los estudios?

—Será elección suya, Sunshine.

—Esta familia no es buena. Si lo que intuimos es cierto, Jess...

—Si es cierto, les va a caer un puro considerable. —Me besó en la cabeza—.

Anda, vamos a dormir, que mañana nos espera un día muy largo.

—¿Esta firma es tuya?

Eran las tres de la madrugada. Me removí inquieta después de haberme despertado tras una pesadilla. Soñaba en cadena con la secuencia de la «conversación» con Max tras la nefasta visita de Jaime al rancho. Intentar aclarar con el vaquero aquel malentendido fue una decepción increíble. No esperaba ese comportamiento después de los momentos maravillosos que habíamos compartido.

«Si no vivieses en las nubes...».

Era una maldita idiota.

Antes de regresar a España, sopesé la idea de dejar a Dan en el rancho, pero no podía separarme de él tanto tiempo. Entonces comprendí a Max. Él también quería al niño, y yo no debía alejarlo de él. Quizás ese era el sacrificio que unos padres hacían por sus hijos. Puede que vivir en Kansas no fuese lo más idóneo para mí después del tremendo desengaño, pero... no tenía elección. Además estaba el asunto de mi madre... Me encontraba en la capital, pese a haberme prometido a mí misma no pisar esa ciudad nunca más, porque mi hermana Jess había descubierto algo inquietante sobre la desaparición de nuestra madre y la supuesta pesquisa llevada a cabo por unos investigadores que nunca había existido.

La confrontación con nuestra abuela y nuestro tío me había dejado más hecha polvo de lo que jamás habría imaginado. Qué personas más mezquinas y ruines... ¡Habíamos celebrado el funeral por nuestra madre y cabía la posibilidad de que todo fuese mentira! Ahí fue donde comprendimos por qué nuestros padres no mantenían contacto con ellos. Incluso habían insinuado que éramos «el vivo retrato del desequilibrio de nuestra madre». Era imperioso alejarnos de ellos y sacar a Tracy de sus garras cuanto antes.

Intenté volver a dormir y fue imposible; vi pasar las horas hasta que amaneció. La mañana había despertado fría en las calles de Madrid la víspera de Reyes. Le hice un café a Jess, y después ayudé a Dan con su desayuno.

—Y ese detective... ¿tiene una buena pista?

—Es buenísimo, Am. En menos de una semana ha descubierto el pastel. Hoy mismo viajará hasta Hutchinson a comprobar los datos de «la paciente» de ese psiquiátrico.

Observé la ilusión en la mirada de mi hermana y se me encogió el estómago. Ojalá no estuviese equivocada; no podría soportar más desencantos.

—¿Sabremos algo pronto?

—A lo mejor cuando quiera contactarnos nos pilla en el vuelo de camino hacia allí. Estoy tan nerviosa...

Achuchó a Dan, que soltó una carcajada cuando ella comenzó a hacerle carantoñas.

—Ya no es un bebé, tía Jess. Háblale con palabras completas.

—Bla, bla, bla —se burló—. Por cierto, tienes muy mala cara. ¿No has dormido bien?

«No, he soñado con un vaquero tonto del culo».

—Me tienes un poco preocupada, Sunshine.

—Estoy bien —contesté con una sonrisa.

—Leí una vez que si repites algo muchas veces al final se hace verdad.

—Ese algo se refiere a las mentiras: «Una mentira repetida mil veces se convierte en verdad». —dije, parafraseando, orgullosa, a Goebbels.

—Pues eso; cuantas más veces repitas que estás «bien», al final será verdad —apuntó con cierta insolencia.

—¿Qué prefieres que diga? —pregunté algo mosca.

—Quiero que dejes de fingir que estás bien cuando es más que evidente que tienes más ganas de llorar que este —señaló a Dan, que se peleaba con una galleta— cuando pierde su juguete favorito.

—No me puedo permitir ir llorando por los rincones.

—Déjate de rollos; puedes hacer lo que te venga en gana, y al que no le guste, que no mire.

—¿Y preocupar al niño?

—Pienso que crecer asimilando qué son las emociones no debería asustar a nadie. Mira lo que sucedió con nosotras con tanta protección: vivimos en la inopia un montón de años sin saber qué le ocurría a nuestra madre.

—¿Ya no te gusta que sea un rayo de sol en los días grises?

—Lo que necesito... —resopló—, lo que necesitas es dejar de fingir de una maldita vez; no tienes que hacerte la fuerte todas las horas del día. Si quieres estar de mal humor, perfecto, y si quieres llorar porque ese idiota te ha hecho daño, hazlo. Así de simple.

Se levantó y me dejó allí plantada.

Tenía razón, como siempre.

MAX

—¡Eh, colega! El *quad* no te ha hecho nada.

Miré a Nathan, que me sonreía desde la puerta del granero con cierto asombro. ¿Qué hacía allí? ¿Otro más dispuesto a darme el sermón?

—¡Métete en tus asuntos! —bramé entre el ruido de los golpes a la chapa del cacharro que se había propuesto hacerme la vida imposible.

—Para —me frenó, asiéndome del brazo con fuerza antes de asestarle un nuevo revés al motor—. Joder, Max. Me he tragado cinco horas de coche para venir a verte ¿y me encuentro esto?

«¿Con qué? ¿Con un motor que ha decidido no funcionar cuando más falta me hace?».

—Pues ya puedes largarte por donde has venido. —Me solté de su agarre.

—Colega, tienes a toda la familia preocupada.

Ahí estaba, lo que me temía... Eran tan predecibles, tan tocapelotas, tan...

—¡Al carajo con todos! —grité.

—Mira, no me apetece nada tener que darte un par de hostias, pero si es necesario para hacerte entrar en razón, lo haré.

Sonreí al idiota de mi cuñado por no darle una patada en el culo.

—Niño bonito, aquello forma parte del pasado. No necesito cuidadora. Vete a casa.

—Todavía tengo un buen derechazo. —Arqueó una ceja bastante serio.

—No lo dudo, pero prefiero desfogarme con esto. —Señalé el viejo vehículo.

Sabía a qué se refería con aquella alusión. Una circunstancia de nuestro pasado en común que desearía borrar de mi mente. Hablaba de la zurra que nos habíamos dado cuando me enteré de que se había enrollado con mi hermana en Lawrence, pese a habérselo prohibido porque descubrí que había tonteado con drogas y demás historias. Tanto él como yo sabíamos que podíamos solucionar nuestros problemas sin necesidad de darnos de tortas. Pero, en esa ocasión, por mucho que mi mejor amigo quisiese implicarse, aquello no iba con él. No iba con nadie, excepto conmigo y mis nefastas decisiones.

«¡Maldita sea!».

—Eres más de lo que pretendes aparentar; no me trago toda esta basura. —Me señaló—. Deja de autocompadecerte. Todavía estás a tiempo de solucionarlo.

—¡Basta!

Estaba muy enfadado, y cada vez que alguien me recordaba mi cagada, volvía a resurgir la ira con fuerza, como si de un volcán se tratase.

—No, no pienso dejarlo. Alguien tiene que decirte las cosas tal y como son. Yo no te tengo miedo, colega... —Bufó hacia el techo—. Llevas unas semanas de pena, ladrando a todo cristo.

—Vaya, creo que nadie me había comparado con un perro de forma tan sutil.

Lancé el martillo a la caja de herramientas. Se formó un gran estruendo al volcarse parte del contenido y me giré para salir de allí antes de asestarle a mi cuñado con alguna de ellas.

—¿Vamos a jugar al escondite?

Caminaba hacia mi guarida con el roquero pegado a mis talones.

—Vete a casa, Nathan.

—Leah dice que cuando te mosqueas te pones imposible. Yo creo que más bien eres un poco gilipollas.

Me giré de golpe para encontrarme la sonrisa burlona de mi amigo.

—¿Qué quieres?

—Para empezar, que te saques el palo del culo. — Sonrió, algo que me tocó aún más las narices, por lo que me giré y continué mi camino—. Y, para continuar..., ¿me invitas a un refresco?

Más tarde daba los últimos retoques de pintura a la barandilla del porche. Nathan seguía pegado a mí como una lapa, sin dejar de seguirme por todos lados.

—Entonces, ¿te queda algo por reconstruir, pintar, arreglar o romper estos días?

Mi cuñado llevaba dos horas parloteando sin cesar, y yo tenía la cabeza como un bombo.

—¿Podemos sacar el tema innombrable o debo continuar dando vueltas un poco más? —preguntó al fin.

Se me hizo un nudo en la boca del estómago. Si permanecía más tiempo en esa situación, me iba a salir una úlcera.

—Te voy a contestar lo mismo que al resto de población preocupada por esta historia: no os incumbe. Fin.

—Ahí te equivocas; sí nos importa.

—Pues que te importe lejos de aquí.

—Amigo mío, qué poca fe tienes en la humanidad... —Se dejó caer en el balancín—. No te preocupes, a mí también se me daba de fábula fingir. Torres más altas han caído.

¿No tendría suerte y me dejaría solo?

Una semana con Nathan en mi casa habría acabado con la paciencia de cualquiera. Pero no podía negar que él era mi único y mejor amigo. Aunque no consiguió que cambiase de parecer y me abriese, sí apaciguó mis ganas de romper cosas.

—Mi hermana ha comenzado a currar con Kyle —dijo bostezando, al tiempo que contemplaba el amanecer.

—¿Denise? ¿Ya ha acabado sus estudios? —pregunté mientras entraba en casa, porque noté que me estaba comenzando a emocionar: había sido incapaz de volver a contemplar un amanecer desde que Amanda había roto conmigo de forma definitiva.

—Sí, y además es buenísima con eso de Internet —contestó, y consiguió distraerme—. Es una *influencer* de vida sana y no sé qué; le va bien al negocio de Kyle, ya sabes: unir el rollo de entrenador personal con sus historias.

—Te explicas de fábula —dije mientras abría la nevera para ver qué iba a hacer de desayuno.

—A ver, la especialista en redes es Leah, no yo.

—Ahora que lo dices..., ¿cuándo vuelves a vivir con mi hermana? ¿Seguís casados? —lo chinché—. ¿Y por qué te levantas tan temprano?

Me tenía alucinado; no entendía qué hacía despierto a aquellas horas.

—Ya sé que quieres que me largue, pero aquí compongo de vicio, esto es un paraíso... Además, te va bien mi compañía.

—No, quiero estar solo —insistí a su cara de bobo.

—¿Cuándo regresan Am y el niño?

Sentí un fuerte dolor en el pecho en cuanto los mencionó; suspiré antes de contestarle.

—No hagas esto —casi supliqué a Nathan, que me observaba con los ojos muy abiertos.

—Es necesario; cada vez dolerá menos. Si quisieras entrar en...

—Ya es suficiente, Nat. Respeta mi decisión.

—¿La de no hablar sobre el tema intocable o la de largarme?

Asentí con el ceño fruncido. ¿Por qué no me dejaban en paz?

—Dos trabajadores han hablado con Paul para buscar un puesto en otro rancho; dicen que quieren un jefe que no les grite.

—Paul debería dedicarse a trabajar en vez de ir con historias a nadie. —Cerré con fuerza la nevera.

—A este paso, te quedas tú solo con la única compañía de las vacas.

—Las vacas no dan problemas.

—Ella tampoco —sentenció, y tuve que aguantarme las ganas de asestarle un puñetazo por haber dicho aquello.

«No, ella no, pero su familia...».

—Regresa con mi hermana.

—Anda, colega. Vamos a preparar algo de desayuno, estoy hambriento...

Enero aterrizó con frío, y mi humor no hacía más que empeorar por momentos. Suspiré cuando dejé atrás la Navidad, que no era una época demasiado especial para mí. Aquel año, con todo lo sucedido, todavía fue peor. Tuve que irme unos días a Flint Hills para tratar unos temas con algunos de los granjeros de la zona. Además de serme vital apartarme del rancho en las vacaciones.

La casa grande se llenaba hasta la bandera, algo que me era difícil soportar debido a mi estado de ánimo. Además, no soportaba la idea de que Amanda y el niño estuviesen a miles de millas de distancia, en otro continente, en otra vida tan lejos de mí; me sentía tan mal por no haber hecho las cosas bien... Si aún no me creía lo suficiente mezquino por cómo había manejado la aparición de aquel inútil con su sarta de mentiras, solo debía recordar la última visita de Amanda a mi casa la tarde antes de que se fuesen a España, en compañía de Bill Joeman.

Subí el volumen de la radio para hacer desaparecer esos pensamientos negativos y me relajé cuando el cartel de Lawrence me anunció que estaba a pocas millas de mi destino.

La cara de Leah al abrir la puerta de la pequeña casita que compartía con Nathan, en las afueras de Lawrence, fue un poema.

—¿Qué haces aquí? ¿Ocurre algo?

—Sí, la he fastidiado y necesito tu ayuda.

Mi hermana pequeña me sonrió con dulzura antes de hacerme pasar a su nido de amor.

—No sé si vamos a poder hacer algo a estas alturas, Max.

—Tengo que intentarlo, enana.

—¿Por qué ningún hombre de esta familia me escucha cuando intento advertirlo? —Sacudió las manos hacia el techo en una pose bastante cómica—. Amanda apenas quiere hablar conmigo; ¿cómo pretendes solucionarlo?

—¿Por qué nunca puedo hacer las cosas bien?

—Porque eres humano. Aparte de cabezota profundo. Pero tienes derecho a equivocarte, Max. Ahora lo importante es ver cómo lo arreglas.

—Soy un ignorante.

—No, no te hagas esto. —Apoyó una mano sobre mi hombro para darme consuelo.

—No intentes suavizarlo, he sido un maldito hijo de...

—¡Chitón! —interrumpió, molesta—. Sí, lo has hecho todo con el culo, no nos has dejado hablar contigo... Max, ella solo necesitaba tu confianza, solo quería escucharte decir que la creías, que no dabas crédito a toda esa basura...

—Le he fallado.

—Me temo que sí —sentenció.

No podía rendirme: ella debía saberlo. Era tan idiota...

—Todavía no es tarde —Me levanté de golpe, sobresaltándola.

—¿Qué quieres decir?

—Necesito recuperar a mi familia. Y tú me vas a ayudar.

—Max, dudo que...

—Ten fe, enana. No se puede llegar a las estrellas sin capear las adversidades.

—*Ad astra per aspera...* —ilustró con cierto tono de listilla—. Vas a necesitar algo más que valentía, querido hermano. Esto no se soluciona con buenas intenciones; vas a necesitar algo más que valor.

—Ya lo veremos... ¿Estás conmigo?

—¿Cómo puedes dudarle? Estoy contigo a muerte: somos Kline.

Solté una carcajada cuando frunció el ceño al más puro estilo familiar.

—Tengo un plan. ¿Me invitas a una cerveza y te lo cuento?

—¿Y se puede saber por qué no has llamado en vez de presentarte aquí?

—Porque si me quedo un segundo más encerrado en casa echándolos de menos, creo que me hundiré en la miseria —confesé, con un dolor profundo que llevaba días intentando frenar.

—¿Ya te puedo abrazar, cabezota?

—Pensaba que nunca lo harías... —Me fundí con ella en un abrazo y me acogió su inconfundible olor a manzanas recién cogidas—. Gracias, enana.

33

AMANDA

El regreso a Kansas fue muy duro; no me veía con fuerzas suficientes para afrontar todo lo que se nos venía encima. Tenía miedo, pero no podía dejar que aquello me paralizase, porque mi hermana mayor me necesitaba. Además, estaba el reencuentro con Max para dejarle a Dan antes de partir hacia Hutchinson.

Cuando entramos en el rancho se me hizo un nudo en la garganta por los mil sentimientos que era incapaz de manejar. Jess me apretó el brazo para infundirme valor. No era capaz de verlo, no cuando me sentía tan vulnerable con todas esas emociones a flor de piel.

Enero había regalado a The Kline's Mountain una capa blanca que cubría la tierra, y Dan se entusiasmó al contemplar la nieve.

Aparqué el vehículo de alquiler frente a la puerta. Tuve que hacer acopio de toda mi voluntad para salir de él en cuanto lo vislumbré, imponente, en el porche, esperándonos.

—Dios mío... Ahora te comprendo, querida Sunshine. Madre-del-amor-hermoso.

—Jess, eso no me ayuda nada —le recriminé a mi hermana mayor; estaba totalmente anonadada contemplando a Max, que bajaba los peldaños con una sonrisa radiante.

—Am, o le pongo una chispa de humor al asunto o no seré capaz de seguir adelante con esto. —Me miró y le sonreí.

—¡Papi! —gritó Dan, contento, en cuanto se dio cuenta de su presencia al lado del coche.

—No te enfades si yo también me lanzo a sus brazos —soltó mi hermana antes de salir, y me arrancó una carcajada con su ocurrencia.

Ella era mi apoyo incondicional, la mejor madre que había tenido cuando la mía no estuvo, mi ancla, la mejor hermana del mundo, la única que sabía cómo hacerme reír en un momento tan delicado para mí como aquel.

Cuando apagué el motor tomé aire en un último intento de darme coraje. Max cogió en brazos al niño con lágrimas en los ojos y me estremecí al verlos juntos.

—Hola, campeón. No sabes cuánto te he echado de menos. —Lo besó, y rio

emocionado cuando el niño se aferró a su cuello.

—Hay nieve, papi...

Jess permanecía callada, observando la escena; le sonreí con dulzura, y ella arrugó la nariz, intentando no llorar. Yo no tuve tanta suerte: en el momento en el que él me miró directamente a los ojos y me perdí en ese azul que había añorado tanto, noté cómo algo caliente resbalaba por mis mejillas.

Mi hermana cogió al niño y se dirigió al porche para darnos algo de privacidad. Max acortó la distancia que nos separaba como un tren de mercancías y me arrolló con un abrazo lleno de amor. Me embriagué de su colonia y de aquella seguridad que solo él me proporcionaba.

—Dios mío, Am. Pensé que me iba a dar algo si tardabais más tiempo en venir —susurró en mi oído.

Tragué con fuerza y me separé un poco para mirarlo.

—Ya te dije que regresaríamos. —Le sonreí antes de apartarme.

—No hagas eso —suplicó, y casi caí rendida a sus pies, pero no podía ser. Ya había tomado una determinación. No debíamos volver a aquello. Por él, por mí, por los tres.

—Max, no quiero tener esta conversación ahora. Jess y yo debemos marcharnos. Ya es lo suficientemente difícil. Por favor, no lo compliques.

—Os acompaño.

Su propuesta me dejó totalmente descolocada.

—No, Max. Esto tenemos que hacerlo solas.

Noté cómo unas lágrimas comenzaron a caer y me las limpié con rabia. No quería parecer vulnerable. Odiaba todo aquello.

—No me apartes de tu vida. —Me tendió las manos, y me dolió el pecho por tener que rechazarlo, pero era lo mejor.

—El niño está esperándote. No sabes la de veces que te ha nombrado estas semanas.

Cerró los ojos un instante antes de endurecer su semblante.

—No me vas a perdonar nunca, ¿verdad?

—Max, por favor... —susurré a punto de sollozar sin remedio.

—No pienso rendirme. —Me besó en la frente y me abrazó de nuevo—. Te amo con locura, amo a Dan, y voy a luchar por vosotros. Que no te quepa la menor duda, Am.

Aquel beso se grabó en mi alma como una marca de fuego en la piel. Lo observé alejarse hacia la casa, donde nos esperaban todos. Me estremecí al darme cuenta de que lo apartaba de mi vida de nuevo. Algún día sería capaz de

soportarlo, algún día sería capaz de perdonarme por lo mal que lo había hecho todo, algún día sería capaz de abrirle mi corazón. Ojalá cuando llegase ese día no fuese demasiado tarde...

El camino hacia Hutchinson fue más doloroso que el que realizamos en nuestra huida hacia Europa. El silencio era el tercer compañero de viaje: insistente, asfixiante, molesto... Jess permanecía apoyada en el cristal, seria. La despedida de la familia de Max la había dejado hecha polvo; ver con tus propios ojos un hogar completo, una familia amable que rebosaba de energía alrededor de una chimenea que desprendía tanto calor como sus sonrisas era doloroso en aquellas circunstancias en las que debíamos superar la noticia que tanto ella como yo nos temíamos: nuestra madre seguía con vida, si es que al estado en el que se encontraba se le podía denominar así.

El centro psiquiátrico donde supuestamente había una mujer con las características de nuestra madre parecía sacado de una novela de Stephen King. Estudié la fría fachada de hormigón, adornada con unas gárgolas semiocultas por la nieve, y me entraron unas ganas locas de salir corriendo hacia el vehículo y quemar millas lejos de allí. El suelo crujía a cada paso, y observé las botas mientras se hundían en una mezcla de barro y nieve deshecha. Seguí a mi hermana con paso lento en aquella procesión directa al abismo del dolor.

—¿Tienes tanto miedo como yo?

—No, la verdad es que este frío ni siquiera me deja pensar —mentí, con un castañeteo de dientes importante.

—¿Entiendes ahora por qué te llamo Sunshine? —Me cogió de la mano, que llevaba enfundada en un guante enorme, y me guio hacia aquellas puertas que querían engullir la culpabilidad de dos hijas que habían abandonado a su madre a su suerte.

Cuando nos dejaron entrar en aquella fría sala el suelo se abrió bajo mis pies al ver a mi madre. El impacto de ver a nuestra progenitora viva iba a quedarse grabada en mi retina hasta el fin de mis días. Era la cáscara macilenta de un cuerpo inerte sentado en una silla con la mirada perdida.

—¿Mamá? —susurró Jess, que había caído de rodillas a su lado.

Fue inevitable que rompiera a llorar al ser partícipe de esa realidad horrible. Mi dulce madre, la que me peinaba el cabello por las noches y nos contaba historias extrañas sobre el mar, las sirenas y un mundo perdido bajo las aguas...; aquella mujer bondadosa y excéntrica que hablaba en español cada vez que se enfadaba por algo, haciéndonos reír con algunas palabrotas que encontrábamos de lo más

refrescantes en aquellas edades tan tempranas; la amazona de cabellera morena con un estilo impecable montando a caballo; la mujer coqueta y educada; la respetuosa Jessica que amaba a mi padre con locura y se reía con todas sus tonterías ... Solo quedaba una leve sombra de ella en esa estancia fría que olía a antisépticos y a miedo.

«¿Qué te ha hecho la vida? ¿Por qué te ha robado la vitalidad, a ti, que eres un alma bondadosa?». Miré al techo, sintiendo que me ahogaba, por todo lo que nos habíamos perdido, por todo lo que le habíamos llorado, por todo lo que nunca sería...

Me senté en el frío suelo de mármol al otro lado de la silla y abracé a Jess, que sollozaba en silencio, aferrada a sus piernas. Mi madre ni siquiera pestañeaba. Si supiera que su funeral había sido más ostentoso de lo que fue su boda, habría maldecido a los Soto-Olvido hasta el fin de los tiempos. A ella no le gustaban los lujos; seguro que ese pijama blanco con letras azules desteñidas sería de su agrado si siquiera fuese capaz de reconocer que lo llevaba puesto.

Los médicos del centro nos explicaron que hacía muchos años que Jessica batallaba con una pérdida que desconocíamos. Su demencia despertó antes de lo normal y se agravó con el tiempo; la dulce mujer sentada en la sala era un espejismo de nuestra vital madre. Insistieron en que comprendiésemos que no se podía haber hecho nada para que su enfermedad degenerativa, cuyos síntomas no habíamos reconocido, no hubiese seguido su curso. Ni mi padre ni nosotras sabíamos qué era la enfermedad que se ocultaba tras esos síntomas.

Eso no hizo que el regreso al apartamento después de aquella primera visita no fuese un duelo doloroso: le quedaba muy poco tiempo de vida.

Después de ese doloroso trago, nos quedaba otro proceso amargo: la reunión con el detective privado.

Estábamos sentadas en aquel despacho luminoso que daba a un parque infantil, con cuadros coloridos y música clásica de fondo, y volví a mirar a Jess, que parecía tan alucinada como yo. ¿No nos habríamos equivocado de dirección? Cuando la amable secretaria nos había hecho pasar, se me había formado un nudo en el estómago considerable. Quería dejar atrás aquello, pagar los servicios de ese profesional y continuar con la batalla particular a la que la vida nos había lanzado por algún tipo de deuda en otra existencia, porque, si no, era imposible que el karma fuese tan perro.

—¿Van ustedes a denunciar a la familia? —dijo con suma paciencia el señor al que Jess había contratado para localizar a nuestra madre.

Ambas negamos con la cabeza en silencio. Tras haberlo hablado con calma,

decidimos no mover ficha; en realidad les teníamos un miedo paralizante.

—No, hemos decidido no llevar a cabo ninguna acción legal —contestó mi hermana mayor.

—Pero tienen pruebas suficientes para...

La sonrisa no abandonó la cara de aquel hombre rechoncho que me recordaba a Santa Claus sin barba.

—Lo sabemos —interrumpí—, pero es nuestra última palabra al respecto.

Me tocaba ser la mala de la película: Jess estaba agotada por todos los acontecimientos y yo tenía una especie de subidón de adrenalina a causa de ellos, por lo que debíamos aprovechar las circunstancias y acabar con ello antes de que Tracy llegara a Kansas. Debíamos eliminar todos los cabos sueltos para facilitar el camino de la benjamina. Ella solo tenía que conocer lo justo. En realidad, nos parecía tan vergonzosa toda aquella historia, el haber sido tan incautas, que no queríamos ahondar más en el asunto.

Nuestra abuela, junto con nuestro tío y los investigadores privados que habían contratado hacía tiempo, dieron con nosotras sin que lo supiésemos. Conocían todos los aspectos de nuestra vida, incluso el estado en el que se hallaba nuestra madre. Aprovecharon su última escapada para ingresarla en un asilo en Hutchinson, donde finalmente la habíamos localizado, aunque pensábamos que había desaparecido.

Muy en contra de su pronóstico, nosotras actuamos guiadas por un instinto de protección y salimos huyendo de Kansas el día que se presentó en nuestra casa aquel señor con traje, que no era otro que un portavoz de nuestra abuela que venía a presentarse y a allanarles el camino. Creímos que era algún responsable del departamento de Asuntos Sociales, por lo que aceptamos la oferta de trabajo de Jess, que acabó en nuestro viaje a Londres.

Por cosa del destino, o de la mala suerte, fuimos nosotras quienes finalmente nos pusimos en contacto con ellos, al quedarme yo embarazada y contar con tan pocos recursos: nos vimos en la necesidad de buscar ayuda externa. Ilusas, creímos que al fin habíamos encontrado una familia, un hogar donde éramos queridas y protegidas, pero nos equivocamos. ¿Qué se les puede ocurrir a mentes como a las de nuestra «supuesta» familia para hacer aquello? Nunca lo averiguaríamos. Así como nunca les perdonaríamos el daño infligido, ni a nuestra madre ni a nosotras. Pero no éramos tontas, y reconocíamos que si habían sido capaces de aquello, podrían maquinar mucho más. Como no queríamos averiguarlo, decidimos que lo mejor era pasar página, poner distancia y luchar por salir adelante, como siempre habíamos hecho.

El resto ya era historia.

Un par de semanas después nos habíamos instalado en una pequeña casa de las afueras de Sun City que Louise nos consiguió. Lo cierto era que en el pequeño apartamento de Bel no cabíamos las tres y Dan. Tracy había regresado de su Erasmus, y nos había costado la vida explicarle lo sucedido. Nos dejó asombradas por su entereza después de salir de la nueva residencia donde habíamos trasladado a nuestra madre. Se había convertido en una mujercita muy madura. No quedaba rastro de aquella niña asustadiza que enfermaba cada dos por tres.

Pronto nos dimos cuenta de lo complicado que iba a ser pagar el psiquiátrico donde habíamos trasladado a nuestra madre cerca del nuevo hogar, un centro con unos buenos especialistas y un personal médico inmejorable para tratar la demencia que sufría. Pese a quedarle poco tiempo, queríamos ofrecerle lo mejor.

Tuve que buscar un trabajo para complementar los ingresos que obtenía llevando la contabilidad de algunas pequeñas empresas desde un despacho improvisado en mi habitación. Jess había conseguido un empleo en la escuela de primaria, pero aun sumando los dos sueldos no cubríamos todos los gastos, y no queríamos que Tracy perdiera el tiempo con trabajos temporales. Tenía un dinero en su cuenta que «la familia» le había ingresado hacía tiempo y lo pensaba utilizar para la especialización.

Bel me consiguió una entrevista en un supermercado de un pueblo cercano; no era un gran puesto, pero servía para nuestro cometido: sumar dólares a nuestra cuenta bancaria. El ranchero se había ofrecido a ayudarnos en múltiples ocasiones, y yo siempre lo rechazaba. De hecho, evitaba todo contacto con él, porque para mí era tan duro verlo que no necesitaba más leña en la caldera en la que se había convertido mi vida para explotar.

Tenía miedo de que todo aquello me pasase factura. Además, compaginar mi papel de madre con dos trabajos dejaba poco tiempo para el romance. Él insistía en que seguía allí para mí, pero yo había abandonado toda esperanza de que funcionásemos como pareja ni entonces ni en un futuro.

Al menos Dan estaba feliz; habíamos fijado una custodia compartida, y Max fue muy comprensivo al adaptarse a mis turnos de trabajo. Era un padre inmejorable: de eso no tenía queja. En cuanto a nosotros... En el transcurso del siguiente mes noté un cambio de actitud en Max. Como decía Jess, había pasado al ataque. Al principio no quería dar demasiada importancia a sus detalles; desde la conversación en el rancho, no me había vuelto a sacar el tema. Nos veíamos

en las ocasiones en las que él venía a dejar a Dan o cuando se lo llevaba yo, nada más, por lo que creía que había desistido. Muy en el fondo me daba pena reconocer que había estado muy triste al creer que lo había perdido definitivamente, por lo que esos breves aleteos de ilusión eran la energía motora que me ayudaba a continuar con la lucha.

—¿Quieres dejar de espiarlo por la ventana? Cualquier día te va a pillar —me asustó Jess, y di un respingo.

—No lo espío, solo compruebo que coloca bien a Dan en el coche.

—Sí, esa perspectiva de su trasero nos deja claro que Dan está a salvo —rio, y cerré la cortina, enfadada.

—No le estaba mirando el culo.

—Bla, bla, bla —se burló—. ¡Eh! ¿Qué es eso? ¿Otro regalo de tu chico duro?

Miré el objeto envuelto que había depositado sobre la mesa del comedor sin abrir.

—No lo sé. —Me encogí de hombros y me dirigí al baño para arreglarme: en una hora entraba en mi trabajo de noche de reponedora en el supermercado.

—Ábrelo —ordenó.

—Déjame en paz. ¿No tienes nada que hacer? ¿La cena, por ejemplo?

—Siéntate, Am. —Me cogió de una trabilla de los vaqueros, y casi caí de bruces por el ímpetu—. Ábrelo.

Me tendió el paquete, envuelto con un papel de regalo precioso, y se me hizo un nudo en la garganta. Miré a mi hermana, que estaba seria; no quería abrirlo, y ella lo sabía. No iba a confesarle que no podía más. Además, ¿qué pretendía? ¿Ablandar mi corazón con fruslerías? Cogí el objeto de muy mala uva.

—Sí, ese chico duro sabe qué teclas tocar. —Silbó cuando desenvolví el paquete, y vimos que contenía un cuaderno muy bonito—. Un bloc de penas nuevo...

Arrugó la nariz de forma graciosa y observé cómo se alejaba emocionada a la cocina. Me daba miedo abrirlo por si contenía alguna nota. Lo contemplé un buen rato en silencio hasta que Jess vociferó:

—¿Quieres mirarlo de una vez?

Reí por su salida y finalmente claudiqué.

Se me paró la respiración al ver la primera hoja de la libreta con unas palabras manuscritas en una cuidada caligrafía.

«Cinco minutos sin vosotros son una tortura...

Aquí tienes este nuevo cuaderno para que rellenes estas hojas con anécdotas increíbles de vuestra nueva vida. Ojalá algún día aparezca en ellas. Ojalá algún día me las quieras explicar a mí...

TQ
Max».

Solté el aire que retenía de forma inconsciente y me sequé unas lágrimas, molesta. ¿Por qué seguía con aquello?

Dos días después, Tracy se presentó con Dan de la mano a grito pelado después de dar un portazo. Me llevé una sorpresa, ya que no lo esperaba tan temprano.

—¿Qué hace Dan aquí ya? —le pregunté a Tracy, extrañada—. ¿Y Max?

—Me lo he encontrado fuera. Iba a llamar a la puerta, pero... me ha dejado a Dan, se ha despedido con una sonrisa arrebatadora y se ha marchado. Qué guapo es —suspiró mi hermana pequeña.

—Mami, mira lo que traigo —dijo Dan, entusiasmado.

Me acerqué con una sonrisa a dar un abrazo a mi hijo.

—Mami, esto es para *tú*. —Me tendió un diente de león un poco maltrecho con una nota atada al tallo.

—Para ti —apunté.

—No, es para mami —afirmó muy seguro.

Reímos ante su ocurrencia y cogí el regalo.

—Gracias, cariño, es muy bonito. ¿Lo has encontrado en el rancho?

—Papá lo tenía guardado para *tú*.

—Ti —repetimos las dos, muertas de risa.

—Ten. —Me lo dio de malas formas y se marchó enfurruñado.

—Se parece a su padre —dije mientras se alejaba.

—¿Qué es? —preguntó Tracy, curiosa.

—Pues un diente de león que ha tenido mejores épocas.

—Eso ya lo veo, teniendo en cuenta que ahora no hay —reflexionó, muy acertada, y me dejó de piedra... ¿Cómo lo habría mantenido tanto tiempo?—. Me refiero al papelito.

Arranqué el papel que llevaba atado y lo abrí, impaciente.

«Cada noche pido un deseo. Ruego por que se cumpla. Siempre es el mismo, dulce Am.

TQ
Max».

—Por favor, ¿ese hombre hace algo mal? Sunshine, tienes que perdonarlo de una vez.

—Anda, ve a ayudar a Jess con la cena y déjate de consejos amorosos.

—Madre mía, si es que lo tiene todo: guapo, divertido, trabajador, romántico,

está cañón... —fue soltando mientras se alejaba.

Me quedé allí, con el corazón en un puño, y releí sus palabras.

«Qué difícil me lo estás poniendo, vaquero».

—En serio, Am... Hay que hacer algo con el chico duro. Estoy por acogerlo yo —dijo mi hermana mayor cuando me senté en el asiento del copiloto. Jess me había recogido en el supermercado con el trasto que teníamos por vehículo familiar al finalizar mi turno. Ella había tenido reunión en el centro y por eso se lo había quedado.

—¿Qué quieres decir? —Estaba reventada después de haber hecho un montón de horas extra.

—Toma. —Me lanzó una bolsa que cayó sobre mis piernas—. Max me ha dado esto para ti. —Sonrió, y yo le devolví la sonrisa con un cosquilleo importante en la barriga.

—¿Cómo sigue mamá?

—Ha pasado una mala noche. El final se está acercando —dijo con tristeza mientras ponía el coche en marcha—. Anda, lee la nota y dame una buena noticia de una santa vez.

Llevábamos fatal verla tan deteriorada; su demencia iba a pasos acelerados, y estaba llegando a su fin.

—Mañana iré a visitarla —murmuré con la cabeza apoyada en el cristal, destrozada.

—Mañana tenéis pediatra; me lo ha recordado el magnífico, estupendo y simpatiquísimo ranchero que tienes por padre de tu hijo —dijo, cambiando de tercio con una inusual alegría que me hizo levantar la cabeza.

—Lo había olvidado...

—No es por meterte presión, pero Oneida se ha pasado con nuevas facturas.

Inspiré para no echarme a llorar como una idiota; no podía con todo, y comenzaba a ser consciente.

—Lo sé, Sunshine, pero sobreviviremos... Anda, lee la maldita nota, que he hecho una tarea de contención increíble para no abrirla.

—No serías capaz, ¿verdad? Es privado.

—De todas formas, siempre me lo cuentas —comentó sin perder atención a la carretera.

—Sois unas cotillas.

—Y tú muy dura de mollera. ¿Cuándo lo vas a perdonar?

—Cuatro detalles no son suficientes para apostar por una relación.

—Se está dejando la piel.

—No quiero hablar de esto. ¿Qué tal el trabajo?

—Yo tampoco quiero hablar de eso. ¿Me lees la nota o tengo que robarte los malvaviscos?

Observé la bolsita que contenía esos dulces, que eran mi perdición, y sonreí.

—Pesada.

Me temblaba el pulso cada vez que leía algo escrito por él. Ninguno de sus detalles había pasado desapercibido, y sabía por qué estaba siendo tan dura: no quería volver a sufrir.

«No hay lluvia de estrellas a la vista, pero sé que te encantan.

Mi dulce Am.

TQ

Max».

—No llores, Am... Si empiezas, no podré parar —murmuró mi hermana, aferrada al volante—. Ese idiota sabe tocar la patata.

Me sequé las lágrimas y le sonreí.

—Ese zoquete me vuelve loca —dije, riendo y llorando a la vez.

«Y hace que me olvide de este dolor que me rasga por dentro».

Una tarde de principios de marzo regresaba a pie de comprar cuatro cosas en la tienda de Bel y, de paso, de charlar un poco con alguien ajeno al drama familiar.

«¿En serio?».

Me quedé de piedra al ver a Leah salir disparada hacia mi casa con Dan muerto de risa y Tracy de cómplice. Me fijé en cómo Max se levantaba del suelo, en el que habían estado dibujando algo juntos. Acorté la distancia que nos separaba con el corazón desbocado; estaba guapísimo, con la cara manchada de tiza y el pelo desordenado. Parecía mucho más joven, con esa sonrisa que me derretía y que solía lucir siempre que lo veía desde que había regresado de España.

—¿Qué es todo esto? —Me mordí el interior de la boca, nerviosa.

—Un regalo para ti. —Me cogió de la mano con cuidado y me puso frente al dibujo—. He necesitado un poco de ayuda —susurró en mi oído, y noté cómo me flaquearon las piernas. Todavía no había visto de qué se trataba y ya estaba a punto de ponerme a llorar como una tonta; estaba tan agotada física y anímicamente que ni siquiera las barreras que había puesto entre nosotros para protegerme servían de nada.

En el asfalto estaba escrito «Tú eres mi sol» con letras enormes al lado de un

girasol precioso.

—Dan ha pintado la flor.

Rompí a llorar como una idiota y Max me abrazó.

—Shhh... No puedo más, Am. Me parte el corazón verte así. Déjame ayudaros, por favor.

Me aparté rápido de él como último recurso para no caer: no podía volver a suceder, porque si me hacía daño no lo podría soportar.

—Gracias, yo... —Me limpié las lágrimas con la manga—. Me ha gustado mucho.

Lo dejé allí y me encerré en el lavabo para dejar salir todo lo que me angustiaba. Apenas me quedaba fuerza de voluntad para resistirme. ¿Qué iba a hacer?

Unos días después, me debatía entre tirarme sobre la cama y abandonarme al sueño un par de horas o acabar unos balances de Oneida, la veterinaria.

—¡Am, es para ti! —vociferó Tracy desde la planta inferior.

Bajé los escalones a toda prisa y abrí la puerta rápido; estaba esperando un paquete urgente con las nuevas tarjetas de mi negocio. En cuanto lo vi, se me removieron las famosas mariposas en la barriga; odiaba que mi cuerpo reaccionase así cada vez que lo tenía cerca.

—Hola. ¿Qué tal va el coche? —Sonrió, y tuve que contenerme lo indecible para no devolverle la sonrisa: estaba muy enfadada con él por su último «regalo». Otra cosa era lo que mi corazón, a mil por hora, y mi cara sonrojada hiciesen. No me tenían respeto ninguno. Traidores.

—Hoy no te toca a Dan —solté, seca.

Negó con la cabeza con una sonrisa todavía más amplia y entrecerré los ojos estudiándolo.

—Me he cruzado con Jonny, el cartero; me ha comentado que tenía esto para ti y me he ofrecido a traértelo en persona.

Levantó un paquete, bastante contento, y me fastidió esa alegría extraña que lo invadía de repente. ¿Dónde estaba su perenne ceño fruncido? ¿Por qué tenía que ser tan encantador? Y tan guapo, adorable, sexy, perfecto...

—¿Y se puede saber por qué te has ofrecido? —pregunté, molesta por la deriva de mis pensamientos y su ceja enarcada.

—Quería invitarte a tomar algo en Buster's. —Se encogió de hombros.

—No tengo tiempo de... —bufé, hastiada—. Entro a trabajar en dos horas. Si me disculpas...

Cogí el paquete de sus manos y me despedí antes de cerrar la puerta.

34

MAX

Había preparado mil escenarios distintos con Leah antes de ir a su casa, porque supuestamente ella la conocía mejor y sabía más de chicas. Pero jamás habría apostado por lo que sucedió en cuanto ella me vio y tuvimos una breve charla: me cerró la puerta en las narices.

¿En serio?

—Amanda, ¿puedes abrir, por favor? —supliqué por quinta vez a aquella madera que me separaba del amor de mi vida. Qué difícil me lo estaba poniendo.

Alguien carraspeó a mi espalda, y me giré para ver de quién se trataba. En cuanto la vi, sonreí a su hermana mayor. Casi solté una carcajada cuando hizo el mismo gesto que Am y arrugó la nariz de forma graciosa.

—Nunca pensé que viviría para ver esto. —Silbó—. ¿Te ha cerrado la puerta? ¿De verdad?

Rio tan fuerte que fui incapaz de no contagiarme, aunque estaba muy claro que se burlaba de mí.

—Supongo que lo merezco —dije.

—A ver, yo habría sido más melodramática, pero debes entenderlo: soy la actriz de la familia. Sujeta. —Me tendió unas cajas de pizza caliente que olía de fábula, y mi estómago rugió—. Ya te vale, ¿un coche? ¿En serio?

Asentí sin saber muy bien qué decir al verla arrodillada para vaciar el contenido íntegro del bolso en el suelo del porche.

—Tengo que encontrar las malditas llaves, no me quiero perder el efecto sorpresa cuando te vea entrar conmigo.

—¿De verdad vas a hacerle eso a tu hermana?

—Por supuesto: un vehículo nuevo y flamante se merece o una reconciliación por todo lo alto o una buena bronca. —Recogió los objetos desparramados por el suelo y se levantó—. Apuesto por lo segundo —agregó a la vez que me apartaba para abrir.

—Gracias por la confianza —afirmé.

—En la última nota no te ayudó Leah, ¿verdad? —Puso los ojos en blanco—. Se notaba la falta de delicadeza.

Aguanté la risa.

—Me costó una hora...

—Tonterías; los niños del colegio donde trabajo lo habrían hecho mejor. —
Abrió la puerta.

—¿Qué le ha molestado, el coche o la nota?

—¡Shhh! No hace falta que lo repitas. Nunca te perdonaré que lo hayas comprado de color rojo —rio—. Pero como le vuelvas a hacer daño, te arrancaré las pelotas y las tiraré al váter, chico duro.

Joder, se me encogieron al instante al comprobar que hablaba en serio.

—Y si crees que soy un capullo, ¿por qué me dejas entrar?

—Porque todos merecemos una segunda oportunidad. —Me guiñó un ojo y cerró la puerta—. Además, tú se la ofreciste a ella cuando otra persona no lo habría hecho.

Negué con la cabeza con una sonrisa triste.

—Te equivocas, ella me la dio a mí...

—¡Menos mal! Alguien con un poco de sentido común... Ya me extrañaba que esa idiota se hubiese enamorado de un tarugo.

—Gracias, por la parte que me toca. —Hice una reverencia cómica.

—De nada —me imitó, con otra reverencia, y se dirigió hacia el interior de la vivienda—. ¡Sunshine! Había un indigente en la puerta y me ha dado pena. Le he dicho que venga a comer pizza con nosotras.

Había llegado la hora de la verdad...

En cuanto Dan me vio, se lanzó a mis brazos. Y tuve que dejar las pizzas en la mesa para que no las tirase con su euforia.

—¡Papi!! —No me cansaría en la vida de escucharlo llamarme así.

—Hola, campeón. —Lo abracé sin quitar ojo a Amanda, que estaba atravesando a su hermana con la mirada. Los echaba tanto de menos... Tenía que luchar por ellos, eran mi vida.

—No te molestes con ella —le dije a Amanda a la vez que señalaba a su hermana para intentar destensar el ambiente, que estaba tan cargado que parecía que todo estaba a punto de saltar por los aires.

Suspiró con los brazos cruzados y se fue, dejándonos allí plantados. Miré a Jess, que sonreía bastante contenta.

—Cuando Sunshine dice que no, no siempre es no.

—¿Perdona?

—Que no debes rendirte tan rápido. —Parecía divertida—. Está asustada. Nunca ha estado enamorada.

—Yo también estoy asustado. —Me encogí de hombros.

—Me caes bien, Max. Valoro mucho todo lo que has hecho por ellos, y no quiero que dejes de luchar. No tires la toalla, ¿vale?

Estaba muy emocionada, y casi me puse a llorar con ella. ¿Qué narices me estaba pasando?

—No pensaba hacerlo —sentencié.

—Sabía que había acertado contigo nada más verte. —Se acercó a darme un abrazo.

Cuando se separó, me fijé en que se limpiaba las lágrimas con la manga de la chaqueta, tal y como había visto hacer a Amanda alguna vez; ella también la protegía a su manera, igual que hacía yo con mis hermanos.

—Gracias por la confianza. Espero conseguirlo...

—Tienes veinte minutos —atajó, tendiendo los brazos al niño, que nos observaba preocupado—. Odio comer pizza fría, chico duro. Vamos, Dan, hay que buscar a la tía Tracy.

—Quiero pizza —dijo con un puchero el pequeño.

—Espera un poco, solo tenemos que buscar a Tracy y regresamos —le dijo a Dan..

—¿Adónde vais? —le pregunté extrañado.

—Tú preocúpate de arreglar esto. Estoy cansada de verla triste.

«Como si fuese tan fácil».

Llevaba unos meses de mierda, desesperado por reconquistarla, y nada había traído de vuelta a mi dulce Am. Comenzaba a perder la esperanza, por lo que aquellas palabras de consuelo de la persona que mejor la conocía me sirvieron de empuje para darlo todo.

Tomé aire con fuerza y me dirigí a buscarla. La encontré peleándose con la puerta de la lavadora en el cuarto de la colada.

—Echo tanto de menos tu sonrisa que duele. —Se giró, con un montón de ropa en las manos que acababa de sacar de la lavadora.

—No tengo muchos motivos últimamente.

Estaba agotada, y noté que había perdido mucho peso. Sus ojeras marcadas hicieron que se me encogiera el estómago. No podía soportarlo más.

—Sé que no te gusta que te pague cosas, ni aunque sean «para vuestra seguridad» —dije, reproduciendo parte de la nota que adjunté a la ranchera que les había comprado. Cada vez que la veía conducir el viejo cacharro me entraban los siete males.

—No es tu obligación, no me debes nada: tenemos la custodia de Dan

compartida.

No me miraba, y aquello me molestó más que cualquier otra cosa. Estaba harto de sus barreras.

—Yo te di una oportunidad —lancé como última alternativa, ya que prefería que se enfadara a que mantuviera esa frialdad.

—¿¡No entiendes que lo hago por nuestro bien!? —bramó con los ojos anegados en lágrimas—. Tú y yo nunca hemos sido pareja, nunca hemos actuado como tal.

—Me daba miedo no ser suficiente —confesé—. Ahora lo entiendo, Am. Pero tú tampoco estabas cien por cien implicada.

—¿Qué quieres decir? —Al fin tenía toda su atención.

—En nuestra relación siempre hemos antepuesto el «todo» al «nosotros». He intentado salvar todos los obstáculos para llegar a ti, para ser un buen padre, para mereceros; sin embargo, cometo un error y me sentencias. Tú también lo cometiste, y te perdoné.

Me miraba con los ojos aguados, y yo me moría por abrazarla.

—¿Crees que es una excusa? —preguntó, en voz tan baja que casi no la escuché.

—Apuesto por nosotros, por los tres. Te quiero en mi vida, y esperaré lo que haga falta, pero, por favor, Am, no estés triste: necesito volver a verte sonreír. Si me dices ahora mismo que serás feliz sin mí, lo aceptaré, y no volveré a molestarte. Pero si tengo el mínimo indicio de que puedo tener una oportunidad, no pienso dejar de luchar.

Dicen que el silencio es una respuesta más efectiva que una palabra dicha fuera de lugar. Aquella tarde se me partió el corazón ante su mutismo.

Unos días más tarde contemplaba a mi cuñado mientras daba vueltas por el salón de mi casa bastante crispado.

—No lo entiendo. ¿Finalmente te has rendido?

—Lo que nunca fue no se debe forzar. No era mi destino. —Estaba agotado, y lo que menos me apetecía era aguantar un sermón.

—¿Toda la vida esperando una oportunidad así y ahora que la tienes delante la dejas ir?

—Te vuelvo a decir lo mismo que te he dicho por teléfono esta mañana, no era necesario que te presentases aquí. Pero te lo voy a repetir: No.

—¿¡Por qué!? Creía que era tu sueño por cumplir... —Se dejó caer, derrotado, en el sofá.

—Nathan, hay estrellas que son inalcanzables y otras que simplemente se apagan, como esta.

—Madre mía, nunca pensé que te escucharía decir semejante cursilada. —Soltó una carcajada y me contagi—. Desde que estás enamorado, das mucha pena, y risa también.

Le di un capón, y la broma casi acabó con una de mis lámparas rotas cuando comenzamos a darnos con los cojines.

—Gracias por pensar en mí para reemprender de nuevo el grupo, pero entiéndelo, eso ya no es para mí.

—Bla, bla, bla... Vale, lo pillo. Eres un papi de familia responsable que regenta un rancho.

—No pienso desaprovechar esta oportunidad.

—Me alegro mucho por ti, colega.

A mediados de marzo, Jessica dejó huérfanas de forma definitiva a sus tres hijas, aunque en realidad ya la habían enterrado hacía tiempo. No quería alegrarme de aquella muerte, pero las pobres necesitaban un poco de paz. No era justo ese sufrimiento innecesario. Pasé muchas horas en aquella casa. De hecho, relegué casi todo mi trabajo para poder dedicarme en exclusiva a mi familia, porque me necesitaban y porque no pensaba dejarlos solos por mucho que Amanda se negase.

Las hermanas guardaron luto por la desaparición definitiva de aquella madre que hacía muchos años que ya no vivía allí realmente y cuya mente estaba encerrada en su demencia. Yo comprendía su dolor: después de todo, habían luchado solas contra la adversidad antes de lo que les pertenecía por edad. Admiraba a aquellas chicas muchísimo.

Tracy se asomó a la habitación de Dan, donde le estaba leyendo un cuento antes de irse a dormir, y me hizo un gesto para que saliera.

—Está encerrada en el baño desde hace un buen rato y no me quiere abrir —comentó asustada.

—¿Quién? —pregunté preocupado.

—Sunshine.

—¿Te puedes quedar con Dan?

—Yo me encargo —contestó con un asomo de sonrisa.

Fui hasta la planta baja y golpeé con suavidad la puerta. No quería hacer ruido, porque Jess se había acostado agotada. Escuché cómo descorría el cerrojo y abrí. La encontré sentada sobre la taza del váter con los ojos hinchados y rojos de

tanto llorar.

—Am... —Me agaché y le cogí las manos con ternura—. ¿Qué tienes?

—Nada. —Se encogió de hombros con un puchero, a punto de volver a llorar—. Me encierro aquí cuando ya no puedo evitarlo y me desahogo. Pero hoy no podía parar, no podía... Max, yo... no puedo. —Se le escapó un sollozo, y algo en mi interior se rompió al verla así.

—¿Qué puedo hacer? Quiero ayudarte, déjame ayudarte.

—Eres tan bueno... —dijo con voz gangosa—. Es imposible pedirte nada más. Yo soy mala persona, te he hecho tanto daño..., y a mi madre... Soy horrible.

—Shhh, deja de pensar eso, ¿me oyes?

La cogí en brazos y me senté en la taza acunándola. Le susurré palabras de consuelo hasta que se calmó poco a poco. Cuando noté que me dolía el trasero por estar sentado en aquella tapa dura, me levanté con ella abrazada a mi cuello y la llevé al salón.

Me senté en el sofá, sin perder contacto con ella. A aquellas alturas Tracy y el niño debían de haberse quedado dormidos, porque no se oía un alma en la casa.

—A mi madre le encantaba la canción de Salomon Burke *Cry to me* —murmuró de pronto sobre mi pecho, húmedo por sus lágrimas—. Por eso la escogimos para su funeral.

—Es una canción preciosa —dije después de un buen rato en aquella silenciosa paz que me regalaba el tenerla al fin entre mis brazos después de tanto tiempo.

—¿Sabes? —Levantó un poco la cabeza y me miró con esos increíbles ojos que decían tanto—. Me ha costado mucho entender que no se trata de ser la persona adecuada, que no solo basta con ser valiente, que no se trata de amar con locura, ni de creer, ni siquiera de apostar... Todo es mucho más sencillo, Max.

—De eso sé mucho, soy bastante básico. —Sonrió a la vez que cabeceaba.

—No, tú me has mostrado lo que necesitaba ver.

—¿Yo? —pregunté, sorprendido.

Asintió a la vez que se enderezaba para que nuestros rostros estuviesen a la misma altura. Percibí su olor dulce y tuve que hacer una gran tarea de contención para no besarla.

—Tú, vaquero —dijo, y me rozó los labios con su aliento cálido.

—¿Cómo?

—Con tu generosidad —sentenció.

Fruncí el ceño, porque no lograba entender qué quería decir.

—¿Se supone que es algo bueno?

Soltó una carcajada con lágrimas en los ojos, lo que me confundió todavía más.

—Lo que intento decirte, brutote, es que eres la persona más maravillosa e increíblemente generosa que jamás he conocido. Aunque a veces te estrangularía cuando lanzas las púas para defenderte, me has mostrado el verdadero sentido de esto, de nosotros, de todo...

—Am, ¿se supone que es una declaración? —Repetí la misma pregunta que ella me hizo aquel día y que tenía grabada a fuego. Estaba a punto de que me diese un infarto con tanto rodeo.

—¿No me vas a dejar ser un poco romántica? He preparado esta escena durante mucho tiempo para que saliese perfecta y mírame, hecha un desastre. Llorando a moco tendido, en este sofá viejo...

—Te lo voy a poner fácil. —La estreché con fuerza, y rio—. Te quiero, te amo, tanto que estos meses han sido un suplicio; si tengo que seguir esperando, lo haré, porque quiero estar en tu vida. Amo a mi hijo, y amaré el día que al fin vivamos juntos y compartamos el camino hacia las estrellas, con todas las dificultades, porque ya no tengo miedo. Quiero ser el amanecer de tu sonrisa.

La besé antes de que pudiese decir nada y volqué todo mi amor en aquel beso. Amanda se acomodó entre mis brazos y me acompañó en aquel baile donde nuestras respiraciones marcaban el ritmo.

—Te quiero, Max. Tú siempre has sido el amanecer de mi sonrisa.

Y el sol se puso aquella noche para regalarnos muchos amaneceres juntos.

EPÍLOGO

AMANDA

En todo ese tiempo nunca aparqué los sentimientos que albergaba por Max. No quise arrastrarlo en esa espiral hasta haber conseguido un equilibrio. No era justo para él, ni para mí. El perdón no siempre debía venir de otro. En muchas ocasiones, debíamos perdonarnos a nosotros mismos. Me costó mucho aprender a aceptar que nosotras no fuimos las culpables de la desaparición de nuestra madre. Hubo una persona, Max, que sufrió por la situación más de lo que debiera; no obstante, no desfalleció en su objetivo. Por eso le debía tanto al hombre que me había enamorado. Poco a poco, con cada gesto, con su enorme paciencia, con esa mirada que derretía mi corazón y lo calentaba, supe que merecíamos un futuro juntos, porque yo estaba equivocada al decirle que el amor no lo podía todo: solo debía adecuar las palabras: «El amor sin generosidad no lo puede todo». Y el vaquero rebosaba generosidad por cada poro de su piel.

UNOS MESES DESPUÉS

—¿Qué piensas? —dijo.

Le acababa de hacer una fotografía desde el borde de la piscina que había construido en su jardín trasero. Estaba guapísimo, relajado en aquel enorme flotador rojo con el perenne sombrero de *cowboy*, que se había quitado para mojarse la cabeza, sobre sus caderas.

—Que me encanta esto.

—Entonces, ¿vas a aceptar al fin venir a vivir aquí?

—Max, construir una piscina no me va a hacer cambiar de opinión —bromeé.

—Tenía que intentarlo.

—¡Bomba! —gritó Dan desde el otro lado antes de lanzarse junto a Tracy y ponernos perdidos de agua.

—Vaquero, quiero ese flotador.

—Ni se te ocurra. —Soltó una carcajada cuando me lancé a por él.

Me encantaba la faceta de novios. En el pasado no habíamos tenido una relación al uso, por lo que disfrutar de citas, salir como una chica de mi edad y

pasar ratos a solas era un pequeño oasis en aquel desierto de dolor en el que había vivido los últimos años. Estaba total e irremediabilmente enamorada de Max, que insistía cada día en que el niño y yo nos fuésemos a vivir con él, pero no quería precipitarme. Además, siendo un poco egoísta, aquella situación me encantaba.

—Sabes que no necesitas chantajear a mi madre con llevarla al cine para que se quede con el niño, ¿no? —me dijo un día mientras estábamos en la cama.

—No lo hago por eso; es para que haga la vista gorda y no indague sobre lo que tú y yo hacemos aquí. —Lo asalté con unas cosquillas bajo las sábanas.

—¿En serio crees que no se lo imagina?

Dejé escapar un grito cuando me rozó con los labios muy cerca de la ingle.

—Max, de verdad, necesito... Mmm... He olvidado lo que iba a... —Gemí cuando me lamió.

—Sunshine, llévame al cielo otra vez —murmuró bajo las sábanas antes de derretirme con su boca.

Sí, definitivamente adoraba ser su novia. Hacíamos muchas cosas juntos, porque desde que mis hermanas, el niño y yo habíamos regresado a Kansas, mi chico tenía más tiempo para nosotros. El trabajo era vital para él, pero ya no era su prioridad.

—Am, ¿dónde quieres que coloque esta estantería? ¿Quieres dejar de comerme con los ojos?

—Pues tápate —dijo Jess muerta de risa.

Me había quedado otra vez embobada contemplando su torso completamente sudado bajo aquella camiseta mientras colocaba los muebles en la nueva oficina. Como ya no tenía la necesidad de tener dos trabajos, decidí montar un negocio para no trabajar desde casa.

Era hora de arriesgar.

—Eso, colega, ¿no tienes sacos para cubrirte entero? —le recriminó Nathan, que había venido a echar una mano.

—Idos a paseo.

Estábamos todos al completo, incluso Thomas, que tenía un par de días libres, poniendo en marcha mi nueva aventura: una especie de gestoría, donde iba a llevar la contabilidad de empresas y asesorar a particulares en sus finanzas.

—Creo que el reloj en la pared intimidará a la secretaria —comentó Thomas.

—¿Quién te ha dicho que voy a tener una secretaria? —pregunté—. Apenas tengo dinero para mantenerme... ¿Cómo voy a pagar a nadie?

—¿En serio? ¿Para eso he venido a ayudar? Pensaba que obtendría alguna recompensa... —bromeó—. Como, por ejemplo, una cita con tu nueva secretaria por las molestias.

—Tú soluciona lo que debes con quien tú y yo sabemos y déjate de tontear con nadie —lo atacó Belinda, y Max silbó.

—Bel, dame un respiro... —Intentó cogerla de broma, pero esta lo rechazó.

—Eres un tarugo, Thom. Alguien debía decírtelo —atajó la dependienta.

Miré a Max, que negó con la cabeza para que no insistiese. Sabía que se refería a la veterinaria, que era la única que había rechazado venir aquella tarde a ayudar al conocer que Thomas iba a estar allí. ¿Qué pasaba entre aquellos dos?

—Puedo echarte una mano un tiempo con tus redes, Am —me recordó Leah, que ya se había ofrecido antes.

—Gracias, eres la mejor.

—¡Eh! ¿La mejor no era yo? —nos interrumpió Brenda.

—Tú solo me das quebraderos de cabeza. —Le saqué la lengua.

—Ten amigas para esto... —bufó la pelirroja.

Los contemplé a todos, echando una mano, con el sonido de la radio de fondo. Dolores cantaba su *Dreams* y sentí que algo se henchía en mi pecho. ¿Era felicidad? Sí, lo era, porque pese a haber perdido a mis padres, a los que añoraba cada día, pese a todo lo malo, allí tenía a mi nueva familia.

Ya no estábamos solas. Al fin habíamos conseguido un amanecer en nuestras sonrisas.

Una noche de mediados de agosto me debatía entre dos vestidos: no sabía cuál escoger para mi cita con Max.

—¿Cuál os gusta más? —Bajé al salón, donde Tracy y Jess veían una película de dibujos con Dan.

—¡Eh! No te he dado permiso para que cojas mi vestido negro nuevo.

—No seas rancia, Jess.

—Eso. Comparte —me ayudó Tracy.

—¿Dónde se supone que te lleva hoy el chico duro?

—Ni idea, solo me ha dicho la hora a la que venía a recogerme y que me pusiera elegante —contesté, ilusionada.

—Pensaba que eras una mujer empoderada a la que no le iban los rollos de citas a la antigua usanza —manifestó mi hermana pequeña muy seria.

—No seas absurda, Tracy. Que vaya a cenar con Max y él invite esta vez no significa que yo no lo haya hecho antes.

—¿Tú también lo invitas?

Entrecerré los ojos antes de contestarle.

—¿Acaso no trabajo y no tengo dinero para ello?

—¿El vaquero te deja pagar?

—Por supuesto, y conducir, y decidir. ¡Ah..., lo olvidaba! También lo dirijo en la cama, cuando hacemos... —Susurré para que no se enterase el niño, que estaba embobado con la tele.

—¡Basta! ¡Mis oídos! —gritó, y zanjé el tema con una carcajada.

Jess chocó los cinco conmigo, y me dirigí a cambiarme antes de que se hiciese tarde.

Max estaba guapísimo. Había conducido despacio hasta el restaurante y no dejaba de explicarme cosas sobre el rancho, entusiasmado. No sabía por qué, pero aquella noche me parecía especial. Lo observé de nuevo, porque o bien mi intuición me fallaba o estaba realmente nervioso.

—¿Te ocurre algo? —pregunté por cuarta vez al ver cómo sudaba.

—No..., sí... ¿Quieres tomar el postre o prefieres que...?

—¿En serio? ¿No puedes esperar? Creía que ya se te había pasado la euforia inicial, semental —reí al ver la sorpresa en su cara.

—Am..., no seas traviesa. Nunca me voy a cansar de ti, es que esto no es lo mío. —Abarcó con sus brazos el salón del restaurante de lujo donde me había llevado, en otro condado, y sonreí al comprenderlo.

—Pues no sé muy bien qué hacemos aquí. Esto tampoco va conmigo.

—No se hable más, nos largamos.

Íbamos en silencio surcando la noche en su vieja ranchera con la música de la radio de acompañamiento. Me alegró comprobar que tomaba el camino de entrada hacia el rancho, y me quedé algo parada al ver que no se dirigía hacia su casa. Unos minutos más tarde paró el motor cuando llegamos a un prado que me resultaba muy familiar.

—Esto se me da mejor. —Sonrió, y yo lo imité—. Ven.

—No voy vestida para la ocasión. —Comprobé el corto vestido y la mano que él me tendía para subir a la parte trasera de la ranchera.

—Vas estupendamente. De hecho, llevo toda la noche pensando en este momento. —Siseó cuando el vestido se levantó hasta mi cintura—. Bonita ropa interior.

Soltó una carcajada cuando le golpeé en el pecho una vez arriba.

—Hacía tiempo que no veníamos aquí —comenté mientras lo observaba preparar la manta.

—Hoy es una noche especial.

—¿Por qué? —Un aleteo extraño revoloteó en mi estómago como una especie de premonición.

—¿No sabes qué noche es hoy?

Negué con la cabeza un segundo antes de comprobar su sonrisa tierna.

—¿Las Perseidas?

Asintió y me lancé a sus brazos. Hacía justo un año me había llevado a disfrutar de la lluvia de estrellas, y lo recordaría toda la vida. Nos besamos bajo aquel maravilloso espectáculo e hicimos el amor. Fue catártico.

—Antes me has asustado un poco —susurré sobre su pecho desnudo.

—¿Por qué?

—Pensaba que me ibas a pedir...

—Sí, quiero que seas mi mujer, que seamos una familia completa. De hecho, mi madre no deja de darme el tostón con el asunto, pero será cuando ambos estemos preparados.

Me incorporé un poco y me apoyé sobre el codo para poder observarlo con detenimiento. Era tan guapo, tan maravilloso... Con todas sus imperfecciones, con todas sus rarezas, con todas sus púas, era mi vaquero. Y lo amaba con locura.

—Gracias por comprenderme y apoyarme.

—Gracias por perdonarme. —Me dio un beso dulce.

—Te amo, Max.

—Te amo, dulce Am. Eres el amanecer de mi sonrisa.

MAX

SEPTIEMBRE...

—¿De verdad no sois capaces de hacer las cosas como todo el mundo? —Contemplaba a Jess, que se encontraba sentada sobre el filo de la bañera de la casa que las hermanas compartían, con cara de pocos amigos.

Me habían llamado urgentemente, y me presenté allí en un santiamén. Observé a Amanda, que estaba junto a la taza del váter, blanca como la pared después de

haber vomitado por segunda vez.

—Entonces, ¿no se trataba de un virus gastrointestinal? —bromeé para intentar destensar la situación.

—¡Cállate! —gritaron al unísono.

Alcé las manos en son de paz, y escruté aquellos artilugios extraños que reposaban en el mármol del lavabo.

«Jesús, vamos a tener un bebé».

—Era muy sencillo, Amanda: debías extremar precauciones, habías perdido mucho peso y se podía mover. ¿Por qué nunca me haces caso? —recalcó Jess a su hermana menor, que estaba comenzando a sudar otra vez—. Joder, qué desastre. Chico duro, esta vez te encargas tú, yo me desentiendo. Este era el empujón definitivo para que te los lleves a tu casa. Si viene un bebé de camino, es hora de que os dejéis de historias, viváis juntos, os caséis o lo que sea. Como una familia. Aquí no cabéis. Punto.

La vi marcharse enfurruñada, y me dio pena por Amanda al comprobar que volvía a tener unas arcadas horribles.

—Realmente no lo dice en serio —comentó entre náuseas—. Antes preferiría ahogarse que dejarme tirada.

—Yo apuesto a que vuelve en unos cinco minutos —añadí—. Aunque no sé yo si bromeaba...

Me senté a su lado en el suelo y le retiré el pelo mientras vomitaba de nuevo.

—Esto ya lo he vivido, puedes irte; va a durar unos meses —dijo después de mojarse la cara y el cuello.

—No me lo perdería por nada del mundo. —Sonreí ilusionado, y ella me acribilló con los ojos.

—¿Se puede saber qué te hace tanta gracia? Tenemos un enorme problema, estoy muy preocupada. ¡Me he quedado embarazada con el DIU! ¿Qué narices tienen tus espermatozoides, superpoderes?

—Mañana a primera hora iremos al médico.

—No estoy preparada para esto, Max —sollozó sobre mi pecho, e intenté calmarla.

—Shhh, estoy aquí. Ahora no estás sola.

La mecí en silencio esperando a que se apaciguase. De pronto, caí en la cuenta de lo que aquella gran noticia que acabábamos de recibir suponía. Dan iba a tener un hermano ¿o una hermana? No quería parecer emocionado, pero a duras penas lograba mantener encerrada esa sonrisa tonta desde que Amanda había confirmado en el baño que las tres pruebas eran positivas. ¿Por qué tres y no

cuatro o dos? ¿Y a qué venía ese comentario sobre un baño con cortinas mugrientas que repetía Amanda entre sollozos?

Carraspeé antes de hablar, porque se me había formado un nudo importante en la garganta. Teníamos que formalizar nuestra relación cuanto antes; en el pueblo ya se rumoreaba bastante con un niño en común y sin estar casados, pero dos... A mi madre le iba a dar un ataque con la noticia. Sí, definitivamente, debíamos hacer algo al respecto.

—Quizás sería el momento de prometernos. —Lloró más fuerte, y cambié mi discurso rápidamente—. Aunque no hay prisa, dulce Am.

—Justo ahora, que teníamos ese contrato tan bueno... —Berreó otra vez, y me preocupé seriamente.

Hacía un tiempo que andábamos tras un proyecto en común. La explotación del rancho había pasado a ser legalmente de mi propiedad, y, por supuesto, de mi hijo. Amanda realizó un estudio de mercado muy interesante y una cosa llevó a la otra, por lo que estábamos a punto de asociarnos para exportar nuestra marca de vacuno.

—Seré un jefe benevolente —bromeé, y al fin conseguí mi propósito, que era que sonriera—. Estás tan guapa...

La besé en los ojos, en la cara, en el cuello, donde le hice cosquillas con la nariz.

—¿Podremos aplazar la reunión hasta que me encuentre mejor?

—Lo que sea, pero juntos —contesté.

—Juntos. —Me apretó con fuerza y solté el aire aliviado. Habíamos pasado el primer momento crítico con buena nota.

TRES MESES DESPUÉS...

Salíamos de la consulta del ginecólogo con un gran alivio: el dispositivo intrauterino fue extraído en cuanto detectamos el embarazo y todo iba perfectamente. Temíamos que aquello hubiese afectado a la criatura, pero respiramos con alivio cuando nos aseguraron que marchaba según lo previsto.

Según nos explicó el ginecólogo, el anticonceptivo falló porque se había movido; entonces entendí la bronca que le había echado su hermana cuando nos enteramos de los positivos. Estaba aprendiendo un montón de jerga relacionada con todo aquello, y me sentí un zoquete por desconocer tantas cosas al respecto. Lo único que era prioritario era que Amanda se encontrara bien y que su vientre

comenzara a ganar tamaño. No había problemas de azúcar ni de nada importante. Me encantaba ver los cambios que experimentaba su cuerpo cada día, aunque a ella no parecía hacerle la misma ilusión. Para mí era perfecta, la mujer de mi vida, mi compañera en el camino...

—Deja de sonreír como si nos hubiese tocado la lotería —refunfuñó.

La amaba incluso con ese humor que se gastaba desde que se había quedado embarazada de nuestra pequeña Sunshine. Sí, esperábamos una chica, y desde el momento en que supimos que iba a ser niña, teníamos el nombre perfecto para ella.

—Dan, ¿has visto qué guapa es tu hermanita?

—No la he visto bien —contestó mi hijo algo defraudado.

Lo cierto era que yo tampoco, pero jamás lo diría.

—La próxima vez se verá mejor. Tú siempre te ponías de espaldas y solo nos dejabas ver tu bonito trasero —comentó Amanda.

El niño rio con ganas.

—¡Culo! —gritó.

—Campeón, no es necesario que lo digas tan fuerte —susurré mientras caminábamos por la calle en dirección a nuestro vehículo.

—Culo —susurró.

Le apreté la mano un poco, aguantándome la risa. Amanda nos fulminaba con la mirada a ambos. Habíamos formado un gran equipo, aunque ella no estuviese demasiado contenta con el tema, ya que solíamos aliarnos muy a menudo.

—He quedado con tu madre y tus tías en la tienda de Bel; ya vamos un poco justos.

—¿Te ha dicho si ha llegado la pintura?

Negó con la cabeza, pensativa. Estábamos preparando la habitación de la niña en nuestra casa para que todo estuviese listo para su llegada.

—Jess está muy rara. Lleva un par de días bastante callada —dijo, cambiando de tercio—. ¿Crees que tendrá que ver con ese nuevo chico con el que Tadi la vio el otro día?

—Ni idea. ¿Te has fijado que aquí nadie puede hacer nada sin que alguien conocido lo sepa?

—¿En serio? —Bufó de forma exagerada.

La pobre llevaba de forma estoica la intromisión en nuestra vida por parte de toda mi familia: numerosa, ruidosa y metomentodo. Además de las amigas, incluso del resto de habitantes de Sun City, que se afanaban por preguntar cada vez que tenían la ocasión.

—¿De verdad te apetece esa macrofiesta de compromiso? Ya sabes lo que pienso al respecto.

—Tu madre está muy ilusionada... —Me miró con lástima.

—¡Fiesta! —gritó el niño desde el asiento trasero.

Soplé con fuerza porque sabía que me iba a hacer falta: ese fin de semana, celebraríamos una fiesta de compromiso por todo lo alto, con muchos invitados en el rancho. Mi chica se merecía todos los honores. Al fin habíamos decidido formalizar nuestra relación y me había declarado como Dios manda en el lugar perfecto: el porche de nuestra casa, sentados en el balancín con nuestro hijo sentado sobre nuestras piernas. Porque éramos una familia, porque venía otro miembro más en camino, porque quería sellar el momento con un precioso amanecer.

Contemplé el anillo que ella misma había pedido: un precioso girasol con un brillante en el centro. Lo tuvieron que diseñar expresamente para la ocasión. Era único, como ella.

Mi dulce Amanda.

Celebramos una boda sencilla. De hecho, la fiesta de compromiso había dejado agotada a Amanda, y me negué en redondo a hacerle pasar por algo similar. Lo primero era la salud de ella y del bebé que venía en camino.

Reí cuando se enfadó por no poder meterse en un vestido de novia.

«No es justo, Max. Tú estás guapísimo».

El párroco hizo la vista gorda ante aquel imprevisto, que a buen seguro no era muy adecuado a los ojos del Señor, y, dicho sea de paso, del resto de congregación, pero era lo que había..., y se iba a celebrar una ceremonia religiosa como que me llamaba Maximilian Kline.

Por las tardes, me tumbaba en el sofá donde mi mujer descansaba y le hablaba a la barriga. Cuando la niña se removía me daba un salto el corazón.

—Ven, campeón. Tu hermanita está dando patadas.

—¿A ver? —Se acercó con los ojos muy abiertos, a la expectativa.

—Dile algo.

—¡*Manita*, te estamos esperando! —gritó sobre el vientre, y nos hizo reír. Un pequeño bulto asomó un instante y Dan se volvió loco.

No paraba de hacer fotos y grabarlos en una videocámara que Leah y Nathan nos habían regalado. Me había perdido el embarazo de Dan, pero de este no pensaba dejar escapar ni un solo detalle. No nos costó amoldarnos a la vida juntos. Para mí era un sueño hecho realidad. Mi madre y mis abuelas nos echaban una mano con Dan, ya que Amanda no podía hacer gran cosa hasta que

estuviese fuera de peligro.

Muchas cosas habían cambiado desde que vivíamos juntos: el negocio, la dinámica diaria, el trabajo... Paul y Tadi regentaban conmigo el rancho; les había doblado el sueldo y así todos teníamos tiempo para nuestras vidas.

Me encantaba disfrutar de la compañía de Amanda. Hablábamos durante horas. Rememorábamos cosas del pasado, de sus padres, de Lawrence, y tejíamos nuestra vida común a base de cariño y paciencia. Había momentos complicados, no todo era un camino de rosas. Cada vez que salía el tema de su familia española me ponía hecho un basilisco; ella se enfadaba muchísimo cuando le aseguraba que un día me presentaría en España para aclarar con ellos todo lo sucedido. Les tenía pavor, y yo no pensaba permitir que mi mujer viviese con miedo, pero aquel no era el momento de tratarlo. Pese a los agujeros negros en el pasado, estábamos empeñados en disfrutar del camino.

A finales de año, el cielo se tiñó de negro. Mi padre nos dejó. Su frágil corazón perdió la batalla, y aunque nuestra relación fuese nefasta, todavía lo lloraba, quizás por lo que nunca fue, quizás porque yo también era padre... Ese varapalo afectó a Amanda por el tema de las hormonas, que la tenían muy alterada. Rememoró las muertes de sus padres con el funeral y tuve que ser fuerte por ella, porque mi mujer había sufrido mucho, y ya era hora de que la tristeza abandonase nuestra vida.

Mis hermanos y mi madre estaban destrozados. El viejo John se había ido una noche mientras dormía, sin hacer ruido, y sonreí cuando leí unas palabras en el funeral, seguro de que si me estaba viendo debía de estar sacudiéndose en la tumba porque el único de sus hijos con el que no se llevaba bien fuese el que estuviese loando su labor en la tierra. Lo que nadie sabía era que mis hermanos me habían implorado que lo hiciese yo, incapaces de poder hablar en público por la congoja. Lo que mi padre no sabía era que pese a todo lo quería con locura, y siempre, siempre, siempre, me quedaría esa espina por no haber sido correspondido.

TRANSCURRIDOS NUEVE MESES...

La pequeña Sunshine llegó al mundo a las dos de la mañana de un caluroso día de verano. Llenó de alegría nuestro hogar y nuestra vida. Lloré como un niño pequeño cuando me la pusieron en los brazos y besé a mi mujer, que sonreía emocionada después de un parto que, según dijo, había estado «chupado».

Sonreí con aquel pequeño ángel entre los brazos y miré al cielo para presentársela a sus abuelos, que seguramente no habían perdido detalle ante aquel acontecimiento. La niña era el vivo retrato de Amanda: preciosa, dulce, adorable, con una naricita pequeña y unas manitas perfectas. Dan y yo nos pasábamos los ratos muertos jugando cerca del moisés, ya que Am decía que era bueno que se acostumbrase al ruido. Cada vez que mi mujer le daba el pecho me quedaba embobado ante aquel momento mágico. Para ella era una bendición poder hacer algo que con Dan no fue posible. Lo de despertarnos con los llantos cada pocas horas no era tan idílico, pero jamás osaría decir nada al respecto.

Un mes después celebrábamos el bautizo de ambos niños, pese a la reticencia inicial de mi esposa, que le había costado horrores pasar por la vicaría primero. Decía que la religión no iba con ella, pero que entendía que a mí me hacía ilusión. Los trabajadores eran también mi familia y no podían faltar el día del bautizo, que, cómo no, se celebraba en The Kline's Mountain.

Hacía un calor horroroso, y tuvimos que colocar ventiladores bajo las carpas para intentar paliar aquel bochorno. Y sonreí como un idiota al recordar la boda de mi hermana, un par de años antes, y lo diferente que era todo ahora.

Llegados los momentos previos a que el grupo de Nathan nos deleitase con su nuevo disco en exclusiva para la ocasión, Thomas, que era el padrino de Sunshine, cogió el micrófono para decir unas palabras. Me percaté de que Amanda parecía algo preocupada por si soltaba alguna cosa rara, ya que mi hermano había bebido un poco más de la cuenta.

Lo cierto era que en ese tiempo había mejorado bastante, incluso se contemplaba la posibilidad de un nuevo fichaje con muchos ceros en el contrato. Me sentía orgulloso por aquel tonto, por las palabras tiernas que dedicó hacia toda la familia, a nuestro padre fallecido y a mis hijos, hasta que pronunció la palabra «amor», y ahí fue cuando todo se fue al traste.

—Y hoy es un día especial en el que el amor está más presente que nunca. Sin él no haríamos verdaderas locuras, como la que estoy a punto de cometer delante de tantas personas. Ya me disculparéis. —Sonaron risas y algún que otro silbido mientras observaba cómo mi hermano se dirigía hacia una de las mesas—. Así que allá voy; deseadme suerte, porque me va a hacer falta.

—¡Suerte! —gritó alguien.

No supe de quién se trataba, porque me tensé en el preciso instante en el que mi hermano se arrodilló delante de una estupefacta Oneida y le tendió una caja con un anillo que se podía ver desde la luna de lo enorme que era.

—Querida Oneida, estoy locamente enamorado de ti desde hace tanto tiempo

que ni lo recuerdo. Soy incapaz de que pase un día más sin que nuestros caminos se unan para siempre... —Tomó aire para infundirse valor—. ¿Me harías el tremendo honor de ser mi esposa?

Se hizo un silencio sepulcral ante la espera de su respuesta; de pronto se escuchó cómo la veterinaria arrastraba la silla de forma ruidosa y se ponía en pie. Alguien suspiró, y yo contuve la respiración.

—No.

—¿No? —contestó mi hermano, más sorprendido que el resto de los presentes.

—Sí, no. Dos letras. Una sílaba. No —insistió ella, más molesta aún.

—Pero... —bufó Thomas— si soy un buen partido. Soy guapo, tengo estudios...

«¡Ay! Madre mía, la que se va a liar...».

Oneida no sabía dónde meterse cuando los rumores de los presentes comenzaron a sobrepasar el tono discreto, y miré a Amanda, que me hacía señales para que cortase aquel desastre cuanto antes.

—Thom, no es lugar para hablar de esto —masculló la veterinaria.

Mi hermano se tambaleó y golpeó el respaldo de una silla con el micrófono, haciendo un ruido estruendoso. Estaba realmente borracho y se iba a arrepentir de aquello con total seguridad.

Era hora de intervenir.

Me dirigí a la pareja y le quité a mi hermano el micrófono.

—Familia, Dan ha preparado una canción con Cam, y quería cantarla con todos vosotros. ¿Les damos un fuerte aplauso?

AGRADECIMIENTOS

A todos los autores que me han hecho soñar a lo largo de los años con sus historias y me empujaron a emprender este maravilloso camino.

A ti, que has llegado al final de esta novela y me has regalado una alegría por haber navegado conmigo.

A todas esas personas estupendas que me pidieron esta historia de Max y Amanda, gracias por vuestro apoyo incondicional.

A Carlos, Conchi y Beatriz, gracias de corazón; no sabéis lo feliz que me hace compartir con vosotros esta aventura y formar parte de vuestra increíble familia en la editorial.

A Rosana y María José, porque este trayecto es más llevadero si te acompañan unas bonitas sonrisas. Gracias mil, de corazón.

A mi familia, pequeña, grande, presente, admirable, gracias por ayudarme y comprenderme. Sois los mejores.

A mi compañero de viaje infatigable, gracias, David. Sumamos, reímos, soñamos, pedimos deseos y los cumplimos; aunque el camino esté lleno de dificultades. Mi amanecer.

A tu sonrisa, porque cada día me enseñas algo nuevo, y mi corazón es feliz desde que llegaste a nuestras vidas. Te quiero, caballere.

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA

INMA CEREZO (Barcelona, 1976) es diplomada en Relaciones Laborales, y antes de convertirse en autora ha sido y es una gran lectora de novela romántica.

Es muy activa en las redes sociales, donde tiene una gran presencia y su propia web, en la que se puede disfrutar de entradas, posts, listas y lecturas recomendadas de literatura romántica.

El amanecer de tu sonrisa es su segunda novela después de *El sonido de tu mirada*.



www.inmacerezo.com

TW: @Inma_Cerezo

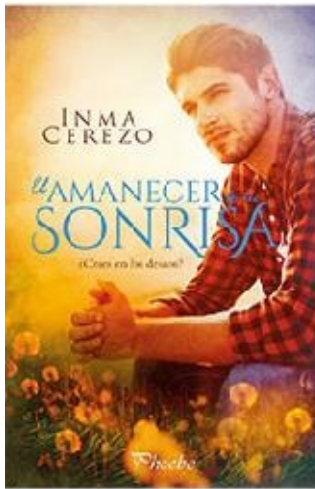
FB: @inmacerezogoleters

IG: inmacerezo_

Pinterest: Inma Cerezo

G+: Inma Cerezo

SINOPSIS DE *EL AMANECER DE TU SONRISA*



Un ranchero empeñado en olvidar.

Una chica que se encuentra ante el mayor reto de su vida.

Un deseo cumplido antes de tiempo.

Hay dos cosas que deberías saber sobre Max: es muy cabezota, pero tiene el corazón del tamaño del estado de Kansas. Dirige su vida basándose en las necesidades de los demás porque aparentemente él ya ha cumplido sus metas. O al menos así era hasta que Amanda aparece con un niño de la mano y pone todo su mundo patas arriba.

Amanda nunca pensó que regresar a Kansas sería tan duro; quizás porque cometió un error imperdonable en el pasado y sabe que le va ser muy difícil enmendarlo. Un largo viaje en avión, una primera confesión y la sensación de que se va a meter en la boca del lobo tampoco auguran nada bueno.

Y tres años después, una boda va a ser el detonante perfecto para poner todas las cartas sobre la mesa y ver qué les tiene preparado el destino.

¿Crees en las segundas oportunidades? ¿Crees en el poder de las sonrisas? ¿Crees en los deseos?

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA EN PHOEBE:

EL SONIDO DE TU MIRADA



Nathan, una vez superados sus errores del pasado, ha dejado atrás lo que es más importante para él: Los Ángeles, su familia, sus amigos y su grupo de rock. Se refugia en la universidad, y lo único que le llena es seguir componiendo canciones.

Leah está a punto de empezar la facultad, y cree que esta nueva etapa, en otra ciudad, con nuevas amigas y junto a sus hermanos, será emocionante..., pero estos últimos no tienen pensado perderla de vista, sobre todo si ven algún roquero tatuado revoloteando a su alrededor...

Ambos se encuentran en un presente plagado de desconfianza y ante un futuro que parece negarse a darles la oportunidad de estar juntos, pero... ¿y si el destino tuviera otros planes?



Ficha completa [aquí](#) o en el código:

(DISPONIBLE EN TODAS LAS PLATAFORMAS DIGITALES)

FANPICS
(FUENTE: @PHOEBEROMANTICA)



FANPICS
(FUENTE: @PHOEBEROMANTICA)



FANPICS
(FUENTE: @PHOEBEROMANTICA)



FANPICS
(FUENTE: @PHOEBEROMANTICA)



FANPICS
(FUENTE: @PHOEBEROMANTICA)

